

**'EL SUBALTERNO QUE EMPANICO A MEDELLIN': REARTICULACIONES  
DE LA CIUDAD DEL SICARIATO EN LA NOVELA COLOMBIANA  
CONTEMPORANEA.**

**Maite Villoria Nolla, BA, MA**

University of Nottingham  
Hallward Library

**Thesis submitted to the University of Nottingham  
for the Degree of Doctor of Philosophy  
The University of Nottingham**

**June 2006**

## **ABSTRACT**

La presente investigación establece la relación existente entre la violencia urbana colombiana y su representación literaria. En realidad, este trabajo presenta la forma en que la literatura rearticula espacios, sujetos y culturas locales desde la industrial global, reafirmando estereotipos e imaginarios construidos desde el *afuera*.

La literatura, particularmente la novela colombiana contemporánea del sicariato, revela los códigos simbólicos que constituyen el imaginario de Medellín, contribuyendo al modo en qué leemos y habitamos la ciudad. En este estudio se intentará demostrar el modo en qué los textos literarios analizados, a partir de la posición de los narradores y la traducción o mediación del discurso y lenguaje del Otro, en este caso el *sicario*, refuerzan la invisible pero ineludible división interna existente en la ciudad de Medellín y continúan estigmatizándola al definirla como el lugar del caos y la fragmentación. Pero además, se observará cómo las narraciones no sólo no logran sostener un diálogo con el discurso oficial, sino que, a partir de ciertos regímenes de valor, convierten al sujeto subalterno en objeto narrativo.

Para tales fines, se mostrará cómo la ciudad ha sido un lugar conflictivo por excelencia y, por otra parte, se cuestionará, a partir de una síntesis de distintas teorías sobre subalternidad, el lugar del Otro en la literatura urbana colombiana de entresiglos.

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y de forma muy especial, debo agradecer tanto la ayuda académica como la constante confianza y apoyo personal de mi director de tesis, Professor Mark Millington. Con su colaboración y profunda visión crítica he logrado realizar este trabajo.

En mis momentos de ofuscación y dudas no puedo olvidar las constantes muestras de confianza del Dr. Fabricio Forastelli, cuyas opiniones siempre he tomado en consideración. Y agradezco también al Dr. Felipe Hernández sus persistentes críticas que han servido para estudiar nuevas perspectivas.

En Colombia, por otra parte, he recibido el apoyo incondicional de la Doctora Luz Mery Giraldo y el Dr. Gonzalo Sánchez, ambos conocedores de la materia de mi investigación y quienes no han dudado ni un momento en ofrecerme su ayuda. En realidad, con la Dra. Giraldo pude apreciar las nuevas direcciones de la literatura colombiana contemporánea.

A la Universidad de Nottingham tengo que agradecer la paciencia y comprensión que ha demostrado ya que no sólo me ha ofrecido su ayuda financiera, sino que ha sido capaz de entender el cambio de mis circunstancias personales durante el transcurso de la investigación.

Pero, además, quiero dar las gracias a Alex Coroleu, Eva San Agustín, Anna Ferrara, Jordi Bautista y Cristina Alfonsín, amigos que se han mantenido a mi lado a lo largo del camino. Y es a ellos a quienes debo y quiero agradecer su paciencia y amor sin los cuales no hubiera podido escribir ni "imprimir" esta tesis. A Gregorio Stephens le agradezco su amor y apoyo en estos momentos.

A la memòria del meu pare

Per al meu fill Joel, que va arribar al món mentre s'escrivien aquestes pàgines.

# TABLA DE CONTENIDOS

<b>I</b>	<b>INTRODUCCION</b>	<b>1</b>
<b>II</b>	<b>COLOMBIA: VIOLENCIA Y NARCOTRAFICO</b>	
I	INTRODUCCION	25
II	LA VIOLENCIA	28
III	FRENTE NACIONAL	37
IV	AÑOS 70	40
V	NARCOTRAFICO	48
VI	LOS AÑOS 80 Y LA OPINION PUBLICA MUNDIAL	59
VII	LAS GUERRAS CONTRA EL NARCOTRAFICO: EL TRATADO DE EXTRADICION	64
VIII	LOS AÑOS 90	72
<b>III</b>	<b>CIUDAD</b>	
I	INTRODUCCION	78
II	DICOTOMIAS IRRELEVANTES	83
III	EL SER Y LA CIUDAD	84
IV	CARNE Y PIEDRA	89
V	TEORIAS DE Y SOBRE LA CIUDAD	90
VI	CIUDAD DE CIUDADES	95
VII	EL IMAGINARIO URBANO	106

<b>IV</b>	<b>NOVELISTICA URBANA</b>	
I	INTRODUCCION	113
II	CIUDADES NARRADAS	114
III	LA NOVELA URBANA COLOMBIANA DEL SIGLO XX	117
IV	RE-ESCRIBIENDO MEDELLIN	134
V	LA NOVELA DEL <i>SICARIATO</i>	143
VI	ESCENARIOS URBANOS	154
VII	ENCUENTROS Y DISCONTINUIDADES	161
<b>V</b>	<b>(SUB)CULTURAS URBANAS Y NARRATIVAS</b>	
I	INTRODUCCION	174
II	SUBALTERNIDAD Y TRANSCULTURACION	181
III	SUBCULTURA URBANAS	186
IV	LINGUISTICA URBANA	193
	a) Antilenguajes	197
	b) Lenguaje y narcotráfico	200
V	EL <i>PARLACHE</i>	204
VI	LA SUBCULTURA <i>PAISA</i> Y LA APARICION DE LA CULTURA DEL <i>SICARIATO</i>	210
VII	EL <i>SICARIO</i> . EL SUBALTERNO QUE EMPANICO A MEDELLIN	223
VIII	EL QUE MATA: REZA Y EMPATA	232
IX	NARRATIVA Y <i>SICARIATO</i>	239

<b>VI CONCLUSION</b>	<b>274</b>
<b>BIBLIOGRAFIA</b>	<b>283</b>

## I INTRODUCCION

La violencia es un aspecto fundamental en la historia de América Latina. De hecho, América Latina no sólo ha sufrido la violencia dominante e inherente en la misma constitución del Estado y al orden social sino que, además, ha experimentando la violencia colonial, que la condenó a su situación periférica con respecto a sistemas globales cuyos centros, como bien menciona Mabel Moraña en la introducción de su compendio *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, 'han difundido "la nacionalidad" de su propia reproducción'. (2002: 9). Por otra parte, la actual era de globalización no ha contribuido, en modo alguno, a solucionar los diversos conflictos violentos cuyas raíces se remontan a momentos históricos. Al contrario, el nuevo sistema global ha intensificado el fenómeno de la violencia al reforzar la relación de dependencia y desigualdad experimentada por los distintos países del continente desde su posición periférica.

En este trabajo, sin embargo, quisiera puntualizar la singularidad del caso colombiano. Colombia es pródiga en violencias y sus protagonistas han modelado la historia nacional de los últimos cincuenta años. A pesar de que, a primera vista, el enfocarnos en el tema colombiano pueda parecer una limitación de un problema social que en realidad se ha desarrollado por todo el continente, el uso cada vez más frecuente del término "colombianización", tanto en contexto nacional como internacional para definir una situación de extrema violencia, ilustra el

significado de este país al repensar el lugar de América Latina en el orden global.

Ciertamente, Colombia ha estado sujeta a múltiples formas de violencia, una multiplicidad atravesada por la economía subterránea y las organizaciones comerciales y criminales del narcotráfico.<sup>1</sup> Desde la mitad del siglo XX, la intensificación extrema de violencia y la tensión creada por su uso como arma de influencia política y visibilidad por parte del Estado, grupos paramilitares, narcotraficantes, guerrillas, la industria del secuestro e incluso los medios de comunicación ha producido una crisis histórica de legitimidad en todos los niveles de la política nacional. Además, al comienzo de un nuevo siglo y milenio, los problemas colombianos exceden su complejidad cuando se considera que la violencia es frecuentemente utilizada por las fuerzas del capitalismo global y se manifiesta como un rasgo común de las políticas pos-imperialistas para reforzar la lucha contra el terrorismo que tiene lugar en los países desarrollados. Consecuentemente, el mundo ha puesto su atención en Colombia y su cultura se ha convertido en tema de debate en relación a la violencia del país.

---

<sup>1</sup> Colombia tiene un Estado en proceso de desestructuración acelerada, con precaria capacidad para enfrentar manifestaciones criminales transnacionales. Según la Conferencia de 1994 sobre el Crimen Organizado Global, el tráfico de drogas oscila en torno a los 500.000 millones de dólares estadounidenses al año; es decir, es mayor que el comercio de petróleo (Ver también Manuel Castells, 1998: 169) y , 'está presente en una gran parte del territorio andino, controla sectores importantes de la economía y política mexicanas, desestabiliza la posición de Estados Unidos y comunica la región andina y América Central con redes criminales operando en Rusia y Tailandia' (Kantaris 2001). Estamos hablando de un negocio omnipotente en el cual concurren varias actividades: el cultivo, el procesamiento, la venta de precursores químicos para transformar la hoja de coca en cocaína, el transporte, la distribución y comercialización en las calles del mundo industrializado, el lavado o blanqueo de dinero y activos; para estas labores, el narcotráfico desarrolla un entramado siniestro de corrupción y muerte a todos los niveles. Pero, asimismo, tiene que relacionarse con un concierto de agentes internacionales, sin los cuales no tendría auge.

Y quizá sea por todo lo mencionado que la violencia en Colombia haya sido siempre un acto de doble desplazamiento. Por un lado, nos encontramos ante un movimiento geográfico que ha provocado una cadena de migraciones masivas de poblaciones desde el campo hacia las periferias de las grandes ciudades y, por otro, de un desplazamiento figurativo ya que la dificultad en recrear la constante violencia existente en el país ha provocado una transformación hacia variados campos representativos.

Esta circunstancia se manifiesta especialmente desde el proceso histórico de La Violencia.<sup>2</sup> No obstante, en la actualidad la problemática situación se ha intensificado y muchos han sido los violentólogos que se han visto obligados a expresar la violencia en términos de multiplicación y diseminación, partiendo a menudo de clasificaciones temporales y temáticas. Una clasificación divide a 'las violencias' en: *primera violencia* —La Violencia de los años cincuenta— de connotaciones políticas y sociales, *segunda violencia* —acontecida en los sesenta— caracterizada por la aparición de facciones guerrilleras y paramilitares, provocando migraciones masivas de campesinos a los barrios periféricos o de 'invasión' de las capitales regionales y que, de algún modo, ha conducido a la llamada *tercera violencia*, una violencia urbana ocasionada básicamente por la problemática política y socio-económica en la que se encuentra el país.

---

<sup>2</sup> El fenómeno de La Violencia es ampliamente definido en el primer capítulo del presente estudio.

Esta llamada *tercera violencia* se ha aprovechado de la mano de obra barata de aquellos habitantes de las zonas de 'invasión' de las ciudades y, desde los años ochenta, se ha vinculado estrechamente con el narcotráfico. El resultado ha consistido en el desplazamiento geográfico de la violencia de zonas rurales a las urbanas, debido a las operaciones del tráfico de drogas que, por otra parte, no se ciernen al país sudamericano sino que traspasan las fronteras nacionales, dando al fenómeno su carácter global.

Así pues, se ha pasado del fenómeno de La Violencia a la corrupción globalizada que provoca el tráfico de drogas y el crimen urbano, observándose un proceso de desanclaje, desterritorialización y desespacialización que excede tanto marcos espaciales como temporales y conceptuales, lo cual dificulta el enfoque de sus efectos en discursos históricos, sociológicos y culturales. Esta violencia de naturaleza sistémica no es pues causa en sí misma, como nos ha querido presentar en muchas ocasiones el discurso hegemónico, sino el síntoma o efecto de una situación histórica que, al mismo tiempo, (des)articula los distintos sistemas de representación.

Y, a pesar de que los violentólogos hayan ayudado a entender, hasta cierto punto, la complejidad y multiplicidad de las violencias que se encadenan en Colombia, pareciera que no se ha hecho lo suficiente por comprender el espesor cultural de la *tercera violencia*, ni tampoco se ha presentado un análisis que reúna toda su envergadura antropológica. La ansiedad experimentada por los jóvenes de los guetos urbanos por la

compulsión de consumo existente en la sociedad unida al crecimiento de una poderosa industria criminal globalizada que operaba y opera dentro de los más estrictos paradigmas del capitalismo ha fomentado una situación de violencia que lejos de ser 'un producto efímero' se ha convertido en la base operante y financiera de muchos ciudadanos (Castells: 1998).

Así pues, en Colombia la violencia generalizada ha dejado de vivirse como catástrofe para identificarse con un proceso banal que ofrece oportunidades y produce acomodamientos. La profesionalización del violento ha pasado a formar parte del amplio campo de la economía informal del país, dando lugar a una sociedad dominada por el terror donde se ha intensificado la desconfianza de todos contra todos. El terror circula por la geografía nacional y en los medios, colaborando en la expansión de un sentimiento de impotencia colectiva. El ciudadano se ha convertido en víctima potencial y, dicha situación nos obliga a inquirir, de un modo especial, en la naturaleza del discurso generado por la violencia urbana. Una violencia que, como ya se ha indicado, tiene en la urbe latinoamericana su principal escenario. En estas ciudades tienen lugar lo que Carlos Monsiváis (1995) ha denominado 'rituales del caos', donde el miedo, como denominador común, atraviesa interacciones sociales, dando pie a la existencia de subculturas múltiples a través de las cuales se expresan las frustraciones y los conflictos que aquejan a vastos sectores sociales dentro de una sociedad excluyente y de consumo. En estos grupos se incluye al de los jóvenes marginados que se adentran al mundo

del asesinato y al tráfico de drogas y que se reconocen por ciertos rasgos patológicos característicos de la sociedad excluyente en la que se mueven y de la que quieren formar parte.

Sin embargo, un análisis disciplinario de la situación nos continúa colocando a cierta distancia tanto del fenómeno en sí mismo como del Otro —ese sujeto y actor social participe de los hechos. Y, sin embargo, será ese Otro quien termine por convertirse en el objeto narrativo de los textos contemporáneos—ya bien periodísticos, sociológicos, antropológicos o literarios—, ya que la escritura no le concede voz propia. Y, es en estos últimos, los textos literarios que toman como referente extraliterario la violencia urbana contemporánea colombiana, en los que enfocaremos el análisis del presente estudio ya que, si bien las representaciones nos sirven para recordar, por otro lado, éstas también reemplazan o toman el lugar del objeto representado. En el caso que nos ocupa se intentará mostrar que los textos a analizar bien pudieran ser tomados como metáforas traicioneras que no sólo sumarizan la complejidad de la ciudad y la violencia que en ella tiene lugar, sino que representan a la ciudad como el lugar del caos, inhabitable e inhóspito, fijando o 'congelando' al Otro a partir de ciertas actitudes, estereotipos y regímenes de valor. Y, de este modo, la violencia recreada en tales manifestaciones culturales se nutre del imaginario urbano colectivo pero, al mismo tiempo, entra a formar parte del mismo, evocando con triste ironía el sueño ilustrado. Esta violencia, casi siempre perpetrada por grupos al margen de la sociedad de consumo y que desean entrar a

formar parte de ella, aparece en las novelas erotizada, convertida en fetiche, lo cual nos remite trágicamente a la negación de sus síntomas y al conocimiento parcial de sus orígenes.

Pero, cabe preguntarnos si habría otra posibilidad para realizar un estudio del tema y si, por otra parte, es inevitable la perspectiva del problema tomada por la literatura. En realidad, si bien la problemática se ha impuesto con facilidad en la mayoría de los ambientes académicos y artísticos que opinan sobre violencia en la ciudad, esto se ha realizado enfatizando las discontinuidades en el desarrollo urbano, lo que, por lo mismo, impide la utilización de palabras como organización, continuidad y/o evolución de la ciudad, más allá también de que tampoco es la política correcta hablar en estos últimos términos. Por ello, este análisis se ha preocupado en desvelar desde qué perspectiva se ha presentado el imaginario urbano de Medellín (Colombia), percibida por el imaginario colectivo como 'peligrosa' y 'apocalíptica'. Pero, además, los siguientes capítulos intentarán evaluar hasta qué punto las representaciones de violencia dialogan con los discursos oficiales con un lenguaje otro o si, al contrario, los textos, a partir de la voz de un autor letrado, establecen un 'nosotros' y un 'ellos', manipulando el imaginario colectivo y negando cualquier posibilidad de diálogo, al exponer valores y actitudes paralelos a los del discurso hegemónico.

Por otra parte, en este trabajo se pretende valorar la visión de descomposición social atrapada por ciertos textos narrativos aparecidos durante los últimos años del siglo XX e inicios del nuevo milenio y que

toman como referente la problemática urbana del narcotráfico, el *sicariato* y la cultura urbana generada de los grupos asociados al tráfico de drogas. Para ello ha sido necesario no sólo observar la forma en que las novelas refieren dicha problemática —ya bien sea distorsionada o acertada—, sino, además el modo en que presentan la subcultura que surge de ella, una subcultura híbrida que emerge como forma de interpelación del sistema hegemónico a partir de un proceso asimétrico que combina la (de)culturación y la asimilación de elementos nuevos por un grupo de individuos.

En el segundo capítulo del presente estudio 'Colombia: violencia y narcotráfico' se revisa el contexto histórico-político del país en el momento en que surgió y se desarrolló el narcotráfico. A partir de distintos planteamientos sobre la violencia en Colombia, se ha intentado dar una introducción contextual que sirva para ubicar el referente de las narraciones que, desde este momento, introducimos como ejemplos de la *sicaresca colombiana*.<sup>3</sup> Por ello, este primer capítulo se ha centrado exclusivamente en el proceso socio-político colombiano de la segunda mitad del siglo XX. La línea de estudio establece las raíces históricas de la violencia a partir de la liquidación del 'gaitanismo', movimiento populista cuyo líder, Jorge Eliécer Gaitán, muere asesinado el 9 de abril de 1948 despertando una ola de violencia que se conoce como La Violencia.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> El término es acuñado por Héctor Abad Faciolince en 'Lo último de la sicaresca antioqueña.' En *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 1994.

<sup>4</sup> Es bien sabido que en la historia colombiana, la frase La Violencia se refiere a un período de violencia socio-política que siguió al Bogotazo, disturbios ciudadanos ocasionados por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948. A lo largo del territorio nacional y hasta los años 60, La Violencia se manifestó como una serie de eventos partidistas sectarios que dejaron en el

Desde ese momento en adelante, la violencia en Colombia comienza a ser percibida como una constante histórica que invade un creciente número de esferas públicas y privadas hasta tal punto que puede llegar a decirse que es el factor que ha desordenado la política, sociedad y economía nacionales. Las distintas guerras que han tenido lugar en Colombia —como La Guerra de los Mil Días, La Violencia, o las guerras contra el narcotráfico— han modificado sus características y personajes paralelamente con lo tiempos cambiantes: la transformación del *pájaro* — asesino que actuaba bajo las órdenes del partido Conservador durante la Violencia— en *sicario*, del bandido en miembro guerrillero, y el militar en paramilitar, apareciendo un desplazamiento incesante entre conflicto político y lucha callejera, entre distritos rurales y zonas marginales urbanas. La dispersión y diversificación de las distintas formas de violencia cuyos orígenes se establecen en complejas circunstancias históricas, económicas, sociales y culturales ha estallado el marco institucional colombiano.

La bibliografía sobre La Violencia en Colombia es abundante y, en cambio, poco se ha escrito sobre las representaciones contemporáneas de las formas de violencia en el país a pesar de la reiterativa presencia del tema en la producción visual, literaria y musical. Precisamente, la

---

imaginario nacional, además de drásticas consecuencias económicas, un listado de bandoleros, guerrilleros y gamonales que buscaban defender sus territorios, uno de ellos Manuel Marulanda Vélez, alias 'Tirofijo', actual Comandante General de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y además el guerrillero más viejo de América Latina. Sin embargo, Colombia entra en el nuevo milenio sin superar una larga cadena de rencillas regionales y sociales, al punto que se discute si se trata de una larga guerra civil no declarada o una guerra contra toda la sociedad (Pécaut 1985). El período de La Violencia se ha documentado con los trabajos de Guzmán Campos et al (1962-64), Oquist (1978), Sánchez (1986, 1990, 1993), Bergquist (1992), Posada (1968), Pécaut (1985).

vigencia de los estudios sobre este período enfatiza que muchos de los acontecimientos colombianos no pueden entenderse aisladamente de la complejidad de algunos de los eventos de La Violencia que inciden dentro de los fueros de las formas de violencia contemporánea en Colombia. De este modo, es necesario cambiar los hábitos de estudio sobre La Violencia y observar que la violencia colombiana realmente es un resultado de diversas y cambiantes violencias, caracterizadas por su diversidad o multivariada y ver que sus diferentes dimensiones aparecen relacionadas con los factores socioeconómicos, políticos, culturales, regionales y más recientemente con el tráfico de drogas, lo cual sitúa al fenómeno en un ámbito internacional. A partir de los trabajos de Juan Totaklián (1991, 2000) se ha elaborado una línea que relaciona los acontecimientos nacionales colombianos con la situación internacional y la posición de E.E.U.U. contra el tráfico de drogas.

En realidad, Colombia es un país definido por una larga historia de corrupción estatal; es el país donde aparecieron los mayores carteles de la droga, paramilitares, y diversos grupos guerrilleros y también el lugar donde suceden a diario eventos inauditos y asesinatos cargados de sevicia. Por estas razones, en Colombia no puede hablarse de violencia como un término unívoco sino más bien de diversas formas de violencia. De este modo, se intentará explicar lo que significa la frase propuesta por el historiador colombiano Gonzalo Sánchez: 'Colombia, una sociedad en guerra consigo misma' (Sánchez 1991: 215). La falta de negociación, la represión y la modificación de la historia a través de la negación de los

hechos no ha dejado camino a una posible solución del problema, un problema que no sólo continúa, sino que se ha diversificado, multiplicando las violencias existentes en el país.

En el mundo globalizado, la violencia tiene unos efectos internacionales muy distintos a aquellos atribuidos a la Violencia de los años 50, los cuales repercutieron escasamente en el contexto de la Guerra Fría.<sup>5</sup> No hay duda de que en la era actual de globalización, los efectos de la violencia han sido mucho más destructivos que los sufridos en los años 50, ya que ésta no sólo ha cambiado espacial y simbólicamente, sino que ha modificado la naturaleza del crimen y la identidad de aquellos involucrados en él, dando lugar a la emergencia de nuevos sujetos cuyas características nos obligan a tomar nota de los aspectos culturales de la violencia. De acuerdo con Josefina Ludmer (1999), el crimen tiene fronteras móviles que no sólo discriminan, separan y excluyen sino que además sirven para articular el Estado, política, sociedad, sujetos, cultura y literatura.

Por otra parte, en las últimas décadas, la violencia ha dejado de ser un fenómeno de las áreas rurales y ha adquirido elementos netamente urbanos. Este cambio geográfico se debe a que tanto las guerras entre los carteles de la droga como las acciones de la guerrilla y los grupos paramilitares o militares han forzado a muchos individuos a abandonar

---

<sup>5</sup> La Globalización es entendida en el contexto colombiano como 'negativa' (Castells 1996, 1997) o 'defectiva' (Totaklian 2000). Esto significa que la globalización es una fuente de desequilibrio, crimen, debilidad del Estado, fragmentación política y social, acentuación de la deuda y desestabilización de la economía local a partir de decisiones tomadas fuera del territorio nacional y en interés de otros países u organizaciones.

sus áreas rurales en masa. Este hecho, unido a los altos índices de desempleo en el campo, ha producido una depresión social cuyo resultado se observa en el gran número de desplazados que han ido llegando diariamente a las ciudades en busca de cierta seguridad y estabilidad.<sup>6</sup> Este movimiento migratorio exacerbado ha generado no sólo exclusión social, sino también una expansión incontrolada en zonas periféricas de las urbes colombianas conocidas como 'comunas'.

En la década de los sesenta, Medellín padecía una depresión económica debida al desempleo generado por la caída de la industria textil y el descenso de los precios del café, factores que se añadían a la ineficacia del sistema de socialización y justicia y a la debilidad del Estado. Todo lo anterior provocó una situación insostenible para los recién llegados a la ciudad quienes, a su vez, superan la capacidad de servicios que ésta puede proveer. De este modo, Medellín es testigo de un cambio no sólo organístico y estructural, sino social que provoca la división de la ciudad y consolida los hasta entonces incipientes barrios de 'invasión' en la zona nororiental de la ciudad. Estas zonas se convertirán en caldos de cultivo para la floreciente industria del narcotráfico, que utilizará la posición marginal y de pobreza de sus habitantes para reclutarles en el negocio ilegal. La documentación sobre la ciudad de Medellín y los motivos por los cuales el narcotráfico caló en diversos sectores de la sociedad se ha obtenido a partir de los trabajos de Mario Arango (1988),

---

<sup>6</sup> En cuanto a la ciudad latinoamericana y a pesar de que sólo se remita a la ciudad moderna, *Las ciudades y las ideas* de José Luis Romero (1976) ha sido un texto básico para vislumbrar el desarrollo y evolución de ciudades latinoamericanas que han experimentado un crecimiento

Ricardo Aricapa (1998), Ana María Jaramillo (1998), Alonso Salazar (1996, 1999, 2001), Franco Saúl (1996,1999), Alvaro Camacho Guizado (1990, 1991), Fabio Castillo (1987, 1991), quienes, en su mayoría reconocen la figura del *sicario* no sólo como el efecto urbano del narcotráfico, sino de una sociedad en declive.<sup>7</sup>

La propuesta de este análisis consiste en reconocer el modo en que la ciudad de Medellín es re-creada por el imaginario colectivo como el lugar fragmentado y excluyente, donde la interacción de los sujetos que la habitan y construyen es defectuosa y, por ello, agresiva. Pero, además, el estudio propone que dicho imaginario se re-afirma en las llamadas novelas de la *sicaresca* colombiana ya que sus autores recurren en sus narraciones a los estereotipos que recorren la geografía global y en los cuales Medellín se reconoce como la ciudad del crimen.

Desde hace tres décadas somos testigos de una vasta bibliografía que profundiza en los cambios que, supuestamente, son radicales en las ciudades de este último siglo, lo que ha sido coronado con la conclusión de que existen por un lado ciudades globales, ciudades mediáticas, ciudades informacionales o del conocimiento y, por otro lado, ciudades fragmentadas, violentas por autonomasia, agónicas y excluyentes. Sin

---

desbordado debido, principalmente, a los movimientos migratorios que han tenido lugar a lo largo del siglo XX.

<sup>7</sup> El término *sicario* no es un fenómeno colombiano del siglo XX ya que se denominó *sicario* a los seguidores de Judas, a pesar de que sus orígenes son incluso más remotos y se relacionan con el procurador de Feux (AD52-60). Los grupos de *sicarios* aparecieron en Jerusalén y se reconocían por asesinar a sus víctimas en público clavándoles pequeñas dagas o 'sicas' que escondían en sus ropas. Debido a que su primera víctima fue el sumo Sacerdote Jonathan, sus asesinatos serían principalmente por motivos políticos. El nombre de 'siccarii' fue sin duda derivado de 'siccarius', cuyo significado es: asesino clandestino cuya arma es la daga o la 'sica' (Josephus). Sin embargo, la acepción de sicario actual como joven, de clase baja, urbano, etc se ha basado en la forma en que dicho término se ha aplicado en Colombia.

embargo, en esta investigación no sólo se ha recurrido a estudios contemporáneos sobre ciudad, sino que nos hemos remontado a análisis de sociólogos urbanos de principios de siglo XX para, en primer lugar, definir el concepto de ciudad y, en segundo lugar, evidenciar que la fragmentación, la exclusión y la anomia han sido siempre características puntuales de la experiencia citadina.

El tercer capítulo de esta investigación, "Ciudad", presenta distintas perspectivas sobre la naturaleza de la ciudad en el siglo XX. Partiendo de la definición de Max Weber, quien en 1906 rompía drásticamente con la visión utópica de ciudad, se inicia un recorrido donde la ciudad abandona su estatus puramente físico. Weber propone una ciudad cuyo estatus es claramente social al definirla como el lugar de la diferencia y la heterogeneidad, donde las múltiples relaciones humanas derivan en una serie de interacciones disruptivas. Este proceso de interacción de los habitantes en la ciudad es visto desde distintas perspectivas. En su artículo "Urbanism as a way of life" (1938), el sociólogo Louis Wirth apuntaba que los movimientos migratorios acentúan la segmentación de las relaciones humanas en las ciudades no sólo por su carácter superficial y de transición, sino, además, por provocar un crecimiento descontrolado que, a su vez, multiplica la densidad de las interacciones que en ella tienen lugar. A principios del siglo XX, el filósofo Oswald Spengler (1880-1936), con su pesimismo característico, analizaba las tensiones y contradicciones sociales existentes en el espacio de la ciudad como raíz de la soledad y la fragmentación a la que el ser humano se ve sometido.

En realidad, es a partir de la teoría expuesta por Spengler en sus dos volúmenes del libro *La decadencia de Occidente* (1918,1923) que nos acercamos a la noción fatídica de ciudad como lugar catastrófico por significar el punto final del ciclo de la civilización. Esta ciudad catastrófica es la noción que adopta Medellín a finales del siglo XX y principios de siglo XXI. En realidad, Medellín no se aleja en absoluto de esta visión general sobre la ciudad presentada por Spengler. Pero, en esta investigación veremos como la ciudad de Medellín, a la vez que se adapta a la teoría general de ciudad y se identifica con otras ciudades contemporáneas, presenta también ciertos elementos característicos que la identifican y diferencian del resto.

En *Metafísica de la ciudad; Encanto utópico y desencanto metropolitano* (1993), el italiano Giuseppe Zaronne retoma, una vez más, la visión catastrófica y señala las dimensiones negativas de la ciudad, apuntando su tendencia agresiva y el desarraigo que poseen los seres que la habitan. En la misma línea de análisis encontramos ya a Isaac Joseph quien, en su estudio *El transeúnte y el espacio urbano* (1988), indica como, en la ciudad, la proximidad física no iguala la distancia mental. A partir del concepto de *extranjero* de Georg Simmel, el análisis de lo público en Gabriel Tarde y la idea de las circunstancias en Goffman, Joseph desarrolla un estudio del concepto de urbanidad y realiza un abordaje sociológico del espacio como lugar generante de desasosiego y frustración debido, principalmente, a la precariedad de los vínculos sociales entre los individuos. Además, Joseph estudia los trayectos de los

sujetos en el espacio público donde la simultaneidad de relaciones dificulta la interacción. Sin embargo, debemos tener en cuenta los estudios realizados por el sociólogo alemán George Simmel (1858-1918), quien, a pesar de reconocer la fragmentación, solipsismo e indiferencia a la que están expuestos los ciudadanos, nos recuerda el grado de libertad que el individuo es capaz de experimentar en el espacio urbano.

Para la construcción del concepto de 'espacio urbano' nos hemos remitido a la obra de Henry Lefèbvre *The Production of Space* (1974, 1991) donde se define espacio urbano como el constructo del imaginario el cual, siendo individual y colectivo de los sujetos, a su vez, depende de la posición social y cultural de éstos. Partiendo de la propuesta de Cornelius Castoriadis (1987), el imaginario, el cual aparece definido por el contexto histórico y cultural en que se desarrolla, posee la capacidad creativa que modela conductas y acciones incidiendo en la forma en la cual percibimos la realidad y nos relacionamos con ella, por lo cual, es el imaginario urbano el que determina la forma en que concebimos y percibimos la ciudad.

Por ello, en este trabajo, a pesar de haber recurrido a perspectivas cognitivas como la que toma Kevin Lynch en *The image of the city* (1960), se aboga por las posiciones de semióticos urbanos que señalan las limitaciones de la perspectiva de Lynch. En *The City and the Sign* (Gottdiener and Lagopoulos 1986) aparecen un número de estudios realizados por distintos semióticos urbanos quienes se muestran en clara oposición al análisis cognitivo, subrayando que, en muchas geografías

tradicionales no se aprecia cómo el entorno es concebido y percibido por el imaginario de los ciudadanos. Por ejemplo, Ledrut (1986) indica la importancia de ello argumentando que la identificación objetiva de puntos de referencia, distritos, etc., no guarda mayor diferencia entre humanos encontrando su camino y animales moviéndose a través de un laberinto. En realidad, la perspectiva cognitiva deja fuera de análisis el uso que el ciudadano hace de su entorno; uso siempre determinado por la forma en que el imaginario le conduce a percibir y vivir la ciudad. Esto no significa que todos los estudios que realizan un trazado cognitivo y todos los análisis provistos por geografías cognitivas necesitan ser desestimados. Sólo que la construcción social y el impacto ideológico del espacio necesita ser tomado en consideración. El espacio urbano no es simplemente una estructura física a la cual debemos adaptarnos, sino, al contrario, el ser humano juega un papel en la producción del espacio a partir del imaginario, el cual, a su vez, influye en la forma de habitar la ciudad. En este punto leemos el trabajo de Armando Silva *Imaginarios Urbanos* (1992) donde se reconoce la función productiva del imaginario en la forma en que se concibe y percibe el espacio urbano, a la vez que reconoce que dicho imaginario es una respuesta a la propia ciudad. Y, pasando a un tenor claramente posmoderno, encontramos trabajos que analizan la multiculturalidad urbana y la profunda segmentación de la ciudad tales como los de Michel de Certeau (1993), García Canclini (2000, 1995, 1990) y Reguillo (2003). Todas estas teorías mencionadas han sido escogidas cuidadosamente para enmarcar la fuerza con la que el

imaginario de lugar amenazante y violento se ha impuesto sobre la ciudad de Medellín, dividiéndola en dos partes diferenciables: Medellín y *Medallo* que determina un modo particular de percibirla y vivirla. En realidad, los múltiples barrios de Medellín, a pesar de estar unidos físicamente, se hallan a millas de distancia social. Y, de acuerdo a la propuesta de George Simmel (1950, 1997) la misma proximidad física de los habitantes y sus constantes (des)encuentros provoca que la distancia social sea más visible, derivando en la ciudad dividida expuesta por Barthes (1986). Medellín aparece pues fragmentada, dividida por barreras más sociales que físicas y se percibe como la ciudad del miedo y el crimen no sólo a partir del imaginario ciudadano, sino a través de la ciudad re-creada en las novelas.

De ahí que Medellín bien pueda incluirse bajo la categoría de *megalópolis* (Olalquiaga 1993) ya que su definición guarda estrecha relación con la estética de violencia y con las formas de exclusión que dicha ciudad genera en las calles y en sus espacios públicos. Vinculados al tema violencia-ciudad, encontramos los trabajos reunidos por Mabel Moraña (2002) que poseen como eje ordenador la denuncia de las formas que adquiere la violencia en las ciudades latinoamericanas, las expectativas de sus moradores, y los procedimientos de socialización que se asimilan bajo estas características. Por su parte y sin abandonar la visión de fragmentación, discontinuidad y exclusión, encontramos *Ciudadanías del miedo* (2000), donde Susana Rotker recopila diversos artículos que nos acercan al espacio urbano, para contar el miedo ante la

violencia social en las ciudades de América Latina, donde los ciudadanos se han convertido en víctimas en potencia.

Asimismo, este análisis ha retomado el énfasis que Davis (1990) y Harvey (1989) han mostrado en los procesos de fragmentación que inaugura la ciudad globalizada ya que, sin asumir del todo la posición posmoderna, ambos intentan describir la creación de espacios urbanos de fines de siglo XX y el papel que le cabe al individuo en tanto productor de una resistencia cotidiana al anonimato, la exclusión y la división de clase espacial. Un punto aparte, sin duda, es el viaje teórico y análisis empírico que realiza Manuel Castells (1977, 1983, 1995, 1996, 1997, 1998), a cuyos trabajos se ha referido en diversos momentos la presente investigación. Castells comenzó por la profundización de los puntos de continuidad en la planificación urbana y continuó con distintos análisis de los movimientos sociales en las re-estructuraciones de dicha planificación para continuar con la exposición de la hoy llamada 'ciudad informacional', señalando la radical transformación sufrida en la ciudad en las últimas décadas. Y, ya en una línea más específica encontramos *Carne y Piedra*, trabajo de Richard Sennett (1997) donde se une la experiencia del cuerpo a la planificación urbana dando cuenta de la comunicación entre ambos.

Durante los últimos 25 años, la vida colombiana ha experimentado ciertos cambios en cuanto a las formas de relación social, actividades públicas y las fronteras territoriales internas e invisibles, lo cual ha creado un tipo de apartheid social. De acuerdo con Ledrut (1986), los barrios contruidos por cierto grupo —o, mejor sería decir, por la subcultura que

le cohesiona— representa una ruptura en el orden social. A partir de esta idea, Medellín presenta rupturas en el orden social ya que la división territorial implica, a su vez, la existencia de distintas culturas, y entre éstas una subcultura especialmente significativa ha provocado cambios profundos en la sociedad por su fuerte matiz violento. En la década de 1980 el auge del narcotráfico es reconocido como un hecho determinante en la generación de miedos colectivos que han incidido, desde entonces, en la dinámica social y urbana de la ciudad y en las formas de representarla, adquiriendo el renombre mundial como la ciudad más violenta del mundo. La *subcultura del narcotráfico*, como se ha venido denominando a la cultura expresada y difundida por la industria del tráfico de drogas, posee un sistema de prácticas significantes imbuídas tanto en el lenguaje —creándose así un ‘antilinguaje’ (Halliday 1982) denominado *parlache*— como en distintas manifestaciones culturales y religiosas. De este modo, el ciudadano marginal y excluido de la ciudad tradicional y ahora reclutado por la industria del narcotráfico, lejos de representar un ente pasivo, refuncionaliza elementos de su cultura en el espacio urbano.

En el cuarto capítulo del trabajo se ha ubicado la ciudad dentro de la literatura y no sólo en el marco colombiano, sino realizando un recorrido por la literatura en general para pasar específicamente a la narrativa colombiana y su forma de rearticular la ciudad de finales de siglo XX.

En el último capítulo del presente estudio, ‘(Sub)culturas urbanas y narrativas’, se analizan algunas de las manifestaciones culturales articuladas por el fenómeno urbano de la violencia y el *sicariato*,

estableciendo, al mismo tiempo, un debate sobre la posición del *sicario* como subalterno criminal. En realidad, se trata de observar cómo una realidad irrepresentable regresa de modo perturbador para mostrar los límites de lo simbólico. A partir del término *transculturación* acuñado por Fernando Ortiz (1940, 1978), se indaga la influencia que la cultura del narcotráfico ha tenido sobre el ciudadano de Medellín y en qué modo ha sido incluida tanto en la sociedad como en el discurso. Para ello se expondrán distintas aproximaciones que retoman el concepto de *transculturación* tal y como es definido por Ortiz, a la vez que se darán aquellas posiciones más críticas del concepto: Cornejo Polar (1997), Moreiras (1997), Román de la Campa (1994). Por otra parte, se ha recurrido a los trabajos de Jesús Martín-Barbero (1987, 1992, 2002) y Nestor García Canclini (1995) quienes, a partir de las teorías expuestas por Homi Bhabha (1990,1996) y Edward Said (1993) apuntan las pautas sobre la construcción de identidad en América Latina y nos obligan a preguntarnos cómo la identidad del otro es principalmente articulada desde el *afuera* y en qué lugar se coloca la literatura en la formación de estas identidades por su tendencia totalizadora paralela a la del discurso del conocimiento disciplinario.

Por otro lado, y partiendo de las definiciones de subalternidad y subalterno de Guha (1998), Spivak (1988) y Chakrabarty (1992), se pretende discernir si el propio término no constituye una acción subordinante que legitima el discurso hegemónico, construyendo su identidad que es, de este modo, asimilada localmente. Pero, además, se

indagará en la forma en que el *sicario* —‘el subalterno que empanicó a Medellín’ (Franco Ramos 1999)— abandona su estatus subalterno a partir de la violencia y de la fetichización del ésta en distintos discursos.

Estos nuevos sujetos sociales y sus manifestaciones culturales — principalmente el ‘antilinguaje’— han sido reelaborados en la narrativa colombiana que los representa desde la perspectiva de un autor letrado que convierte al sujeto en objeto en el texto. De este modo, en este trabajo nos preguntamos hasta qué punto, la narrativa desterritorializa al sujeto, convirtiéndolo ahora en producto de mercado y confirmando su existencia a partir de la diferencia. Este análisis busca responder cómo, a partir de la mediación y la traducción del discurso del Otro, se construye la identidad del sujeto subalterno como alteridad amenazante, fortaleciendo a la norma y reafirmando estereotipos establecidos desde el *afuera*.

El campo crítico que se ha acercado al estudio de la representación literaria de los sujetos emergentes ligados a la economía ilegal del narcotráfico se reduce a ciertos artículos (Franco 2001, Jáuregui 2002) que han indagado principalmente en el modo en que las novelas representan al *sicario* en la ciudad de Medellín, mostrándose de acuerdo con la categoría que sitúa a Medellín como el espacio del crimen. Sin embargo, estos estudios no cuestionan el valor de la ficción en la fijación de estereotipos globalmente contruidos ni se detienen en la forma en que la voz y el lenguaje del subalterno entran en la narrativa. Carlos Jáuregui (2002) realiza un claro análisis de la forma en que Vallejo, desde la posición de poder que le otorga el conocimiento de la lengua, define

Medellín como el lugar de la barbarie, absolviéndose de toda responsabilidad. Sin embargo, los estudios críticos no ahondan en el contexto histórico-social ni se plantea la posibilidad de la narrativa en la (re)creación de imaginarios urbanos. Por otra parte, no se había establecido, hasta el momento, una relación entre el contexto y la lengua 'parlache' del *sicario*, ni entablado un diálogo teórico que sintetizara el lugar del *sicario* en los textos literarios. En realidad, no podemos leer ninguna de estas novelas ni como sustituto de crónicas periodísticas ni como sustituto de una realidad que nos queda alejada. Los textos que se analizarán en el presente estudio son trabajos de ficción que, a su vez, recurren a teorías disciplinarias para situar sus relatos. De ahí que en muchas ocasiones, a pesar de su documentación, el relato se posiciona en lugares comunes. Además, el lenguaje, como he referido anteriormente, no entra en las novelas como otro igual sino a partir de una traducción, a partir de una diferencia que le continúa colocando en el lugar marginal.

No obstante, con el presente trabajo no pretendo recuperar el subalterno en sí mismo ya que, con ello, estaríamos contradiciendo la postura tomada hasta el momento frente al subalterno. En realidad, el objetivo que se pretende es problematizar lo que se ha hecho o dicho *de* y *sobre* la subalternidad y el subalterno para atraparlo y conjugarlo con la forma, en que las novelas en cuestión elaboran y recrean a dicho sujeto.

En *Sangre Ajena* de Arturo Alape, *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, *Rosario Tijeras* de Jorge Franco Ramos y *Morir con*

*papá* de Oscar Collazos y *Ganzúa* de Fernando Macías aparece el *sicario* en la ciudad de Medellín reflejando el poder de la literatura en la construcción de identidades. Pero, cabría preguntarnos si existe otro modo de aproximación a estos sujetos emergentes y a su entorno a partir de la literatura, ¿Cómo puede la narrativa tejer una historicidad otra que requiere nuevas estrategias de lectura crítica? ¿Puede el texto ocupar el espacio cultural cuando la escritura y la literatura en sí mismas han sido descentradas de su espacio cultural? ¿Son capaces los textos de representar al sujeto marginal y transmitir la existencia diaria vivida por el *sicario* en la ciudad o, por el contrario, marcan ciertos estereotipos que gobiernan la idea colectiva de miedo y violencia sin sentido? ¿Abren estos textos, en cualquier modo, un diálogo con el discurso hegemónico?

A lo largo de este análisis se intentará dar respuesta a dichas cuestiones y, con ello, colaborar en la tarea de discernir cuál ha sido la posición que se ha otorgado a la ciudad de Medellín y a la cultura del narcotráfico y *sicariato* en la literatura contemporánea colombiana.

## **II COLOMBIA: VIOLENCIA Y NARCOTRAFICO**

### **I INTRODUCCION**

La violencia tiene una inquietante presencia histórica en Colombia y cómo sus causas y consecuencias tienden a no ser bien comprendidas. En un país donde las guerras civiles nunca acabaron en una mesa de negociación sino con el exterminio y capitulación de una de las dos partes, desconfianza, miedo e inseguridad no han permitido llegar a soluciones definitivas. En las últimas décadas, Colombia ha padecido diversas manifestaciones de violencia como resultado de los cambios modernizantes que ha experimentado la sociedad urbana y del efecto perturbador que sobre ésta ha tenido el narcotráfico. Todo ello hace que la violencia en este país sea compleja, bidireccional y multiforme, a la vez que se presenta en diferentes ámbitos de la vida nacional. De hecho, el país anuncia varios fenómenos claves que son los principales motivos de la situación de violencia que se padece: la descomposición del poder del Estado, que se manifiesta en todas las escalas institucionales, y la apatía de la sociedad civil, que observa atónita la presencia de la muerte. Pero el énfasis unilateral de la violencia a partir de la emergencia del narcotráfico ha contribuido a la mitificación de este fenómeno como causa de todos los males y no ha posibilitado una comprensión contextualizada del problema. Estas lecturas míticas parecen implicar un mundo utópico anterior a la llegada del narcotráfico y de su desaparición con la emergencia de los

cárteles de la droga. No obstante, los conflictos producidos por la economía del narcotráfico, la guerrilla, los grupos paramilitares de derechas, las agrupaciones de *sicarios* y todos los esquemas mixtos de confrontación y colaboración, incluso de aquellos que se suponen adversarios, se insertan en una serie de problemas que se han venido acumulando en la sociedad colombiana a lo largo de los siglos.<sup>8</sup> Debido a lo anterior, la situación del país es compleja y delicada ya que se puede considerar la expresión de un conflicto que ha generado una guerra sin principios y que ha reafirmado particularismos que tienden hacia la fragmentación y la exclusión de miembros de la misma sociedad.<sup>9</sup> Sin embargo, estas tensiones que son puestas de manifiesto y multiplicadas al máximo con el narcotráfico, no son producidas por la coyuntura específica de éste. Y, a pesar de que ésta sea una guerra local, también obedece a modificaciones de la violencia organizada global, en la cual la distinción entre lucha revolucionaria, crimen organizado y violación de los derechos humanos se ha hecho borrosa. Y, en un país que se desintegra, el proceso de globalización ha erosionado, por sí mismo, la autonomía del

---

<sup>8</sup> El narcotráfico inicia relaciones con la guerrilla cooperando en territorios comunes donde la guerrilla cuidaba las zonas de cultivo y brindaba seguridad a los laboratorios y, como contraprestación, recibía el impuesto del 'gramaje'. Estos acuerdos dieron pie a la narco-guerrilla. Sin embargo, otras alianzas disímiles podrían ser aquellas que unen autodefensas con narcotraficantes o con sectores tradicionales de la sociedad a partir de la venta de sus propiedades de alto nivel a personajes relacionados con el narcotráfico. Por otra parte, la alianza entre los carteles de las drogas y los contrabandistas de armas y mercenarios es antigua. Basta recordar lo que nos menciona Totaklián (2000) referente al exmilitar israelí Fair Klein quien, contratado por Rodríguez Gacha, adiestró a los escuadrones de la muerte que operaban bajo su mando en el Magdalena Medio. Y, el propio Carlos Castaño, cabeza de las Autodefensas Unidas de Colombia, comenta en una entrevista que se sabe de la existencia de una red de traficantes de armas procedente de Surinam y Brasil que canjea armas por cocaína. En ocasiones, dichas asociaciones han sido auspiciadas por gobiernos tales como el de Alberto Fujimori en Perú (involucrado en el tráfico de armas procedente de Jordania y que terminó en poder de las FARC).

<sup>9</sup> Colombia es un país cuya sociedad se halla fragmentada fuertemente por las regionalidades. Esto ha llevado a la falta de cohesión nacional y a la necesidad de crear símbolos para sustituir dicha carencia.

Estado.<sup>10</sup> En realidad, el narcotráfico podría ser el resultado de un prohibicionismo equivocado y los narcotraficantes pueden ser definidos como una clase criminal en ascenso que ha convertido a Colombia en prototipo de globalización defectuosa.<sup>11</sup> De ahí que la ahistoricidad como método de análisis y como enfoque del problema conlleve a una serie de presupuestos que se deben desenmascarar si se pretende realizar un estudio profundo y serio de la violencia contemporánea en Colombia y de sus incontables representaciones narrativas; una violencia que, en su mayor parte, tiende a la irracionalidad.

Es por lo anterior que se puede afirmar que, si bien el narcotráfico ha actuado como agente desestructurador del tejido social colombiano y de un Estado ya potencialmente debilitado debido a los múltiples conflictos que vivió el país a lo largo del siglo XX, no puede ni considerarse como causa única de la violenta situación colombiana, ni analizarse de forma desligada a otros problemas. Entre estos conflictos cabe destacar el período que se ha venido denominando como La Violencia de los años 50, una violencia que se ha escrito con mayúsculas, quizá por ser el fenómeno más significativo y de peores consecuencias para el país acontecido en pleno siglo XX. De hecho, la historia del siglo

---

<sup>10</sup> La globalización es un proceso complejo y contradictorio ya que busca integrar a las diversas sociedades en su lógica, desintegrando pautas y parámetros sociales existentes en las naciones. A su vez, 'mientras aspira a una mayor inclusión territorial, desata una mayor exclusión ciudadana y, al tiempo que pretende una estandarización en los postulados económicos e institucionales, produce graves desequilibrios regionales y políticos' (Totaklián 2000: 30).

<sup>11</sup> El poder disgregativo es el que Carroll identifica como una forma de poder de los débiles. Esta forma no ha sido profundamente estudiada debido a que siempre se coloca el acento en el poder de los poderosos, en aquel que ejerce control. Sin embargo, y de acuerdo con Carroll, este poder posee una capacidad de erosionar y derrumbar las instituciones sociales, políticas y económicas establecidas, mediante acciones violentas que pone en evidencia las deficiencias e injusticias de

XX en Colombia se parte en dos: un “antes” y un “después” de la Violencia y, por ello, se ha considerado pertinente partir de dicho período para situar el contexto de la violencia actual no sólo para posibilitar la contextualización de la situación contemporánea y comprender la fragmentación social y urbana que ya sufría el país en el momento de la emergencia del narcotráfico, sino también para analizar las tendencias culturales y narrativas que tales fenómenos han suscitado.

## II LA VIOLENCIA<sup>12</sup>

Desde 1848, Colombia tiene un sistema político partidista tradicionalmente compartido por el Partido Liberal y el Partido Conservador. Desde el inicio de la guerra civil de los Mil Días el 17 de octubre de 1903 hasta 1930, la administración del país la manejaron los conservadores. En los años veinte del mismo siglo hubo una serie de conflictos sociales que culminaron, en 1928, con la huelga de los obreros de la United Fruit Co. Durante cuatro meses protestaron treinta y dos mil trabajadores de la zona bananera de la Costa Atlántica colombiana (Posada 1968). El enfrentamiento acabó con el asesinato —atribuido al Partido Conservador— de mil quinientos operarios, lo cual se ha considerado una de las primeras manifestaciones de la violencia masiva en la Colombia del siglo XX. A partir de este incidente comenzaron las protestas contra el régimen y en 1930 Enrique Olaya Herrera, líder del

---

un estado de derecho. Para un estudio sobre el poder disgregativo de la globalización puede verse Berenice Carroll (1972).

partido liberal, asumió la presidencia de la República.<sup>13</sup> Durante los años siguientes los liberales trataron de intimidar a los miembros del partido derrotado, quienes, por su lado, organizaron una fuerte resistencia. Se desató así la primera ola de violencia que, sin embargo, no llegaría a las situaciones críticas posteriores. La hegemonía política de los liberales se mantendría durante varias elecciones. En 1942 fue elegido, para el siguiente cuatrienio, el candidato del partido liberal Alfonso López Pumarejo, quien, ante la crisis económica del país, introdujo una serie de reformas que representasen a las clases medias y populares de la sociedad. Sus iniciativas se basaron en el apoyo oficial a la reforma de sindicatos, la reforma de la educación, una ley para estabilizar los derechos de los colonos y una reversión al estado de latifundios explotados por los terratenientes (Oquist 1978:14). Naturalmente, estos cambios fueron controvertidos y fuertemente criticados, sobre todo por los conservadores y latifundistas que veían ocupadas sus tierras. López Pumarejo dimitiría en 1945 y el congreso elegiría al liberal Alberto Lleras Carmargo para la presidencia de la República con la intención de que estableciera un giro en la dirección del estado y sus políticas.

---

<sup>12</sup> Para el estudio de la Violencia se ha recurrido principalmente a los trabajos de Guzmán Campos et al (1962-64), Oquist (1978), Sánchez (1986, 1990, 1993), Bergquist (1992), Posada (1968), Pécaut (1985).

<sup>13</sup> Los dos partidos políticos mayoritarios en Colombia (Partido Liberal y Partido Conservador) no presentan mayores diferencias en cuanto al elitismo político que ha dominado las instituciones. Por ello, ninguno de los dos han presentado una política de masa, continuando con la pirámide estructural del país y se han organizado alrededor de sus propios intereses, negado la existencia a otros partidos políticos alternativos. En cuanto a las diferencias ideológicas podríamos señalar que el Partido Liberal cuenta con un mayor número de miembros en las ciudades al mostrarse a favor de la reforma agraria, la industrialización y estar más orientado hacia el bienestar de la nación. Además, el Partido Liberal se manifiesta anticlerical e intenta ser menos proclive a la propiedad privada. Por su parte, el Partido Conservador cuenta con mayor apoyo en las zonas rurales, sobre todo de los terratenientes, militares y la Iglesia Católica.

En 1946 regresa el conservatismo más radical sin contar con la adhesión de las masas populares. La victoria conservadora fue posible a merced de la escisión del partido liberal cuyos candidatos, a pesar de haber ganado individualmente en número de votos, obtuvieron porcentajes menores que aquellos obtenidos por el conservador Mariano Ospina Pérez. El líder conservador ganó la aprobación de los empresarios por su política diseñada hacia los beneficios generados por la recuperación de la economía internacional después de la segunda Guerra Mundial. Y, con los conservadores de nuevo en el poder, empieza la época de gran represión contra el campesinado que había adquirido cierta influencia con las políticas de reforma agraria establecidas por los gobiernos liberales anteriores. Pero, el ascenso de Ospina al poder no se caracterizaría únicamente por la intensa represión a los sectores más humildes, sino que, al mismo tiempo, fue dirigida contra los partidos de Jorge Eliécer Gaitán, líder de los sectores más radicales del partido liberal. Gaitán, sirviéndose del esquema tradicional y de un ferviente populismo, promulgaba en sus discursos la oposición del pueblo contra oligarcas, ya bien fueran liberales o conservadores. Ya en 1947 aparecía como el candidato invencible para las elecciones de 1950 y, para los conservadores, la represión se convertiría en el único medio posible de mantenerse en el gobierno de la nación. Por su parte, Gaitán, con dotes de gran orador y con un amplio sentido del espectáculo, a pesar de su reputación de caudillo de Bogotá, conseguía que su oratoria llegara y fuera comprendida por un alto porcentaje de la población. El candidato

conservador, Laureano Gómez, quien, tras el asesinato de Gaitán, tomaría la presidencia de la República en 1950, lucharía contra la alianza con los campesinos e incluiría de nuevo a caciques e iglesia en su programa político. Colombia iba ya, en 1947, hacia la ingobernabilidad.

Uno de los elementos que marcó la pauta de La Violencia fue el asesinato de Gaitán, el 9 de abril de 1948. Esta fecha, conocida como 'El Bogotazo',<sup>14</sup> causó tempestuosas protestas. En la capital colombiana perecieron ese día alrededor de 2.585 personas. La reacción de las masas fue inmediata y muchos colombianos salieron a las calles a vengar la muerte, aún no esclarecida, de su líder. La ruptura de las relaciones entre los partidos no se hizo esperar y ambos líderes continuaron racionalizando la violencia entre sus aliados. Durante este período el poder del Partido Conservador se mantuvo de forma autoritaria y violenta, proclamando el estado de sitio en noviembre de 1948, cerrando el congreso e imponiendo censura de prensa. Por otra parte, tanto la policía sectaria como el ejército jugaron un papel partisano en el uso que el gobierno hizo de la violencia en municipios donde los activistas liberales vieron al gobierno como una dictadura ilegítima.

En 1951 Laureano Gómez dejaría la Presidencia de la República al militar Roberto Urdaneta con quien La Violencia vivió su período más cruento. En 1953, Laureano Gómez regresaba, tras su enfermedad, a la Presidencia de Gobierno y declaraba públicamente sus intenciones de introducir una reforma constitucional que garantizaría a su gobierno el

dominio legítimo por un período más largo de tiempo. Sin embargo, la violencia se mostró infrenable en ese año. Bajo una situación de violencia exacerbante tiene lugar el golpe de Estado que coloca al General Rojas Pinilla en el poder. La dictadura (1953-1957) es, en un primer momento, ampliamente aceptada por los colombianos debido al deseo de poner término a una guerra fratricida e insostenible pero, en realidad, representó un corto período de tregua durante el cual la situación en Colombia pareció mejorar. Rojas ofreció amnistía a los guerrilleros liberales y las directivas de ambos partidos se adhirieron al programa del caudillo. Sin embargo, la calma no duraría y Rojas Pinilla viendo que se le escapaba el poder, introdujo una severa censura que daría lugar a un recrudecimiento de la violencia (Posada 1968). De este modo, continuaron los actos violentos y las cadenas de asesinatos —en su mayoría contra miembros del Partido Liberal—, mientras que la guerrilla, que anteriormente no había atacado al ejército, se enfrentaría ahora a las Fuerzas Armadas, apoderándose de mayores territorios, logrando poner en crisis a la hegemonía burguesa y oligarca. Ante tales acontecimientos ambos partidos de gobierno optaron por cesar las hostilidades para volcarse contra la amenaza que, bajo su punto de vista, representaba el movimiento de masas (Sánchez 1986). Sus jefes, el conservador Laureano Gómez y el liberal Alberto Lleras Camargo, de acuerdo con los pactos concluidos en Benidorm (España) en 1956 y en Sitges (España) en 1957, constituyeron el llamado Frente Nacional. Rojas Pinilla se vio

---

<sup>14</sup> El término *Bogotazo* fue acuñado por Arturo Alape tras titular su trabajo de investigación y

obligado a renunciar al poder el 19 de mayo de 1957 y lo entregó a una junta militar que, por su parte, se comprometió a entregárselo, en el período de un año, al Frente Nacional. Este pacto político se establece con el propósito de frenar la ola de violencia que acechaba al país y el convenio establecía la alternación de poder durante 16 años entre liberales y conservadores. El Frente Nacional nació pues de un estado de violencia y heredaba los odios de una guerra que no obtuvo otro resultado que un alto número de víctimas.<sup>15</sup> Políticamente, el Frente Nacional se beneficiaba de la consolidación forzosa de las solidaridades entre ambos partidos pero se continuaría sosteniendo en la violencia como esencia del orden nacional. Por otra parte, la alternancia política representaba la restauración del poder de la elite socio-económica.

Es por ello que Colombia puede analizarse como un ejemplo único de paulatina descomposición política. Durante este período, además, aumentaría la delincuencia y se experimentarían un desorden en las personalidades y otros rasgos patológicos que llenarían las páginas del periodismo sensacionalista.

Pero, ¿qué fue La Violencia? ¿Por qué se mantuvo un término tan impreciso? Se ha hablado de “odios heredados” pero, sin embargo, La Violencia fue una guerra civil con el pleno sentido de la palabra, a pesar de que no fue entre las Fuerzas Armadas y milicias civiles sino entre los miembros de dos partidos hegemónicos. El conflicto enfrentaba, por una

---

entrevistas sobre el 9 de abril con el mismo nombre: *El Bogotazo*.

<sup>15</sup> Víctimas que, por otro lado, murieron por la defensa de una causa ajena, aquella de los oligarcas que continuaron en el poder.

parte, sectores de la pequeña burguesía y campesinado, los cuales en su mayoría apoyaban a Jorge Eliécer Gaitán y a su formación política y, por otra parte, terratenientes y alta burguesía que, bajo el amparo del Partido Conservador, utilizaron al aparato estatal para establecer un régimen de terror y montar una dictadura policiaco-militar que les permitiera frenar las exigencias democráticas de la pequeña burguesía y los trabajadores. Con ello se confirmaba que la historia colombiana del siglo XX se define por una lucha de clases, por parte de una clase dominante que no está dispuesta a abandonar la acumulación desmedida y que intenta mantener el control por la fuerza y, por otra parte, una mayoría que, por quedar fuera del sistema socio-económico impuesto por la minoría en el poder, no posee voz para dialogar. Así, por un lado vemos La Violencia dentro de los parámetros propios de la articulación capitalista: acumulación de riqueza y poder, y por otro, La Violencia se inscribe en el deseo de una nueva organización social derivado de un régimen represivo. Sin embargo, estas ideas no llegan a muchas mentalidades campesinas cuya idea principal fue defender la vida, lo cual no se moviliza por conciencia sino por instinto. A esta represión ejercida por burgueses y terratenientes bajo los auspicios del aparato estatal, liberales y comunistas se manifestaron básicamente a través de las guerrillas, las cuales ganan amplias zonas de dominio en las que implantan sistemas administrativos propios y movilizan contra el gobierno a miles de campesinos (Guzmán Campos et al 1968). Estos guerrilleros reaccionan contra el genocidio efectuado por el gobierno a manos de la policía *chulavita* y las bandas

criminales de los llamados “pájaros”.<sup>16</sup> En realidad, estos últimos se convierten en los primeros *sicarios* colombianos del siglo XX. La definición que de “pájaros” realiza Guzmán en *La Violencia en Colombia* es la siguiente:

[el “pájaro”] Nace en el occidente de Caldas y es perfeccionado en el Valle. Integra una cofradía, una mafia de desconcertante eficacia letal. Es inasible, gaseoso, inconcreto [sic], esencialmente ciudadano en los comienzos. Primero opera sólo en forma individual, con rapidez increíble, sin dejar huellas. Su grupo cuenta con automotores y flotas de carros comprometidos en la depredación con chóferes cómplices en el crimen, particioneros del despojo. Su modalidad más próxima es la del sicario. Al principio no asesinan infelices, sino a gente de nota, sindicada de apoyar la revolución o a dueños de haciendas, especialmente cafeteras, cuya cosecha sirva para acrecer el fondo de la organización. Aquí se habla de organización; en las toldas liberales de movimiento. Asesinar a alguien constituye un trabajo. Al “pájaro” se le llama para hacer un trabajito y se ajusta el precio [...].la mecánica política se monta contra comités y directorios municipales. A mano de los “pájaros” caen los miembros liberales de estos organismos con precisión cronométrica, sin respetar lugares ni personas y sin esperar castigo para los criminales porque las gentes se aterran y no los denuncian...Serán famosos: El Cóndor, León María Lozano; el pájaro azul; el pájaro verde; el lamparilla; bola de nieve, etc. Todos con un récord delictivo increíble. Basta con recordar que sistemáticamente dieron de baja a muchos jefes liberales cumpliendo con la consigna de realizar la violencia por lo alto (Guzmán et al 1968:165-166).

Daniel Pécaut (2001) compara los “pájaros” con los *arditti*, los grupos que acompañaron la subida del fascismo en Italia. Y Eric Hobsbawn (1985) los define como la réplica de la mafia siciliana.

En la primera fase, La Violencia fue política —representando la competición por la oficina pública que aumentaba por la expansión del electorado, beneficios del Estado, etc. Sin embargo, para 1950 el carácter de La Violencia cambió y adquirió las características de una protesta campesina. Se reclamaba una legislación agraria, ya que campesinos y pequeños propietarios estaban paulatinamente perdiendo sus tierras. La

---

<sup>16</sup> *Chulavitas* y “pájaros” eran los nombres con los cuales se conocía a los asesinos con mentalidad conservadora que actuaron durante La Violencia y que ganaban posiciones políticas o sociales a partir de sus trabajos criminales siempre en beneficio del Partido Conservador.

inoperancia estatal explica cómo La Violencia podía funcionar fácilmente y cómo las guerrillas fueron ganando cooperación campesina ya que con un Estado inoperante en muchas regiones era difícil que pudiera defender a los ciudadanos. Es así que las guerrillas obtuvieron la ayuda de los campesinos y trabajadores a pesar de la ambigüedad de sus objetivos — luchas por territorio, contra firmas extranjeras, contra el gobierno, etc.— y, por su parte, el gobierno no actuó consecuentemente sino que entró en confusión a la hora de definir o juzgar a las organizaciones guerrilleras ya que en algunas ocasiones las acusó de ser movimientos subversivos mientras que en otras les otorgó los derechos de grupos militares.

Algunos industriales y constructores se vieron beneficiados por La Violencia que, a causa de la migración a las ciudades, consiguieron mano de obra más barata y estimuló la construcción. Pero los que realmente se beneficiaron fueron los mercaderes que revendían objetos robados, incluyendo café, en el mercado blanco. Por otra parte, a pesar de que la estructura rural no llegara a cambiar, si hubo muchas ventas de tierras a precios irrisorios ante las amenazas e intimidaciones que se ejercían sobre los propietarios. Esto sucedía principalmente en las zonas en las que los conservadores estaban en el poder donde se daba el caso de ventas o abandonos de tierras por parte de liberales. Lo cierto es que nadie quedó libre de la violencia, que afectó vidas y psicologías.

### III FRENTE NACIONAL

El pacto de Benidorm (1956) establecía un principio de cooperación entre liberales y conservadores. El histórico pacto de Sitges (1957) establecía que, cualquiera que fueran los resultados de las elecciones, el poder debía ser dividido por igual entre ambos partidos y que el sistema de convivencia se mantendría por un período de 16 años. El liberal Alberto Lleras Camargo (1958-1962) fue elegido como primer candidato presidencial del Frente Nacional y no sólo contaba ya con experiencia presidencial, sino que era la figura que podía ganarse la simpatía de las facciones conservadoras 'Ospinistas' y 'Laureanistas'.<sup>17</sup>

Sin embargo, el Frente Nacional, con su democracia limitada, abolía las amenazas populistas, mientras consolidaba el poder de las elites.<sup>18</sup> Además, esta fórmula de alternancia política entre los dos partidos hegemónicos y oligarcas debilitaba aún más la autoridad del estado. Sin embargo, los peligros de las luchas agrarias y de los movimientos guerrilleros no disminuían ya que La Violencia contribuyó a la propia creación del Frente Nacional y, por ello, hereda sus problemas y malestares. El bipartidismo político de conservadores y liberales provocaba una dialéctica de confrontación que solía terminar con reconciliaciones forzadas y se nutría, desde el siglo XIX, de prejuicios y odios mutuos. De este modo, al igual que se había lanzado al pueblo a

---

<sup>17</sup> Es llamado Ospinista a aquel seguidor del líder conservador Mariano Ospina Pérez, presidente de la República 1946-1950. Laureanista es aquel seguidor de Laureano Gómez, conservador y presidente de la República de 1950 a 1953.

<sup>18</sup> A partir de un claro 'clientelismo' el Frente Nacional abolía cualquier oposición. Durante estos años Colombia vivió bajo una falsa democracia o democracia restringida. Para un análisis reciente del Frente Nacional véase M. Palacios (1995).

una guerra civil, se le obligaba a una reconciliación nacional arreglada por los propios líderes de los partidos. En el período del Frente Nacional no existió una verdadera oposición política al gobierno y fue únicamente la ANAPO —movimiento creado por el General Rojas Pinilla— el que se consolida.<sup>19</sup> Por su parte, los partidos de izquierda parecen desvanecerse durante La Violencia y aparece un fuerte nacionalismo económico que, posteriormente, ayudará a la penetración del narcotráfico ya que defenderá los intereses financieros individuales y colectivos que se ven beneficiados a partir del tráfico de drogas. Durante este período y los años siguientes, la violencia sigue siendo el método principal para “solucionar” los problemas del país y el pacto bipartidista nunca incluyó reformas sociales, ni incorporó a las masas campesinas en los proyectos nacionales, ni a los nuevos pobres que habitaban la ciudad. Algunos líderes guerrilleros entregarían sus armas pero fueron asesinados en las calles, lo cual se consideró una traición y, aquellos que pudieron sobrevivir evolucionarían para posiciones comunistas dirigidas por Manuel Marulanda “Tirofijo” (FARC) o Jacobo Arenas (M-19).<sup>20</sup> Estas luchas

---

<sup>19</sup> ANAPO: Alianza Nacional Popular. Partido político formado en los años sesenta por los seguidores del presidente/dictador General Rojas Pinilla. Inicialmente compuesto por Conservadores alejados del Frente Nacional, atrajo eventualmente a un amplio espectro de seguidores, incluidos socialistas. Aquellos miembros de ANAPO, particularmente los socialistas, más tarde se unieron con el grupo comunista que formaría el M-19.

<sup>20</sup> FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas. El grupo mayor y más fuerte de todas las guerrillas colombianas. A distinción de la guerrilla marxista, estos son formados en los años sesenta. Las FARC se desarrolla en respuesta a la ofensiva del Gobierno Conservador contra liberales de los años cincuenta. Su estructura se basaba en la sobrevivencia y el bienestar y, por ello, está profundamente enraizada en los territorios donde opera. Manuel Marulanda Vélez, alias “Tirofijo” ha sido su líder desde su fundación.

M-19: Se funda en 1972 como interlocutor genuino del Gobierno y generador de propuestas para la política nacional. Sus miembros proceden de sectores de las FARC (Jaime Bateman, Alvaro Fayad, Ivan Marino Ospina y Carlos Pizarro) y un sector de socialistas y ANAPOS (Carlos Toledo, Andrés Almarales, Israel Santamaría). Se convirtió en la guerrilla más respetada del país y su declive llegó tras el ataque frustrado al Palacio de Justicia en 1985. En 1990 se firma el tratado de

guerrilleras sobrepasarían los marcos legales y se inician como movimientos armados de insurrección o grupos guerrilleros que persisten hasta mediados de los años setenta con las formas de violencia anteriores tales como el bandolerismo.

Los logros obtenidos por Alberto Lleras Camargo (1958-1962) y Guillermo León Valencia (1962-1966), líderes de los partidos Liberal y Conservador respectivamente, muestran el exterminio de los focos de resistencia bandolera en zonas del país, lo cual se valoró como una victoria contra La Violencia. Sin embargo, en las ciudades, apareció una violencia delincriminal organizada y se formaron bandas de atracadores y secuestradores que adquirieron el renombre por su eficacia de acción. Estos grupos generaron un fuerte estado de alarma y marcaron el inicio de un estado de inseguridad en las ciudades, sobre todo en Medellín. En 1967, de acuerdo a la política de León Valencia, a modo de defensa civil, se crearon grupos de autodefensa frente a esta delincuencia emergente. Esta iniciativa, que progresaría también bajo el gobierno de Carlos Lleras Restrepo —líder del partido liberal entre 1966-1970—, autorizaba a la policía nacional a fomentar agrupaciones de moradores que se organizaran voluntariamente para la vigilancia de la vecindad. Estas iniciativas fueron sobre todo bien recibidas en los barrios comunales donde la policía carecía de todo poder. No obstante, estas organizaciones generaron lo que pasaría a denominarse “escuadrones de la muerte”,

---

Paz con el Presidente Virgilio Barco pero sus miembros son perseguidos y, muchos de ellos, asesinados.

grupos de justicia privada que exterminarían no sólo delincuentes, sino también a todo aquel que se considerara “desechable” o desperdicio social —entre los cuales se encontraban prostitutas, drogadictos, homosexuales, etc. Los “escuadrones de la muerte” degeneran más tarde en el MAS, grupos de exterminio patrocinados por el narcotráfico a quienes se les atribuye asesinatos de líderes sindicalistas, profesores, estudiantes de la Universidad de Antioquia y miembros de la Unión Patriótica.<sup>21</sup> La limpieza social se convierte, de este modo, en sinónimo de crimen indiscriminado.

#### **IV LOS AÑOS 70**

A inicios de los años 70, con el gobierno conservador de Michael Pastrana (1970-1974), se reiniciaba una atmósfera de conflicto y creciente violencia en Colombia. Pastrana seguiría una vía terrateniente que se fundamentó en una reforma urbana que sirviera para incrementar la migración rural para la ciudad con empleos productivos que abaratan, en la mayoría de las ocasiones, la mano de obra para la industria y generaran la construcción.

Sin embargo, tras la vía campesina seguida por Lleras Restrepo en el gobierno anterior, la resolución de Pastrana no hacía más que reavivar

---

<sup>21</sup> UP (Unión Patriótica). Partido de izquierda formado en 1979 para participar en la política electoral. Los integrantes de Unión Patriótica tenían relaciones establecidas con las FARC desde su fundación. Obtuvieron éxito electoral pero la mayoría de sus miembros fueron asesinados por los paramilitares y narcotraficantes a finales de los años ochenta. Los dirigentes de la UP han denunciado reiteradamente la implicación de las Fuerzas Armadas colombianas en los asesinatos y la desaparición de sus miembros y han presentado ante el procurador general de la nación y ante las autoridades judiciales información que supuestamente implica a miembros de las Fuerzas Armadas en estos abusos. Sin embargo, en la gran mayoría de los casos los responsables de las muertes no han sido puestos a disposición judicial.

la defensiva de las guerrillas que seguían actuando en el país y que, contrariamente a la división que se experimenta en el seno de las Fuerzas Armadas, se encontraban en pleno auge y crecimiento. Este hecho se ve acompañado por el avance de los grupos de autodefensa o paramilitares.

Las guerrillas se dividían en varios frentes. Por un lado encontramos a las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), con una clara tendencia soviética y bajo el liderazgo de Manuel Marulanda “Tirofijo”, el EPL (Ejército Popular de Liberación), compuesta de jóvenes profesionales y estudiantes de tendencia maoísta, el ELN (Ejército de Liberación Nacional) representada por jóvenes estudiantes de tendencia castrista y seguidores del *foquismo* del Che y el M-19 con los “anapistas”. Eran los últimos años del Frente Nacional, a pesar de que, en la práctica, la alternancia bipartidista que enmarcaba la falta de libertades institucionales, se prolongara hasta entrados los años ochenta. De hecho, la forma que había adoptado el Frente Nacional no terminaría como se había previsto con el liberal Alfonso López Michelsen (1974-1978), ni con el también liberal Julio César Turbay Ayala (1978-1982).

A finales de los años setenta, el Frente Nacional intentó proyectar un proceso consultativo de apertura. Sin embargo, a pesar de dicho intento gubernativo por salvar discontinuidades, el desencanto de la clase urbana media debido a una política que beneficiaba únicamente a transnacionales y empresarios no se hace esperar. De este modo, los años 70 se caracterizarían por las continuas huelgas en los sectores

públicos y por grandes revueltas sociales. Esta desmoralización general prolonga la vida de los movimientos guerrilleros y da lugar a otras actividades de secuestro y extorsión que debilitan las bases de las estructuras armadas al alimentar las formas económicas ilegales y, a la vez, fomentan la crisis y la desmoralización general.

En 1974 se presentan las primeras elecciones tras el régimen bipartidista, a pesar de que no será hasta 1977 que la crisis del Frente Nacional se hace efectivamente visible y tiembla la hegemonía que las elites socio-económicas tradicionales habían intentado consolidar.

En 1975 se aprecia un alza en los precios del café unida al desarrollo de las exportaciones de marihuana y cocaína. En 1978 las ganancias de la exportación de la droga alcanzarían las mismas tasas que aquellas para el café.<sup>22</sup> Este hecho representó un gran desafío para un Estado que trataba de neutralizar las consecuencias de una economía clandestina con medidas austeras que afectaban tanto al crecimiento industrial como ponían en detrimento a la agricultura. Pero, además, también supuso un desafío para las clases medias que veían la especulación financiera y la consolidación de un complejo económico subterráneo como sus directos competidores. Y, quizá ninguna otra ciudad colombiana representa este cambio súbito de tendencias y

---

<sup>22</sup> Según las *Estadísticas Históricas de Colombia*, Tomo I, Unidad de análisis macroeconómico, DNP, Tercer Mundo Editores: Bogotá, 1998, p.136, las exportaciones del café en 1997 equivalen a 2.262 millones de dólares. De acuerdo a las cifras presentadas por Roberto Steiner (1997) y que son citadas por Francisco E. Thoumi en *El Imperio de la Droga: narcotráfico, economía y sociedad en Los Andes* (2002), las drogas supondrían un ingreso superior al del café: 'Según Steiner, el ingreso total de las drogas ilícitas para los primeros años de la década de los 80 asciende a 2.000 millones de dólares, suma que aumenta drásticamente a más de 4.000 millones en 1984 y fluctúa ampliamente entre 1.000 millones y 3.000 millones durante el resto de la década. Entre 1989 y 1995 tiende a estabilizarse en cerca de 2.500 millones de dólares' (182).

actitudes mejor que Medellín ya que en ella concurren una serie de factores clave. Cuna de la industria colombiana y de la burguesía católica, la ciudad se transforma en el nido del narcotráfico, donde la corrupción y el crimen acompañan el milagro económico. Las transformaciones de la ciudad responde a una utopía de progreso y fiebre modernizadora que, sobre todo, se benefició de la compra y venta de tierras, dando lugar a una mayor segregación que se hizo evidente ante la emergencia de una ciudad surgida de la construcción de barrios "pirata" o de "invasión" por parte de los campesinos recién llegados. La presencia masiva de dichos sectores en la ciudad no implicó sólo la ruptura de una "supuesta" armonía y homogeneidad sino también la acentuación de la diversidad y conflictividad ya existentes, evidenciable en los sectores considerados marginados y habitados por las gentes de bajos recursos. De 1951 a 1964 el incremento de las migraciones hacia Medellín, en su mayor parte debido a la violencia levantada en las zonas rurales, no representaba la llegada de las elites provincianas, sino de pobres que empezaron a ocupar espacios marginales de la ciudad mediante el sistema de invasiones y barrios pirata, modelo que tenía entonces cortos alcances y validez relativa pues no contaban con el permiso legal para ocupar el terreno ni para la construcción. De esta manera, se fueron formando dos ciudades diferenciales que sólo se han reconocido posteriormente debido a la violencia del narcotráfico y la proliferación de bandas e individuos a su servicio. A su llegada a la ciudad, las nuevas generaciones de inmigrantes se convirtieron en los fundadores de numerosos barrios

construidos por sí mismos tras la compra de lotes a urbanizadores ilegales o tras su asentamiento ilegal en terrenos baldíos. El reconocimiento de esta otra ciudad levantada con pico y pala por los inmigrantes operó de manera tardía y se limitó a la solución a medias de las necesidades más urgentes como son el agua, luz, escuelas, plantas deportivas, centros de salud e inspecciones policiales.

De este modo, la vieja elite se ve afectada y sustituida por un clientelismo cínico y dubio y los partidos tradicionales pierden su carácter cultural y otras concepciones de orden social ancladas en la historia. Además, los barrios trabajadores, faltos de la influencia de las autoridades, se distancian del sistema, provocando la entrada de movimientos urbanos armados en las comunas existentes en la ciudad.

A finales de los años setenta, se amplía y acelera la inestabilidad política interna y el Estado colombiano, ya bien fuera con gobiernos liberales o conservadores, pretendió obtener mayores recursos económicos y un respaldo político internacional para hacer frente a la situación nacional. Un corolario lógico de esta hipótesis es que la validación externa debía servirle al Estado para remediar la situación y alcanzar mayor estabilidad institucional. De esta manera, el presidente Turbay Ayala (1978-1982) emprendió una primera diplomacia por la paz que pasó rápidamente a pacificación forzada debido a que en el contexto interno aparecieron fuertes insurgencias rurales y disturbios urbanos exacerbados por el auge del M-19. Además, el conflicto armado colombiano ya se había internacionalizado y la aceptación

estadounidense —en ese momento bajo el mandato de Ronald Reagan con quien Turbay compartía un sentimiento de férreo anticomunismo— dependía, en buen grado, de la política antidrogas adoptada por el gobierno.<sup>23</sup> Por este motivo, Turbay destruiría extensos cultivos y se suscribiría al Tratado de Extradición, pieza clave en la violencia desatada entre los cárteles y el gobierno, con lo cual el tema del narcotráfico se fue consolidando hasta convertirse en tema exclusivo en las negociaciones bilaterales. Estas actuaciones por parte del Gobierno colombiano de acuerdo con las pautas establecidas en Estados Unidos dieron pie a la llamada “norteamericanización” política del país. Durante la Guerra Fría era poco creíble, pero al fin y al cabo admisible, que todos los conflictos de América Latina se atribuyeran a las nefastas proyecciones del “Imperio del Mal”, como llamaba Reagan a la URSS. Desaparecido ese eje de contradicciones, había que crear un nuevo fantasma y nada mejor que las drogas. Como anotaría Chomsky en una entrevista realizada en Bogotá:

‘el triunfo del capitalismo ha dejado sin efecto el símbolo del odio anticomunista que coaligaba crucialmente a la nación norteamericana, y sus políticos y militares lo reemplazaron con la figura del narcotráfico’.<sup>24</sup>

---

<sup>23</sup> Sin la presión estadounidense en el proceso contra el tráfico de drogas no se hubiera llegado a la desestabilización posterior. La postura adoptada por el gobierno colombiano fue siempre respuesta a demandas internacionales y no emanaba de un debate nacional. La política antidrogas aplicada fue pues algo impuesto desde el afuera y dio el nombre de ‘norteamericanización’. ‘Norteamericanización’ o ‘guerra contra las drogas’ significa que la estrategia prohibicionista de los Estados Unidos de represión en los centros de oferta, o sea en los polos de producción, procesamiento y tráfico de narcóticos, más que en los epicentros de consumo y en los espacios de mayor ganancia, es asumida y adoptada por el país o países en cuestión. Esta posición rechaza la noción de que la demanda produce la oferta. Por otra parte, la alianza establecida con Estados Unidos y el anticomunismo se demostraba, como argumenta Totaklián, con: ‘La pertinaz obstrucción que haría Colombia en 1979 frente a la candidatura de Cuba al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la suspensión de relaciones diplomáticas con ese país en 1981, la decisión de enviar tropas a la fuerza de pacificación en el Sinaí, en un momento de paz en el Medio Oriente, la vehemente crítica de la declaración franco-mexicana en 1981, el simulacro de la invasión a Grenada en 1983 y la posibilidad de establecer bases en San Andrés’ (Totaklián 1990).

<sup>24</sup> Noam Chomsky, entrevista realizada en *El Espectador*, Sábado 21 Agosto 2004. Armando Silva, en una entrevista con fecha anterior, también menciona al lingüista en esta materia: ‘El celebre lingüista Noam Chomsky, creador de la teoría transformacional del lenguaje que tantas

La Violencia trajo consigo el dramático movimiento migratorio del campo a las ciudades que, en dos décadas, convertiría a un país rural en urbano.<sup>25</sup> Si bien este hecho, como ya se ha mencionado, abarataba la mano de obra y estimulaba la construcción, implicaba, al mismo tiempo, un crecimiento urbano desorganizado en áreas de riesgo y sin los debidos servicios públicos. Cuando se cree que el proceso migratorio empieza a disminuir, se produce una agudización de la violencia en las zonas rurales, principalmente entre guerrillas de izquierdas y paramilitares de derechas y se reinicia la presión migratoria a la ciudad. Particularmente en Medellín, esta situación genera un inesperado aumento de población y expansión urbanística hacia el norte y se da paralelamente con la ejecución de un ambicioso plan municipal ordenador contratado con los norteamericanos.<sup>26</sup> Pero la ciudad se amplió sin tener en cuenta ni su historia ni su problemática social. Ya en 1959 existía un desbordamiento en “invasiones” y barrios “pirata”. Un primer estudio sobre asentamientos subnormales daba cuenta de la existencia de 26 núcleos de barrios ilegales en la parte nororiental y otros 28 en el sector occidental.<sup>27</sup> Los pobladores enseguida fueron estigmatizados como delincuentes, lo que mermaba su posibilidad de conseguir empleo y estimulaba a otros grupos

---

influencias ha generado en la lingüística contemporánea, afirma lo siguiente: El Cartel de Medellín nace cuando empieza a darse la distensión de Estados Unidos con el bloque soviético [...] La guerra contra las drogas es una burla completa, no tiene casi nada que ver con las drogas. Antes había enemigos políticos, ahora, en su reemplazo (y diría que también cumpliendo funciones políticas) aparece el Cartel de Medellín' (Silva en *El Mostrador*, 17 marzo 2000).

<sup>25</sup> En un lapso de 60 años se ha vivido la conversión del país rural, con un 70% de habitantes en el campo, a un país urbano, con el 70% y más viviendo en ciudades. Para la década de los noventa se habla de un 75%, y al final del siglo XX sólo un 20% de colombianos podrán considerarse habitantes de la ruralidad y 50 ciudades tendrán más de 100.000 habitantes.

de justicia privada a ejecutar acciones de limpieza, mientras que las autoridades locales de policía y el ejército realizaban operaciones militares de reconocida ineficacia para acabar con los fenómenos de violencia. De ahí que la ciudad ofrezca un cuadro de miles de limpiabotas, vendedores ambulantes, mendigos y una fuerza laboral que sobrevive del reciclaje de basuras, del trabajo doméstico o de la práctica de oficios en pequeños talleres. Muchas personas se ganan la vida de manera precaria y lamentablemente también ha ido aumentando su número de forma considerable por las constantes migraciones. Unida a esta migración forzada, se experimenta una escasa inversión, tanto del Estado como de empresas privadas, que agrava la crisis de descomposición de los sectores populares y aumenta la búsqueda de alternativas por sobrevivencia. Por otra parte, con la generación de distintas formas y actividades violentas en la ciudad, se acentuó también la tendencia de repliegue hacia lo privado, desvalorizando lo público, asignando mayor importancia a la necesidad de conseguir la propia seguridad en el entorno inmediato al cual se pertenece. El control de territorios cada vez más pequeños por parte de actores armados en algunos sectores de la ciudad, ha tenido impacto notable en la fragmentación de barrios y mayor privatización de la vida ciudadana, dadas las restricciones impuestas al libre tránsito. Pero, además, el Estado también se encargó de segmentar y segregar la ciudad y las comunas, ya que no hubo replanteamientos en su

---

<sup>26</sup> El plan Wiener y Sert (1948-1950) carecía de cualquier percepción social y aumentaba la segregación social ciudadana.

<sup>27</sup> Véase Jairo Montoya, *Ciudades y memorias*, 1999.

forma tradicional de intervención y se centró en su planificación urbana que obedecía a criterios técnicos que dejaron de lado consideraciones culturales y sociales y una re-urbanización poco participativa y orientada a proveer soluciones a corto plazo por medio de la construcción de costosas obras de infraestructura, generando discusiones y unificaciones artificiales.

## V NARCOTRAFICO

Sin embargo, hemos dicho que, en el mundo globalizado, la violencia de finales de siglo XX tiene unos efectos internacionales muy distintos a aquellos sufridos durante La Violencia y, por ello, deben ser analizados no únicamente en un contexto local sino en un ámbito internacional.<sup>28</sup> El tráfico de drogas representó el nuevo desafío al que debía enfrentarse el Estado.<sup>29</sup> Creciendo de la tradición contrabandista del tráfico de esmeraldas y pasando por la bonanza de la marihuana de los años sesenta, el comercio ilegal de cocaína y la mafia creada a su alrededor adquiere su fuerza a finales de los años setenta. Es en estos años cuando se comienzan a perfilar los carteles como producto de revueltas internas

---

<sup>28</sup> Aunque los factores nacionales han contribuido a que la situación haya alcanzado la deformación actual, es pertinente advertir que en su evolución, en especial en su última fase, han influido contingencias de naturaleza transnacional y fenómenos provenientes de la globalización económica. Y hay quien atribuye el conflicto a la crisis del país, a los altos niveles de paro, a la fuga de capitales, al cierre de empresas o al éxodo de ciudadanos masivo del campo a la ciudad, sin tener en cuenta que Colombia, al igual que muchos otros países, sufre el impacto negativo de la globalización: la apertura de una gran brecha social, es decir, el crecimiento de la desigualdad entre ricos y pobres.

<sup>29</sup> El conflicto ha sido explicado, y en ocasiones justificado, entre otras razones, por la ausencia de espacios democráticos en donde resolver pacíficamente las controversias; por la falta de legitimidad del Estado; por la acumulación de crisis no resueltas; por la pobreza; por la desigualdad y la exclusión social y política; por la existencia de una subcultura de violencia que mueve a los colombianos a dirimir sus divergencias a través de la fuerza; por la precariedad y la ineficiencia de la justicia.

por dominación de las rutas comerciales ilegales y se definen sus jurisdicciones y jefaturas.<sup>30</sup> El creciente declive industrial y el aumento de tasas de desempleo beneficiaron a los narcotraficantes que ya habían “coronado” negocios importantes en los años ochenta y que contaban con el apoyo de la clase alta y media que vieron en ellos una alternativa de enriquecimiento. La recesión industrial sufrida en Medellín en los años ochenta permitió que el dinero del narcotráfico entrara en pequeñas industrias y se diversificara en la agricultura desafiando a aquellos terratenientes tradicionales quienes se resistieron al intercambio con miembros de los carteles. Sin embargo, hubo muchos otros que sí se comprometieron en el momento en que los beneficios de la economía legal eran muy bajos. Es en esta misma década cuando aparece la *cartelización* de la droga, en ruptura con los precursores del narcotráfico que estuvieron más ligados al transporte y comercialización de la marihuana y al procesamiento de cocaína. El grupo de nuevos empresarios controló todo el proceso productivo y la distribución de la droga, lo que daría lugar a la emergencia de grandes fortunas. Y, también en los ochenta, Colombia es de nuevo el escenario de una violencia de amplitud desconcertante y comienza a ser vista como un fenómeno

---

<sup>30</sup> Con ello el fenómeno del tráfico de drogas se hace público y comienzan las guerras entre bandas y empresarios de la droga. Sin embargo, cuando hablamos de carteles sería preciso indicar que la denominación forma parte del imaginario colectivo que poseemos de Colombia y construye el imaginario del país desde fuera de sus límites nacionales. Como bien apunta Armando Silva: “En días pasados una importante revista mexicana me hacía una entrevista sobre imaginarios urbanos en América Latina y el periodista me preguntó, con cierto aire morboso, sobre El cartel de Medellín. Le respondí: “Hay un cartel de Medellín, si usted me acepta antes que hay uno suizo, otro neoyorquino y así sucesivamente varios carteles anónimos que se ocultan en el ‘criptograma’ Medellín”. El periodista aceptó, y en la entrevista convino que efectivamente el cartel de Medellín es, en principio, una invención imaginaria con utilidades ideológicas y prácticas muy concretas’. Véase el artículo de Silva en *El Mostrador*, 17 de marzo 2000.

indiscutiblemente amenazante para la sociedad.<sup>31</sup> El período violento que ha vivido Medellín además está aparejado con el proceso de consolidación del grupo y con una persistente crisis del Estado, cuya expresión más evidente fue la ausencia de mecanismos de control y justicia que al impedir consenso acentuaba la violencia que provoca el narcotráfico. En los años 90, la guerra declarada del Estado al narcotráfico no supone una garantía de orden y propicia aparatos ilegales de violencia para reemplazarlo en funciones represivas, creando las fuerzas paralelas de la sociedad civil. De este modo, la emergencia de la delincuencia propicia el soborno de las autoridades y los ajustes de cuentas por parte de los sectores de sociedad civil para garantizar la defensa de intereses. La ausencia de un actor público con el poder suficiente para imponer orden y autoridad contribuyó a crear una sensación de caos y fomentó la ya existente exclusión.

Desde un primer momento aparecieron dos grandes grupos de narcotraficantes y que tomarían el nombre de sus ciudades de origen: *Cartel de Cali* y *Cartel de Medellín*. El grupo de Cali opta por la integración social, formalizándose en la dinámica económica y social de la región y dirigiéndose a sectores productivos de la industria y la agricultura. En el plano político, éstos optaron por apoyar a terceros sin inmiscuirse directamente. En Medellín, por el contrario, el narcotráfico trató de

---

<sup>31</sup> La tasa de muertes violentas se sitúa en 80 por cada 100.000 habitantes lo cual, en niveles de violencia, coloca a Colombia a la cabeza mundial a excepción de aquellos países en estado de guerra. Sin embargo, como veremos no es hasta 1983 con el asesinato de Rodrigo Lara Bonilla que las autoridades comienzan a mostrar su preocupación. En 1984 aparece una escalada de violencia urbana unida a la llamada "limpieza social". Véase A. Camacho y A. Guzmán, *Ciudad y Violencia*, 1990.

participar de manera directa en la política y no invirtió productivamente en la economía tradicional. Además, este grupo se vio constantemente involucrado en múltiples guerras y se constituyó a partir del uso de la violencia. En realidad, su organización armada detonó una socialización e incluso profesionalización de la violencia, valiéndose del sector marginal de la población y de aquellos estratos populares de la ciudad que, viéndose excluidos de la sociedad y de la economía de mercado, se animarían a participar en variados actos delictivos a cambio de un reconocimiento social y económico. Sin embargo, no podemos olvidar que la droga no es sólo un negocio de los pobres sino también de los banqueros, políticos y de toda clase de inversionistas que tienen buen ojo para el dinero rápido. Sería, en todo caso, una simplificación de la situación colombiana el afirmar que la violencia echa sus raíces en la miseria. La verdad es que, si la opinión pública pudiese ver por televisión a un banquero encopetado de alguna nación europea tras las rejas por especular con el dinero sucio, entonces la imagen del cartel de Medellín se desvanecería en importancia. Y si la operación se repite varias veces, entonces las cosas irían quedando en su justo puesto y al criminal, sea de donde sea, se le podría juzgar como lo que es y no por brillar como miembro de una agrupación que ni siquiera existe en la forma en que se le ha hecho pensar al mundo entero. El gran aliado de este imaginario ha sido la prensa y los medios de comunicación que encontraron en el cartel una nueva justificación, no sólo para mostrar lo inmundo que tanto atrae y vende en esta posmodernidad virtual, sino para dividir otra vez el mundo

entre los buenos y los malos. En realidad, existe la hipótesis inversa, formulada por algunos economistas, según la cual la violencia estaría directamente asociada a la rapidez de las transformaciones económicas, permitiendo una correlación casi inversa entre el desarrollo económico departamental y el grado relativo de la violencia. Pero, la bonanza económica fomentada por esta empresa criminal no mejoró la calidad de vida de la mayoría de la población, a pesar de todos los actos sociales que promovieron varios capos, entre ellos Pablo Escobar.<sup>32</sup> La caída final de varios de los grandes carteles y en especial la de Escobar generó una violencia exacerbada al dejar sin "empleo" a cientos de jóvenes de las comunas de la ciudad. Fue así que en Medellín el narcotráfico, entroncado con la actividad comercial, se convirtió en epicentro de la violencia con predominio de diferentes acciones delictivas y distintos actores.

La cocaína desplaza a la marihuana en Colombia, dado que ésta última se estaba ya cultivando en los Estados Unidos.<sup>33</sup> Los primeros

---

<sup>32</sup> Se han escrito varias biografías de Pablo Escobar, entre ellas se encuentra: *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico* (2001) de Alonso Salazar.

<sup>33</sup> El incremento de medidas represivas en Estados Unidos y la masificación de la siembra de excelente calidad principalmente en California, desestimuló la exportación colombiana de marihuana y se afianzó la producción de cocaína. Sin embargo, la cocaína tiene una larga trayectoria. En primer lugar, estuvo vinculada con ritos exóticos indígenas de fertilidad y fue tomada como leyenda y mito de poetas y escritores. Al comenzar el siglo XVII, en sus *Comentarios Reales*, el Inca Garcilaso de la Vega afirma que en la ocupación de aldeas en Perú, durante la conquista, los nativos resistieron un prolongado sitio sin probar alimento, gracias al consumo de un preparado a base de pasta de coca. Por otra parte, él mismo consigna las virtudes y prejuicios en torno a la coca (Garcilaso 1609-1616). A partir de entonces, la coca fue llevada de América a Europa por los conquistadores para ser sometida a pruebas para detectar sus posibles efectos terapéuticos. En un principio fue vendida en el Mercado libre en Alemania con la simple restricción de su alto precio; en Italia se utilizó para la elaboración de algunos vinos, mientras no pocos buscaron sus efectos dopantes. En 1906 fue prohibida en los Estados Unidos, tras conocerse la muerte por consumo o el proceso degenerativo de aquellos consumidores de su preparado químico, el clorhidrato de cocaína. Entre tanto, en Europa era figura ornamental. En las novelas de Sir Arthur Conan Doyle, Holmes consume cocaína supuestamente para agudizar su percepción. Se la menciona en el teatro, novelas, cuentos, canciones, etc.

narcotraficantes colombianos establecen la producción y procesamiento en Sur América y, a finales de la misma década entre los años 1978 y 1979, buscan el control de la distribución del producto en Estados Unidos, tras la victoria en la guerra de la cocaína en Florida. La cocaína atrae por sus altos precios en el mercado y su fácil transporte, principalmente aéreo. Para ello, la ciudad de Medellín ofrecía una tradición emprendedora, su tendencia al contrabando y la capacidad de reclutar químicos industriales entrenados. Un negocio verticalmente integrado y multinacional que gradualmente construyó una trama de complejas operaciones que oscilan desde técnicas de irrigación modernas hasta el uso de expertos en equipos electrónicos que controlan el seguimiento del gobierno. Esta realidad no fue enfrentada de forma orgánica por la clase empresarial sino que cada sector se consagró a recuperar sus propias empresas sin preocuparle mucho lo que pudiera acontecer por fuera de su entorno, con la ciudad o con la justicia ni con las zonas populares o con la nueva clase emergente de la economía "narco". De hecho, la sociedad y el Estado asumieron esta nueva violencia como cosa ajena, aunque un síntoma de la consolidación de los narcotraficantes fue su presencia, cada vez más notoria, en la vida pública, social y política.<sup>34</sup> Su influencia deterioraría formas de respuesta social, insertándose en comunidades marginales, convirtiéndolas en focos de violencia. Tanto procesadores como traficantes se insertan en una estructura capitalista tardía y

---

<sup>34</sup> Es ampliamente conocido que en 1978 el 60% del congreso colombiano fue elegido con aportes del narcotráfico. En 1992, Ernesto Samper recibió 6.000.000.000 de pesos del Cartel de Cali. Estos datos evidencian del colapso estatal y la comercialización de la violencia.

dependiente, caracterizada por una crisis económica que genera un proceso vertiginoso y contradictorio de modernización inconclusa y que no fue acompañada por el desarrollo paralelo y efectivo de los elementos básicos de la modernidad.

En los años ochenta se gesta una acción decidida por parte del narcotráfico en distintas esferas consolidando su poder social, económico, político y militar debido a la quiebra y pérdida de legitimidad del Estado y la creciente ingobernabilidad de la nación (Pécaut 1985). Simultáneamente, la mafia se une a grupos paramilitares e interfiere en la guerrilla, involucrándose en los conflictos tradicionales armados de la sociedad colombiana y desestabilizando, más si cabe, las instituciones del Estado. Además, el tráfico de drogas se convertiría en una oportunidad para los sectores de ciudadanos no integrados en la estructura social, política y económica, pero formados en la mentalidad empresarial propiciada por el *ethos* cultural decimonónico y para aquellos sectores venidos a menos con la crisis económica experimentada en el país en los años anteriores.<sup>35</sup> No fueron pocos los que vieron en los dólares del

---

<sup>35</sup> En 1980 se desató una gran crisis: las bonanzas del café y la marihuana se terminaron, y después bajaron transitoriamente los precios de la coca; subieron los precios de las importaciones, especialmente de la tecnología y bienes de capital; subieron los costos de producción, especialmente en el sector agropecuario; se realizó una apertura a las importaciones que afectó a la industria y al sector agropecuario; la producción rural y el área sembrada descendieron; subieron las tasas de interés; la industria de la construcción entró en crisis; las finanzas públicas mostraron un déficit creciente; bajaron el empleo y la capacidad de compra, la única defensa del ingreso de los asalariados fueron las cesantías pagadas a los despedidos; el valor agregado industrial se redujo y, para completar, Ecuador y Venezuela entraron en crisis y dejaron de ser mercados amplios para la producción colombiana. Como apunta Salazar: 'Para Antioquia y para Medellín, ante la quiebra de sus industrias tradicionales, el tráfico apareció como tabla de salvación. Para captar dólares del tráfico como divisas para la nación, el presidente López liberalizó el régimen cambiario y estableció la llamada ventanilla siniestra en el Banco de la República que permitió el blanqueo de los dólares del narcotráfico' (Salazar 2001: 62-63).

narcotráfico una manera de remontar las dificultades del momento.<sup>36</sup> Es así como los narcotraficantes no encontraron demasiados obstáculos para desempeñar sus tareas y expandir sus negocios. Los primeros empresarios de la droga fueron aquellos ya ligados al contrabando y más tarde fueron relevados por personas provenientes de familias tradicionales de la delincuencia, quienes lograron, gracias a una imposición violenta, ir centralizando ciertos procesos claves del negocio.<sup>37</sup> A finales de los años 70 se rompe la relativa paz del negocio y, frente a la represión estadounidense, empiezan las grandes luchas intestinas por el control del Mercado —son las llamadas *Guerras de los clanes o carteles*. El auge del cartel de Medellín fue factor determinante no sólo en la transformación del panorama de la criminalidad urbana sino también en la forma en que de ahí en adelante se percibiría y concebiría la ciudad, pues propició la emergencia de distintos actores de la violencia tales como los primeros asesinos de la moto, los llamados también *pistolocos* o *sicarios* que, bajo esta coyuntura, estremecerían a los ciudadanos con sus actuaciones espectaculares, apareciendo como protagonistas en los grandes titulares

---

<sup>36</sup>En los años ochenta la participación de Colombia en el tráfico mundial de cocaína fluctuó de 1500 a 4000 millones de dólares anuales, de los cuales ingresaron realmente al país de 900 a 1 300 millones (Sarmiento 1984).

<sup>37</sup>El Padrino, Alfredo Gómez, militante conservador, quien amasó su fortuna con el contrabando de cigarrillos, electrodomésticos, whisky, telas y porcelanas. Fue recibido como jefe de estado en Panamá, Honduras y El Salvador, países donde tenía grandes inversiones y en Colombia le hacían venir los políticos y generales, quienes incluso le prestaban soldados para escoltar sus caravanas. El 'traqueteo' o 'traquetear' —el contrabandista que realizaba las ventas principalmente en mercados internacionales, principalmente en los Estados Unidos— ya tenía pues una larga trayectoria antes de los grandes carteles de la droga y sus capos. El barrio de la Santísima Trinidad en Medellín fue un centro significativo de delincuencia y zona única de tolerancia, donde se formó un gremio de 'galafardos', hombres apasionados por la música antillana y el tango. Desde 1973, las autoridades sabían de la vinculación de El Padrino con el contrabando y el narcotráfico por un laboratorio que se allanó en Bogotá. A pesar de las constantes denuncias, El Padrino seguía con su trabajo bajo el beneplácito de las autoridades. En 1974, a pesar de perder su candidato conservador Alvaro Gómez, El Padrino manipuló al Congreso de la República y contó

periodísticos. En realidad, estos personajes convirtieron la ciudad de Medellín en la ciudad del miedo, la muerte y la violencia.<sup>38</sup> El *sicario* no se diferenciaría demasiado de aquellos conocidos *pájaros* de La Violencia. Sin embargo, los *pájaros*, de preferencia, aunque no exclusivamente, actuaron a partir de adhesiones partidistas o movidos por lealtades personales a dirigentes regionales. Su acción se ejecutaba a nombre de un orden político económico que se consideraba amenazado o que se quería imponer. La relación monetaria por lo general se subordinaba a la adhesión personal del ejecutante a su amo. La forma actual, en cambio, tiende a omitir tales consideraciones, a despojarse de dimensiones políticas o éticas y a convertirse en un oficio cuya única motivación es la paga final. Es frecuente el caso en que el ejecutor ni siquiera conoce a su futura víctima. El *sicario*, tal y como lo describe Gonzalo Sánchez en *Bandoleros, gamonales y campesinos*, es 'un impostor al servicio del mejor postor; sin lealtades ni adhesiones a grupos organizados, indiferente respecto a sus víctimas y su actividad se materializa en un contrato por el cual ejecuta la muerte a cambio de una remuneración' (1983 159 y ss.). Esta actitud se traduce en que, a diferencia de los "escuadrones de la muerte", las bandas violentas del crimen organizado del narcotráfico están asociadas al comercio ilícito de sustancias y su objetivo por el cual se contrata la actuación del *sicario* es múltiple ya que

---

con el apoyo y defensa incondicional de varios parlamentarios, entre ellos Guido Parra, futuro vocero de Pablo Escobar (Salazar 2001).

<sup>38</sup> En 1979 el 40% de los homicidios fueron con armas de fuego; en 1985, el 85% de los homicidios tuvieron lugar con armas de fuego y en 1996, el 92% de los homicidios también se debieron a las armas de fuego. Datos de *Personero municipal de Medellín en oposición ante el Consejo* Acta número de 23 julio, 1996. pp. 46-47.

puede tratarse tanto de ajustes de cuentas por razones económicas ajenas a la persona que ejecuta el crimen, venganzas familiares y de honor, actos de justicia privada contra un violador de promesas, contratos, órdenes y códigos varios. Pero, en su mayoría, podemos establecer que los atentados de las últimas décadas han sido contra representantes del Estado, personajes de la opinión pública, jueces, periodistas, etc. Tres actores centrales se conjugan en esta actividad: el contratante —ya bien sea individuo o grupo—, el empresario organizador del trabajo, y el *sicario* ejecutante y último eslabón de la cadena del crimen. Hijos de la ciudad y de un capitalismo salvaje, los *sicarios* matan por negocio. Con ellos, y a partir de sus representaciones míticas, aparecerían a finales de los años setenta, las primeras historias reales y fantásticas del mundo de las drogas.

En los barrios marginales, especialmente en Manrique, Guayaquil y Aranjuez, la inserción del narcotráfico dio lugar a la transformación de las “galladas” —bandas juveniles de delincuentes comunes que se asocian en primer lugar por similitud de rasgos socio-culturales y procedencia— en bandas de *sicarios*. En un principio con propósitos definidos de ejecutar a traidores del negocio y a funcionarios que se oponían a las actividades ilícitas del narcotráfico, estructurándose a partir de las relaciones familiares y vecinales. Como la demanda por estos trabajos se incrementó, se dio masiva participación de jóvenes en un complejo proceso de violencia donde el homicidio se convirtió en una mercancía sujeta a las normas de mercado. Con el control de las bandas, los

*traquetos* se convierten en los nuevos ricos, símbolos de sus barrios y en los responsables de generar nuevas identidades.<sup>39</sup> Estos cambios trastocan la dinámica de los grupos populares y deterioran el tejido social ya problemático. La primera banda de *sicarios* que se constituye en Medellín fue la de Los Priscos en el barrio de Aranjuez. A partir de ese momento, se fueron organizando bandas nuevas que se relacionarían directamente con la violencia urbana. La tarea principal de dichas bandas se centró en la eliminación de funcionarios del Estado que pudieran entorpecer el funcionamiento de las mafias del narcotráfico y en ejecutar a las personas involucradas en el negocio que rompían las leyes del grupo o no se sujetaban a las normas establecidas por los patrones. La vía de conformación de la banda era la de relaciones familiares y de vecindad y, por ello, siempre aparecían relacionadas con un territorio. Es de este modo cómo el narcotráfico se valdría de la problemática social ya existente, instrumentalizando la violencia juvenil. Y la consecuencia fue la masiva participación de jóvenes en los complejos procesos de violencia que ejecutaría el narcotráfico. Con el tiempo, los servicios de las bandas fueron requeridos por sectores diferentes al narcotráfico, entre los que se encuentran líderes políticos y hombres de negocios con grandes fortunas. Y la ciudad se fragmentó bajo el control de los empresarios de las bandas asesinas, quienes las manejaban desde las llamadas "oficinas". Sin embargo, la creciente proliferación de especialistas en el oficio de matar por contrato o mediante organizaciones permite pensar, una vez más,

---

<sup>39</sup> Se conoce al *traqueto* como aquel individuo de confianza enviado fuera del país para negociar y

que, si bien los ejecutores pueden pertenecer a los estratos pobres de la sociedad, ellos terminan siendo únicamente el último peldaño, aquellos que materializan un crimen que, en realidad, involucra a aquellos más poderosos que financian la operación. De esta manera, se rompe con la forma tradicional del crimen asociada al robo y nos encontramos con una serie de homicidios que más bien dependen de la oferta y la demanda (De los Ríos y Ruiz ,1990).

En el plano externo, el prohibicionismo estadounidense contra las drogas encabezado por Richard Nixon, coexistió con el proceso de globalización tecnológica y económica. Estos factores favorecieron el desarrollo de la criminalidad organizada local y asertiva con ingresos cuantiosos que dieron lugar a la capacidad de acumulación de bienes, disposición por la violencia, pericia para la corrupción y soborno y desarrollo acelerado de los recursos técnicos. El crecimiento económico alentó el enriquecimiento personal y no reparó en costos sociales. La estructura del narcotráfico contrastaba con la estructura precaria que poseía el Estado.

## **VI LOS AÑOS 80 Y LA OPINION PUBLICA MUNDIAL**

En los años ochenta, con el fin de la presidencia de Turbay, la conflictividad urbana de Medellín se agudiza al darse por terminado el llamado período de tolerancia que había permitido, a partir de alianzas político-económicas y nexos entre mafiosos y agentes oficiales, el

---

organizar las exportaciones y distribuciones de cocaína.

desarrollo de la industria del narcotráfico.<sup>40</sup> En esta década, Colombia se mantuvo como un productor significativo de marihuana y se convirtió en el mayor procesador continental de cocaína (originada preferentemente en Bolivia y Perú y consumida en gran cantidad en los Estados Unidos). Los traficantes colombianos se constituyeron en una fuerza socioeconómica poderosa, con amplios recursos de inversión, de corrupción y de violencia. En este momento, la situación colombiana de violencia impacta a la opinión pública mundial.<sup>41</sup> A pesar de las intenciones de paz por parte de líderes políticos de la década, varios centenares de líderes de la Unión Patriótica sin contar con otra protección que la de las FARC, mueren asesinados entre 1985 y 1989. Este hecho se debe a las complejas relaciones existentes entre los actores sociales involucrados en la violencia.

En este mismo período, el liberal Belisario Betancur (1982-1986) se distinguió por su proceso de paz negociada, su favor al diálogo y la negociación.<sup>42</sup> No obstante, no alcanzó la paz al rechazar las ofertas de los capos de la droga en 1984. El peso de Estados Unidos en cuanto a temas de paz y drogas crecía mientras el poder del narcotráfico se

---

<sup>40</sup> Cuando en 1978 Turbay ganó las elecciones, el programa de televisión *Sesenta Minutos* presentó un extenso informe donde se le involucraba con el narcotráfico.

<sup>41</sup> Puede observarse un incremento lento que va desde 1975 a 1982, período durante el cual se pasa de 5.788 a 10.679 casos anuales (de muertes violentas). Viene luego la década del incremento desbordado: 1983-1993, en la cual las cifras se triplican al pasar de 9.807 a 28.284 en 1991, número que casi se mantiene en los dos años siguientes. Los dos últimos años del período indican un leve descenso, terminando el período con 25.398 homicidios en 1995. Al calcular promedios, se tiene para la primera década, 1985-1994, 22.646 homicidios anuales. Y para todo el período, 1975-1995, un promedio total de 16.056 homicidios anuales. Véase Saúl Franco, *el Quinto: no matar*, p.80. Sin embargo, el hecho que produce un reconocimiento en la comunidad internacional es que la violencia y el fenómeno del narcotráfico está invadiendo otros territorios fuera de las fronteras nacionales.

<sup>42</sup> Apoyó a los cubanos para la salida de Grenada, consiguiendo que Fidel intercediera por los rehenes tomados por el M-19.

reafirmaba. En 1982, el M-19 secuestra a la hermana del clan Ochoa, Nieves Ochoa.<sup>43</sup> Este secuestro, que precede a la creación del MAS por Fidel Castaño y los hermanos Ochoa, dispara la guerra entre el M-19 y el grupo paramilitar subvencionado por el narcotráfico. Este grupo de tendencia anticomunista desata ataques directos contra las diferentes organizaciones guerrilleras, amplios y reconocidos genocidios contra comunistas y ejecutan masacres por venganza contra comunidades campesinas, provocando desplazamientos masivos de población. La 'guerra sucia'<sup>44</sup> y las "limpiezas sociales" en la que participan los escuadrones de la muerte, el MAS, los paramilitares, las milicias y las guerrillas se entrecruzan en un fuego de todos contra todos. En ocasiones organizaciones militares armadas del Estado han contribuido a estos acontecimientos, subsidiando paradójicamente los asesinatos al proveer de entrenadores profesionales a grupos de autodefensa. Esta situación agrava el temor y refuerza las soluciones privadas a los problemas. En 1985, el alcalde de Medellín Alvaro Uribe Vélez, presidente de la República en el momento en que se elabora este análisis, crea el fondo metropolitano de seguridad que promueve la conformación de comités de

---

<sup>43</sup> El 13 de noviembre de 1981 aparece la noticia del secuestro de Martha Nieves Ochoa Vásquez, hermana de Jorge Luis, el jefe del Clan Ochoa. Martha Nieves fue secuestrada por una célula del M-19 que veía en los narcotraficantes la fuente de ingresos fáciles para financiar su lucha. Este secuestro dividió la historia del narcotráfico en Colombia ya que, como revancha, el narcotráfico crearía el MAS, un grupo armado que daba muerte a los secuestradores y quizá uno de los orígenes del paramilitarismo en Colombia. Véase *Los jinetes de la cocaína* de Fabio Castillo (1996) y *La parábola de Pablo* de Alonso Salazar (2001)

<sup>44</sup> 'Guerra sucia' es el terrorismo establecido por el propio Estado. Los oficiales del gobierno, a raíz de la confusión generada por la violencia, llevaron a cabo el exterminio de líderes de la UP y del M-19. La 'guerra sucia' es una forma de represión tolerada por las clases al poder y ayudada por los traficantes cuyos intereses se ven amenazados. Estas dos facciones se hallan unidas tanto por razones económicas como por poder. La 'guerra sucia' continúa con el período del presidente Betancur (1982-1986) como guerra informal. De la 'guerra sucia' depende también el proceso de

seguridad en los barrios.<sup>45</sup> En los años noventa Uribe crea las convivir, pensadas para la autodefensa civil pero su actitud violenta desvirtúa su carácter auto-defensivo y las inscribe de lleno en la dinámica de la confrontación armada, aumentando el crimen violento y generando guerras civiles que fragmentan la ciudad. El tema recrudesció con la aparición de la narcoguerrilla ya que los intentos de deslindar la guerrilla del narcotráfico fueron difíciles. La narcoguerrilla emergió en el momento en que las FARC empiezan a tomar laboratorios por asalto, roban dinero y mercancías y cobran el impuesto de gramaje.<sup>46</sup> Estos hechos agudizan la guerra entre facciones de la izquierda y derecha colombianas y convierten a los *raspachines* y cocaleros en la base económica de la organización guerrillera. El narcotráfico inicia relaciones con la guerrilla cooperando en territorios comunes donde la guerrilla cuidaba de las zonas de cultivo y brindaba seguridad a los laboratorios y, como prestación, recibía el impuesto del gramaje.<sup>47</sup> Pero, además, aparecen otras alianzas con cuerpos disímiles: autodefensas, narcotraficantes, sectores tradicionales y ejército, posibilitando la infraestructura y preparación militar de una extrema derecha, principalmente a manos de ingleses e israelíes. Por ejemplo, es también en 1982 cuando los capos de la droga, debido a su deseo de reconocimiento social y político, deciden adherirse a las

---

paz iniciado por el presidente Barco (1986-1990) que se vio ofuscado por aquellos que pretendían un nuevo Frente Nacional.

<sup>45</sup> *El Colombiano*, Junio 1, 1985, p. 15b.

<sup>46</sup> El impuesto de 'gramaje' es el cobrado por las FARC al narcotráfico a cambio de proteger los territorios de producción, tratamiento y transporte de la coca.

<sup>47</sup> Estos acuerdos entre guerrilla y narcos se rompen con la toma de Tranquilandia (uno de los laboratorios de tratamiento de la cocaína más amplios del cartel de Medellín) por la guerrilla. Trasquilando fue finalmente tomado por el ejército el 10 de marzo de 1984. Siete semanas después, como venganza, el cartel asesinaba al ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla.

campañas políticas del país. Por ejemplo, Pablo Escobar decide apoyar al candidato en Medellín por el Nuevo Liberalismo, Jairo Ospina a pesar de que, un año después sería expulsado por el representante Luis Carlos Galán y por el que sería más tarde el ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla, que no aceptaron a Escobar como miembro del partido.

Por su parte, los campesinos agobiados por las quiebras de la economía cafetera y los desempleados de las ciudades deciden marchar a talar selvas en el sur oriente del país en regiones donde la guerrilla llevaba años instalada y relativamente aislada. Los pequeños caseríos crecieron y se fundaron asentamientos de un consumismo desmedido, con bares, tiendas, etc. El narcotráfico ofrecía lo que el Estado nunca les había brindado: sistemas de crédito, asesoría técnica y ágiles sistemas de mercadeo. La economía se medía en gramos de coca. En esas regiones se afianzó una Colombia alejada del poder central e insondable en sus selvas donde se constituyó la guerrilla como gobierno *de facto* y comenzó a ser un ejército mediado con capacidad de desafío al Estado. Sin embargo, en otras zonas permitió a narcotraficantes y paramilitares especular con los precios de la tierra y desalojarlas para crear grandes imperios anticomunistas. Una guerra sucia que, en definitiva, se amparaba en la mayor parte de las ocasiones en el poder central y las Fuerzas Armadas.

## VII LAS GUERRAS CONTRA EL NARCOTRÁFICO: EL TRATADO DE EXTRADICION

En 1979, Colombia no podía todavía considerarse como el epicentro de la producción, procesamiento o tráfico de estupefacientes. Sin embargo, Estados Unidos y Colombia firmaban el 14 de septiembre de ese mismo año el Tratado de Extradición bajo las fuertes presiones diplomáticas que imponía Washington sobre el país latinoamericano y sobre su entonces presidente Turbay de Ayala. Este Tratado no era más que el resultado político de las exigencias estadounidenses y de la fragilidad colombiana.<sup>48</sup> Ahora bien, resulta crítico entender en qué momento se firmaba la extradición entre Colombia y Estados Unidos. A inicios de los años setenta, Bogotá y Washington tenían miradas divergentes frente al narcotráfico. Mientras Colombia respetaba los compromisos multinacionales, Estados Unidos dejaba claro la prioridad de su política unilateral. Por otra parte, el Tratado violaba la Constitución Colombiana y sometía la soberanía nacional. Sin embargo, a pesar de la firma del Tratado en 1980, el presidente Betancur se niega a extraditar ciudadanos colombianos en los años 1982 y 1983, por motivos de soberanía. La decisión de la Corte Suprema sobre la extradición a los Estados Unidos como no constitucional alarmó al público y llevó a pensar que incluso los altos jueces estaban bajo soborno o intimidación.

El gobierno de Belisario Betancur se caracterizó por la inestabilidad y la falta de credibilidad, mientras que su política negociada fue funcional

---

<sup>48</sup> Para datos sobre el Tratado de Extradición, véase Fabio Rincón *La extradición* (1984).

para el Estado colombiano en la medida en que, a pesar de las incipientes dudas en el extranjero respecto a la situación, fue capaz de conseguir ayuda económica y respaldo político exterior. Sin embargo, se profundizó la crisis de la estructura institucional al tiempo que la resolución de violencia política y del conflicto armado quedaba nuevamente postergada.<sup>49</sup>

En abril de 1984 se asesina, desde una moto, al ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla. Después del asesinato y a partir de 1985, el mismo mandatario conservador se ve obligado a aceptar las presiones de Estados Unidos a implantar la ley de Extradición al año siguiente, extraditando colombianos a Estados Unidos, invocando argumentos tales como "razón de Estado" y necesidades de política pública nacional e internacional. Colombia regresaba a su actitud *pacta sunt servanda*. Con ello, los llamados extraditables comienzan su magnicidio, desafiando la consolidación del Estado a partir del soborno, la intimidación y los asesinatos.<sup>50</sup> Mientras el debate sobre la extradición seguía abierto, pocos se manifestaron sobre su ratificación, aplicabilidad o uso, lo cual mostraba la limitada democracia colombiana.

El 7 de agosto de 1985 asume la presidencia Virgilio Barco Vargas, quien había firmado la extradición seis años antes. Su obsesión fue la lucha contra el narcotráfico y la defensa de la extradición. Sin embargo, el desencanto y la duda frente a la extradición eran tan fuertes que en 1986

---

<sup>49</sup> En 1985 se forma la Unión Patriótica que participa en 1986 con 350.000 votos, lo máximo conseguido por la izquierda colombiana en unos comicios. Sin embargo, en 1987 se evidencia el exterminio de sus militantes y dirigentes por parte del paramilitarismo y el narcotráfico.

se modificó la postura del Gobierno y se falló sobre la Ley de 1980 por no haber sido sancionada por el presidente Turbay.

No obstante, a la espera del fallo jurídico, Barco extraditó a Carlos Lehner (El Mexicano) a Estados Unidos el 4 de enero de 1987; acto que, aunque recibió el beneplácito de Washington, no obtuvo gran apoyo interno. En Colombia, políticos y población civil seguían sin manifestarse abiertamente sobre el tema por lo cual parece que no tuviera relación alguna con las perspectivas democráticas del país. La extradición del primer gran capo genera un amplio proceso de corrupción y sobornos a lo largo del país. En 1987 los mayores actores de la violencia son narcoterroristas.<sup>50</sup> El Estado, que había subestimado las amenazas de los narcotraficantes por no considerarlos un peligro directo a la propiedad, sufrió las consecuencias de la violencia urbana generada a raíz de dicha posición. Además, lejos de las ciudades, la producción de coca transformó la naturaleza del conflicto armado en las zonas rurales y fronterizas donde la falta del control del Estado dejó un espacio en el cual las guerrillas y las milicias paramilitares de extrema derecha competían por el poder. Mientras las confrontaciones sobre la tenencia de la tierra y el agua se complicaban por el carácter de la coca como beneficio especulativo y

---

<sup>50</sup> Entre las víctimas encontramos a Guillermo Cano periodista y director de *El Espectador*, jueces y políticos como Jaime Pardo Leal, líder de la Unión Patriótica.

<sup>51</sup> En 1988 hubo 77 muertos en masacres y 391 asesinatos, de los cuales el 58% tuvo lugar entre enero y junio. El mismo año el *sicariato* provocó 1216 muertos, de los cuales 156 eran funcionarios, y 13 estudiantes y profesores de la Universidad de Antioquia fueron asesinados. En agosto murieron el senador de la Unión Patriótica, Luis Valencia, y Héctor Abad Gómez y Leonardo Betancur cuando asistían al sepelio de Luis Felipe Vélez, presidente del sindicato de maestros quien había sido abaleado unas horas antes. En noviembre del mismo año, 24 miembros del juventud comunistas fueron víctimas de una masacre en su sede y el 17 de diciembre, Luis Fernando Vélez, al frente del comité de derechos humanos también fue abaleado (Salazar 2000: 81).

comodidad ilegal, el cartel del Medellín reinvertía sus beneficios en áreas de violencia rural donde el conflicto entre terratenientes y *okupas* llevaba a la caída del precio de la tierra. Como hijos de la cultura agraria y de La Violencia, los narcotraficantes ven en la tierra el primer símbolo de estatus. Y, de este modo, el cartel de Medellín —con su ejército formado gracias a los grupos paramilitares— lucharía contra las guerrillas y masacraría a campesinos sospechosos de estar involucrados con dichos movimientos.

Para 1988 la histeria pública, el ofuscamiento del ejecutivo y la frustración del legislativo se combinaron para establecer y justificar el establecimiento del recurso arbitrario y unilateral de la Extradición. Este fue un momento crítico para la política internacional anti-narcóticos. Ni el gobierno colombiano ni la administración estadounidense mostraron apertura en ese campo y ciertamente se observaron algunas ventajas por parte del Gobierno. En primer lugar, los narcotraficantes se hallaban divididos entre aquellos que reclamaban una influencia en el país similar a la que Fedecafé poseía y otros quienes pensaban adquirir mayor dominio. Por otra parte, su desafío parecía debilitarse por la lucha entre carteles por la dominación de las rutas de salida de las drogas hacia Estados Unidos. En 1989, el Gobierno, desmoralizado, recobraría cierto prestigio por su campaña contra las plantas procesadoras y campos de entrenamiento paramilitares de los narcotraficantes. Pero el agotamiento y la frustración de esta guerra continental, que se ha centrado únicamente en Colombia, fueron llevando a debate la legalización. Sin embargo, la

violencia generada iba en ascenso y el gobierno estaba dispuesto a mantener e incrementar su guerra contra las drogas. Desgraciadamente, la actuación del gobierno fue a nivel local y se basó únicamente en la desactivación de las bandas de *sicarios* que trabajaban para los carteles de la droga y por eso la guerra contra los "invisibles" se tornó sangrienta. Los *sicarios* fueron perseguidos como el "mal" del país cuando, en realidad, eran el último eslabón de una cadena mucho más compleja.

En 1989 y tras otro asesinato, en esta ocasión el del candidato presidencial Luis Carlos Galán, el gobierno liberal reinstaló la extradición, aplicándosela a 15 colombianos en el contexto de estado de sitio, esta vez por motivos de defensa de la seguridad nacional. Esta fue la guerra contra el narcotráfico y en especial, contra el cartel del Medellín.

Por otra parte, durante el mandato de Virgilio Barco, la posición del Gobierno frente al paramilitarismo siguió marcada de grandes contradicciones. Mientras el consejero presidencial para la reconciliación condenó con palabras inequívocas a los grupos de "justicia privada", y el General Guerrero Paz seguía abogando por la implacable persecución de toda organización terrorista, sicarial o paramilitar, otros miembros del gobierno, como el ministro de Justicia José Manuel Arias, alababan las ventajas de la participación de los grupos de autodefensa en la lucha contra la subversión. Los años 1988-1989 trajeron una nueva culminación del terrorismo para-institucional con las masacres paramilitares o militares en Segovia en el noreste de Antioquia, y fincas de Urabá. El 25 de mayo de 1989 la Corte Suprema declaró inconstitucional las provisiones de la

Ley 48 que avalaban a las autodefensas y, con ello, el presidente Barco dio un nuevo rumbo a la política gubernamental en material de paramilitarismo, aplicando penas criminales para civiles y militares que fomentaran grupos paramilitares o pertenecieran a ellas. El presidente fue enfático en exigir que los miembros de las Fuerzas Armadas que habían incurrido en violaciones de los derechos humanos fueran sancionados. Es así como Barco intenta abandonar cualquier pacto con el narcoterrorismo, distinguiendo la violencia de las guerrillas de aquella de los narcoterroristas. Barco, en la lucha doméstica contra los barones de la droga, se reafirma en la posición ya adoptada por Betancur: estrechar la ley internacional contra narcotraficantes y rechazar las propuestas que fueran más allá de la ley.

El presidente César Gaviria (1990-1994), por su parte, comenzaría su mandato anunciando la política de sometimiento y enviando colombianos a Estados Unidos. Su decisión no sería discutida debido al deseo de reducir la violencia y el alivio que siguió a dichas extradiciones estimuló la implícita aceptación de la postura oficial, posponiéndose, una vez más, cualquier debate serio sobre el tema. Ahora bien, si el ciudadano colombiano se entregaba, no había extradición.

La Constitución de 1991 prohíbe la extradición de colombianos y en la Asamblea Constituyente, se continuó eludiendo el problema. La ambigüedad y la desorientación sobre la extradición ha tenido como resultado directo el fortalecimiento de los narcos en la sociedad; fortalecimiento que estuvo acompañado con el cambio de formas de la

violencia. Era la continuación de una serie de actos con los cuales la mafia había decidido desafiar el poder del Estado. Además, narcotraficantes como Pablo Escobar, combinaron violencia con tendencias populistas. Para ganar apoyo público, Escobar y su séquito se proyectaron como constructores, héroes folk, benefactores del pobre y, sobre todo, emprendedores que generaron ofertas de empleo. Los extraditables usaron los medios de comunicación para ofrecer sus comentarios y comunicados de prensa y también para identificar sus tradiciones provinciales en oposición al gobierno central, dando una imagen de sí mismos como víctimas o héroes nacionalistas de la interferencia imperialista en el país. No obstante, la crisis económica por la que el país estaba pasando, empujó a la administración a conseguir un crédito y tras la toma del Palacio de Justicia por el M-19, generó la adopción de un lenguaje de mano dura.<sup>52</sup> El Tratado de Extradición lleva a los extraditables a abandonar el país e instalarse en Panamá, paraíso de contrabandistas, armas y narcotraficantes.<sup>53</sup>

---

<sup>52</sup> El 6 de noviembre de 1985, 28 guerrilleros pertenecientes a una facción del M-19 irrumpieron en el Palacio de Justicia. La acción, llamada *Antonio Nariño por los Derechos del Hombre*, pretendía juzgar la ruptura del alto al fuego firmado entre el Presidente Betancur y los líderes del M-19 el 24 de agosto de 1984. Como respuesta y ante el silencio del Presidente, que no daría el alto al fuego, a pesar de que la dimensión del ataque militar hacía evidente que semejante capacidad de fuego ponía en alto riesgo la vida de los rehenes, el ejército irrumpió tras ellos a cañonazos, provocando entre los dos la muerte de 11 magistrados de la Corte Suprema y 65 funcionarios y visitantes. Al amanecer del 7 de noviembre, el Palacio humeante registraba la tragedia, aún con 60 rehenes y 8 guerrilleros sobrevivientes al combate y al incendio, pero atrapados en un baño de 20 metros cuadrados. Al descubrirse este último escondite, el ejército lanzó el ataque final, en el que murieron 30 rehenes y los 8 guerrilleros. Sin embargo, años después tanto guerrilleros como los militares involucrados en la tragedia fueron absueltos, creando una mitología que ha fomentado el odio entre distintas posiciones. La quema de documentos y expedientes —en particular de todos aquellos extraditables— lleva a pensar que Pablo Escobar estuvo involucrado en la financiación de la guerrilla para el asalto. Por otra parte, las múltiples desapariciones de testigos de los hechos no permiten una respuesta concreta.

<sup>53</sup> Esta es la época en que Oliver North, como miembro de la CIA, trafica con drogas para pagar a los contras. De este modo, es lícito decir que los Estados Unidos ha decidido cuando el narcotráfico es aceptable o no lo es. Cuando Noriega no pudo seguir prestando su colaboración a

Sin embargo, la mafia ha sido y es parte de la Institución y nunca estuvo interesada en destruir el Estado político. De hecho, es una de las mayores defensoras del régimen y no intenta crear una sociedad diferente a la que existe; opta por la acumulación de capital y la inversión en la economía nacional. Por ello, las clases al poder han mantenido siempre una posición ambigua frente al tráfico de drogas ya que, como ésta, el narcotráfico defiende la propiedad y lucha contra la subversión de los movimientos populares y de izquierdas.

De este modo, la modernización en Colombia agudiza la desintegración y la falta de cohesión social y se contrarresta con la anomia que, a su vez, dispara la delincuencia, advirtiendo que la anomia es un producto del desarrollo desigual y de la desorganización del Estado. En esta coyuntura, el narcotráfico fue la salida "más sencilla" para conseguir la anhelada superación social y económica.

Pero, además, el asesinato de Lara Bonilla daría lugar a la identificación del *sicario*. El asesino del ministro pertenecía a Los Priscos, tenía únicamente dieciséis años, llevaba una estampa de la Virgen del Carmen y un escapulario en los calzoncillos. Es con este asesinato que el *sicario* emerge como figura fugaz que asesina y (des)aparece en la moto. Este sistema ya era utilizado por la mafia corsa con la cual el *sicario* y la mafia en Colombia guardan estrechas semejanzas.

---

Estados Unidos empezaron las acusaciones de tráfico de drogas; sin embargo, los Estados Unidos utilizaban las mismas fuentes para financiar la contra nicaragüense. Por ello, desde una perspectiva paranoica se justifica la invasión a Panamá y la captura de Noriega y, al mismo tiempo, se presiona a Colombia, Perú y Bolivia para que embatan contra campesinos coccaleros y mafiosos. Por otra parte, narcos y anticomunistas se organizan para apoyar la contra nicaragüense. Véase *Coca Nostra* de Fabio Castillo, 1991.

A partir de este momento se aplica el término *sicario* para definir al intermediario joven, con entrenamiento con automóvil o motocicleta, conocimiento en el manejo de las armas, maniobras de seguimiento y quien, antes de cometer sus crímenes, se encomienda a María Auxiliadora.

## VIII LOS AÑOS 90

La última década del siglo XX se convertía en el período más sangriento. Los programas de cambio estructural en el orden económico que facilitaban el ingreso de capitales extranjeros, la dinamización de la privatización de empresas estatales, desmantelamiento de aranceles externos, eliminación de controles aduaneros, incremento de tasas de interés ayudan al narcotráfico a ganar influencia económica y elevar su poder corruptor. Mientras más de dos mil militantes de izquierda eran víctimas del terrorismo, entre ellos fue asesinado en 1987 Jaime Pardo Leal, integrante de la Unión Patriótica. Durante este período, además, los *sicarios* asesinarían a tres de los candidatos para las elecciones de 1990. El senador y candidato presidencial liberal a las elecciones de 1990, Luis Carlos Galán, fue asesinado en agosto de 1989. Había prometido desmantelar los grupos paramilitares, establecer la extradición y combatir el narcotráfico. Se desencadenó, entonces, una guerra a todo nivel entre el gobierno y la mafia de la droga. En marzo de 1990, un *sicario* de Medellín abaleó a Bernardo Jaramillo, candidato presidencial de la Unión Patriótica, en el aeropuerto de El Dorado de Bogotá. Veinte días más

tarde y a manos de otro *sicario*, cayó muerto en un vuelo comercial a Barranquilla, Carlos Pizarro, líder del M-19 y sustituto de Jaramillo en las elecciones presidenciales.

Ante esta situación, el Estado, en su deseo de desactivar las bandas de *sicarios*, entra en una guerra contra los llamados "invisibles". Se producen allanamientos, detenciones arbitrarias, torturas, secuestros y desapariciones de jóvenes en los barrios populares —a menudo por parte de las Fuerzas Armadas y los grupos de autodefensa. Las represalias no se hicieron esperar y las bandas de *sicarios*, pagados por el cartel de Medellín y en particular por su capo Pablo Escobar, matan a 97 policías en un mes.<sup>54</sup>

Sin embargo, paralelamente se disparan otras formas de delincuencia. El Estado sin poder coercitivo no pone solución al problema y tanto los narcotraficantes como su red de asesinos gozan de una tolerancia social e inmunidad ante sus actuaciones. De este modo, la ineficacia de la justicia genera justicias privadas. Así, el mismo Estado contribuye a privatizar una de sus funciones básicas como es la regulación de los conflictos entre ciudadanos y los medios de autodefensa para proveer cierta seguridad en sectores de la ciudad. De ahí que se institucionalicen "los escuadrones de la muerte", las milicias civiles armadas de extrema derecha y al servicio del narcotráfico. Estos grupos exterminaron tanto a miembros de la oposición como a sindicalistas, unionistas, miembros de la Unión Patriótica y a aquellos que simpatizaran

---

<sup>54</sup> *El mundo*, Medellín, 11 enero 1990, p.2a.

con la guerrilla. Además, proceden a una "limpieza social", es decir, dar muerte a aquellos individuos marginales a quienes consideran foco de delincuencia.<sup>55</sup> Estos hechos provocarían un estado de pánico entre la población que dejaría las calles desiertas en la ciudad de Medellín, lo cual contribuiría a la creación de un imaginario colectivo de miedo y muerte.

En realidad, tras la muerte de los grandes capos y, en particular, Pablo Escobar en 1991, la violencia aumentó porque se genera el desempleo de todos aquellos que habían sido sus secuaces entrenados para matar. A finales de los años 90 se evidencia de nuevo un alto número de asesinatos. Este hecho es debido a que muchos de los asesinos pasan a la delincuencia común, en algunos casos altamente profesionalizada, entran a formar parte de las guerrillas urbanas o trabajan indirectamente para distintas formaciones políticas. Por ello, la desarticulación de la red al servicio de la mafia no implicó la desaparición de las bandas, sino que significó únicamente la fragmentación de las mismas en pequeños grupos que, a su vez, luchaban entre sí por el poder perdido.

A pesar de algunas luchas ganadas al narcotráfico, las elecciones han seguido manchadas por el dinero del negocio. En 1994, Ernesto Samper (1990-1994), líder del partido Liberal y quien en años anteriores había luchado contra el prohibicionismo, se ve obligado a tomar distinta

---

<sup>55</sup> Amparadas bajo la ley 168 de libre organización y la 48 de Defensa Nacional, se crearon autodefensas urbanas tales como las 'Convivir' en la ciudad de Medellín, cuya aparente y teórica legalidad les fue concedida por el presidente Alvaro Uribe. La ley les permite la organización militar y armada a ciudadanos civiles para luchar contra delincuentes. Estos grupos asesinaron a más de 300 activistas de UP, docenas de ex-guerrilleros con amnistía concedida y usaron entre sus tácticas la intimidación.

posición al verse envuelto en un escándalo de corrupción por supuestamente haber aceptado dinero para su campaña directamente del Cartel de Cali. Samper dialogó con la guerrilla pero la estigmatización de su narcodemocracia acabaría cancelando su visa a Estados Unidos. Colombia es, una vez más, estigmatizada y esta imagen se permearía a través de los medios, el cine y la literatura.

En este contexto general, cuyo protagonista central parece ser el narcotráfico, hemos podido observar como los actores principales de la violencia en Colombia han ido alterando, algunas veces voluntariamente y otras por circunstancias contingentes, sus estrategias y comportamientos. El establecimiento desgarrado y carente de consenso institucional está más inclinado a dar zonas a ciertos insurgentes que en redistribuir los poderes político y económico. En 1999, la economía colombiana sufre la peor recesión de las últimas décadas. Sin embargo, parece existir la tendencia a pensar que la guerra es más rentable que la paz. La guerrilla se posiciona en tierras ricas, aumentando la capacidad de reclutamiento, perdiendo su 'ethos' revolucionario para entrar en contacto con el narcotráfico. El paramilitarismo, por su parte, nacido de las entrañas mismas del Estado, con el beneplácito de los militares, terratenientes, empresarios y políticos, abandona su objetivo principal de contención a la guerrilla para convertirse en un aparato de terror por su exacerbada violencia y violación de los derechos humanos. Tanto extrema derecha como extrema izquierda buscan proteger sus territorios y recurren a la violencia para ello. Las Fuerzas Armadas, por su parte, no pueden

garantizar un manejo soberano del espacio nacional y en las zonas de fuerte concentración guerrillera su presencia es casi inexistente. Y, también los paramilitares pasan a controlar más territorios que los propios cuerpos de seguridad. Tantos años de conflicto debilitaron a las Fuerzas Armadas y no se ha dado respaldo a sus iniciativas. Todo ello, ha convertido a Colombia en un país de riesgo para el resto del continente.

En la ciudad, grupos de milicias se encargaban de preparar a muchachos de los barrios en el manejo de armas y operativos militares, mientras que por su parte, el negocio de la droga congregaba a jóvenes en sus escuelas privadas del crimen. Una vez tuvieron acceso a las armas, muchos de estos jóvenes murieron asesinados por conflictos internos o sumergidos en el aparato delictivo creado por el narcotráfico y que, más tarde, derivó en múltiples venganzas personales, entre bandas o en problemas territoriales.

Así pues, el narcotráfico ha constituido el centro de gravedad de las últimas décadas, cubriendo no sólo la actividad del tráfico de drogas, sino ejerciendo una gran influencia en la gama de actividades lícitas e ilícitas de la economía en los 80. Pero, además, la narcrocriminalidad organizada reconfiguró valores y, desde una perspectiva sociológica, es vista en términos de una clase que, al igual que las otras clases emergentes, ha pretendido su reconocimiento social, predominio económico y poderío político. Una forma de poder disgregativa, típica de los débiles que se manifiesta en la capacidad relativamente difusa pero efectiva de erosionar y derrumbar las instituciones sociales, políticas y económicas para

obtener sus objetivos, todo ello mediante un conjunto de acciones desafiantes y violentas que ponen en evidencia las deficiencias e injusticias del estado de derecho (Carroll 1972). Además, el narcotráfico ha transformado valores sociales y culturales y ha generado nuevos comportamientos contrarios a la solidaridad y a la sociabilidad. Pero, el cartel de Medellín, signo de agresión, poco a poco se vuelve en una palabra vacía aunque clave para entender los asuntos entre Norte y Sur. Por ello, a pesar de que no podamos negar su existencia, con su nombre estamos estigmatizando a una ciudad y, en su extensión, a un país, Colombia, la cual ostenta hoy una visibilidad deformada, la visibilidad de una nación imaginada, que se inventó la pólvora de finales del siglo XX.

### III CIUDAD

La metrópolis contemporánea se aleja cada vez más del sueño de Le Corbusier cuya utopía arquitectónica negaba la confusión y el caos del desorden o de lo espontáneo. Desafiando la razón arquitectónica, la estética del caos y la lógica del desorden se instauran como lenguajes de lo urbano, lenguajes mestizos que crean y recrean cotidianamente sus propios códigos narrativos en diversos territorios [...] La ciudad se narra a sí misma de forma en que la superposición de planos dificulta establecer demarcaciones y fronteras estables. En ese movimiento, las violencias se desespacializan, emergen, ubicuas, mezclando las ecologías de la ciudad. Lo inseguro y lo seguro, lo bueno y lo malo, se convierten en coordenadas itinerantes que se trazan desde parámetros múltiples y complejos. Sin embargo, a la percepción de una violencia desterritorializada, se responde con los esfuerzos por reterritorializarla, confinarla a unos márgenes aprehensibles. (Reguillo 2002:55)

#### I INTRODUCCION

La ciudad de Medellín no puede ser considerada como un caso aislado de fragmentación, violencia y caos. En realidad, el presente capítulo intenta dar cuenta de la ciudad como espacio problemático, lugar de tensiones y conflictos, ofreciendo un abanico teórico del concepto. El estudio de la ciudad es un tema muy sugestivo y complejo por su amplitud y, como veremos, es erróneo pensar que puede ser abordado por una sola disciplina. Por ello, el presente análisis parte de las distintas aproximaciones que ha suscitado el concepto de ciudad, principalmente durante el siglo XX, entre sociólogos, antropólogos, urbanistas e historiadores, al tiempo que tratará de analizar el modo en el cual la ciudad aparece en la narrativa contemporánea colombiana y, en particular, en el conjunto de novelas que ha recibido el nombre de *sicaresca colombiana*. El objetivo de este estudio se sitúa sobre la perspectiva de que estos textos no sólo re-crean la ciudad de Medellín

como espacio físico, sino que además contribuyen a la construcción de su imaginario urbano que, a su vez, determina la forma de concebir y habitar la ciudad. Además, este discurso literario se caracteriza por remarcar las modificaciones que la economía del narcotráfico ha efectuado en el espacio urbano, tanto en su definición y transgresión de los límites físicos como en la re-articulación de sus fronteras imaginarias en base a los cambios experimentados en el uso y percepción de la ciudad por parte de sus ciudadanos. Sin duda, el negocio del crimen provoca la emergencia de nuevos sujetos sociales cuya capacidad de movimiento en los espacios públicos modifica el significado del espacio al tiempo que aumenta la crisis y conflicto en la interrelación cotidiana de los actores urbanos. Lo anterior muestra que dotar a la violencia de un territorio significa una victoria, en tanto que, con el aislamiento del territorio en cuestión, se confiere la ilusión de una posibilidad de combatir a tal violencia.<sup>56</sup> Sin embargo, territorializando las violencias y dividiendo la ciudad se contribuye a fijar los agentes de la misma violencia. En tanto no hay territorio sin actores, esta forma de representación de las violencias permite imaginar que las murallas reales y simbólicas ayudan a frenar el avance de los que son pensados como responsables del deterioro y esto es una simplificación que contribuye a que asociemos, erróneamente,

---

<sup>56</sup> Entendiendo aquí por territorio como el espacio de autorrelación de sujetos que comparten prácticas similares tales como el lenguaje, las modas, etc. Silva (1992) lo define como un lugar con límites culturales, en el cual se marca un umbral de autorreconocimiento y distanciamiento con el afuera. Dichos territorios se materializan al recorrerlos y no se marcan de *afuera* para *adentro*, sino desde dentro, es decir que se tomó el territorio como la afirmación de lo propio y el mundo es visto como el "resto". La noción de territorio en los países en vías de desarrollo se reconoce como una afirmación de una colectividad que resiste las incoherencias internas y las diferencias.

pobreza con violencia. Desde esta lógica los agresores adquieren rostro reconocible: marginados, drogadictos, homosexuales y travestis. Castells (1997) afirma la necesidad del territorio para que el grupo reafirme sus identidades. Estas figuras, en su mayoría nocturnas, son contradictorias y amenazantes para la sociedad tradicional, al moverse libremente por la ciudad. De hecho, 'la diferencia en el comportamiento urbano que aparece cuando una sección de la sociedad está básicamente establecida, mientras los miembros restantes se caracterizan por su creciente movilidad se convierte en una barrera, en el instrumento amplificador de una hostilidad abierta y ya existente' (Simmel 1997:169). Esta movilización, a su vez, genera la adaptación de rasgos arcaicos a los nuevos requisitos y circunstancias apareciendo distintos tipos de fusión entre lo tradicional y lo moderno. Esto ha ocurrido en Colombia de un modo más rápido y evidente con las posibilidades económicas abiertas por el narcotráfico. Este tipo de movilización psicosocial también posibilita a los grupos liberados la adopción de nuevas actitudes y valores y el desempeño de nuevos papeles o modelos de participación, incluyendo nuevas formas de consumo. Por ello, los desplazamientos generan una mayor disposición a ser incorporados a los nuevos modelos de conducta y a las instituciones, a pesar de la posible pérdida de correspondencia entre las actitudes y las aspiraciones, por una parte, y de las posibilidades de acción y satisfacción, por otra.

El objetivo de este análisis es acercarnos a la ciudad como ejemplo de el espacio de las contradicciones, invadido y que invade, lugar de

tensiones y miedos y generadora de amenazas; lugar en el cual la falta de demarcaciones internas específicas, unida a la implosión y el movimiento experimentado básicamente por el sector considerado como 'invisible' de la población, ha derivado en la angustia de los seres que la habitan.

La narrativa urbana, a pesar de ofrecer una amplia posibilidad de análisis, también sirve para (re)definir la ciudad a partir de las descripciones en el relato y de las actitudes y regímenes de valor tanto del narrador como de los personajes. Teniendo en cuenta que la ciudad es una proyección de imaginarios en el espacio (Bazkco 1991) y, por tanto, su construcción depende de la posición social y cultural de sus actores sociales, no nos debe sorprender entonces que, estos textos, reflejen predominantemente la perspectiva de miedo compartido por dicho narrador 'letrado', ajeno a la visión de muchos de sus personajes, y las clases medias/altas, 'al explotar su mundo y ver que la ley universal es reemplazada por la *lex talionis*' (Franco 2002). En realidad, llama la atención que en estas obras se afirme la posición de un narrador-personaje intelectual enajenado que mira la ciudad como un 'tejido ajeno', oponiéndose a los que parecen construir la ciudad desde su condición de marginados. Además, la distancia psicológica y social de los narradores en relación a los otros personajes define la forma en que se establece la división hegemónica del espacio en la ciudad. *En Rosario Tijeras* de Jorge Franco, *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, *Morir con papa* de Oscar Collazos, *Ganzúa* de Fernando Macías y *Sangre ajena* de Arturo Alape la ciudad de Medellín es el lugar donde la co-existencia disruptiva

de formas de vida tradicionales y modernas, la diversidad y heterogeneidad cultural —dada no sólo por los altos índices de migración rural, sino también por el encuentro entre lo local y lo global— y el aumento de la violencia urbana ocasionado principalmente por el auge del narcotráfico en la actual época de globalización han incrementado los niveles de miedo, perpetuando los estereotipos construidos y cada vez más difundidos, nacional e internacionalmente, de esta ciudad como lugar del crimen. En estas novelas, pareciera que el narcotráfico ha marcado un antes y un después de forma tajante, dejando huellas físicas y mentales en los ciudadanos de Medellín. De hecho, en este capítulo se trata de mostrar la forma en la que la ciudad escrita de Medellín —segunda ciudad colombiana— fija la percepción con la que la ciudad es percibida, dentro y fuera del territorio nacional, como un lugar apocalíptico y violento, de acuerdo al imaginario construido por ciertos grupos políticos, construyendo un *nosotros* y *otro* peligroso. Debemos tener en cuenta que estas muestras de violencia no son únicamente vistas como exóticas —por su desmedida— sino que sirven los intereses de grupos políticos cuando se requieren ayudas económicas internacionales para subvencionar las fuerzas militares que sirvan para eliminar a grupos “subversivos” o al apoyar redes financieras europeas y norteamericanas que imponen programas de intervención militar o campañas antiterroristas. Por ello, la representación del espacio en conflicto y violento juega un papel importante al convertirse en la base desde la cual intervenciones materiales toman forma. Finalmente, no podemos olvidar

que la violencia ha sido usada por un número de “artistas” para entrar en el Mercado cultural.

## II DICOTOMIAS IRRELEVANTES

Lógicamente, para abordar el tema que nos concierne cabe definir el significado ciudad. Aquí nos encontramos con la primera dificultad pues a lo largo de la historia variados debates revisan la construcción de las ciudades y ciudadanos y, de ahí que hayan aparecido múltiples perspectivas de estudio del espacio urbano. La ciudad ha sido definida como mito e historia; cuerpo o cruce de caminos; expresión de progreso y modernidad, donde se da la forma más alta y compleja de vida social y, a la vez, el lugar de la catástrofe y falta de sentido, adquiriendo un carácter singular que se aleja de la tendencia que la limitaba a ser la simple negación de su opuesto —lo rural. Como sujeto de estudio contemporáneo, la ciudad ha dejado de ser el lugar construido físicamente para convertirse en una entidad compleja cuyo significado se extiende más allá de su estatus físico y, en ningún momento, puede limitarse a ser definida por su extensión geográfica o por aquello que no es.<sup>57</sup> En el siglo

---

<sup>57</sup> 'La ciudad no consiste en uno o en muchos edificios asentados separadamente, sino que, por el contrario, constituye un habitat concentrado (o, al menos, relativamente concentrado), una "localidad". [...] La representación corriente con la que se asocia hoy la palabra "ciudad" ofrece características puramente cuantitativas: la ciudad es una gran localidad; este criterio no es, en sí mismo, falso. Desde el punto de vista sociológico la ciudad equivaldría a una gran concentración de casas colindantes, dispuestas en orden compacto, que forman una aglomeración dotada de una identidad tan amplia que en ella no se produce la agrupación ordinaria y específica de la vecindad caracterizada por un conocimiento personal y recíproco entre sus habitantes. Si nos atenemos a esta definición sólo las grandes localidades serían ciudades, pero hay que tener en cuenta que el criterio que se utiliza para demarcar el concepto de ciudad depende también de condicionamientos culturales, por ello no sería aplicable, en este caso, a localidades que en el pasado poseyeron legalmente el carácter de ciudades [...] En suma, el tamaño no constituye, por sí solo, un criterio discriminatorio.' (Weber 1966: 3-4)

XX, se ha enfrentado de una forma demasiado tajante el campo como lugar de relaciones primarias, mientras se ha considerado a la ciudad como el lugar de relaciones de tipo secundario, medio en el cual se encuentra una mayor segmentación de los papeles adjudicados a los individuos, multiplicidad de tendencias y habitat para la industrialización. Sin embargo, esta definición es básicamente descriptiva y abandona las coincidencias frecuentes entre lo que ocurre en el campo, o en pequeñas poblaciones, una vez influenciado por la ciudad y lo que ocurre en la ciudad, a menudo invadida por el campo. De esta manera, los estudios sobre ciudad no validan dicho dualismo, ni pueden concebir que la ciudad haya sido invadida por el campo sino, al contrario, la mayoría de los problemas a los que se enfrentan las zonas rurales son el resultado de la centralización de la vida política y económica nacional en las ciudades y este foco básico citadino obliga al campesino a abandonar el campo. Por ello, la ciudad no pertenece a una categoría obvia, fácilmente reconocible ya que, desde sus orígenes, no sólo se ha distinguido por provocar reacciones ambiguas y contradictorias, sino también por poseer variadas e incluso opuestas definiciones.

### III EL SER Y LA CIUDAD

Basándonos en la etimología latina, la palabra *civilización* significa aquello que sucede en la ciudad y, a la inversa, una ciudad es el producto peculiar del estado del hombre —estado que se conoce con el nombre de

---

*civilización*. No obstante, no recurriremos a las teorías aristotélicas para no caer en el error de analizar la ciudad como un lugar homogéneo ya que ésta no posee una estructura homogénea y ordenada, ni tampoco todos sus ciudadanos cuentan con la misma posibilidad de intervención económica, política y social. De hecho, la ciudad y el espacio urbano — tanto físico como simbólico— que se pretenden analizar en esta ocasión, lejos de ser ese utópico conjunto armónico, es el resultado de la multiplicidad de discontinuidades y desencuentros, el escenario de relaciones antagónicas y conflictivas.

Retomando el mito genesíaco, nos encontramos ante la primera ciudad que espanta y causa estupor ya que trae a la luz la inmemorial verdad del origen. La Biblia en el Libro de Enoch señala que la primera ciudad de la historia es la fundada por Caín con el nombre de su hijo tiempo después de ser expulsado por matar a su hermano Abel:

Caín errante y fugitivo sobre la tierra, después de haber dado muerte a su hermano, se aleja de la presencia de Javé y se establece en la región de Nor, donde conoce a su mujer, con quien constituirá la primera ciudad (Génesis 4, 16-17).

Esta mitología, como otras, nos da una pista para interpretar la reiterada asociación que se acentúa entre ciudad y violencia. De ahí que ya la primera ciudad se establezca como el lugar del exilio y el vacío, de la vergüenza y la culpa no superadas, de la huida y de la nueva patria, en la cual no es posible alcanzar el deseo de estabilidad. Curiosamente, ya en estos rasgos de la primera ciudad mítica observamos ciertos paralelismos con la realidad cotidiana de aquellos de muchas ciudades

contemporáneas, donde el exilio y el abandono de las tierras de origen pueden llevar a una pérdida de identidad y vacío.

De esta manera, la primera ciudad es una obra de aquel que había levantado la mano contra su propio hermano y, por ello, obra del Diablo. Y, del mismo modo que Roma fue fundada por un fratricida, Siracusa es obra de un asesino y varias ciudades Jonias son fundadas por Orestes después de su matricidio:

Cuentan las leyendas que Arquías fundó Siracusa después de huir de Mileto tras haber asesinado a su amante. Leucipo fundó Cretineo, cerca de Mileto, tras matar a su padre y haberse unido a su hermana. Tanagra es obra de Poimandro, asesino de su hijo. Pilas, tras matar a su tío, fundó dos ciudades, una en Mesenia y la segunda en la Elide, llamadas las dos Pilos. Pitane dio nombre a su ciudad tras exponer a su hija. Telégono, el hijo que Ulises habría tenido con Circe, tras matar a su padre, fundó Túsculo y Praeneste en Italia (Azara 2000:158).

Partiendo de esta premisa, la ciudad es el hogar de los sin hogar, de los abandonados, desahogados, apátridas y expulsados. Posterior al exilio de Caín, y opuesto al carácter errante que personifica, el éxodo sugería no sólo la búsqueda de la tierra prometida, sino el posible encuentro con el lugar para habitar, el abandono del nomadismo y, en consecuencia, la construcción de pertenencia e identidad. De esta forma, en la ciudad se pasaba de vivir en tránsito para encontrar el lugar donde establecerse y crear vínculos, pensando que con el reconocimiento del lugar e instalación o apropiación del espacio se conseguía alcanzar la sensación de arraigo y pertenencia necesaria para la construcción de identidades. Paradójicamente, el vínculo establecido entre el ser y el lugar habitado no siempre logra disipar las tendencias nómadas del ser humano que incluso dentro del espacio urbano continúa en movimiento, ya bien

sea voluntaria o involuntariamente. Por ello, se hace dudosa cualquier construcción de identidad a partir de la pertenencia a un lugar determinado (Canclini 1990) y se aboga por un concepto de identidad que depende de muchos otros factores y que se encuentra en continuo movimiento.

Esta imagen mítica del origen de la ciudad y que la define como lugar del caos nos interesa de forma especial en este análisis ya que nos conduce a la imagen de ciudad apocalíptica y del crimen que ha caracterizado a muchas ciudades latinoamericanas de las últimas décadas y en particular a la ciudad de Medellín. Esta figura ha sido recuperada por el filósofo italiano Giuseppe Zarone. En su trabajo *Metafísica de la ciudad; encanto utópico y desencanto metropolitano* (1993), Zarone, partiendo del punto de vista psicosociológico de Mitscherlich, sugiere la concepción de ciudad como catástrofe:

Desde hace más de siglo y medio, la 'gran ciudad' se impone a la atención de todos como una catástrofe: al darse inesperado e imprevisto de una rápida y arrolladora mutación de la existencia humana, capaz de influir sobre los horizontes de la vida de los hombres, según el modo, conocido y vivido, de un general *desarraigo*, según aquella desplazante situación de la ciudad inhabitable, inhóspita, instigadora de discordia y agresividad (Zarone 7).

Para Zarone, estas dimensiones negativas —cuyo resultado, en nuestros días, no sólo es consecuencia de angustias individuales, sino de situaciones sociales, económicas y políticas globales— se ven reflejadas en la ciudad y, a la vez, forman parte de ella, ya que la ciudad ésta producida por el ser y, viceversa, el ser forma parte de la ciudad. Por ello se podría decir que la ciudad es la obra más importante del hombre, lo

reúne todo, y nada que se relacione con el hombre le es ajeno o indiferente.

Estas conceptualizaciones, si bien por un lado parecen estar estrechamente ligadas a la filosofía cristiana, a la cual no deseamos ceñirnos en este trabajo, nos remiten, por otro, a la teoría Spengleriana, a partir de la cual civilización y ciudad caminan en ciclos vitales paralelos. La ciudad, siendo la imagen del destino del hombre, provoca la angustia propia del hombre al encontrarse a sí mismo y con su declive (Spengler 1918,1923). Spengler, contrario a las perspectivas que elaboran la ciudad como símbolo de relación social integrada o aquellas que la definen por excelencia como la ciudad “ordenada” clásica —cuyo objetivo principal era el de convertirse en el espacio público de comunicación y política—, nos acerca a la imagen catastrófica, señalando la fragmentación y soledad que la ciudad puede producir en los individuos ya que la actitud del metropolitano, de acuerdo con Simmel, tiende a ser no sólo formal y de reserva, sino de aversión y repulsión:

Indeed, if I am not mistaken, the inner side of this external reserve is not only indifference but more frequently than we believe, it is a slight aversion, a mutual strangeness and repulsion which, in a close contact which has arisen any way whatever, can break out into hatred and conflict (Simmel 1997:15).

Pero, además, los intercambios económicos de hoy producen una periferia integrada por personas que no acceden a los beneficios de la ciudad. Y esta periferia no es sólo provocada por la imposibilidad de participar activamente en la economía del lugar, sino, y más crudamente, por la imposibilidad de algunos de tener o manejar los signos urbanos de

tránsito cultural: formas de comportamiento, lengua, categoría civil, status migratorio, etc.

#### **IV CARNE Y PIEDRA**

Y, si la ciudad ha sido considerada como la creación del hombre, también podemos destacar que posee ciertos elementos que funcionan paralelamente a las partes del cuerpo humano. Esta analogía entre la forma corporal y la urbana se ha utilizado frecuentemente.

Por ejemplo, en *Carne y Piedra* (1997), Richard Sennett ha establecido una relación entre cuerpo y ciudad en la que ambos conceptos siguen los ciclos de la civilización occidental. Por ejemplo, los antiguos atenienses, que celebraban la desnudez del cuerpo, buscaron dar a la desnudez un significado físico en los gimnasios de Atenas y un significado metafórico en los espacios políticos de la ciudad, aunque la forma humana genérica que buscaban estaba limitada al cuerpo masculino e idealizada cuando el hombre era joven. Era en el gimnasio donde el joven aprendía que su cuerpo era parte de una colectividad más amplia llamada polis y que el cuerpo pertenecía a la ciudad (Sennett 1997). Cuando los venecianos del renacimiento hablaban de la dignidad del cuerpo en la ciudad se referían únicamente a los cuerpos cristianos, una definición que conduce a la exclusión de los cuerpos judíos, que según los renacentistas eran medio humanos y medio animales, mostrando así cómo el sistema de exclusiones siempre ha existido en el espacio urbano. Siguiendo esta analogía corporal, observamos que las

contradicciones y ambivalencias corporales, provocadas por la imagen prototípica colectiva, se ha expresado en las ciudades occidentales en alteraciones y borrones de la forma urbana y en usos subversivos de su espacio. Y es este carácter necesariamente contradictorio y fragmentado del cuerpo humano en la ciudad lo que ha contribuido a crear los derechos de diferentes cuerpos, ya bien sea para dignificarlos o menospreciarlos.

Por otra parte, no es difícil observar la analogía entre el funcionamiento de la ciudad y el del cuerpo humano. Sus arterias han sido los espacios de circulación y tanto la limpieza del cuerpo como su suciedad caminan paralelamente al estado de la ciudad. Y si, desde sus orígenes, la civilización ha sufrido de cuerpos corruptos y enfermedades sexuales, la ciudad cuenta con dichos elementos que se dan en distintos espacios y/o guetos donde aparece la prostitución y el crimen. Por otra parte, las venas de la ciudad pueden reconocerse en las calles que la comunican y por donde atraviesa el tráfico humano y en aquellas tuberías, desagües y conductos que conectan y suplen las zonas de la ciudad.

## **V TEORIAS DE Y SOBRE LA CIUDAD**

De interacciones y estrategias comunicativas surgen las propiedades del espacio urbano.

Henri Lefèbvre, *De lo rural a lo urbano*, 1975.

A pesar de todo, las ciudades parecen todavía condenadas por su falta de coherencia, armonía o intimidad como si fuera posible o deseable que lugares tan complejos y de varios millones de seres humanos se pudieran

distinguir por tales cualidades. No obstante, desde el mito mesiánico hasta nuestros días se han producido numerosos cambios en la forma de 'pensar' la ciudad. Una lectura de la historia de las teorías urbanas del siglo XX demuestra los numerosos intentos —por parte de sociólogos, antropólogos, historiadores e intelectuales en general— de definir el concepto como fenómeno físico y cultural pero, además, de encontrar el significado a lo que todos conocemos como ciudadanía.

De hecho, ya a finales del siglo XIX, Georg Simmel, perteneciente a una segunda generación de sociólogos que basarían sus investigaciones en el estudio de la interacción de la vida humana, realiza un importante análisis de la ciudad relevante al caso que nos ocupa. Fundador de la Asociación Sociológica Alemana en Berlín, Simmel se mostró interesado en el análisis de las interacciones sociales y, partiendo de una teorización del espacio, su objeto de estudio se basó primordialmente en la 'mentalidad' o 'urbanidad' de la ciudad y su interacción cotidiana. Para este sociólogo, la ciudad abandona su estatus meramente físico, para pasar a ser un constructo imaginario, y elemento central en la vida del hombre moderno. Y, a pesar de que Simmel reconoce las posibilidades de libertad de actuación que ofrece la ciudad moderna y que radican en la anonimidad y la individualidad, no ignora la (in)diferencia y el solipsismo que por esa libertad pagan los ciudadanos. De una forma acertada, Simmel es consciente de la heterogeneidad urbana al observar a los distintos tipos que comparten el espacio urbano, argumentando que el choque existente entre las distintas personalidades

en lucha por mantener su autonomía e individualismo es una de las causas principales de conflicto. En la ciudad todo tipo de gente se encuentra e interrelaciona, produciendo un sinfín de impresiones que a menudo no llegan a entenderse por la falta de tiempo para la reflexión y el entendimiento. Por ello, se recurre al imaginario que construye lo no tangible en inteligible.

Los discípulos de Simmel continuaron su escuela, fundando el primer departamento de sociología en la Universidad de Chicago. Este fue el punto de partida para el desarrollo teórico de la interacción social. Los orígenes de la Escuela de Chicago se caracterizarían por su preocupación por lo que se comenzaba a denominar el “día a día” de la vida urbana. Su principal teoría para los análisis urbanos define a la ciudad como la forma ecológica donde se expresa la cultura urbana que se encuentra en ella. Y esta unidad ecológica está definida por fronteras —físicas o mentales— que producen demarcaciones socialmente significativas. Entre los miembros de la Escuela encontramos a los sociólogos Louis Wirth y Robert E. Park, quienes contribuyeron de gran manera al estudio del concepto. Por ejemplo, Park describiría la ciudad de la siguiente manera:

The city [...] is something more than a congeries of individual men and of social conveniences —streets, buildings, electric lights, tramways, and telephones— [...] something more than a mere constellation of institutions and administrative devices —courts, hospitals, schools, police— [...] the city *is rather a state of mind*, a body of customs and traditions, and of organized attitudes and sentiments (Park 1925: 1)

Max Weber (1864-1920), ofrecía en 1906 una visión de la ciudad que no sólo rompía con una imagen ordenada y utópica de ésta, sino

también, y de acuerdo con Simmel, rompía con el estatus físico que se había aplicado hasta ese momento al concepto. Partiendo de la teoría presentada por Weber, la ciudad no corresponde meramente a su aspecto tangible de edificios, avenidas y calles, sino que se constituye a partir de lo imaginario.<sup>58</sup> Para Weber, la ciudad es una comunidad que depende del movimiento humano y está continuamente expuesta a influencias disruptivas. En su riguroso análisis sobre ciudad, Weber reconoce la parte simbólica e imaginaria de la ciudad y su propuesta apunta por una definición más amplia del contexto que tenga en cuenta aspectos tangibles e intangibles (Weber 1958).

Por otra parte, la relación entre cierto tipo de habitat y los modos específicos de comportamiento fue el tema clásico analizado por la sociología urbana expuesta por la Escuela de Chicago. La ciudad es la forma ecológica constituida por la interacción social y la integración de distintas prácticas y, estas prácticas, definen lo urbano. La co-existencia en una sociedad de distintos flujos, códigos y relatos, y la aceleración e intercambio de mensajes en la ciudad generan nuevas competencias específicamente urbanas que conmocionan no sólo las relaciones, sino también las identidades individuales y colectivas. De este modo, lo urbano está directamente relacionado con el contenido social y el espacio urbano se define como el lugar practicado por los individuos que se constituye y habita dependiendo de los códigos y símbolos que éstos adopten.

---

<sup>58</sup> En este estudio se parte de la teoría propuesta por Cornelius Castoriadis (1987) sobre el imaginario, en la que se considera al imaginario como un proceso activo de creación y no como ente pasivo o la simple imagen de algo ya existente.

Consecuentemente, la ciudad adquiere una dimensión claramente social ya que sus imaginarios dependen principalmente de la posición social de los sujetos y la coexistencia de estos diferentes grupos sociales provoca un tipo segmentario de sociedad que, a su vez, divide y transforma sus espacios. De este modo, 'la ciudad es un habitat formado por la interacción e integración de distintas prácticas' (Ledrut 1986:122) y es, por antonomasia, 'el espacio de la pluralidad de las diferencias' (Castells 1997:136), el espacio que 'reúne personas distintas, intensifica la complejidad de la vida social, presentando a las personas como extrañas' (Sennett 1997:29), 'el lugar de la multiplicidad de espacios y tiempos, donde co-existen distintos tipos sociales y se permiten relaciones paradójicas' (Massey 1994:3). Y, ciertamente, las prácticas de la ciudad envuelven a un gran número de individuos y grupos sociales con distintos puntos de vista. De ahí que cada uno use y habite la ciudad de forma diferente, atribuyéndole distintas lecturas. Estas lecturas, usos y percepciones generan una mayor segregación espacial y una distancia mental entre los individuos, grupos, minorías y clases de acuerdo al color, etnia, estatus social o económico, gustos y preferencias. Los lazos de vecinos o los sentimientos de aquellos viviendo en proximidad por generaciones bajo una tradición común desaparece o disminuye al tratarse de miembros con diversos orígenes. Por ello, la ciudad se convierte en el espacio fragmentado donde la distancia que nos separa del otro es únicamente una membrana que, a pesar de su invisibilidad, rodea y limita la individualidad somática. No es de sorprender, entonces

que el crecimiento de la ciudad intensifique las diferencias ya que la proximidad de los cuerpos unida a la estrechez del espacio hace que estas distancias sociales sean incluso más visibles\ (Simmel 1997).<sup>59</sup>

De este modo, nos hemos alejado de la idea utópica de homogeneidad y organización para entrar en la ciudad heterogénea y fragmentada. La ciudad deja de ser vista como entidad indivisible para convertirse en lo que siempre fue: una entidad múltiple, difícilmente representable, donde se encuentran e interactúan una diversidad de culturas e identidades. Y, aunque continúe sorprendiéndonos su complejidad cultural y heterogeneidad, nos encontramos ante un fenómeno nada nuevo y que no es único a la ciudad. De hecho:

We live in the age of partial objects, bricks that have been shattered to bits and leftovers [...] we no longer believe in a primordial totality that once existed, or in a final totality that awaits us at some future date' (Deleuze and Guattari 1983: 42).

## VI CIUDAD DE CIUDADES

We are seeing the consolidation of a divided city, the city which is not one, in which urban space while it is functionally and economically shared is socially segregated and culturally differentiated. The imaginary institution of the city defines the scope, the possibilities and their limits. What we are addressing is the crisis of the city in its imaginary dimension.

Roland Barthes (1986)

---

<sup>59</sup> En esta ocasión podríamos decir que existe una variante entre el comportamiento de los habitantes de la zona rural y urbana. A pesar de darse relaciones similares entre ambos habitats, podemos establecer que tanto los trazos de los caracteres como sus ocupaciones y la vida cultural e ideas de los miembros de una comunidad puede variar entre aquellos habitantes de la zona urbana y rural. Sin embargo, esto no significa que los habitantes urbanos no cuenten con tantos conocidos como aquellos de las zonas rurales, puede incluso ser al contrario ya que esto iría en relación al número de gente que ven y con quienes comparten el espacio en el transcurso del día y es obvio que, si el número de contactos es menor, también lo será la cantidad de personas a las que conocen. No obstante, lo que si es cierto es que en la ciudad las urbanidades se encuentran en roles mucho más segmentados, en contactos secundarios, impersonales y de forma mucho más transitoria. Este mosaico de mundos sociales supera la posibilidad de relaciones íntimas ya que la multiplicación de personas en interacción hace que el contacto entre las personalidades sea imposible, derivando en la que Simmel (1997) define como la personalidad 'esquizoide' del ciudadano de la urbe.

De cualquier manera, no será ni la heterogeneidad ni la expansión demográfica los que logren una mayor complejidad social en las ciudades contemporáneas, sino la aparición de ciertas fuerzas innovadoras tales como el extranjero, los movimientos migratorios y, en las últimas décadas, el fenómeno de la globalización que, unidos al movimiento interno de las ciudades, aumentan la sensación de conflicto y amenaza en el seno de ciudades ya divididas. Los migrantes sufren grandes dificultades en situarse en la densidad de interacciones que tienen lugar en la ciudad y este cruce de gentes desterritorializadas procedentes de diferentes regiones de un mismo país o del extranjero son agentes importantes que reafirman la co-existencia de múltiples culturas y tiempos en un mismo espacio y, por tanto, de múltiples imaginarios. En realidad, cada individuo trae consigo un bagaje personal e histórico que determina la manera en la que percibe y, en consecuencia, habita la ciudad. Esta forma de habitar la ciudad, a su vez, condiciona y es condicionada por el imaginario. Sin embargo, este hecho no presenta características nuevas ya que, regresando al análisis de Weber, registramos que la ciudad siempre contuvo elementos y las situaciones sociales más variadas:

*The city has always contained elements from the most varied social situations. Office candidates qualified by examinations and mandarins rub shoulders with illiterates despised as rabble and practitioner of the few unclean occupations in East Asia. In the antiquity free men, bondsmen and slaves emerged alongside noble landlords, their court officials and servants' (Weber 1958: 52).*

En 1938, Louis Wirth publicaba un estudio de lo urbano bajo una perspectiva básicamente sociológica, definiendo el concepto a partir de las relaciones de los seres que la habitan. En su ensayo 'Urbanism as a

Way of Life', Wirth da referencias de dos fuentes básicas para la articulación de las teorías de la ciudad. La primera escrita por Max Weber y la segunda por Robert E. Park:

The closest approximations to a systematic theory of urbanism that we have are to be found in a penetrating essay, 'Die Stadt', by Max Weber, and a memorable paper by Robert E. Park on 'The city: Suggestions for the Investigation of Human Behaviour in the Urban Environment' (Wirth 1938: 8).

Wirth sugiere que la ciudad sea analizada a partir de tres perspectivas: como una estructura física con una población base, como un sistema de organización social con una estructura y una serie de instituciones; como un conjunto de actitudes e ideas y constelación de personalidades. De este modo, en Wirth encontramos una combinación de la teoría socio-histórica de Weber y la mirada ecológica de Park acerca del crecimiento urbano. En realidad, la vida social existe como una estructura de interacción y no como una estructura de cemento, hierro y piedra (Weber 1921, 1958: 40, 29). Por tanto, Wirth define la ciudad como entidad social, 'a permanent localization, relatively large and dense, of socially heterogeneous individuals' (1938: 2). Wirth, a pesar de no dar cuenta de los procesos históricos y sociales que engendran a las ciudades, defiende que la concentración de individuos en áreas gigantescas deriva en la pérdida de las relaciones íntimas personales y la segmentación de las relaciones humanas.<sup>60</sup> Asimismo, de acuerdo con

---

<sup>60</sup> Joseph argumenta que en el espacio público se (des)encuentran los sujetos mientras Weber insiste en que los individuos que habitan el espacio público no logran entenderse. El aumento del número de habitantes en un asentamiento más allá de cierto límite afecta las relaciones entre ellos y el carácter de la ciudad. A modo de evitar posibles choques, el actor social asume comportamientos prefijados y autorizados, relaciones establecidas y de obligación recíproca; en definitiva, el espacio público se convierte en el lugar de las apariencias y del simulacro, donde el actor pierde su identidad. Este excedente de sociabilidad impuesta sobre el actor social acaba

Wirth, esta falta de interacción entre los seres humanos les sitúa en un estado anónimo, superficial y transitorio, donde los contactos presentan una actitud de reserva e indiferencia que les inmuniza frente al otro. Por otra parte, estas actitudes ciudadanas de reserva e indiferencia provocan la separación de los individuos en grupos y refuerzan la diferencia social, a la vez que evidencian el modo en que la creciente complejidad de las interacciones y las tensiones entre los individuos o grupos de individuos provoca grandes distancias sociales. Vemos, de esta manera, que no es ni la proximidad ni la distancia espacial que crea la vecindad o extranjería y lo que, consecuentemente, lleva a distintas personalidades a agruparse, sino el contenido psicológico y social del conjunto de individuos que conforman el grupo. Este movimiento de los distintos grupos individualiza y aísla porque hace que los individuos únicamente puedan confiar en sí mismos y deriva precisamente en una cohesión más fuerte de aquellos agrupados en ciertas zonas por encima de las posibles diferencias que existan entre ellos (Simmel 1997). Así, segregación se refiere al proceso por el cual el contenido social del espacio se convierte en un falso todo homogéneo dentro de la ciudad y es fuertemente aislado en relación a otras unidades externas al mismo, provocando distancias sociales. De ahí

---

desbordándolo ya que niega la espontaneidad de los sujetos. Y, en cualquier caso, tanto dicha negación como la improvisación del sujeto en el escenario establecido provoca una interacción social fallida. Y, no sólo la vinculación social es precaria en los actuales espacios públicos, sino que es demarcadora ya que produce intervalos o límites, como lo ejemplifica la experiencia del inmigrante que sufre la pérdida de sus referentes culturales y se ve enfrentado a la constatación que existen límites o muros de sentido, que les dificultan su adaptación al nuevo entorno. Por otra parte, Wirth afirma que la anómala situación simbólica de la vida urbana consiste en la presencia de la estrecha proximidad física entre los hombres, acompañada de enormes distancias sociales. Esto ha alterado de manera profunda las bases de la asociación humana y ha sometido los rasgos de la naturaleza humana a dolorosas tensiones, como si estos rasgos estuvieran vaciados sobre moldes de organizaciones más simples (Wirth 1938).

que Simmel afirme que los límites espaciales establecidos por cada grupo son mentales y, por tanto, sociales y no físicos, insistiendo en que:

The requirement of specific psychological functions for individual historical spatial formations reflects the fact that space in general is only an activity of mind, only the human way of connecting sensory impulses that relate in themselves into uniform interpretations (Simmel 1997:158).

El resultado de todo lo anterior, deriva en un estado no sólo de indiferencia y reserva hacia los miembros de otro grupo, sino que se experimenta una cierta extrañeza e incluso aversión (Simmel 1997).

De este modo, y reiterando la lógica ya establecida tanto por Simmel, Weber y Wirth —desde la cual la urbanización es la acentuación acumulativa de modos de vida típicos de la ciudad—, podemos decir que la teoría presentada por la Escuela de Chicago provee como marco general la definición de ciudad como hábitat natural del hombre, en el sentido en que ésta representa un área que incluye tipos distintos y culturas peculiares, y su estructura física y orden moral obedecen a las leyes propias de tales grupos. Así, la ciudad rompe los lazos familiares, las asociaciones locales y, a su vez, modifica las relaciones personales. Estas relaciones que sustituyen a las primarias abandonan su carácter íntimo y, en su defecto, se crean por intereses económicos o de poder, ya bien sean personales como colectivos: 'to be sure it is for the sake of special needs and interests that men unite in economic associations of blood fraternities, in cult societies or robber bands' (Simmel 1997:121).

Cada contexto define un estilo de vida y, por su parte, la sociabilidad deriva de las relaciones diarias y de las constantes

asociaciones que se suceden a partir de experiencias particulares, de acuerdo con las cuales cada segmento o territorio en el espacio corresponde al estilo de vida de la clase social que lo ocupa. En realidad, al ocupar el espacio del otro se ocasiona una colisión que estrecha el efecto de miedo psicológico y la tensión. El espacio urbano puede contener distintos territorios cargados de significado y que están demarcados tanto física como simbólicamente —a pesar de que dichas demarcaciones sean frágiles y versátiles lo cual modifica los registros culturales, provocando intercambios pero también conflictos y luchas. En realidad, la creación del territorio implica, por sí misma, la existencia de una sociedad con una cultura compartida. De acuerdo con Joseph, el gueto es un espacio de encuentros, de reconciliación identitaria pero que, a la vez, se pone de relieve las discontinuidades de lo social en el espacio (1988). Los guetos son objeto de estudio pues en ellos aparece el re-encuentro frente a la desorientación y el desarraigo de la ciudad. Por otra parte, la posición del sujeto en dicho territorio implica una visión parcial exclusivista (ya bien sea negativa o positiva) a la que no se accede y, a la vez, limita el campo de acción. Por ello, la ciudad no puede ser vista como un ente completo o estático, determinado y definido, sino que está en permanente movimiento y en construcción.

Y, si la proximidad física dada en la ciudad genera distancias mentales, vemos que ciertos barrios pueden estar separados los unos de los otros por algunos cientos de metros pero estar lejos en cuanto a puntos de vista y culturas. Incluso los sectores más politizados de la

ciudad tienen visiones restringidas de su barrio, de la ciudad con la que se relacionan, asimilando su territorio como algo propio 'este es mi lugar, aquí nadie se mete y yo tampoco me voy a meter a explorar lugares de riesgo', y así limitan la experiencia urbana del espacio. Este restringido conocimiento urbano se reduce a medida que nos ubicamos en un territorio particular. Esta pérdida de la noción general de la ciudad y sus múltiples prácticas es lo que Canclini ha denominado 'des-urbanización', al reducir la ciudad al espacio conocido (Canclini 1990). En estos espacios —cuyas demarcaciones pueden ser naturales, políticas, sociales o geométricas— nos encontramos con el otro por quien somos identificados y reconocidos, recuperando no sólo el sentido de identidad aparentemente perdida, sino también la ilusión del sentido de totalidad urbana y que, a pesar de creer en ella relativamente, sería inexistente de otra forma.

No obstante, el concepto de demarcación es extremadamente importante en las relaciones entre los grupos de individuos que se encuentran incluidos en o excluidos de ella. Dicha importancia es casi siempre sociológica ya que, al igual que el territorio, la demarcación es también social y psicológica. De ahí que los distritos urbanos —tanto como los rurales— se relacionen o distancien dependiendo de la posición ocupada por sus habitantes. Acordamos con Simmel cuando dice que 'the boundary is not a spatial fact with sociological consequences, but a sociological fact that forms itself spatially' (Simmel 142), determinando las relaciones y revelando los miedos, las inseguridades y la dependencia.

Consecuentemente, la ciudad se manifiesta como un ente ambiguo y multicultural, un laboratorio para el estudio de distintas tipologías. Pero, ¿qué ocurre cuando estas prácticas no sólo no consiguen integrarse, sino que su interacción es agresiva? ¿Cómo se afirma una colectividad, incapaz de resistir las incoherencias internas y admitir la diferencia en un mismo espacio urbano? Cuando, en realidad, 'an emancipated society would not be a unitary state, but the realization of universality in the reconciliation of differences' (Adorno 1974:103).

En el caso que nos ocupa, Medellín no puede desarrollarse como una sociedad emancipada y sana ya que su espacio urbano no corresponde al lugar de 'encuentros', sino que se ha convertido en el lugar de las tensiones y las apariencias, donde la pluralidad de interacciones sociales es altamente conflictiva y violenta. Y la multiplicidad de territorios en la ciudad va unido, además, a la segmentación de las relaciones personales y humanas que se relaciona, como ya se ha mencionado, directamente con el carácter esquizoide de la personalidad urbana:

The mental attitude of the people of the metropolis to one another may be designated formally as one of reserve. If the unceasing external contact of numbers of persons in the city should be met by the same number of inner reactions as in the small town, in which one knows almost every person he meets and to each of whom he has a positive relationship, one would be completely atomized internally and would fall into an unthinkable mental condition (Simmel 1997: 15).

El espacio como producto social ha sido analizado extensivamente por Henry Lefèbvre (1991). En su trabajo, Lefèbvre nos presenta la relación existente entre el espacio y el proceso de producción de símbolos ya que, como él mismo argumenta, cada sociedad crea su propio espacio a partir de códigos específicos. Se ha mencionado anteriormente que el

espacio urbano se define como el lugar practicado por los individuos y grupos y se construye y habita dependiendo de los códigos y símbolos que estos adoptan. De este modo, las cualidades y propiedades del espacio son el resultado de una historia que debe de ser concebida como un trabajo de agentes y factores sociales, sujetos individuales y colectivos. Sin duda, la tesis establecida por Lefèbvre se sostiene sobre unas bases profundamente ideológicas ya que significa que la sociedad crea su propio espacio a partir de su posición social:

La ciudad es el lugar por excelencia de la lucha de clases y, por ello, la integración en la vida ciudadana dependerá básicamente en la ideología de sus ciudadanos y de su posición social. Por ejemplo, la clase trabajadora no cuenta con el mismo peso político que las élites financieras ya que, aparentemente, no ofrece nada al urbanismo. De este modo, el carácter urbano es social y no teórico, ya que el espacio es el resultado de una historia que debe ser concebida a partir del engranaje de los agentes sociales o actores, sujetos colectivos operando por mutua confianza. De las interacciones y estrategias, éxitos o fracasos resultan las cualidades y propiedades del espacio urbano (Lefèbvre 1972: 171).

De hecho ya hemos establecido reiteradamente que el espacio no es ni físico, ni una construcción tangible, sino social, y que dicha formación, a su vez, provoca estados de inclusión y exclusión espacial. De ahí que cada grupo social posea una concepción del espacio urbano del mismo modo que los distintos intereses compiten en la ciudad por el control del poder. Todo ello indica que el espacio, al igual que el conjunto de la sociedad, es una producción original, un trabajo fruto de la creación que se le atribuye al ser humano y la expresión espontánea de sus deseos. No obstante, el Estado ha sido el principal creador del espacio en la ciudad por mucho tiempo y esto ha llevado a que se haya continuado estableciendo y constituyendo a partir de la visión de una clase

determinada, mientras aquellos marginados o excluidos socialmente parecen no haber podido participar en dicha creación. Pero, a pesar de que la acción social y la espontaneidad de todas las capas sociales se vean frenadas por los intereses del Estado, por ciertos intereses privados y, en la actualidad, por lo global que organiza tanto lo urbano como los usos del hábitat, también debemos tener en cuenta que la práctica diaria produce espacios determinados y da distinto carácter a la urbanización de la ciudad. Además, aquellos excluidos, por su propio movimiento en el espacio y por su inability de sujetarse a ciertas normas, acaban por modificarlo en cuanto que provocan reacciones en las clases "tradicionales" que varían sus modos de comportamiento, usos e imaginarios de la ciudad. Así encontramos que, aunque por una parte el espacio se lea como expresión de determinación social, por otra también representa la iniciativa humana como fuente productiva de la organización urbana. Veamos pues que la práctica social se convierte en centro de transformación del espacio y la estructura que se obtiene es la expresión directa de la intervención de todos sus actores. Este hecho es una prueba fehaciente de que lo urbano, por encima de todo, expresa un alto contenido cultural.

La práctica urbana entendida como fuente de transformación de la vida cotidiana se encuentra con un número de obstáculos en términos de la dominación de la clase institucionalizada. En este punto, Lefèbvre sitúa el problema del urbanismo como un problema ideológico que progresa bajo la coherencia e intervención represiva del aparato estatal contra la

práctica diaria. Por ello, la práctica social se caracteriza por sus relaciones de clase complejas y principalmente determinadas por las estructuras económicas.

A partir de lo anterior, es evidente que las demarcaciones internas establecidas en el espacio urbano, a pesar de su invisibilidad física, cuentan con gran fuerza simbólica e imaginaria y, además, refuerzan el orden social y ponen a la vista las relaciones conflictivas entre los grupos a los que dividen. De este modo, dentro de los límites establecidos por la urbe encontramos infinidad de territorios, ocasionando el llamado crecimiento de ciudades dentro de la ciudad. Y cada una de estas ciudades posee imaginarios distintos del resto. De esta manera, como ya se ha mencionado, la ciudad es imaginada diferentemente por cada sujeto colectivo e incluso individual de acuerdo a su posición en el sistema social. De hecho no existe un único imaginario del entorno, entre otras cosas por desconocido, sino que se construye de acuerdo a la experiencia del individuo y del grupo al que pertenece. Este imaginario, con sus connotaciones y símbolos, cambia en función del grupo social que los crea y constituye la forma en que usamos, percibimos y concebimos la ciudad. De esta forma, aparecen las actitudes mencionadas anteriormente de reserva, aversión y extrañeza hacia el otro, llegando a la estigmatización dependiendo del territorio al cual se pertenece ya que los seres marginales, aquellos que se sitúan fuera del sistema social establecido y normalizado, siempre nos han causado miedo porque nos

alertan de la rápida desterritorialización que sufren las ciudades (Deleuze and Guattari 1983).

Es por tales motivos que la sociedad, en sí misma, se estructura alrededor de estas posiciones conflictivas, incorporando leyes, comportamientos y prohibiciones. Lefèbvre nos habla de un pacto de no agresión que se debía aplicar en el espacio urbano para sostener una convivencia adecuada y, sin embargo, vemos como este pacto no se ha dado satisfactoriamente ya que la propia fragmentación y segmentación social ha propiciado la aparición de sujetos en la sociedad que rompen tales normas de comportamiento, atacando o reprimiendo a otros actores sociales.

## **VII EL IMAGINARIO URBANO**

Hasta ahora hemos hablado de imaginario sin llegar a su conceptualización. Sin embargo, es necesario que se defina para establecer el modo en que entendemos la ciudad como un conjunto de imaginarios. Recordemos a Simmel cuando argumenta que el espacio de la ciudad es un estado mental y que, por tanto, el entorno físico construido y las formas materiales y espaciales, a su vez, son la representación de ideologías específicas y estructuras que constituyen las propias relaciones sociales (1997).

El imaginario, por sí mismo, estructura lo real, siendo condición de la existencia del hombre ya que es desde dicho imaginario que se producen los sentidos. El imaginario, si bien ayuda a la comprensión del

mundo, también podría decirse que de algún modo es la “materia prima” desde la cual se elaboran estéticas y las fobias. Por ello, su fuerza no reside en la capacidad reproductora sino en su poder de construir una atmósfera mental colectiva. En realidad, la fuerza del imaginario es un factor para el ejercicio del poder ya que asegura un impacto en actitudes y actividades. De esta manera, el imaginario no es el opuesto de la realidad sino que ayuda a construirla al hacer que habitemos de una forma u otra en particular.

Este imaginario colectivo asegura a un grupo social un esquema colectivo de interpretación de experiencias, modelando conductas y conduciendo a acciones comunes. De hecho, su poder de síntesis contribuye a nuestra conciencia del mundo y la pre-condiciona, puesto que es el elemento oculto de todo conocimiento.<sup>61</sup> Con lo anterior implicamos que el imaginario ‘jerarquiza la energía creativa del hombre y coloca la imaginación como fuente inmediata de toda realidad y verdad’ (Kearney 1996:155).

Por ello, el espacio es creado y experimentado por las distintas personalidades que lo habitan y, al mismo tiempo, nos provee de imágenes mentales de cómo percibimos nuestras identidades. Con este proceso, los miembros de un grupo se posicionan y se mueven en el

---

<sup>61</sup> Tema fundamental en la filosofía Kantiana y que puede revisarse principalmente en *Critica de la razón pura* (1781,1787), *Critica de la razón práctica* (1788) y *Critica del juicio* (1790). El imaginario, como forma de conocimiento, posee la capacidad de construir mundos posibles, en muchas ocasiones a partir de la limitada experiencia geográfica del individuo. De hecho, ‘el imaginario crea una sociedad dependiendo de la época y la historia’ (Backzo 1991: 27). No obstante, esto no significa que el imaginario constituya una esfera diferente en la vida cotidiana, sino que forma parte de ella, de su acción como integrante en la sociedad y, sin ser ajeno a las relaciones de poder, integra al individuo en sus relaciones con la ‘otredad’. Así mismo, el imaginario no niega lo racional sino que se incorpora a ello.

espacio, lo cual les lleva a comprenderse a sí mismos tanto como a su relación con la ciudad —relación que encierra la posible sujeción, producción y transformación de imaginarios urbanos que, siendo colectivos, son a la vez heteromorfos. Es así como cada individuo, de acuerdo a su condición, confecciona sus relaciones entre lo real y lo imaginario, participando de distinta forma en la construcción y apropiación de los imaginarios urbanos y, por ende, de la ciudad que habita. De ahí que se atribuya a la ciudad un inconsciente que perpetuamente se construye y modifica. Y, los discursos del imaginario contribuyen a la existencia de la ciudad vivida y a la configuración de su significado pero, a su vez, el imaginario transforma el espacio público y privado, fija estereotipos, crea límites, estigmatiza territorios, modifica formas de vida, prácticas y usos.

Y, la imagen mental constituye, a su vez, la “materia prima” del imaginario, con la que éste configura los sintagmas versátiles. Por ello, si por una parte el imaginario nos libera en y de las condiciones circunscritas y estructurales, por otra también nos sojuzga ya que con él desplegamos esa doble, antagónica e inseparable posibilidad de distanciarnos de nuestra inmediatez y, al mismo tiempo, unir, entender, comprender y legitimar lo distante.

Pero, además, si la ciudad se construye a partir de imaginarios, debemos entender que dichos imaginarios no son meras representaciones de espacios físicos o producto de una actividad de

---

recombinación de elementos —vieja concepción de la imaginación impuesta por la psicología—, sino discursos que poseen relativa autonomía y una capacidad creadora y productiva. Si bien Starobinsky (1974:153) afirma que no existe imaginación que no sea un comportamiento animado por un vector afectivo, ético, orientado positiva o negativamente en relación a un dato social, la perspectiva de Castoriadis (1987) define al imaginario como la facultad de posicionar objetos ante el sujeto desde un conocimiento, desde un estado shock e incluso desde nada. Con ello, este pensador griego nos abre una vía hacia el imaginario que parte de la posibilidad de su existencia sin causa previa específica que lo condicione:

*Those who speak of the 'imaginary', understanding by this the 'specular', the reflection of the 'fictive', do no more than repeat, usually without realizing it, the affirmation which has for all time chained them to the underground of the famous cave: it is necessary that this world be an image of something. The imaginary of which I am speaking is not an image of. (Castoriadis 1987: 3)*

Por lo tanto, y teniendo en cuenta que el imaginario cuenta con la capacidad de creación por sí mismo, ya que la imaginación es capaz de hacer “reales” imágenes ante el sujeto (Castoriadis 1987), podemos observar que éste consigue convertir el miedo en algo audible y visible, en una parte real de la ciudad. Además, al basarse en el papel creativo que el imaginario tiene sobre el sujeto en la construcción de la “realidad”, Castoriadis enfatiza que dicho imaginario no es únicamente una copia del mundo, ni el reflejo de otra cosa, sino la creación incesante de todo orden histórico y psíquico de donde surge lo que hemos llamado “realidad”.

De ahí que el imaginario posea la facultad de presentar un objeto en relación a su conexión externa tanto como desde lo más abstracto. Siguiendo esta línea de análisis, el imaginario urbano no se compone de una serie de imágenes concretas, sino que es la forma a través de la cual percibimos la "realidad" y nos relacionamos con ella. El imaginario modela nuestros comportamientos, determina actuaciones y produce nuestra comprensión del mundo, dándole sentido y significado —a partir de lo cual cada sociedad determina lo que es válido, aquello que para ella es verdadero o falso.

Si la ciudad es una proyección de imaginarios sociales en el espacio y en sí misma, puede, al mismo tiempo, ser tratada como una representación de la sociedad que la construye. La ciudad ha sido descrita como 'carne y piedra' (Senett 1997), el lugar de las ideas (Romero 1978), un escenario para el lenguaje, evocaciones, pesadillas, sueños, de imágenes y escrituras, un mundo colectivo que se halla en permanente construcción (Silva 1992) y, por ello, permanentemente fragmentado. La ciudad, escenario heterogéneo y producto del cambio de valores, establece una relación dialéctica con sus ciudadanos en la que el imaginario urbano actúa como mediador entre las fantasías del sujeto y su realización social. De este modo, el imaginario articula y da significado a las experiencias del sujeto, definiendo la forma en que la ciudad es percibida y el espacio en el cual, dicha percepción, tiene lugar. En consecuencia, podemos afirmar que habitamos la ciudad a partir de ciertos imaginarios que circulan en ella, multiplicándose y modificándose

incesantemente dependiendo de la posición del individuo. De acuerdo con Michel de Certeau, 'the imaginary speaks to the crowds and the crowd speak to it too, it is the urban element in which we have to think' (1997: 17).

Si el imaginario no es reproductor sino que tiene el poder 'de multiplicar nuestras percepciones directas' (Starobinski 1974:137), debemos distinguirlo de la memoria y otorgarle la capacidad de representación de las cosas alejadas, distanciándonos de las realidades presentes. Por ello, decíamos anteriormente que el imaginario social es un factor efectivo de control de la vida cotidiana colectiva e individual, un factor de ejercicio de poder. De hecho, el manejo del imaginario:

[...] asegura un impacto sobre las conductas y las actividades individuales y colectivas, permite canalizar las energías, influir en elecciones colectivas y en situaciones cuyas salidas son tan inciertas como imprevisibles (Backzo 1991:30).

La propuesta de Castoriadis también nos permite establecer el imaginario como uno de los mecanismos fundamentales de la institución de la sociedad, por su posición frente a lo social histórico y por su conceptualización del imaginario radical, que siendo constructor es construido, entrelazándose con las imágenes simbólicas del entorno, especialmente condicionadas por los roles del sujeto social.

Concluyendo, el imaginario no constituye una esfera distinta ni excepcional en la vida de los hombres sino que forma parte de su vida cotidiana, como acción integrante de una sociedad. Por ello, no podemos entenderlo como la negación de lo racional, sino como su incorporación, ni como consciente o inconsciente sino como su complementario. Los

niveles de formación y educación se superponen en la formación del imaginario y, a su vez, depende del ambiente geográfico y de la posición social de los sujetos. A partir del imaginario, que cruza las líneas entre lo empírico y lo fabricado y mezcla lo real con lo imaginado y lo factual con lo ficticio, construimos lo que conocemos como el espacio urbano; un espacio urbano que, en cuanto se refiere a Medellín, juega un papel fundamental a la hora de habitar la ciudad. Y, a la vez que el imaginario es el principal generador de la narrativa del *sicariato*, los escenarios narrados trazan los imaginarios desde los que la gente siente y representa la ciudad.

## **IV NOVELISTICA URBANA**

Representations make the city available for analysis and replay. Their strange effect is that, like the snow falling in a souvenir snow-bubble, representations blanket the city, changing the way it appears to us.

Rob Shields (1991)

### **I INTRODUCCION**

Teniendo en cuenta la categoría de cronotopo aplicada por Bakhtin como 'the intrinsic connectedness of temporal and spatial relationships that are artistically expressed in literature' (1981: 84), podríamos asumir la ciudad como cronotopo literario capaz de reflejar posiciones opuestas tanto empíricas como imaginarias. Y, no es nada nuevo afirmar que la ciudad se ha constituido como objeto literario por excelencia ya que, desde que apareció la literatura, ha habido ciudades en ella. Por ello, en este apartado se considerará no sólo la aparición de la ciudad en el texto narrativo, sino la preocupación por la ciudad en sí misma, por el espacio que, durante más de un siglo, ya se ha reconocido por su crisis de valores. Pero, además, se indagará en sus manifestaciones culturales y en cómo éstas se introducen en la narración. En particular, el análisis nos lleva a la ciudad de Medellín y la forma en qué se ha escrito una urbe marcada por la violencia. La Medellín escrita de los noventa entra en escena (re)creando el espacio y apropiándose de la cultura urbana de la época y, por ello, modifica el propio imaginario urbano al influenciar en la forma en que el lector percibe y habita la ciudad.

En la novelística urbana, el imaginario urbano se sitúa como referente de la narración. Pero es principalmente el imaginario del autor

del texto el que aparece en la escritura. De hecho, el autor, para responder a su idea preconcebida, recurre a una serie de convenciones culturales e históricas dadas en un período específico que, una vez seleccionadas, reordenadas y articuladas figuran como elementos aparentemente extratextuales. En realidad, tanto gustos como hábitos y costumbres del subgrupo urbano ligado al narcotráfico son traducidos en los textos por los autores desde su lugar letrado, todo ello como parte de la gestión y organización de lo cotidiano. Pero estos elementos son apropiados con un objetivo esencial: la construcción de una ciudad dominada por el vacío, el caos y la violencia. De este modo, la ciudad constituye la expresión de la cultura de una sociedad en un tiempo y espacios determinados desde una perspectiva singular. Si ya habíamos conocido a Babel por su presunción a Babilonia por la corrupción y Sodoma por la perversión, ahora nos encontramos ante Medellín, la ciudad del crimen.

## **II CIUDADES NARRADAS**

Con la ayuda de la novela, ciudades como París o Londres podrían ser reconstruidas por civilizaciones lejanas después de su hipotética desaparición y no sólo en un momento dado de su vida histórica, sino en su evolución, aún más, no meramente en su estructura física, sino en su contenido humano. Además, también podríamos reconocerla a partir del habla y del comportamiento de los personajes y, a partir de todo ello, lo urbano se convierte en sujeto narrativo en los textos que a él se refieren.

Este valor arqueológico, antropológico y sociológico, no es sino una parte de la riqueza de conocimiento y goce estético que puede producir la novelística urbana.

Diferentes perspectivas de variadas ciudades se perciben en la literatura universal. El París de Balzac desde las alturas de Montmatre se aprendía como un hervidero de pasiones, esperanzas, sufrimientos y placeres y, mientras Saumur se percibe a través de Eugénie Grandet como el lugar habitado por la sordidez de la burguesía provinciana, la Besançon de Savarus se distingue por su gran resistencia al progreso. Pero, además, el lector es capaz de experimentar la ciudad por el uso que de ella hacen sus personajes —bastaba el hecho de que Mlle Swann no hubiera llegado para que la Avenida pareciera ser otra diferente. Del mismo modo, es a partir de los personajes y sus modos de vida que conocemos la Nueva York escrita de Ellison, el París de Flaubert, etc. Y, de esta manera, los lugares que conocemos pertenecen al mundo del imaginario que, a partir de la escritura, los sitúa, modifica y comprende. Por ello, es posible encontrarnos delante de diferentes ciudades en una misma ciudad, con la brutal y amarga París de Marta Baraquin, al seguir la trayectoria de una muchacha de barriada miserable que lucha desesperadamente por escapar del mundo de rufianes y ampones que la presiona. Y, si el París de Rosny nos transmite el imaginario de una ciudad con márgenes fronterizos invisibles e intrincadas callejuelas que enfatizan la angustia del ser humano que las recorre, Joyce intenta que el

lector reconozca en *Dublineses* las marcas ciudadanas, muestras del imperio británico en la ciudad de Dublín.

Esta percepción que somos capaces de adquirir a partir del texto literario y del énfasis de la ciudad desde los personajes que la perciben y la viven, variará también dependiendo del conocimiento empírico que tengamos de la ciudad en cuestión. El conocimiento nos permitirá reconocernos a nosotros mismos en el relato, descubrir detalles que desconocemos, crear imaginarios o reafirmar aquellos ya preconcebidos. La ciudad genera esos textos y, a la vez, funciona como texto. Una interacción y representación de la ciudad que inventa mundos que pueden o no encontrarse empíricamente. De ahí que podamos hablar de una interminable apropiación de la ciudad, todas distintas ciudades y distintas lecturas. Así, la Nueva York de Paul Auster en *City of Glass* en *The New York Trilogy* nos remite a caminos laberínticos y paranoicos que se comprenden a partir de la ficción que congela su movilidad opaca en un texto claro. De la misma forma, el lector reconoce los espacios violentos de distintas ciudades, aquellos lugares comunes con ecos Spenglerianos, al pasearnos a partir de textos literarios por guetos, comunas y barriadas marginales donde la pobreza se naturaliza y se identifica como la causa del crimen. La visión apocalíptica de estas ciudades escritas se presenta a través de las ruinas que restan de ellas o de un imaginario urbano que se mueve en lugares desconocidos y que simboliza un estado de amenaza constante; lugares sin ley como Chicago en *La Jungla de asfalto*, lugares en los que sus personajes se mueven en los espacios

marginales de los suburbios urbanos o que se describen a partir de aquel conocimiento compartido y que forma parte del imaginario colectivo. Todo ello, en cualquier caso, será el claro precedente de las ciudades narradas en la literatura finisecular colombiana.

### **III NOVELA URBANA COLOMBIANA DEL SIGLO XX**

La ciudad como escenario de la modernidad tampoco es extraña a principios de siglo XX en países como Argentina, Brasil o México, donde ya se habían alcanzado sorprendentes y valiosos logros en la literatura urbana.<sup>62</sup> Sin embargo, en Colombia, aún en la década de los años 30, la ciudad aparece incipientemente en la narrativa debido a su escaso crecimiento y, por ello, la mayor parte del elenco literario continuaba anclado en el mundo rural. Será a partir de la década siguiente cuando se experimenta un cambio en la narrativa al darse un mayor crecimiento urbano en el país. En realidad, la transformación de la ciudad latinoamericana se encontraba ligada a un cambio importante en la economía, lo cual no se da en Colombia hasta los años treinta. Es precisamente en esta década cuando Medellín vive un proceso de modernización y urbanización que a nivel latinoamericano había comenzado a finales del siglo XIX. Uno de los principales motivos para el crecimiento de las ciudades colombianas fue el café. Pero, además, en

---

<sup>62</sup> Cabe destacar que en el Boom latinoamericano, la novela colombiana es predominantemente rural. Ello no ocurrió en las obras de otros escritores como Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Julio Cortázar que recreaban espacios predominantemente urbanos. Lo mismo harían otros novelistas de las diferentes literaturas latinoamericanas: Juan Carlos Onetti, Guillermo Cabrera Infante, Clarice Lispector, José Donoso o Salvador Garmendia.

1926 Colombia presenta un gran auge económico debido al pago de la indemnización de Panamá, créditos internacionales e inversiones extranjeras. Este capital disponible le permitió realizar al país inversiones en infraestructura y obras públicas. Todos estos sucesos provocarían la movilización de los campesinos hacia la ciudad. Con la construcción de carreteras y ferrocarriles, fábricas y la extracción de petróleo, mucho campesinado, en busca de mejor salario y mejores oportunidades, se convertiría en clase obrera (Latorre 1989: 270). Para los años 30 Medellín presentaba cambios de los cuales se hacían conscientes sus habitantes; aparte de la industria, el comercio y el crecimiento urbano, van llegando gentes de diferentes partes de Antioquia por diversas razones: un primer grupo de personas constituían aquellos hombres que tenían una fortuna mediada producto de la minería o del cultivo del café, y llegaban a la ciudad con deseo de integrarse al comercio. Un segundo grupo estaba conformado por estudiantes. Un último grupo, lo conformaban los campesinos pobres que llegaban en busca de trabajo en las fábricas, almacenes o casas particulares. Pero, además, también llegaban aquellas personas que comenzaban a desplazarse a las ciudades por la violencia que se estaba instaurando en el campo (Payne 1987: 165). Este último grupo iba llegando en busca de empleo y de oportunidades de ascenso social. No obstante, a pesar de que la novelística colombiana se aproxima y se integra al acontecer social a partir de la novela de La Violencia, pocos de estos textos hacen de la ciudad su principal motivo literario.<sup>63</sup>

---

<sup>63</sup> En algunas de estas novelas aparece la capital del país ya que se refieren a los hechos

De hecho, el proceso de urbanización masiva se inicia con los gobiernos liberales y reformistas de Olaya Herrera (1930-1934), López Pumarejo (1934-1938) y Eduardo Santos (1938-1942). Y, con este proceso, también se inicia un mercado nacional sustentado por un empeño en estructurar la cultura económica de la sociedad en términos del capitalismo industrial. Así pues, sería en la segunda mitad del siglo XX que el país se transformaría y de ser una sociedad básicamente agraria y tradicional pasara a convertirse en una sociedad principalmente urbana. De este modo observamos que una causa importante del crecimiento acelerado de las ciudades, principalmente de sus periferias o de los que se denominaron "cinturones de miseria", fue la violencia que tuvo lugar en las áreas rurales.<sup>64</sup> Y, el país, sin tener todavía conceptos propiamente elaborados sobre la ciudad, tuvo que proceder a la elaboración de los mismos para la comprensión de los cambios que estaban experimentándose. Es, en este período, cuando la ciudad colombiana se convierte en un ente vivo, escenario de las normas, valores y cambios sociales y, por tanto, es entonces cuando la imagen de la ciudad se hace vidente como objeto primordial en la novela.

Frente a lo anterior, puede parecer extraño el intento que se pretende realizar de aproximación a la ciudad colombiana cuando aparentemente la idea de vida urbana correspondiente a la idea moderna

---

ocurridos en Bogotá el 9 de abril de 1948 y, en otras, aparecen ciudades secundarias donde se dieron los acosos principalmente a aquellos miembros del partido liberal.

<sup>64</sup> Medellín recibió entre 1938-68 a más de 400.000 migrantes. La ciudad multiplicó por 5.9 sus habitantes en 4 décadas ya que contaba con 397.738 habitantes en 1950 y pasó a tener, en 1990, 2.364.460. Para más datos sobre el crecimiento de la ciudad de Medellín véase Jairo Montoya *Ciudades y memorias* (Medellín: Universidad de Antioquia 1993), p.93.

de ciudad es muy reciente en este país. Sin embargo, no cabe duda de que lo urbano, la ciudad y su imaginario, están presentes desde hace tiempo en la literatura colombiana. De hecho, no es posible concebir la literatura colombiana moderna y contemporánea desligada a la existencia de ciudad. En realidad, el proceso de urbanización que se va registrando en Colombia durante el siglo pasado está íntimamente ligado a la modernización de las formas literarias.

Entre los años cincuenta y sesenta del siglo XX, las diferentes versiones de la modernidad mundial llegaban a una sociedad en estado de sitio y cuya legitimidad institucional residía en las falacias del Frente Nacional. El estado de sitio significaba, a la vez, la represión sobre la propia conciencia y, por lo tanto, sobre la palabra. Sin embargo, aparecieron novelas en las que no sólo se testimoniaba la situación de violencia, sino también los profundos cambios sociales que se estaban experimentando en el país. No obstante, no fue hasta los años setenta y tras el período de la literatura de la Violencia, cuando se advierte un viraje en la perspectiva y en la concepción de autores, quienes, cada vez menos preocupados por las escenas de masacres rurales y alejados de aquel mundo que se había venido definiendo como "mágico", dan paso a una narrativa más allegada a lo cotidiano que pretende sobre todo configurar imágenes de la vida urbana, interpretar fenómenos sociales y tematizar la existencia fragmentada de muchos de los sujetos emergentes. La década de los ochenta trajo consigo el fenómeno del narcotráfico de forma mucho más generalizada y éste pronto se apropiaría de la sociedad y construiría

su imaginario, acabando, además, por proponerse como principal objeto literario. Pero sería insuficiente hablar de la dicotomía entre la literatura rural y urbana. Por ello, cabe decir que la literatura de y acerca de la ciudad se fundamenta sobre las relaciones entre el sujeto literario y el objeto formado por el espacio urbano y sus habitantes. Es así como se han reconstruido ciudades nostálgicas o apocalípticas, problemáticas, soñadas o añoradas, ciudades del pasado, del presente o del futuro. Estas ciudades literarias por lo general parodian acontecimientos “reales” o “ficticios” estableciendo perspectivas de contracultura. La diversidad de ciudades imaginadas y escritas en la narrativa colombiana de la segunda mitad del siglo XX, revela como constante el hecho de que lo urbano responde a una sensibilidad o actitud, dicho de otra forma, la escritura urbana caracteriza unos modos de expresión o comportamiento. Es por tal motivo que la ciudad escrita alimenta imaginarios siendo, a la vez, un imaginario. Las formas de concebir y expresarla se experimentan según dichos imaginarios y a partir de ellos reconocemos la multiplicidad de las ciudades, que apelan al hombre para vivir o para morir.

Así la ciudad comienza a ser vista y nombrada pero también narrada y confrontada por diversos escritores. Sus límites, esos territorios que desbordan el estatus físico (Silva 1992), sus desplazamientos, los espacios marginales pasan a formar parte del imaginario narrativo. La búsqueda y el fracaso de los personajes, los lenguajes que produce la ciudad y las estructuras sociales que representa se constituyen como alternativas que a veces son mediaciones reflejas y otras la prefiguración

de sus imaginarios. Y, con la ciudad, se experimenta también la cultura urbana popular junto con sus procesos de hibridación y, todo ello, a pesar de manifestar una inclusión mínima de lo subalterno por ser narrado desde una perspectiva específica, consigue crear una heterogeneidad multitemporal que superpone, retrasa o desvía los proyectos clave de la modernidad, los cuales no han operado mediante la sustitución de lo antiguo o lo tradicional, sino a través del desacuerdo entre el modernismo cultural y la modernización socio-económica que se impuso en Colombia coincidiendo con el llamado Bogotazo.

De esta manera, los autores colombianos construyen, recreando o inventando, sus propias ciudades a partir de convenciones culturales e históricas, empíricas o imaginarias, proponiendo recorridos por las calles de éstas mediante personajes que se apropian de ella. Pero, además, la novela urbana colombiana evidencia la crisis de la modernidad por la representación del ser escindido que expresa, en su propia fragmentación, la crisis de valores que legitimaban la razón de ser del mundo. Luz Mery Giraldo en su libro *Ciudades escritas* describe las ciudades en ciertas obras de García Márquez como 'un lugar ideal perteneciente a un estado de ánimo, un lugar paradisíaco cercano al mundo feliz donde se realizan el principio o el fin de los tiempos, arcadia que permite vivir mito, fantasía, leyenda, poesía, realidad, desmesura, espera, dolor, amor y maravilla' (Giraldo 2001: xiii). Sin embargo, mientras su narrativa se preocupa por mostrar la estrecha relación entre la pérdida del origen y la aparición y evolución del ser humano, otros escritores se

han sentido más proclives a recrear la ciudad como escenario y modo cultural o social, el lugar propicio para la ironía, la crítica, la parodia o la burla, en una suerte de desmitificación de modelos ancestrales. En la novela urbana, la música, la calle, la casa, el parque, el bar o el café forman parte de los imaginarios tradicionales o transitorios de la ciudad, aunque a menudo vistos únicamente desde el centro que reconfigura, a su vez, la visión de sus márgenes y la perspectiva limitada de los sujetos que se encuentran en ellos —teniendo en cuenta que esta ciudad es primordialmente escrita, traducida y narrada a partir de un sujeto que pertenece a la ciudad letrada aunque los personajes, ya bien sean transeúntes, extranjeros, marginales o arraigados, nos crean la ilusión de estar observando la ciudad desde distintos puntos de vista dependiendo de su propia historia, sin dejar de afirmar su territorio espacial o mental.

Cada época ha tenido su forma de concebir la ciudad. La ciudad colonial imitaba el pensamiento europeo; la ciudad criolla asimilaba los gustos burgueses, franceses o ingleses, de los cuales resultaron las híbridas latinoamericanas de la actualidad. La ciudad colombiana de fines de siglo XX denota la crisis de la modernidad antes mencionada y no se detiene en ella, sino que también recrea el vacío existencial, la pérdida de valores y el caos. Esta imagen de la ciudad como el lugar del caos y la pérdida de sentido, y que forma hoy parte del imaginario urbano, ha evolucionado y se ha desarrollado en la literatura que ha pasado de la recreación de un mundo ideal a la recreación de un mundo degradado, del mito a la realidad cultural y de la descripción de formas arquitectónicas a

mostrar modos de vida que conducen a la disolución de la identidad, la descentración y pulverización del sujeto. José Luis Romero afirma que la ciudad del progreso fue quedando atrás para dar paso a la ciudad masificada (Romero 1976). Esta masificación fue debida principalmente al despegue de la migración procedente de áreas rurales, lo cual modificó mentalidades, formas de vida y, en consecuencia, la fisonomía de la ciudad.<sup>65</sup> Las ciudades de América Latina, y en particular colombianas, se transformaron en una yuxtaposición de guetos comunicados y anómicos. La anomia, a su vez, empezó a considerarse como una característica del conjunto, cuyo efecto continúa hasta nuestros días, acaso más intensamente, debido a la situación de violencia y a la cantidad de desplazados que siguen llegando a las ciudades. Los migrantes traen consigo el recuerdo de su lugar de origen, de zonas rurales deprimidas y ciudades secundarias que han empobrecido y, al llegar a la gran ciudad, su problema consiste en lograr incorporarse al desarrollo urbano desde las zonas marginales donde se han ido segregando. Son los primeros atisbos a la sociedad escindida definida por Romero (1976) pues se trata como en la ciudad de *Sofronia*, de dos medias ciudades (Calvino 1972, 1993), coexistentes y yuxtapuestas, una tradicional y otra moderna en escisión; un grupo anómico inestable que se ha instalado precariamente al lado de otro que lo marginaliza, dos mundos que carecen de vínculos comunes. Mientras la sociedad desarraigada lucha por integrarse a la

---

<sup>65</sup> Debemos tener en cuenta que la migración del campo a la ciudad que tuvo lugar en todo el continente ha sido especialmente intensa en Colombia a causa de la violencia rural. Esta violencia dio

tradicional, esta segunda rehuye y recela la presencia de la anterior, a la que erróneamente siempre ha considerado homogénea. Estas tensiones provocadas por la cultura moderna y sus procesos de hibridación son las que, como decía anteriormente, niegan el proyecto de modernidad. De esta manera, el paso de lo rural a lo urbano ocurre en Colombia en condiciones *sui generis* y genera tejidos culturales caracterizados por la heterogeneidad, la resistencia y el conflicto. El propio paisaje de la ciudad rodeada de rancheríos que ascienden por las montañas es la expresión de las distancias entre las distintas sociedades urbanas, el escenario de la intolerancia, irrespeto o indiferencia. La ciudad colombiana no es el espacio de utópica convivencia expresado por Joseph (1988), ni la expresión de vínculos colectivos, sino el campo de batalla donde la agresión, la violencia y la desconfianza son los protagonistas principales.

La literatura colombiana se ha detenido en tales desfases y en las contradicciones entre la modernidad y la modernización socio-económica, enfatizando la fragmentación, la soledad, el aislamiento, la alienación, la frustración y el anonimato. Todo ello condiciona la producción literaria y hace que la novela urbana colombiana se nutra de estas dinámicas expresadas en el discurso. De ahí que, en un primer lugar, la literatura recurra a la ciudad que ha sido denominada por Giraldo como 'arcadia', esa ciudad perdida o usurpada, ciudad de los comienzos y anterior a la llegada de los colonizadores (Giraldo 2000). Veamos como ejemplo la aparición de Macondo en *Cien años de soledad* (1982) de García

---

pie al éxodo masivo, al desarraigo pero, a su vez, generó diferentes formas de asumir la condición

Márquez o la ciudad perdida en *El gran jaguar* (1977) de Bernardo Valderrama de Andrade. En estas ciudades escritas observamos que a medida que avanza el progreso se aleja la noción de paraíso —paraíso únicamente creado por la sensación de pérdida. La ciudad 'arcadia' pertenece al mito y evoca la nostalgia por modelos ancestrales que se ven invadidos por valores ajenos. La ciudad perdida de Bernardo Valderrama en *El gran jaguar* anuncia la llegada de una raza peligrosa que amenaza con destruir la cultura mítica. Con el fin de evitar la usurpación de sus valores, el pueblo detiene su memoria e imaginario, preservando el tiempo del mito. Sin embargo, el lugar de la memoria, es 'el no lugar' (Augé: 21), el lugar que 'nunca consigue ser borrado totalmente y es la vía de escape contra la deformación y las contradicciones' (Vattimo: 118). De este modo, a partir de sus costumbres, se expresa 'una sociedad que se mantiene anclada desde tiempos inmemoriales en la perennidad de un terruño intocado más allá del cual nada es pensable' (Augé: 50).

Otra manera de ilustrar la condición 'arcádica' se reconoce en la mirada opuesta ofrecida por algunos narradores quienes, en lugar de recrear el modelo idílico, prefieren mostrar críticamente el caos del mundo en el que vivimos. Abandonando las utopías leemos *Los sonidos del fuego* (1968) de Luis Fayad donde aparece la ciudad tensionada por la modernización. Una ciudad en la que los personajes sólo logran sobrevivir, rozando los límites de la condición humana. En su posterior novela *Olor a lluvia* (1974) se recrea el desarrollo económico y

---

urbana y modificó tendencias de la sociedad tradicional.

demográfico, reconociendo el proyecto moderno en una sociedad que sigue siendo tradicional. En esta novela, la cultura bogotana se ficcionaliza a partir del discurso, apropiando ideolectos y jergas. Además, en ella podemos establecer la pugna existente entre los distintos poderes de la sociedad para conseguir el espacio urbano de la capital del país y se demuestra cómo la calle, que debiera ser el lugar para la socialización, es el espacio del anonimato donde no se consigue generar relaciones sociales positivas. Por otra parte, el lector puede apreciar los desplazamientos ocurridos en la ciudad hacia barrios residenciales del norte, mientras que el centro y el sur se han ido degradando cada vez más. El anonimato del que nos habla José Luis Romero parece ser objeto principal de la novela *Los elegidos* (1958). En esta novela, su autor, Alfonso López Michelsen, se ambienta en las décadas de los cuarenta y cincuenta, destacando el medio social y cultural de los personajes. Esta novela muestra la ciudad letrada en la que se niega la condición latinoamericana para volcarse en lo extranjero. Con gran ironía, un narrador exiliado muestra a unos bogotanos de barrios exclusivos que manejan el país con ideas importadas porque lo colombiano parece no tener validez.

Más recientemente, aunque de modo similar, nos encontramos con la posición crítica de Francisco Sánchez Jiménez en *Travesías de un diletante* (1999), donde se sintetiza la situación social de la urbe en la segunda mitad de siglo XX. Por su parte, Rafael Humberto Moreno-Durán representa la institución a partir de íconos y figuras en su obra *El*

*caballero de la invicta* (1994). En la ciudad de Moreno-Durán se proyecta la atmósfera de destrucción y la conmoción interna, lo cual puede ser relacionado con el final de la ciudad arcadia idealizada en *Cien años de soledad* (1967).

No obstante, una de las primeras representaciones de la ciudad conflictiva, con anhelos de progreso frustrados, la encontramos en la recreación de Bogotá de Osorio Lizarazo. En *El camino en la sombra* (1965), el mito del progreso de la ciudad como cuna de la civilización y promesa de desarrollo se cuestiona en una narrativa en la que los desplazados por la fuerte migración rural aumentan la población urbana, modificando las formas culturales ciudadinas y, consecuentemente, incrementan la complejidad social de la urbe. En esta novela se vislumbran ya teorías que más tarde han sido expuestas por sociólogos e historiadores de la ciudad latinoamericana. Recreando la ciudad burguesa y la progresiva masificación que provoca el choque entre viejas tradiciones campesinas, provincianas y las perspectivas nuevas, el autor se adentra en la ruptura de esquemas establecidos al mismo tiempo que implica un cambio en la concepción de los espacios público y privado, espacios que se confunden debido al distinto uso que los actores sociales hacen del espacio que habitan y a la creciente movilidad que obtienen los sujetos hasta entonces en la invisibilidad. Esta fusión de lo público y lo privado genera miedos y angustias que se agregan a la sensación de peligro que ya ocasionaba La Violencia. De este modo, la utopía del mundo feliz se desvanece para dar paso al lugar marginal donde se tiende

a reproducir la vida campesina supuestamente abandonada y donde moran seres sin expectativas ni esperanzas y que, en la mayoría de las ocasiones, tienden a reproducir las guerras cotidianas análogas generadas por la violencia rural de los Mil Días o de La Violencia, poniendo en crisis el concepto que establece a la ciudad como el lugar para el progreso. La ciudad, en esta novela, se convierte en el escenario donde el sujeto se degrada moralmente para lograr un ascenso social pero, además, el espacio de la urbe experimenta las transformaciones debidas a la progresiva masificación y la aglomeración en los barrios marginales.

En 1974, Nicolás Suescún también escribió la ciudad en *El último escalón*, donde su personaje narrador y actor principal del texto deambula por una ciudad para ver la masa anónima que anula la identidad de los individuos quienes aparecen atrapados como insectos.

Del mismo modo, la ciudad escindida aparece en *Los parientes de Ester* (1978) de Luis Fayad o en *Sin Remedio* (1984) de Antonio Caballero donde interactúan el espacio público y privado, lo interno y externo, lo individual y colectivo en una suerte de confrontamiento e inestabilidad. En *Los parientes de Ester*, Fayad presenta perspectivas de choque y desencuentro entre culturas y clases sociales, deteniéndose más en la sociedad burguesa, mercantilista, matriarcal, consumista y capitalista. Las intrigas de una familia mediocre de clase media traducen el malestar de una sociedad atada al orden mercantil y, sin embargo, aferrada a la tradición y las apariencias. Esta es una sociedad con una falsa apariencia

de progreso al estilo norteamericano pero, sin embargo, vacía de valores, desencantada y desilusionada. De nuevo, esta novela muestra la ciudad masificada de la que nos habla José Luis Romero, donde se problematiza el desarrollo urbano y el lenguaje sintetiza las huellas de descomposición social. En sus comportamientos, los personajes muestran una falsa moral —característica primordial de la sociedad de la época—, la burocracia asfixiante, la frustración, los procesos de urbanización fallidos de la ciudad masificada y la complejidad de sus estructuras. Por su parte, Caballero, haciendo uso de un gran sarcasmo, nos describe a una serie de personajes que habitan la ciudad pero que, de un modo u otro, pareciera que están muertos pues no realizan ninguno de sus objetivos. Por los anteriores elementos, la novela de Caballero resulta la primera en profundizar sobre la crisis de la modernidad. De esta manera presenta una visión grotesca de la capital colombiana y recurre a intertextos culturales para reforzar el caos y acercar al lector a una realidad que se descompone.

En 1991, Luis Fayad retomó a la ciudad como objeto del discurso narrativo en su novela *Compañeros de viaje*. En esta novela, Fayad intenta ir más lejos, adentrándose en lo absurdo y explorando distintos territorios bogotanos. En este período aparecen otras novelas en las que Bogotá se convierte en la protagonista del texto. Entre ellas encontramos *Rumor de astracán* de Ariel Bibliowicz (1991) y *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama (1976) donde se muestran los distintos territorios que tienen cabida en las ciudades y en los que se experimenta

la diferencia entre un *nosotros* y el *otro*. La novela de Bibliowicz, mediante una estructura de corte cinematográfico, integra secuencias y movimientos que recorren los años treinta y cuarenta en Bogotá, identificando calles, almacenes, formas de comercio, arquitectura y dinámica urbanística. El tránsito de judíos a Colombia permite la oscilación entre la identificación de las formas de vida, los conceptos y las tradiciones. *El resto es silencio* de Carlos Perozzo (1993) que, de acuerdo a una visión límite de la crisis de la modernidad, explora los recursos formales apropiados para revelar la complejidad del ser que la habita; y la novela de Santiago Gamboa *Perder es cuestión de método* (1997) que refleja la ciudad en crisis, la corrupta burocracia colombiana y la violencia perpetrada desde las instituciones. En todas las novelas mencionadas, el espacio de la ciudad, en este caso Bogotá, se muestra a partir de sus lugares públicos como bares, cines, etc, donde se viven asuntos privados. De hecho se convierten en lugares de reunión, ajustes de cuentas, charlas y encuentros.

En las últimas décadas, la literatura se ha sumergido en los bajos fondos, la música estridente, el vacío existencial y el 'sin sentido', generando nuevos lenguajes, proyectando una visión de mundo de acuerdo a las vivencias de cada momento. De esta forma, los imaginarios urbanos han pasado a presentar espacios de la demencia, lugares cerrados y oscuros, donde el uso de la droga deriva en un estado de esquizofrenia y donde nada importa. Esta situación es la que recrea la novela *Opio en las nubes* de Rafael Chaparro (1992). Los años noventa

traen consigo una degradación de las mayores ciudades colombianas y en ellas el espacio se convierte en una amalgama de territorios subdivididos y dispersos, donde los actores sociales se desconocen y se temen. El imaginario de la ciudad del presente intensifica la imposibilidad de interacción positiva entre sus habitantes. Espacios tales como prostíbulos, bares de mala muerte, tugurios, cuchitriles, huecos de 'bazuco' son los escenarios donde se mueven los protagonistas de la novela de la última década del siglo XX. En los textos, la ciudad se ha convertido en un monstruo que alberga a seres derrotados, barrios lumpenizados, alcantarillas infectadas con 'desechables' o 'indigentes', cárceles, etc. Así aparecen las ciudades agresivas de Mario Mendoza y Santiago Gamboa. En *La ciudad de los umbrales* (1991), *Scorpio City* (2000) y *Diario de un asesino* (2001), Mendoza se sumerge en la noche bogotana para crear un mundo totalmente degradado y esquizofrénico, donde la lucha es la única forma de sobrevivir. Estas novelas presentan un estudio de la ciudad que podría tener su lugar en la sociología y antropología actual. La emergencia catastrófica de esta ciudad demuestra, a su vez, la crisis del sujeto y la desintegración de la sociedad.

Se deduce de todo lo anterior que la novela urbana colombiana hace evidente la crisis de la modernidad a partir de la representación del ser escindido que expresa en su fragmentación la crisis de valores que legitimaban la razón de ser del mundo. Y, la ciudad, en su anonimato, se ve repleta de individuos solitarios que buscan su identidad individual pero que se ven aplastados por la falta de comunicación y el escepticismo.

Aparecen vagabundos en las calles, los seres desechables, basureros e indigentes que, mediante el delito y la violencia, consiguen ascender económicamente y se movilizan en el espacio urbano. Estos personajes consolidan un poder siniestro como es el caso de Jorge Eliécer Altue, personaje narrador de la novela de Carlos Perozzo *El resto es silencio* (1993). Altue, provinciano convertido en indigente, encarna el antihéroe literario de la modernidad por su vacío existencial, flaqueza espiritual y su anonimidad entre todos los personajes. El universo de Altue es un callejón sin salida.

De este modo, la mendicidad, el delito, la promiscuidad, la deshumanización, la ausencia absoluta de futuro y la emergencia de nuevos actores criminales son los elementos principales en la narrativa urbana de fin de siglo en la que tanto los narradores como sus personajes crecen en su degradación de sí mismos.

#### IV RE-ESCRIBIENDO MEDELLIN

Mis antepasados indígenas fueron  
guerreros  
Y mis mujeres bravas de raza catia,  
Mis antepasados blancos fueron  
bandoleros,  
Mestizos duros, mis tatarabuelos,  
Mis abuelos, campesinos oprimidos,  
Albañiles de ciudad, mis hijos  
Y carne para plomo,  
Pasto de guerra sucia,  
Mis nietos

Luís Fernando Macías, *Vecinas* (1998)

Pareciera que sólo la capital colombiana ha sido protagonista en la narrativa colombiana. Sin embargo, esto no es así y otras grandes ciudades colombianas han estado presentes en la literatura del siglo XX. Entre estas ciudades encontramos a Medellín, ciudad que, en realidad, se ha impuesto como espacio literario de los últimos años. En los versos anteriores de Fernando Macías se sintetiza en una genealogía, el ininterrumpido proceso de descomposición social que ha sufrido Medellín desde su fundación. En la segunda mitad del siglo XX, varios autores colombianos han analizado la compleja realidad de esta ciudad con novelas, testimonios y documentales para buscar las causas, insinuar soluciones, interpretaciones o, simplemente, registrar acontecimientos que han transformado por completo a esta ciudad. Los textos enfocan a los protagonistas de los cambios sociales y la violencia sin sentido que se ha venido perpetrando en esta ciudad en el transcurso de los años.

Sin embargo, la tradición novelística antioqueña se remonta a principios de siglo XX y una de sus características más sobresalientes es

el importante papel de la nostalgia. Durante la primera mitad del siglo XIX, Medellín era apenas un poblado. Los recuerdos de aquella población incipiente y de la forma de vida tradicional de sus ciudadanos, han sido fuente de la gran parte de la ficción antioqueña. Hemos visto cómo la industria del café y la textil transformaron la ciudad y, en 1900, Medellín contaba con 10 fábricas, lo cual se consideró la revolución industrial colombiana. Pero, además, la Violencia forzó el desplazamiento hacia la ciudad de mano de obra procedente de zonas rurales a que acabaría por mover las calderas fabriles pero que también generaría los cordones de miseria de la ciudad, dando lugar a las distancias sociales y económicas entre sus ciudadanos. De este modo, la Medellín de Tomás Carrasquilla en *Frutos de mi tierra* (1896) agudizaba la nostalgia rural, estableciendo una reacción contra la industrialización y los valores de la modernidad. Carrasquilla, priorizando la oralidad en el discurso, ahonda en la conciencia humana dirigida y mediatizada por los procesos económicos que han tenido lugar en el país y que son característicos del capitalismo en pleno desarrollo. Esta novela da cuenta de la incipiente modernización a partir de crónicas de vida, vivencias cotidianas y la aparición de las clases sociales de donde brotan las ideas progresistas en choque con las tradicionalistas que contaban con un gran peso en Medellín hasta aquel momento.

Medellín cambió geográficamente pero, a la vez, se alteraron los comportamientos de aquellos que la habitaban. Los barrios marginales de los suburbios han crecido desmesuradamente con la llegada de

campesinos desarraigados y estos recién llegados deben coexistir con los ciudadanos tradicionales. La novela urbana se nutre de estas dinámicas socioculturales que, a la vez, trasciende mediante formulaciones textuales y elaboraciones discursivas. De esta manera, el imaginario social va surgiendo a partir de los desplazamientos y (des)encuentros de los personajes y no a través de una descripción puramente topográfica. Rituales cotidianos, trayectos y mediocridad definen los espacios urbanos, y el mapa urbanístico de Medellín se reconstruye a partir de la relación entre la ciudad y sus actores.

Por otra parte, el desarrollo capitalista ha generado en los habitantes una mentalidad de consumo y una necesidad de confort que no logran subsanar. La desorganización del país unida a la desigualdad y al cambio de valores en la ciudad deriva en el estado de anomia que impide a los individuos trazar sus propias metas o "normalizar" sus comportamientos. Los desencuentros de diferentes personalidades conviviendo en un mismo territorio definen la forma en la que sus ciudadanos perciben y habitan la ciudad, hecho que acaba rompiendo con la norma utópica que presupone el espacio público como el lugar para el diálogo y la interacción (Lefèbvre: 56). Bajo estas circunstancias, la población marginal crea métodos que le proporcionen la salida de su situación, y la economía del 'rebusque', aquella que se basa en los trabajos informales, se convierte en algo popular y aceptable en las barriadas suburbanas, donde empieza a emerger la cultura del 'malevo'.

En *Aire de tango* (1979), Mejía Vallejo sitúa a sus personajes en los bajos fondos. Jairo, un “guapo” desarraigado y melancólico, llega a la ciudad huyendo de la violencia de las tropas conservadoras y ahora, en la ciudad, bajo el gobierno liberal, sigue pasando trabajos para sobrevivir. La novela se revuelve en alcohol, puñales, cuero, tangos y cabello engominado. Estos elementos proceden de la asimilación de las distintas culturas en coexistencia en la ciudad y, con el uso del *lunfardo*, Mejía Vallejo nos recuerda que las influencias no son únicamente locales sino que han traspasado fronteras nacionales y que, en este caso, han llegado a través del tango —estilo asociado al marginal y a los sujetos de los bajos fondos.<sup>66</sup> La situación de violencia permanente en Medellín, dentro de una urbanidad forzada o marginal, consolidó una sociedad caracterizada por el ritmo del “día a día” y que basó su especulación financiera en el enriquecimiento veloz y fácil. Violencia, estado de sitio y enriquecimiento ilegal conformarían la Trinidad que rigió el destino de la ciudad principalmente en la segunda mitad del siglo XX.

Pero es desde la década de los ochenta que en la sociedad colombiana y en Medellín en particular se vive otro fenómeno: el narcotráfico. Y no es de extrañar que, en esta coyuntura, el tráfico de drogas logre calar en diferentes grupos de la sociedad. Por un lado, el narcotráfico se instala en los sectores marginales donde se convierte en una tabla de salvación. Por otra parte, el tráfico de drogas cala en las

---

<sup>66</sup> Recordemos que Medellín tiene una larga tradición de tango. Carlos Gardel, quien guardaba una estrecha relación con Medellín, viajaba a la ciudad con mucha frecuencia. Carlos Gardel murió el

clases medias a las cuales ayuda a salir de la mediocridad. Y de este modo, esta economía subterránea e ilícita consigue rediseñar los límites de la ciudad.

En *El divino* (1986), Gustavo Alvarez Gardeazábal relaciona la homosexualidad con la bonanza cocalera. En la novela, el personaje principal, un adolescente conductor de autobús, regresa a su pueblo natal, Ricaurte, en helicóptero y cargado de dólares. Esta prodigiosa carrera y su belleza física le convierten en un ídolo para el pueblo. Gardeazábal confronta a este mafioso "divino" con el Divino del Santuario que hay cerca del pueblo. Con ello, el autor intenta discernir los dos cultos existentes en el país: la religión y el dinero. Por otra parte, también nos encontramos ante una exaltación lúdica a la sexualidad y la idea de belleza que existe en el Otro. En *Leopardo al sol* (1993) Laura Restrepo, a partir de una trama que versa sobre la ruptura de las relaciones familiares de dos bandas de narcotraficantes, incluye expresiones orales del lenguaje popular a modo de introducción del Otro. Por su parte, Darío Ruiz Gómez en *Tierra de paganos* (1991) se adentra más de lleno en la proliferación urbana y el enajenamiento industrial, trazando la trayectoria de una megalomanía furiosa e iconoclasta, violencias policiales, carteles del narcotráfico, oscuros asesinatos y el mundo del *sicariato*. Ruiz Gómez escribe: 'en esta ciudad están matando mucha gente dicen las novelas y ya no le interesa casi a nadie saber quien muere' (66). En este texto, los

---

24 de junio de 1935 en el aeropuerto de Medellín. En la ciudad todavía se encuentran en la actualidad infinidad de cafeterías y salas especializadas en tango.

balazos se cruzan con los cuchillazos formando una cadena de violencia cuyas víctimas, en su mayoría procedentes de las comunas de Medellín, viven en un ambiente hostil que les obliga a interiorizar la agresividad generada por la angustia. A partir de la entrada de la mafia en la sociedad, estos seres marginales de las comunas se sienten con mayor poder y con una mayor movilidad pero, a pesar de ello, no consiguen establecerse en la sociedad.

Todos estos elementos aparecen también en la narrativa de José Hoyos. *Tuyo es mi corazón* (1984) y *El cielo que perdimos* (1990) nos permiten entrar a los barrios de clase media-baja de Medellín y recorrer la historia de las últimas décadas de la ciudad. En *Tuyo es mi corazón*, Hoyos presenta, a través del recuerdo a Gardel y con nostalgia, a la Medellín industrial, religiosa, de costumbres tradicionales, familiar y se apropia del ambiente de las barriadas donde la solidaridad y la amistad de años atrás han desaparecido para dar paso al caos de los ochenta. La Medellín de *Tuyo es mi corazón* es una ciudad dolorosa, de violencias fratricidas y luchas por la sobrevivencia. Los personajes, hijos de los expulsados de sus tierras por La Violencia, viven en las periferias de la ciudad en la que empieza a insinuarse el crimen. Medellín sigue un ciclo que va desde los años sesenta, cuando los barrios estaban perfectamente definidos socialmente, hasta los años ochenta en que los hijos de los exiliados inmersos en el crimen y la delincuencia son capaces de acceder a la ciudad establecida económicamente, lugar que hasta el momento les había sido denegado. El cambio de valores que acompaña a la sociedad

de consumo provoca la pérdida de las formas rurales ligadas a la socialización primaria pero todavía no permiten la asimilación de los comportamientos urbanos que apuntan a otros tipos de socialización. Por ello, muchos grupos de migrantes se encierran en sus barrios donde reconocen y son reconocidos, lo cual les permite sentir cierta pertenencia al lugar que habitan, recreando las formas de sociabilidad rurales. Sin embargo, los jóvenes de los barrios marginales no aceptan la "condición" marginal que parece condenarles perpetuamente a la pobreza, ni la hostilidad y aislamiento a los que les condena el sistema social y, a su vez, viven conscientes de su ausencia de futuro. En la ciudad empiezan a escucharse las bombas, los disparos y a verse las "narco-toyota" —como eran llamados los 4 x 4 que usaban generalmente los narcotraficantes—, todo ello en un ambiente de escepticismo político donde se respira el vacío de las instituciones. En este contexto, no es aplicable el "happy ending" y, como dicen los personajes de la novela en Medellín, todos están "jodidos". En *El cielo que perdimos*, la angustia es aún mayor, todo se confunde, los barrios y territorios poseen límites borrosos e incluso los victimarios pasan a ser víctimas, interiorizando una situación de violencia que acaba por destruir a los personajes. La ciudad arroja a sus muertos a las afueras, en las cunetas de cualquier carretera o camino pero mantiene el terror en su interior y la ciudad queda en las manos de los escuadrones de la muerte, equipos de "limpieza" y bandas armadas de sicarios que se matan en los tugurios de los barrios de invasión o en el centro.

En *Cartas cruzadas* de Darío Jaramillo (1993) se describen los cambios de la ciudad a partir de la evolución de los personajes. En esta novela se nos muestra cómo no sólo las clases marginales entran a formar parte del peligroso juego del narcotráfico, sino también aquellos que por distintas razones se deslumbran por el rápido ascenso social y enriquecimiento que éste produce.

Todas las novelas mencionadas recurren al imaginario de una ciudad en declive donde sus personajes ya bien sean el *sicario*, el *traqueto*, el narcotraficante o el criminal, son actores emergentes que se sitúan en el centro del discurso. Por otra parte, el imaginario urbano referente de todas ellas no pertenece únicamente a los elementos espaciales, sino a un conjunto de redes simbólicas en permanente construcción y expansión. Cada autor asegura de esta manera su propio imaginario a tenor de sus relaciones y concepciones culturales, sociales, individuales e intelectuales en que transcurre su proceso y, es a partir de ese imaginario que el lector consigue conocer la ciudad. En estas novelas, la ciudad marginal se insinúa en la narrativa como el espacio del otro al cual no nos es posible acceder de forma directa y, de ahí que lo percibamos como una amenaza constante cuando invade "nuestro" territorio. El narrador nos habla desde un *afuera* de margen y, a pesar de querer adentrarse en el mundo del *sicario*, actúa como un mediador literario y traductor de la alteridad. De esta manera, el relato simplemente mediatiza un acercamiento al Otro que es deslocalizado a partir de ciertos estereotipos y que queda siempre sujeto tanto a las leyes del discurso

escrito como a una lógica de acción que depende de la posición de su transcriptor. Con ello, el lector recibe un mensaje distorsionado del referente extraliterario de la ciudad y de los actores emergentes que la habitan; un mensaje que, en el mejor de los casos, indica cierta solidaridad con la situación que se describe.

Los narradores se apropian de aspectos de la ciudad visual, auditiva y táctilmente, dibujando ciertos mapas y creando una ciudad como lugar problemático, donde la delimitación entre lo público y lo privado se desdibuja, fusionando ambos espacios. De esta manera, lo privado acontece en ámbitos públicos, representando en ocasiones la domesticación de la calle y, a su vez, Medellín es la ciudad llena de espacios vacíos producidos por el miedo, la inaccesibilidad y la exclusión.

Oscar Wilde dijo que Londres es más nublada desde las pinturas impresionistas y, del mismo modo, Medellín es más terrible y criminal a partir de su aparición en la novela de fin de siglo XX. Medellín se aleja de ser un asentamiento inventado por los textos para convertirse en una ciudad paranoica y asfixiante, donde sus habitantes viven en constante amenaza.

De modo que un fragmento reciente e importante de la historia del país, otra vez de violencia, es nuevamente objeto de manipulación literaria; el resultado es una serie de novelas que, en su narración, reafirman el incuestionable doble valor de la ficción como discurso social sistemático y estructurado juego estético.

## V LA NOVELA DEL SICARIATO

Nadie sabe mejor que tú, sabio Kublai, que no se debe confundir nunca la ciudad con el discurso que la describe, sin embargo, entre la una y la otra hay una relación.

Italo Calvino,  
*Las ciudades invisibles* (1993)

Se ha visto pues que la representación de la ciudad nos refiere directamente a sus problemas filosóficos, sociales, morales y económicos tanto como a la propia definición de ciudad y de lo urbano. En primer lugar, el espacio urbano no puede ser representado como algo unitario y, por ello, la ciudad escrita es una suma de metáforas traidoras que intentan sumarizar la complejidad de la ciudad, convirtiendo la fragmentación y violencia en algo leíble y, a la vez, en una metonimia por su tendencia a desplazarla, aceptándola como un sistema de signos. En segundo lugar, el poder político que poseen las representaciones urbanas, a partir de su operación retórica de tropos y metáforas, sirve para analizar la ciudad pero, al mismo tiempo, para ocultar ciertos aspectos mientras otros son revelados. En los textos, la ciudad es creada como la "jungla", expresión comúnmente utilizada para declarar un lugar sin ley, peligroso y violento que se ha ido desplazando de las periferias de la ciudad hasta dominarla por completo, convirtiendo el espacio urbano en el lugar de la amenaza, la tensión y el crimen. La *sicaresca* colombiana coloca al lector más allá de cualquier descripción física para capturarla como experiencia habitada y, al invocar la noción de Medallo<sup>67</sup> como

---

<sup>67</sup> Medellín conocida también como Medallo y Metrallo (ametralladora). Medellín se usa al referirnos a la ciudad tradicional ubicada en el valle y Medallo cuando se habla de las comunas. Medallo implica la visión social de la ciudad mientras Metrallo muestra el cambio generado por el

entidad altamente peligrosa, impregnada de hostilidad colectiva y bajo la constante amenaza de muerte, captura el imaginario urbano de una ciudad apocalíptica. De este modo, estos textos son capaces de reforzar un imaginario urbano y modelar la forma en que Medellín es vista fuera de los territorios nacionales colombianos como un lugar violento y sin ley, confirmando la percepción construida por ciertos grupos políticos nacionales e internacionales.<sup>68</sup> Por ello, el papel de estas representaciones se sitúa fuera de los textos ya que sustentan las bases desde las cuales es posible lanzar la intervención material.

En *Sangre Ajena* de Arturo Alape, *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, *Rosario Tijeras* de Jorge Franco, *Ganzúa* de Fernando Macías y *Morir con papá* de Oscar Collazos, la ciudad se aprende trágicamente como el lugar que una vez prometió plenitud pero que únicamente entrega inaccesibilidad, intensificando la exclusión y frustración de sus habitantes. Por ejemplo, el determinismo social en *Sangre ajena* de Arturo Alape es muy marcado y excluye a los personajes del tejido urbano. A partir de la memoria de un niño, Ramón Chatarra, y la aventura de su fatídico viaje, el autor nos sumerge en el laberinto de los suburbios de Bogotá y en los barrios de las comunas de Medellín, caldos de cultivo para el *sicariato*. Ramón 'Chatarra', personaje esquizofrénico,

---

lenguaje debido a la violencia. Es el juego de palabras que hace la gente con sus propias desgracias.

<sup>68</sup> Como ya se ha mencionado anteriormente, las representaciones de violencia no son sólo vistas como exóticas por ser inconmensurables, sino también sirven los intereses de distintos grupos políticos dentro y fuera del país cuando se solicitan ayudas financieras internacionales tales como la obtención de ayuda militar, que sirve principalmente para eliminar a grupos "subversivos", o cuando se apoya a redes financieras estadounidenses o europeas que imponen programas de intervención militar y campañas antiterroristas.

consigue, a partir de su colección de recuerdos, yuxtaponer planos temporales y espaciales y, a la vez, evocar zonas de conflicto. Ramón y su hermano Nelson viajan de Bogotá a Medellín en busca de las oportunidades que no les ofrece la capital. Estos hermanos han visto la imagen distorsionada del narcotráfico en los medios de comunicación y como este negocio se ha convertido en un amplio mercado laboral que ofrece posibilidades de trabajo a los jóvenes. Sin embargo, a pesar de conseguir su objetivo inicial, sus vidas siguen dominadas por la fatalidad. Extranjeros en una nueva ciudad, a la que no pertenecen y donde no conocen los códigos, terminan trabajando para un narcotraficante como *sicarios*. No obstante, la muerte de Nelson devuelve a su hermano Ramón al punto de partida. Ramón refleja la relación existente entre la segmentación de la ciudad y la fragmentación de la psique humana, con sus continuas pesadillas y alucinaciones que interfieren en el relato.

La historia de Ramón es un viaje que comienza con el regreso a la niñez, reforzando el deseo de organizar los lugares vividos que constituyen la escritura.<sup>69</sup> La infancia de Ramón transcurre en un inquilinato ubicado en Las Colinas, uno de los 270 barrios que componen ciudad Bolívar —barrios sin límites precisos y movibles. Este conjunto de territorios incluye a más de un millón de habitantes y en ningún momento puede definirse como un lugar con una población homogénea ya que no

---

<sup>69</sup> Cuando el viaje atraviesa varios lugares en su itinerario como ocurre en *Sangre Ajena* encontramos que como resultado aparece un efecto de desarraigo: el personaje se convierte en el viajero espectador que recorre diferentes territorios y que al practicarlos los convierte en espacio (o viceversa). Sin embargo, el lugar donde termina el peregrinaje de Ramón será el lugar cargado de sentido y que, en este caso, es el regreso a la infancia. *Sangre Ajena* se convierte en un círculo cerrado que muestra el determinismo social de estos seres marginales.

tienen la misma procedencia geográfica ni los mismos tipos de empleos. Estos asentamientos o 'comunidades' se encuentran también al norte de Medellín y son definidos por Jairo Montoya como territorios 'subnormales':

Asentamientos subnormales se denominan oficialmente a esos setenta y cuatro poblamientos o aglomeraciones humanas en las cuales se hacen un alto porcentaje de la población urbana; tal denominación se debe no sólo a que están casi todos ubicados en zonas de alto riesgo, sino porque aún no han logrado el pleno reconocimiento como espacios de la ciudad, a pesar de que ellos han contribuido en un buen porcentaje a la conformación del área metropolitana (Montoya 1999: 104).

Esta zona conforma lo que se ha denominado como barrios "pirata", pues en su mayoría, estos terrenos, que fueron comprados a lotes por sus habitantes, no poseen permiso de construcción. Por ello, su existencia no ha sido reconocida legal ni socialmente.

En *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, el narrador regresa a su nativa Medellín tras 30 años de ausencia para morir, pues siente haber sufrido ya bastante por toda una vida. Desde una escritura en la que prima la velocidad narrativa, se reconoce una imagen del Medellín agobiado por la violencia que del campo evoluciona a la ciudad. En la novela de Vallejo el narrador presenta dos ciudades marcadas por el tiempo: una perteneciente al pasado evocado y otra al presente deambulado. El mundo familiar es la nostalgia de la aldea feliz del pasado que contrasta con un presente en el que el narrador camina en las calles de Medellín donde se agita el caos y la violencia. En su estancia en la ciudad se enamorará de dos jóvenes *sicarios* quienes trabajaban para Pablo Escobar y el cartel de Medellín pero que en el momento en que los conoce están desempleados debido al desmantelamiento de la banda tras

la muerte de Escobar.<sup>70</sup> Con ellos, Vallejo recorrerá la ciudad proyectando su noción de desastre y nostalgia por un orden que ha desaparecido. Esta melancolía del narrador transforma los restos nostálgicos del pasado en recuerdos que regresan en el tiempo, convirtiendo el espacio actual en un lugar en ruinas. La novela sugiere una versión apocalíptica del 'flâneur' moderno en un paseo por el infierno. Pretendiendo una nostalgia por una homogeneidad cultural que por otra parte nunca existió y mostrando una profunda aversión por la otredad.

Por su parte, en *Rosario Tijeras*, Jorge Franco sigue los pasos de Rosario; una joven sicario. Antonio, un joven de clase alta, nos cuenta como, al enamorarse de Rosario, el territorio del Otro entró en el suyo propio. No obstante, el Otro es referido como una figura mítica, creada por el narrador desde su propio deseo, cuestionando la posibilidad de representación del Otro subalterno. En *Ganzúa* de Fernando Macías, los personajes son miembros de una banda de adolescentes, quienes marcan su territorio en las laderas de la ciudad desde una situación de violencia, víctimas de la exclusión social. En este caso, el autor no recrea únicamente la vida de los personajes y su interacción violenta debido a las venganzas y riñas callejeras, en busca de reconocimiento y poder, sino que de forma polifónica representa, al mismo tiempo, sus imaginarios

---

<sup>70</sup>Hasta tal punto se profesionalizó la violencia que el mero hecho de trabajar como asesinos a sueldo para un capo de la droga era considerado estar empleado. El cartel de Medellín contrataba a *sicarios* no sólo para limpiar la ciudad de policías, sino para pagar venganzas internas del grupo, para eliminar competencia de otros grupos, asesinar a políticos a favor de la extradición o a aquellos que no les dieran su apoyo. Cuando se acabó con el líder del cartel, Pablo Escobar, y con algunos otros cabecillas, algunos *sicarios* continuaron trabajando a sueldo para otras organizaciones pero la mayoría se vieron desempleados llevando la violencia al absurdo y desterritorializándola.

urbanos. El desarrollo de la vida de estos muchachos envuelve tanto el proceso de socialización en el barrio, como la configuración de las bandas barriales o las también llamadas 'tribus urbanas' (Mafessoli 1990), que, al igual que todos los personajes de las distintas novelas, a partir de negocios ilegales, robos y atracos, intentan ser incluidos en la sociedad de consumo. Estos grupos, en su mayoría compuestos de jóvenes sin visión de un futuro mejor, demuestran la existencia de dos mundos separados por muros invisibles y que, desde su posición, no consiguen deshacerse del estigma que representa su procedencia.

En *Morir con papá* de Oscar Collazos vemos como la motocicleta es un arma de doble filo ya que le confiere cierta rapidez de movimiento pero también es la causante de su trágico final. De alguna manera pareciera que, a pesar de la mejorada situación económica que ofrece el narcotráfico y el asesinato, a Jairo no le es permitido poseer ningún bien de consumo y, por ende, no le es posible incorporarse en una sociedad consumista y capitalista. En realidad, el hecho de poseer la moto identifica al personaje y le otorga una visibilidad que, si por una parte es deseada, por otra es totalmente adversa al trabajo que realiza pues, será a partir de la motocicleta que puede ser rastreado por la policía. En esta novela nos encontramos ante el joven desligado de la figura paterna pero que hereda su "profesión" en la empresa del crimen. De este modo, padre e hijo se reencuentran para "trabajar" como *sicarios*.

En todos estos textos, la ciudad es el enemigo oculto, el monstruo que mata a sus habitantes, el lugar donde los individuos viven en

permanente estado de alerta y tensión. Medellín acecha con un miedo constante a sus habitantes, llena de sospechas, fomentando el desequilibrio permanente. La presentación de la ciudad como un actor casi autónomo es el resultado de la negación de responsabilidad de sus personajes/narradores en las situaciones de las que son únicamente testigos. En *Sangre Ajena*, por ejemplo, nos encontramos ante la siguiente descripción de la ciudad: 'la multitud huye de la oscuridad de Medallo en tinieblas... ciudad incierta y sospechosa que mantiene en vilo de muerte la vida de cualquier hombre' (Alape 2001: 157). Y encontramos una definición similar en *La Virgen de los sicarios* cuando Fernando nos dice: 'Dije arriba que no sabía quién mató al vivo pero sí sé: un asesino omnipresente de psiquis tenebrosa y de incontables cabezas: Medellín, también conocido por alias Medallo y de Metrallo, lo mató' (Vallejo 1998: 46).

En *Sangre ajena*, los personajes desarrollan una disposición particular hacia la ciudad y alimentan una personalidad violenta que les permita sobrevivir con los fantasmas que hay en ella: 'tenía el hígado y el corazón para vivir en la calle, la naturaleza y el valor para no asustarse de las sombras sospechosas que como fantasmas asesinos habitan la ciudad' (Alape: 33). Estos fantasmas son metáfora simbólica e inconsciente, creados por el imaginario, producto de una actitud interior y cuya intangible presencia es vivida como experiencia colectiva. Los espectros se tornan más perceptibles al caer la noche, en las tinieblas de la ciudad, pues la oscuridad aumenta el miedo ante lo desconocido: 'la

noche de alma negra, delincuente, tomaba posesión de Medellín, mi Medellín, capital del odio, corazón de los vastos reinos de Satanás' (Vallejo: 81-82). Esta amenaza constante y, a la vez, difusa, que recae sobre los ciudadanos es uno de los elementos que provoca la formación de territorios diferenciales en la ciudad. En dichos territorios, el individuo logra cierto estado de tranquilidad que, paradójicamente, defiende con mayor violencia. Es así que la ciudad construye su propia dimensión neurótica y se vive 'más como una guarida asediada que como un lugar público' (Silva 1992:76). Por ello, no sólo la vinculación social es precaria en los actuales espacios públicos de la ciudad, sino que es demarcadora, pues produce intervalos o límites, como lo ejemplifica la experiencia del inmigrante y del extranjero —o de aquellos sujetos, como los narradores de los textos, ajenos a territorios de la ciudad— que sufren la pérdida de sus referentes culturales y se ven enfrentados a la constatación que existen límites o muros de sentido (alteridades) que les dificultan su adaptación al nuevo entorno.

En los textos, la ciudad va menguando sin permitirnos conocerla en su totalidad, demostrando la inexistencia de totalidades (Deleuze and Guattari 1984). Los personajes, actores sociales urbanos, se mueven en el espacio y usan fragmentos del espacio de acuerdo a su forma de vida, provocando un sin fin de discontinuidades. En realidad, los narradores admiten explícitamente no conocer ciertas partes de la ciudad sino a partir de la apropiación de aspectos centrales del imaginario colectivo desde su propia posición social o desde su disposición desde el *afuera* y, además,

a partir de las relaciones establecidas entre ellos y los distintos personajes. Así es como los narradores guían al lector a través de una ciudad que construyen sin tener de ella pleno conocimiento empírico. De este modo, las operaciones cognitivas y simbólicas del imaginario, imponen una perspectiva particular de los distintos territorios que componen el espacio urbano. El aspecto más sobresaliente de este proceso es la forma en la cual los imaginarios influyen la percepción que los narradores tienen de ciertas zonas de Medellín que dicen desconocer. En *La Virgen de los sicarios*, Fernando admite abiertamente ser ajeno a los territorios y basar sus descripciones en rumores:

Las comunas son, como he dicho, tremendas. Pero no me crean mucho que sólo las conozco por referencias, por las malas lenguas: casas y casas y casas, feas, feas, feas, encaramadas obscenamente las unas sobre las otras, ensordeciéndose con sus radios [...] (Vallejo: 56).

Yo hablo de las comunas con la propiedad del que las conoce, pero no, sólo las he visto de lejos, palpitando sus lucecitas en la montaña y en la trémula noche (Vallejo: 30).

En esta misma novela, el narrador admite la poca fiabilidad de sus propios prejuicios sobre los territorios de la ciudad que nunca ha visitado, sin embargo, repite aquellos estereotipos que prevalecen en el imaginario colectivo de ciertos grupos sociales y éstos contribuyen en gran manera en su forma de construir su relación con la ciudad.<sup>71</sup> De hecho, nos encontramos con secciones de la novela en las que el narrador se permite una indulgencia irónica en la recreación de clichés regionales e incluso internacionales, los cuales presenta con el uso del verbo en tercera

---

<sup>71</sup> A pesar de que ciertos estereotipos son capaces de transmitir información compleja, ésta puede no ser siempre la adecuada.

persona del plural 'dicen'.<sup>72</sup> Por ello, habitantes y acontecimientos se proyectan a partir de ciertos imaginarios que se aceptan como 'realidad'. Y, de esta manera, áreas percibidas en la ciudad existen de forma definitiva porque su presencia es colectivamente admitida por la gente dentro y fuera de los límites simbólicos en lo que son reconocidos, reforzándose a partir de las líneas de comportamiento que poseen los individuos que las habitan. Estos territorios marginales de la ciudad donde habitan los seres excluidos de la sociedad han sido descritos de muchas maneras y, en múltiples ocasiones, se han utilizado metáforas para describir su crecimiento desordenado: 'crawls in cancerous disorder up the steep "morros"' (Bonilla: 70). Todo ello, si bien corrobora la existencia de zonas meramente percibidas, a su vez, conduce a la generalización equivocada de su falta de humanidad. Es por lo anterior que Fernando, el narrador de *La Virgen de los sicarios*, afirma que nunca visitará las comunas a no ser que quiera ser asesinado, ejemplificando la forma en la cual el imaginario tiene influencias decisivas en su modo de habitar la ciudad. Fernando nunca ha visitado las comunas y esto es debido a que el imaginario le habla, diciéndole que nunca saldrá con vida de ellas. Por ello, a pesar de que la ciudad se constituya de múltiples imaginarios, el lector se encuentra en este texto ante un único imaginario, el del narrador, quien crea el discurso literario. Por ejemplo, las comunas definidas por Fernando no todas son mortales, ni lo son para todos. Sin embargo, al

---

<sup>72</sup> Es importante que tengamos en cuenta que los estereotipos se refieren tanto a lo que es imaginado como a lo que se percibe como real. De esta manera, es cierto que 'el estereotipo

definirlas como tal acabamos no sólo evitándolas, sino estigmatizando a sus habitantes y dejando que se conviertan en territorios sin control y sin ley. En esta espacialización, el miedo se proyecta en el espacio y aparece una geografía generada por ese propio miedo que fomenta el declive de ciertos lugares o zonas, intensificando el estereotipo de ciudad como una plaga. No obstante, y como ya se ha mencionado anteriormente, no podemos afirmar que las comunas sean todas iguales, ni tampoco sus habitantes, y cualquier generalización basada en estereotipos debe ser analizada con atención dependiendo del asentamiento individual y otorgándole un énfasis especial a los factores que entran en su localización y formación.

Es de esta manera que la violencia y el miedo, tal y como afirmó Hobbes (1651, 1994) en *Leviatán*, estructuran la sociedad humana y conllevan impulsos por demarcar el territorio propio. Por ello, en una ciudad como Medellín, donde, siguiendo las notas sensacionalistas, el denominador común es el asesinato o ser asesinado, el miedo obliga a agredir, excluir o marginar al diferente. Y, la hibridez social que aparece en el conjunto humano, provoca una mayor confusión que produce configuraciones violentas, al existir esa creciente desconfianza en el otro por desconocido.

---

circula socialmente, legitimizándose, mientras que, por otro lado, implica cierta distancia con la

## VI ESCENARIOS URBANOS

Un paisaje invisible condiciona el visible; todo lo que se mueve a la luz del sol es dinamizado por las superposiciones de los dos y los ríos encorvados debajo de un cielo de cárceas.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles* (1993).

En *Ganzúa*, *Sangre ajena*, *Rosario Tijeras*, *Morir con papá* o *La Virgen de los sicarios*, la ciudad escrita de Medellín parece tener límites físicos establecidos que guardan estrecha relación con la ubicación extraliteraria de la ciudad. Sin embargo, estos límites se convierten en las barreras que condenan a la ciudad a un encierro permanente. En los textos, la ciudad de Medellín se divide en dos ciudades —Medellín y Medallo— dentro de sus marcos geográficos. Sin embargo, teniendo en cuenta la idea de que no pueden existir dos ciudades en un mismo espacio, entendemos que Medellín ha sido dividida en territorios dependiendo de las prácticas sociales de distintos grupos y que estos territorios no sólo no consiguen fusionarse, a pesar de la movilidad que adquieren ciertos sujetos, sino que se han creado fuertes barreras que diferencian más a los individuos que habitan los distintos espacios:

La calle, inclinada e irregular, desciende siguiendo la también irregular línea de casas construidas azorosamente en distintas épocas y con los mismos precarios elementos. Desde allí, la ciudad parece un amplio dibujo en alto relieve, una inmensa maqueta de parches apenas divididos por el trazado de manzanas (Collazos: 11).

Estas divisiones, a pesar de ser físicamente invisibles, son socialmente rígidas y excluyen a aquellos individuos que invaden sus márgenes. En realidad, las divisiones espaciales son, en su mayor parte, indicadores de

---

experiencia (Hall 1997: 258-60).

las relaciones sociales defectuosas. Esta espacialización social, además, incluye no sólo prácticas habituales y representaciones del entorno, sino también la estructuración espacial sutil del imaginario social (Shields 1991). Por otra parte, los sujetos de zonas marginales son vistos generalmente de forma negativa ante los ojos de aquellos grupos de actores sociales con cierto poder en la ciudad. Al contrario, aquéllos con mayor capacidad de adquisición únicamente se mueven en sus territorios conocidos, en los cuales construyen comunidades cerradas a modo de fortalezas debido al ya mencionado miedo hacia el otro y de atravesar sus propias barreras territoriales:

La ciudad de abajo nunca sube a la ciudad de arriba pero lo contrario sí: los de arriba bajan, a vagar, a robar, a atracar, a matar. Quiero decir, bajan los que quedan vivos, porque a la mayoría allá arriba, allá mismo, tan cerquita de las nubes y del cielo, antes de que alcancen a bajar en su propio matadero los matan (Vallejo: 82).

Por ello, los habitantes de la ciudad piensan el mundo exterior y el cosmos a partir de su entorno construido y su experiencia geográfica. Esto intercala con la ecología física y provee de un marco dentro del cual las preguntas sobre el universo y la estructura de las relaciones sociales son situadas.

La ciudad de Medellín está ubicada en el valle de Aburrá, con un centro moderno situado en la base central y los barrios de las comunas encaramándose en las laderas de las montañas como si lo abrazara. Estos dos espacios no se distinguen sólo topográficamente, sino socialmente y por ello no se definen únicamente por los límites ecológicos:

Podríamos decir, para simplificar las cosas, que bajo un solo nombre Medellín son dos ciudades: la de abajo, intemporal, en el valle; y la de arriba en las montañas, rodeándola. Es el abrazo de Judas (Vallejo: 82).

En *Rosario Tijeras*, Medellín es para Antonio: 'Un abrazo topográfico que nos encierra a todos en el mismo hueco. A pesar de haberla matado muchas veces, Medellín siempre termina ganando' (Franco: 117). Esta sensación de encierro se siente en el propio comportamiento de los personajes a través de la angustia permanente en la que viven. La misma condición aparece en la novela de Alape cuando describe las comunas como 'gradas que descolgaban la existencia' (Alape: 146). En estos textos, la ciudad de las elites ha crecido alejada del centro y también de los cerros, dividida en parcelas y protegida por guardas y sistemas de seguridad por el terror de ser invadida por los invasores de las montañas.

En *Rosario Tijeras* es definida por la *sicaria* como sigue:

Bajar de la comuna para venir acá es como ir a Miami por la primera vez decía Rosario. Como mucho íbamos al centro pero el centro es otro mierdero [...] vos has estado en Miami, Rosario? Le pregunté, ignorando que lo importante era lo 'otro' (Franco 50).<sup>72</sup>

Por su parte, el narrador de *La Virgen de los sicarios* describe las comunas como:

Barrios y barrios de casuchas amontonadas unas sobre otras en las laderas de las montañas, atronándose con su música, envenenándose de amor al prójimo, compitiendo las ansias de matar con la furia reproductora [...] Como no sé qué sabe usted al respecto, mil disculpas por lo sabido y repetido y sigamos subiendo: mientras más arriba en la montaña mejor, más miseria (Vallejo: 28-29).

---

<sup>72</sup> Al decir 'lo otro' el narrador parece indicar que lo importante no es si Rosario ha estado en Miami, sino la forma en la que ella se imagina la 'otra' ciudad de Medellín, los barrios altos a los que no pertenece, como Miami, el lugar inaccesible donde podría hacer realidad sus sueños. Esta 'otra ciudad' representa la opulencia y la riqueza, el consumismo y la buena vida. Por ello, lo 'otro' ya no es lo territorialmente lejano y ajeno, sino la multiculturalidad constitutiva al participar de culturas locales y se descentra en las transnacionales. El problema es la conciliación de dos territorios. Rosario debe conciliar su propio territorio con el que representa la velocidad de la urbe.

Y continúa su descripción:

Rodaderos, basureros, barracas, cañadas, quebradas, eso son las comunas. Y el laberinto de calles ciegas de construcciones caóticas, vívida prueba de cómo nacieron: como barrios de "invasión" o "piratas", sin planificación urbana, levantadas las casas de prisa sobre terrenos robados, y defendidas con sangre por los que se los robaron [...] Después, poco a poco, de ladrillito en ladrillito, va construyendo uno la segunda planta de la casa sobre la primera, como el odio de hoy se construye sobre el odio de ayer [...] eso era antes, en los buenos tiempos, cuando el narcotráfico les encendía las ilusiones (Vallejo: 59).

En este fascinante segundo párrafo, la metáfora de la construcción trabaja de distintas formas. Debemos tener en cuenta que el narrador ya nos ha dicho que no conoce las comunas y, sin embargo, nos presenta una descripción física del barrio, estrechamente relacionada a las emociones sedimentadas del discurso de La Violencia, a la época eufórica del narcotráfico y a la caída de la economía por el desmantelamiento de los carteles. Todo ello, Fernando lo realiza a partir de su preconcepción del lugar que deriva no tanto del conocimiento del territorio como del fomento de estereotipos, en algunos casos históricos, que han otorgado a las comunas un estatus erróneamente homogéneo. Pero, al mismo tiempo, este párrafo es testimonio de la construcción de la ciudad y del territorio habitado por esta población marginal y cómo es concebido por el imaginario urbano colectivo. El narrador recurre a una iconografía devastadora que se usa para narrar las historias de los "feos", una fealdad y suciedad físicas que se usa como metáfora de la decaída moral y que forma parte de la metonimia a partir de la cual Medellín es vista como figura satánica corrupta y que corrompe al mundo. Siguiendo la teoría sobre 'Orientalismo' propuesta por Edward Said, Doreen Massey señala lo siguiente: 'the identity of a place does not derive from some internalized

history. It derives, in large part, precisely from the specificity of its interactions with the outside' (Massey 1994: 169). Y, parece evidente, que las descripciones dadas por Fernando, el narrador de *La Virgen de los sicarios*, se constituyen tanto por una historia interna del país como por la manera en que Medellín es percibida en y se relaciona con el mundo más allá de las fronteras nacionales. Pero, además la narrativa reafirma las visiones globales, construyendo la ciudad como una discontinuidad violenta e inhabitable a partir de las nuevas formas de racismo y exclusión que suscita el sistema económico.

Del mismo modo, para ambos narradores de *Sangre Ajena*, los barrios marginales son basureros repletos de seres "desechables" cuya mayoría participan de una economía también "subnormal" o más comúnmente denominada del *rebusque* (Montoya: 104).<sup>74</sup> En las comunas, se experimenta el desarraigo en aquellos que viven a medio camino entre el universo campesino y un mundo urbano. Ramón ha vivido continuamente rodeado de basura y sangre hasta llegar a identificarse con ambas y considerarse como un "desechable" más.

La vida que los hermanos deseaban alcanzar era simplemente poder acceder al mercado de consumo y con ello contar con la posibilidad de comprar objetos deseables que se limitan, en este caso, a ropa y productos básicos, adquirir una vivienda y tener la posibilidad de ocupar lugares públicos sin sentirse marginados. Ramón y Nelson sienten la

---

<sup>74</sup> Como trabajos de *rebusque* son conocidos aquellos trabajos ilegales o al margen de la economía de mercado y, por tanto, exentos del pago de impuestos al Estado, por los cuales se recibe una retribución económica: limpiabotas, escribidor, reciclador de basuras, etc.

necesidad de ser vistos y oídos para dejar de ser invisibles para la sociedad. Estos muchachos, como los que aparecen en *Ganzúa*, son el ejemplo de esos ciudadanos que Castells sitúa fuera de los límites del capitalismo (Castells 1998: 164) y que luchan diariamente por conseguir entrar a formar parte del sistema económico, social y político, participando de las ventajas que puede ofrecer la ciudad y de las que son continuamente excluidos. Esta demanda por reconocimiento y ser visibles en su diferencia provoca un de-centramiento social. Ramón es un vagabundo, uno de esos sujetos que forman parte del territorio marginal de la ciudad y para quienes la sociedad no provee actividades, convirtiéndolos en parásitos. Su situación es vulnerable y su deseo continuo de cambio o desaparición del escenario es la propia protección contra la persecución que sufren, mientras el ostracismo es, al mismo tiempo, ataque y defensa. No existe el encuentro entre estos sujetos y aquellos integrados al sistema urbano y esto supone una guerra interna entre los miembros de la sociedad. Cada uno habita y es reconocido en un entorno particular, en sus propios territorios, cuyos límites han sido diseñados con una sutil línea movediza que demarca la centralidad que continuamente se redefine, cuando no desaparece en los intersticios de la ciudad.

En *Sangre ajena*, el territorio de Ramón 'Chatarra' es un mundo cerrado que tiene sus orígenes en el inquilinato: 'Una especie de gallinero [...] rodeado por cuatro gallinas de diferente color y tamaño y rodeados de mierda' (Alape: 15). Ramón Chatarra recuerda ese lugar y su infancia:

De niño recuerdo un mundo cerrado y oscuro en aquellas habitaciones de los inquilinatos en que vivíamos con la familia, metido cada uno, mis padres y los hijos, en un sitio designado [...] una pieza la utilizábamos para la cocina, la otra como la jaula donde pasábamos el día enlatados (Alape: 17-18).

Reiteradamente observamos el determinismo social del texto y la referencia constante a las basuras y, a pesar de que esta tendencia aparece en todas las novelas, es en *Sangre Ajena* donde encontramos que el autor hace hincapié constante al tema y la estética del desecho aparece como metáfora de las vidas sin valor de los sujetos al margen de la sociedad. Para estos sujetos, la vida en la calle supone la libertad y, ese dominio del espacio público, les otorga no sólo reconocimiento social sino prestigio y poder. Para Ramón 'Chatarra' lo importante es escapar del espacio reducido privado que no le proporciona ni las bases ni la estructura para una correcta socialización para encontrarse, por fin, libre en la calle, en "su" territorio donde ser reconocido y estimado. De ahí la alteración que se advierte en el uso y la concepción tanto del espacio público como del privado, ya que estos sujetos hacen de la calle su mundo, y, de ser el lugar de encuentro social, la calle pasa a convertirse en el espacio de la lucha por el posicionamiento y reconocimiento. La calle gana un valor central en la experiencia de la ciudad y se convierte en un campo simbólico para competir por los conflictos e intereses y, además, por todos aquellos problemas de regulación y control. Por ello, es el espacio público de la ciudad donde se construye la identidad ya que se es mucho más dependiente de la calle que de fuentes domésticas y, por ello, quien domina en la calle, cuenta con el control de la ciudad. De este modo, aparece en la narrativa el sujeto subalterno o del 'subsuelo'

(Dostoyevsky 1992) permanentemente en la calle, como figura discursiva de doble marginación. Y, la calle no es sólo donde se producen intercambios, reuniones, fiestas populares y tránsitos casuales, sino también es el testigo de la violencia y de la búsqueda de protagonismo de los desposeídos, los necesitados y los marginados, algunos de éstos por voluntad, pero la mayoría por no tener opción. Por ejemplo, para Ramón 'Chatarra' la calle de su niñez es fuertemente contradictoria ya que es: 'una golosina que estaba a la vuelta de la esquina y sólo debíamos alargar la mano para cogerla y saborearla' (Alape: 33) y, además, 'quería experimentar la sensación de conocer las calles para sentirme libre [...] para Nelson la calle lo era todo en su vida' (Alape: 33).

## **VII ENCUENTROS Y DISCONTINUIDADES**

Ya se ha mencionado que Medellín es una ciudad de mestizaje arquitectónico donde torres y avenidas se intersectan con barrios marginales y callejuelas laberínticas:

Miro hacia el frente y veo la ciudad que se está levantando en el centro, como si las antiguas construcciones estuvieran creciendo y haciéndose nuevas: casas de tapia en altos edificios de cemento. Miro hacia el fondo y recorro la mole de montañas que rodean el valle, donde, aferradas, suben casuchas y la miseria en ellas (Macías: 267).

Pero, además, y más importante, estamos ante la presencia de una ciudad con distintas sociedades, culturas, tiempos, valores, caracteres, en definitiva, un 'melting pot' de imaginarios en conflicto. El espacio urbano reúne mercados y plazas, multitud de símbolos y sujetos; una torre de Babel donde unas culturas se cruzan o sobreimponen con otras,

produciendo discontinuidades espaciales y temporales. Esta co-presencia cultural produce espacios que no son rurales ni urbanos, sino el resultado de una nueva relación que acaba provocando su uso inadecuado y que da pie a comportamientos alternativos que rompen con las normas establecidas en la ciudad:

Nos bajamos en el parque de Bolívar, en el corazón del matadero y seguimos hacia la Avenida de la playa por entre la chusma y los puestos callejeros caminando, para calibrar el desastre. ¿Las aceras? Invasión de puestos de baratijas que impedían transitar. ¿Los teléfonos públicos? Destrozados. ¿El centro? Devastado. ¿La Universidad? Arrasada. [...] El vandalismo por donde quiera y la horda humana (Vallejo: 64).

Nos encontramos ante un sistema económico que reúne en el centro de la ciudad a los estratos sociales más altos o pudientes con los más bajos y marginales. De esta manera, en el centro de la ciudad, los puestos callejeros de economía informal o subterránea se codean con las grandes multinacionales, ambos polos activos del sistema confrontados en el mismo espacio crean la dinámica social urbana. De acuerdo con Harvey:

The city centre is, therefore, not uniquely a locus, an urban stratum placed at the bottom of the scale. It becomes the ecological expression of the underdogs in the society of opulence and, on this basis, the crystallization of a contradictory pole, a potential centre of conflict. It takes on a meaning that goes beyond mere inequality in the distribution of housing in space, from the moment when the fusion of social situations and spatial situations produces pertinent effects on class relations and, therefore, on the whole of the social dynamic (Harvey 1989: 176).

De esta manera, los márgenes invaden el centro y lo resignifican, imponiendo una ruptura en la forma urbana previa. Su presencia supone un desafío al orden de privilegios y exclusiones, al representar el deseo por obtener los beneficios de la ciudad. Pero, por otra parte, esos

beneficios no son plenamente logrados por todos los ciudadanos y, por ello, ante la liberación del deseo de los ciudadanos sin recursos, se presencia una frustración constante al no conseguir no tanto sus posibles sueños y deseos, sino ni siquiera sus necesidades más básicas. Así los 'invisibles' buscan una incorporación rápida a la sociedad capitalista mediante la violencia. No es necesario que digamos que la sociedad capitalista, al liberar el deseo, aumenta el efecto fragmentador y desestabilizante de las relaciones sociales ya existentes en la ciudad al reforzar la desigualdad, aumentando la segmentación, la anomia y la desorganización. Todo ello provoca la aparición de lo que desde Simmel se ha venido llamando 'personalidad esquizoide' (Simmel 1997), personalidad del sujeto desterritorializado que provoca relaciones de intensa violencia en el ámbito urbano. Las consecuencias de esta situación son expresadas por Guattari de la siguiente manera:

Since there is room for few at the top, and getting there is expensive and needs special preparation and education, the rejects of desire are innumerable. Their enjoyment of what capitalism has to offer is reduced to a fling at the betting shop on Sunday morning and the joys of football on the TV on Sunday afternoon. But there are equally innumerable rejects from the betting shop and the football games, with the result that a whole mass of people end up in psychiatric hospitals, homes for the maladjusted, re-training schemes, prisons and so on (Guattari 1984: 81).

De ahí que Medellín se haya convertido en el espacio de antagonismos y que la co-existencia de tales discontinuidades sociales y culturales, resultado de los distintos niveles de desarrollo, genere interacciones violentas que no sólo acentúan la segregación espacial, sino también refuerzan las identidades en territorios de reconocimiento. En las novelas, los desencuentros entre tiempos y espacios anacrónicos

mantiene en conflicto continuo a los sujetos y niega a los personajes la posibilidad de una interacción positiva. Por ejemplo, Ramón 'Chatarra' ve en el resto de la ciudad una amenaza constante, lo cual no sólo modifica el espacio en que se mueve el personaje, sino que define su percepción de la ciudad y cala en su personalidad de tal forma que busca imponerse de una manera violenta. Su comportamiento pone de manifiesto que la ciudad es un lugar cargado de ansiedades y asaltos verbales ya que existe gran represión. Pero el comportamiento agresivo de Ramón no es otra cosa que la reacción a la impotencia ante un sistema que le reprime y obliga a considerarse como un ser inferior, y por ello amenaza a aquellos que lo desafían. El mundo, como resto, se convierte en su enemigo en un espacio que parece no pertenecerle:

Veo a Ramón Chatarra, con los brazos estirados cuando empuja el carro de Madera y monta el pie derecho en el estribo [...] los dueños de los carros, desesperados se colocan de frente a sus espaldas, lo putean, lanzan improperios al aire. En su imaginación, les gustaría pasar por encima de él y dejar como huella el cuerpo de un hombre. Ramón Chatarra [...] se detiene con su cuerpo cuadrado y fornido, da vuelta a su mirada y se para en la mitad de la vía y, acompañado de gestos vulgares y desafiantes, sale un alud de palabrerío aprendido en su vida de niño y hombre de la calle: gonorreas, hijueputas, malparidos de nacimiento, mierdas humanas que se creen lo mejor de una puta sociedad que sólo le ofrece al hombre un disparo en la cabeza, hijos de madre de la calle y un polvo por casualidad, ¿qué quieren? ¿Por qué no pasan por encima de este hombre que sólo recoge basura y limpia la suciedad que ustedes, sucios de conciencia, arrojan sin ninguna compasión? (Alape: 148).

En el viaje diario los ciudadanos son enemigos: por un lado se encuentran los transeúntes usuarios del transporte público que sufren los ataques de un segundo grupo que circula con su vehículo propio. En el viaje se maneja claramente el destiempo en el que conviven los distintos grupos como experiencia agobiadora de desigualdad social, una línea que Ramón observa claramente entre ambos y que le subordina

constantemente a su mundo de las basuras. Ambos grupos intentan apropiarse del espacio urbano y el rostro del Otro dispara el imaginario urbano que lleva a la confrontación de seres anónimos a los que de ese modo se pretendía ignorar. De acuerdo con Joseph (1988) esta reacción sería una de las consecuencias del exceso de sociabilidad, de un contacto y proximidad entre aquellos que se hallan a grandes distancias sociales que impone la congestión urbana donde continuamente se solicita la sonrisa simulada. El encuentro con la alteridad y la intensidad de la propia diferencia crea un estado de violencia cotidiana. Esta diferencia saca a la luz la multiculturalidad a la que no se está dispuesto. Es por tal motivo que el carácter metropolitano crea órganos protectivos contra la disrupción y las discontinuidades del medio. De algún modo, este proceso defensivo se convierte en una tarea mental más que sensorial pero que determina la relación entre los ciudadanos. La aversión y la sospecha crean la disociación como otra forma de asociación que agrupa en círculos cerrados a los individuos para la auto-conservación de su misma "especie" y excluye a aquellos grupos antagónicos. Esta sería una forma evidente para designar la segregación espacial que existe en las ciudades ya que se entiende por segregación al proceso por el cual el contenido social del espacio es homogéneo dentro de una unidad y, por el contrario, es fuertemente diferenciado en relación a unidades externas, en general de acuerdo a la distancia social. Esta distancia, por tanto, modela y distribuye el espacio. Así pues parece evidente que estas diferencias sociales y culturales incrementan la segregación espacial y, con ella la

creación o producción de territorios dentro de la ciudad. En las novelas, la ciudad de Medellín se constituye, de este modo, por una colección de territorios en los que los límites internos, estando mentalmente dibujados por el miedo de sus habitantes, confirman el imaginario del miedo que atañe a ciertos grupos de usuarios de la ciudad. El espacio urbano se presenta como una multiplicidad de territorios donde parece haberse dejado de lado la humanidad para dividirse en:

[...] siniestros separadores de hierro retorcido y moles de cemento que dan imagen de una enorme cárcel delgada en sus celdas y, sin embargo, no es más que la imagen de una sociedad en sí misma (Alape: 149).

En esa ciudad dentro de la ciudad, no a modo de cajas chinas sino como constelación, los espacios urbanos se desplazan y terminan por situar a la periferia en el centro de otros espacios físicos y a la vez simbólicos, creando aldeas urbanas que constituyen enclaves de reforzamiento identitario.<sup>75</sup> Estos territorios, a pesar de no tener siempre una identidad física, existen como parte de la realidad urbana. De acuerdo con Kevin Lynch, 'estos distritos son áreas urbanas en las que podemos adentrarnos a partir de la actividad mental y que comparten ciertos rasgos que agrupa a sus miembros' (Lynch 1960: 84). Por su parte, García Canclini opina que cada grupo de personas transita, conoce y experimenta pequeños enclaves en sus recorridos diarios por la ciudad y, de ahí que se pierda la experiencia de lo urbano, se debilite la solidaridad y el sentido de

---

<sup>75</sup> Estos enclaves, define Silva, son zonas delimitadas no necesariamente físicas que protegen la subjetividad. Sin embargo, el espacio público se define por su capacidad de suprimir tales enclaves y, cuando éstos desaparecen, la interacción se convierte en un simulacro donde la subjetividad también se borra (Silva 1992).

pertenencia (Canclini 1990, 1995, 1996). En estos territorios cargados de significado, los personajes de las novelas reconocen y son reconocidos. La ciudad es un mosaico de territorios, lo cual es algo diferente de un territorio organizado del centro a la periferia. Pero, además, estos distritos se conectan con líneas discontinuas e igualmente imaginarias que parecen racionalizar el espacio, conectando puntos neurálgicos. Estas 'venas' o 'arterias' —utilizando la analogía del cuerpo humano presentada por Sennett (1997)— que se recorren en los viajes diarios por la ciudad no siempre son percibidas como un elemento positivo sino como la tortura cotidiana: 'la distancia es una línea imaginaria que conduce inevitablemente a senderos del horror, la imperturbable imagen de la dureza cotidiana' (Alape: 14).

Por otra parte, estos territorios aparecen tras una auto-proclamación que requiere de ritos para paliar la legitimidad simbólica de la relación en virtud de un énfasis en gestos, actitudes, parentesco, etc. Estas aldeas o territorios, con su realidad singular, se adaptan a partir de la visión periférica de sus miembros, los cuales comparten códigos de conducta que marcan simbólicamente el territorio y lo colocan como enclave de resistencia del centro, lugar donde las identidades marginales se reafirman y se contestan las normas institucionales. Estos códigos, que pueden darse a partir de movimientos exploratorios, no respetan parámetros establecidos y la identidad de aquellos que los practican varía dependiendo de su movilidad e interacción. Los sujetos miembros de tales grupos se suscriben a actitudes específicas y a marcadas formas de vida

para conseguir la aceptación y estas formas de adaptación afectan a la epidermis de lo social. Entre estos códigos, las novelas incluyen ejemplos de gestos, lenguaje, música y prácticas religiosas que se transforman en los principios fundamentales de exclusión o inclusión al grupo. Incluso los rumores delimitan territorios de significación, convirtiéndose en micromedios de ésta. Esta es la razón por la que Ramón Chatarra trata de apropiarse e imitar: 'gestos, gritos, signos y contraseñas que observa' (Alape: 52). Gestos que se ensayan y representan como si de una 'performance' se tratara: 'Después de recorrerse con la mirada, ensayando gestos, relajó sus brazos y se miró como quien mira a un extraño' (Macías: 255). Las novelas recurren a estas marcas territoriales e incorporan en los textos el *parlache*, anti-dialecto (Halliday 1982) o socio-dialecto (Bakhtin 1981) hablado por los habitantes de las comunas y que se crea para expresar una nueva realidad extremadamente violenta.

El territorio también viene determinado por la presencia del extranjero, visto éste como el actor social cuya pertenencia comunitaria es relativamente indeterminada entre la comunidad y la sociedad, fluctuando entre las vinculaciones primarias y las débiles de los roles adquiridos en el espacio público. El extranjero es fácil de identificar por la carencia del conocimiento de las normas compartidas por el grupo que domina un territorio en particular. Por ello, este actor está sujeto al rol cambiante de invasor/migrante. Invasor de un espacio público que se le muestra ajeno; pero, a la vez, es el entorno con el cual se mimetiza ya que es capaz de pasar de recién llegado a transeúnte, sensible a la ritualidad propia de los

encuentros cotidianos y a adaptarse a situaciones con el fin de ser identificado, señalado o para no ser segregado. En las novelas, el extranjero recibe miradas inquisitivas de desconfianza al no ser reconocido:

Ojos secretos nos espían por las rendijas: ¿Quiénes seremos? ¿Qué queremos? ¿A qué vendremos? ¿Seremos sicarios contratados, o vendremos a contratar sicarios? (Vallejo: 57).

Esta misma sensación de extranjería y que incluye sentimientos tales como la incertidumbre y la no pertenencia al lugar es experimentada por Antonio en su breve visita al territorio de Rosario:

Cuando llegamos a la parte baja de su barrio comenzó a guiarme. Estábamos en el laberinto, en tierra extraña y sólo quedaba seguir instrucciones y ponerle la primera al carro. Después, todo fue estupefacción ante el paisaje, desconcierto ante los ojos, miradas que no conocí, que me hacían sentir ajeno, gestos que me obligaban a preguntarme que hacía yo, un extranjero, ahí. Rosario había vuelto con los suyos. (Franco: 52).

No obstante, el incremento de la movilidad por la cual se caracterizan los participantes de la cultura del narcotráfico genera una textura multi-territorial que dificulta que los habitantes reconozcan su propia posición en la ciudad y se encuentren desconcertados ante la diferencia y diversidad de identidades que se superponen. Dicha movilidad, generada por la posibilidad económica y el poder obtenido por ciertos grupos sociales urbanos, establece cambios en la interacción ciudadana, modificando y creando vínculos con individuos distantes al grupo al que se pertenece y con los que nunca se hubiera pensado tener relación, lo cual, sin duda, desplaza las líneas de conducta tanto individuales como colectivas. De hecho, el desplazamiento constante de

los individuos en la ciudad termina por generar un espacio multidimensional y policéntrico constituido por un collage de territorios en interacción permanente. De hecho, en la ciudad novelada, las demarcaciones físicas ocupan un segundo plano ya que, 'a pesar de la división en parcelas, éstas se van difuminando en redes de múltiples ramificaciones' (Serrés 1969: 11-12). Es así que la ciudad imaginaria aparece como un laberinto en el cual cada calle puede estar conectada con cualquier otra, implicando no sólo la desaparición de centro y periferia o las nociones de entrada y salida, sino también la interacción violenta y superposición en un mismo espacio de diferentes clases, culturas e identidades:

La discoteca fue uno de esos tantos sitios que acercaron a los de abajo que comenzaban a subir, y a los de arriba que comenzábamos a bajar. Ellos ya tenían plata para gastar en los sitios donde nosotros pagábamos a crédito, ya hacían negocios con los nuestros, en lo económico ahora estábamos a la par, se ponían nuestra misma ropa, andaban en carros mejores, tenían más droga y nos invitaban a meter [...] eran más arriesgados, temerarios, se hacían respetar, eran lo que nosotros no fuimos pero en el fondo siempre quisimos ser (Franco: 32).

Esta apropiación del espacio se establece en término de diferencia social y, de ahí que forme parte del proceso de lucha que concierne a la totalidad del producto social. Por ello, la estructura no es únicamente el resultado de una competición individual, sino que se basa en la oposición de los grupos formada por la atribución diferencial de los individuos a los distintos componentes de la estructura social. Los espacios públicos de la ciudad tales como clubs y discotecas pueden, además, definirse como 'heterotopias' ya que son capaces de condensar espacios y tiempos distintos e incompatibles en un único lugar (Foucault 1967, 1986).

Franco nos recuerda con ese mismo fragmento el miedo de las clases medias que ven invadido su espacio por seres marginales ya que este movimiento les recuerda la rápida desterritorialización del sujeto. Esta desterritorialización, fomentada por el poder económico y adquisitivo de una gran parte de la sociedad, demuestra cómo el dinero se convierte en el mediador entre el sujeto y el deseo, y no sólo transforma los significados del tiempo y el espacio —al permitir una mayor movilidad—, modelando la urbanización, al permitir formas de transformación social (Harvey 1989), sino que, al mismo tiempo, confiere la posibilidad de entrar en la sociedad de consumo, otorgando, al mismo tiempo, cierto respeto hacia aquellos que lo poseen. En la actual época de globalización, la sociedad capitalista refuerza el hecho de que el dinero es el regulador de todas las relaciones económicas entre individuos. De hecho, entre ciertos grupos urbanos de la ciudad de Medellín nunca hubiera existido relación de no haber sido por la aparición del negocio del narcotráfico. De este modo, siendo el mediador entre la comodidad y el espacio, su posesión significa adquirir movilidad y poder social en dicho espacio. Además, el poder económico no sólo acorta las que hasta ahora parecían distancias inaccesibles, sino que también permite la participación política y la representación social.

No obstante, esta situación vivida en Medellín aparece como un claro ejemplo de cómo el poder económico, a pesar de conceder prestigio y reconocimiento, no permite la integración social satisfactoria, ni borra los prejuicios de clase. En realidad, aunque el dinero permita que distintos

niveles sociales confluyan y se integren, no logra borrar las demarcaciones establecidas por el sistema, al contrario, la gente es más consciente de la diferencia y, por ende, aumenta la tensión urbana. El dinero, por sí:

[...] Enhances visibility and also interaction between the most diverse persons, thus fakes unification of people beyond spatial, social, personal and other discrepancies and interests, otherwise not integrated (Simmel 1978:347).

Por ello, aunque parezca que la movilidad permite que las personalidades urbanas circulen en el espacio, mostrando una mayor fluidez social, los límites establecidos socialmente son más profundos y visibles, las barreras más elevadas y la diferencia es mucho más notable.

En definitiva, en las novelas, Medellín aparece reconstruida como el lugar donde morir y no el espacio donde vivir, y su imaginario urbano se impone, alterando la realidad cotidiana. El espacio urbano de la ciudad escrita existe a partir del imaginario que no ha sido elaborado por los personajes, sino por el narrador que, ajeno al medio, nos reafirma un imaginario de la ciudad ciñéndose al estereotipo que de ésta se tiene tanto dentro como fuera de ella. De este modo, Medellín ni abandona su posición periférica ni se (re)construye a partir de alternativas que dialoguen con la definición que de ella han dado textos periodísticos, estudios disciplinarios y los medios. Además, sus personajes, atrapados en un imaginario que les ha construido desde el *afuera* y desde el cual se reconocen al asumirlo como "real", se colocan en una posición que les determina y obliga a ocupar territorios establecidos socialmente.

Todo lo anterior nos demuestra el modo en que la novela *sicaresca* ha contribuido a la formación de ciertos imaginarios colectivos urbanos, a la vez que se ha nutrido de ellos, recreándolos para mostrarnos una ciudad del crimen, donde sus personajes son víctimas de un entorno conflictivo y amenazante. Y, ya nos hemos referido en el capítulo anterior a la fuerza del imaginario que transforma espacios pero también conforma estereotipos, crea límites y estigmatiza territorios, modificando formas de vida, prácticas y usos. En realidad, el imaginario y, en el caso que nos ocupa, el imaginario recreado en las novelas, asegura a un grupo social un esquema colectivo de interpretación de experiencias, modela conductas y conduce a acciones comunes. Pero, más específicamente, vemos el modo en que el imaginario articulado por las novelas es capaz de rearticular espacios urbanos y reterritorializar sujetos y culturas.

## V (SUB)CULTURAS URBANAS Y NARRATIVAS: REARTICULACIONES DEL *SICARIATO*

### I INTRODUCCION

La violencia nos obliga a teatralizar y generalizar la experiencia desagradable o trágica, nos encierra nuevamente en nuestras casas, se vuelve el estado de sitio de los ricos rodeados de guaruras (esos ángeles de la guarda de las previsiones sombrías), modifica la institución hasta volverla depósito de miedos ancestrales, se aterra ante la propia sombra porque no se sabe si el inconsciente va armado y por último, nos convence de que la ciudad, el campo de las sensaciones de la libertad, es progresivamente de los Otros, y es cada vez más el reino de Otro y de lo Otro...

Carlos Monsiváis (1995)

En el desarrollo de este estudio, la violencia no ha sido analizada como disciplina u objeto en sí mismo (Foucault 1979), sino como una manifestación social y cultural que trae a la luz formas tácticas y clandestinas de creatividad de sectores marginales. A partir de lo anterior, en el presente capítulo se cuestionará la posibilidad de reproducción literaria de la violencia colombiana de fin de siglo XX. Pero, además, este análisis da cuenta de la llamada cultura del *sicariato*, una cultura que estando fuera de los límites hegemónicos se define dentro del marco disciplinario y académico. Para ello, no sólo se ha recurrido a distintos estudios sobre subalternidad y transculturación, sino que se han sintetizado estudios de lenguaje por considerarse el elemento principal en la formación y el establecimiento de la (sub)cultura.

La cultura, cuya definición apunta a un conjunto de producciones humanas colectivas e individuales que hacen posible la relación o

convivencia entre distintos grupos (Williams 1981: 10), se ha convertido en uno de los temas de reflexión en relación con la violencia en Colombia. Ya bien sea en los medios de comunicación como en la literatura se ha generalizado el uso de categorías tales como "cultura de la violencia" o "cultura de la muerte" para aplicarlas, con una especificidad dudosa, y sin una elaboración pertinente de sus causas directas e indirectas, a una subcultura urbana emergente y que rompe los esquemas institucionales académicos. Esta utilización indiscriminada de conceptos lleva al pensamiento de la violencia como sino fatal, inherente a la personalidad individual y colectiva, ejemplo de cómo la cultura puede naturalizarse al disasociarse de los procesos sociales e históricos. En Colombia, a la llamada "cultura de la violencia" se agregaría además otro calificativo: "cultura del narcotráfico". La "cultura del narcotráfico" constituye una serie de prácticas culturales y sociales por las cuales sus miembros se identifican como sujetos y, a la vez, genera una organización social basada en una serie de técnicas de producción sociocultural que estructuran ciertos comportamientos y tácticas de funcionamiento multiformes y fragmentarias que modifican la vida cotidiana de la ciudad. A pesar de su presunta falta de ideología, dichas prácticas corresponden a una lógica que deja de ser minoritaria y que, si bien produce una cultura fuera de lo leíble, establece sincretismos tanto lingüísticos y religiosos como institucionales que se sitúan contra la hegemonía.

Sin embargo, se necesita un distanciamiento de dichas categorías y un estudio de las razones de su aparición para ser capaces de proceder

al análisis de una cultura transgresora tanto de los parámetros de conducta como de los valores sociales y éticos de una comunidad tradicional a la que paradójicamente dicha cultura transgresora pretende acceder. En realidad, la subcultura del *sicariato* aparece quebrando los muros de la 'ciudad letrada' expuesta por Rama (1966). La ambivalencia de las formas culturales populares en las últimas décadas comparte, por un lado, aspectos de la cultura dominante mientras que, por otro lado, ejerce resistencia a la misma, constituyéndose como un lugar de contienda al Estado y las hegemonías culturales. Por ello, un factor reiterado en este análisis es la hibridez que caracteriza a la subcultura urbana del *sicariato*, con la continuidad de un pasado rural paralelamente al proceso de incorporación de las ciudades colombianas, en particular Medellín, en un orden global capitalista.

No obstante, ya hemos visto cómo el narcotráfico no ha sido la raíz estructuradora de la violencia en la sociedad colombiana. En realidad, el tráfico de drogas se sumaría a una situación socio-económica inestable y a una historia hilvanada por procesos continuos de violencia.<sup>76</sup> Este

---

<sup>76</sup> Si bien el narcotráfico tiene una proclividad a la violencia, ella no emana de algún elemento atávico, sino de las exigencias de su despliegue: es una acción social colectiva que interactúa con otras para producir sus expresiones particulares. Es una violencia racionalizada, administrada e instrumental para la supervivencia de sus actores. Ahora bien, aparte de un aumento de la violencia, el narcotráfico ha producido otros efectos socio-culturales profundos. Entre ellos encontramos la exacerbación de la ya profunda ambigüedad ética de la sociedad. No se trata solamente de que se hayan afianzado nuevos valores asociados con el éxito, la temeridad y la muerte, ni que el machismo se haya disparado; se trata también de que viejas concepciones sobre el ordenamiento jerárquico de la sociedad, los credos religiosos y las "verdades" que negaron la existencia social de las diferencias y los diferentes, y que apuntalaron una supuesta configuración como nación y una estructura particular de dominación, buscan ratificar su vigencia, a pesar de sus síntomas obsoletos. Los *narcos*, por ejemplo, han sido aceptados o repudiados socialmente al encarnar los valores, las aspiraciones, los odios, los temores y las envidias de buena parte de la población. El "salir de pobre" y pasar a recorrer las calles en automóviles costosos o el acompañarse de reinas de belleza, de variados personajes de la intelectualidad, clero, política y farándula hace que estos personajes sean tan temidos como admirados. Sin embargo, todo ello va

fenómeno arma estructuras paralelas de poder tanto en la selva como en el espacio marginalizado de los centros urbanos, aumentando el nivel de opresión sobre las masas populares y los niveles de miedo social. Como luz que alerta la crítica frente al capitalismo y a la propia cultura de la violencia, el narcotráfico propone una salida delictiva que se constituye como *modus operandi* de los sectores anómicos. Despreciando al orden jurídico institucional, el narcotráfico se impone *desde y contra* la 'invisibilidad' como subcultura, al instalar una serie de valores, normas, símbolos y mercancías. Consecuentemente, la llamada subcultura del narcotráfico connota nociones de distinción y diferencia con la cultura dominante, en este caso la hegemonía urbana pero, a su vez, se establece bajo ciertos parámetros definidos por la misma hegemonía, por ejemplo, el régimen de la moda y el consumo.<sup>77</sup> Los participantes de esta subcultura se definen por exclusión del sistema económico, político y social y de ahí que su identidad se constituya en base a una serie de negaciones tales como la no pertenencia a la identidad metropolitana *per se*, no integración al conjunto urbano y no previo reconocimiento como sujetos. Por ello, su adhesión al mundo subterráneo de la delincuencia y las drogas parece proporcionar una solución mágica —y quizá necesaria ante el fracaso del Estado, única opción dentro de la no-opción— no sólo a los problemas socio-económicos, sino también a la invisibilidad de un conjunto de la población al ofrecer una forma vertiginosa de

---

unido a la arbitrariedad, la arrogancia y la facilidad con la que ordenan asesinatos y actos terroristas.

enriquecimiento y de reconocimiento social. De este modo, la subcultura del narcotráfico constituye un nuevo estilo de vida que sería pronto asimilado como modo de referencia para la juventud de los barrios periféricos o marginales, expresándose en comportamientos sociales y en lenguajes verbales y corporales pero, además, (des)localizando la posición de los sujetos dentro del orden social establecido.

En su mayoría, los participantes de la subcultura del narcotráfico son actores sociales procedentes de los barrios marginales de la gran ciudad, de las periferias o de los llamados 'cinturones de miseria'. Estos sujetos, que llegan a la urbe desplazados por la violencia en las áreas rurales, antes de ser reclutados por la industria del narcotráfico ya se hallaban suscritos a la delincuencia o a la economía subterránea llamada del "rebusque", operante tanto en los centros como en los bordes de la ciudad, y a asociaciones barriales, bandas o "galladas", creadas por la ineficacia de los procesos de socialización. La cultura urbana exige de estos sujetos, en su mayoría migrantes desplazados de sus lugares de origen, que se adapten a ciertos códigos de comportamiento a los cuales no estaban familiarizados y que, por tanto, adoptan de un modo particular e idiosincrásico, poniendo al descubierto la precariedad de una mentalidad citadina que les consideraba un grupo homogéneo. Sin embargo, el migrante no es un ente pasivo que únicamente adopta e imita comportamientos urbanos, sino que, a su vez, estampa su huella en la

---

<sup>77</sup> El término subcultura se aplica en esta ocasión debido al estatus subterráneo del que goza la cultura del narcotráfico, y, como ya se ha mencionado, no por contestar de una forma directa a la hegemonía existente.

ciudad, (re)localizando su pasado. De este modo, cultura rural y urbana interactúan en la ciudad, transformándose mutuamente debido a su condición dinámica y fluctuante. La interacción de estos sujetos con los ciudadanos “tradicionales” propicia un nuevo conjunto de subjetividades y comportamientos que contribuyen a la confusión de significados en la cultura tradicional. En este proceso, que como veremos ha sido definido como aculturación, transculturación, asimilación, degradación, heterogeneidad, hibridación o (re)territorialización, se retoman, combinan y refuncionalizan valores, actitudes y sensibilidades en un espacio de socialización barrial y, a partir de él, se producen cambios de mentalidad donde lo tradicional y lo moderno no se excluyen sino que se asimilan mutuamente aunque no siempre superen la extrañeza y conflictividad que ocasiona la ciudad. Esta nueva socialización se caracteriza por su tendencia a mantener las relaciones primarias, priorizando los lazos afectivos en detrimento de las relaciones propiciadas por la lógica del mercado en la sociedad capitalista.

En la narrativa urbana contemporánea que recurre y re-elabora al sujeto subalterno criminal no aparece una documentación profunda de la relación entre la hibridez cultural y los procesos de transculturación que la provocan, ni de la conexión entre la aparición de individuos con nuevas personalidades violentas y la violencia urbana que, una vez perdida su especificidad nacional y local, se vincula a las cadenas de crimen globalizado. De hecho, la relación entre violencia y condiciones económicas aparece relativizada y de forma local, actuando como factor

de conflicto interno, lo cual resulta insuficiente como explicación de una situación que es realmente compleja<sup>78</sup>. Es decir, los textos no documentan la marginación generada por una situación de desequilibrio social, disociación y alienación debido al auge del capitalismo global. Además, el sujeto subalterno sigue siendo representado por un intermediario letrado que decide escribir un relato literario reinterpretando perspectivas disciplinarias socio-históricas. Y, a pesar de que el sujeto, una vez entra a formar parte del conocimiento disciplinario que organiza la producción y la recepción de un imaginario determinado, se transforme en cómplice de una industria cultural y del poder de la ciudad letrada, ejerciendo cierto poder discursivo, no deja de convertirse, al mismo tiempo, en tema de estudio y objeto de análisis institucionalizado.

De ahí que se pretenda afirmar que dichas narrativas —que incluyen distintos géneros desde el testimonio a la novela— simbolizan, mediante la traducción, representación, reproducción y/o mediatización, la subcultura urbana del narcotráfico y, en particular, del *sicariato*, con una reducción y desterritorialización del sujeto subalterno convertido en producto; ya bien sea en el objeto criminal o la víctima de la historia. A pesar de ello, no podemos negar que la operación histórica se vuelve en la actualidad más visible por la presencia de unos medios de comunicación que no sólo actúan como cajas de resonancia de la sociedad, sino que se transforman en agentes decisivos para la

---

<sup>78</sup> De condición estructural, la pobreza ha pasado a ser pensada como una categoría sociocultural es decir como criterio de clasificación que define oportunidades, cancela expectativas y moldea los cuerpos de quienes no caben en los nuevos territorios neoliberales.

configuración de los modelos sociales que rivalizan o concuerdan con instancias y discursos tradicionales. Veremos, por otra parte, que la narrativa del *sicariato* reagrupa a los individuos marginales y heterogéneos en un conglomerado homogéneo que reafirma los estereotipos nacionales e internacionales y confirma al Otro a partir de la diferencia. En realidad, el mismo proceso de escritura construye la identidad del personaje subalterno como el Otro amenazante y criminal, siempre desde la perspectiva de una elite social y política que lo manipula a partir de la ideología del que continúa siendo el criollo letrado.

## **II SUBALTERNIDAD Y TRANSCULTURACION**

Sin embargo, no debemos engañarnos con la perspectiva que construye la condición del migrante como subalterno, destinado al fracaso, frustrado y humillado, inmenso en un mundo hostil. Lejos de esta visión, deberíamos ser conscientes del hecho de que el migrante no es una víctima pasiva y también se impone sobre la ciudad, no sólo a partir de su nostalgia hacia un pasado perdido, sino también a partir de las nuevas prácticas de las que se apropia para su adaptación al medio urbano. Por tanto, según la definición de Ortiz (1940), el migrante, además del desarraigo y desanclaje provocados por los centros urbanos, se sitúa como un sujeto descentrado o esquizofrénico ya que su identidad supone una asimilación asimétrica de distintos elementos, a su vez, contradictorios y no dialécticos.

En realidad, las culturas urbanas y rurales sincretizan en las nuevas metrópolis, influenciándose y transformándose unas a las otras en un proceso de interrelación dinámica y desigual. Este proceso se ha visto sujeto a distintas interpretaciones. Conceptos tales como *aculturación*, *degradación*, *asimilación*, *mestizaje* o *transculturación* han sido aplicados para definir un proceso tan complejo como el anterior. En los años cuarenta, el antropólogo cubano Fernando Ortiz (1881-1969) en su obra fundacional *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940, 1978) acuñó el término de *transculturación*, sospechoso del significado del término anglo-sajón previamente usado: *aculturación*, ya que este segundo, además de implicar una posición claramente eurocéntrica, implicaba una imposición en una sola dirección y una pérdida total de la cultura del grupo llamado “subordinado”. De hecho, para Ortiz el proceso de aculturación era aquel por el cual una cultura dominada recibe pasivamente ciertos elementos de otra, por lo que en ella misma se presenta una cierta *deculturación*. En cambio, la transculturación sería el proceso por el cual una cultura adquiere en forma creativa ciertos elementos de otra, es decir, a través de ciertos fenómenos de *deculturación* y otros de *neoculturación*. Su definición de *transculturación* aparece en 1940 y explica que:

El vocablo *transculturación* expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste únicamente en adquirir una cultura, que es lo que en rigor indica la voz anglo-americana de *aculturación*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que podría decirse significaría una parcial *deculturación* y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudiera denominarse *neoculturación* (Ortiz 1978: 86).

Angel Rama asume la idea de *transculturación* y la desarrolla en su trabajo *Processes of Transculturation in Latin American Narrative* (1978, 1982, 1997), para definir el proceso en el que diferentes culturas se ajustan creando una nueva. Por su parte, Silvia Spitta recurre al mismo concepto describiéndolo como el proceso de ajuste y recreación, de interacción mutua y cambio de culturas que entran en contacto, a pesar de que no haya una fuerza equivalente (Spitta 1995).

Sin embargo, el término *transculturación* presenta lecturas ambivalentes y contradictorias. En primer lugar, Cornejo Polar ya criticó el concepto en su nota "Mestizaje, transculturación: los riesgos de las metáforas" (1997), manifestando que la sustitución de mestizaje por transculturación no era totalmente aplicable, ya que implicaba una síntesis que, en muchas ocasiones, no llegaba a cumplirse y que, de hacerlo, principalmente ocurría en el seno de la cultura hegemónica mientras que se abandonaban los discursos que se situaban al margen de ésta. De este modo, a pesar de que el término se haya usado para definir los cambios o préstamos culturales que se dan en doble vía o en múltiples niveles, provocando tanto un desplazamiento en los comportamientos previos como en los sujetos que lo experimentan, el concepto de hibridez o híbrido podía explicar con mayor precisión el proceso que se observa en las ciudades. No obstante, Román de la Campa (1994), dando flexibilidad y apertura al neologismo de Ortiz, argumenta que el concepto de *transculturación* significa un anticipo a la noción de hibridez presentada por García Canclini y añade que quizá sugiera uno de los caminos para la

crítica poscolonial o anticolonial en la época posmoderna del capitalismo global. Del mismo modo, si pensamos en la teoría de Homi Bhabha sobre el concepto de hibridez, en ella se insiste en que la apertura que supone la inserción en una comunidad de inmigrantes en la metrópolis desestabiliza la hegemonía cultural. El pensamiento de Bhabha se compagina con la interpretación de transculturación que hace de la Campa, donde la otredad queda transferida al filo interno de la hegemonía occidental algo diseminada pero todavía poderosa. Sin embargo, crítico hacia tales posiciones, Alberto Moreiras (1997) argumenta que el término *transculturación* para Rama es necesariamente exitosa, esto es, *transculturación* en la que la cultura dominada es capaz de registrarse o inscribirse en la dominante; un modo de reabsorción del otro dentro de la cultura hegemónica. Sin embargo, esta noción implica en sí misma una perspectiva ideológica determinada en la que se favorece la visión de una totalidad sintética y armoniosa que se proyecta teleológicamente y de manera apriorística. De esta manera, de acuerdo con Moreiras la teoría introducida por Rama sobre *transculturación* 'no hace más que religitar sin fisura la razón hegemónica y de dominio' (1997: 227).

Así pues, es cierto que ambas culturas interactúan aunque, como bien apunta Silvia Spitta (1995), esto no ocurre con la misma fuerza en ambas direcciones. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, la *transculturación* no coloca al otro en el seno de la cultura hegemónica, a pesar de la adopción de elementos de la cultura tradicional, sino que, el subalterno sigue siendo un sujeto definido por negación. Sin embargo, al

mismo tiempo podemos observar cómo la subcultura del sujeto emergente influencia a la cultura hegemónica, provocando ciertos cambios en valores y comportamientos. No obstante, la incorporación e imitación de ciertos rasgos de la subcultura en la cultura hegemónica no significa la aceptación de la diferencia, sino al contrario, profundiza en ella. Esta asimilación de la subcultura del *sicariato* en el seno de la cultura tradicional, a pesar de hacer visibles ciertos rasgos anteriormente marginales, también podría significar la propia anulación de la subcultura ya que al evitar el reconocimiento de la diferencia. Es posible observar que, en los casos que la subcultura se integra en la cultura tradicional esto se realiza de forma no sincrética y armoniosa y, al no existir un diálogo, aparece una relación de dominio que, a menudo refuerza la diferencia entre ambas culturas a partir de la parodia y la imitación. En realidad, la subcultura urbana del *sicariato* no ha experimentado una síntesis armónica al interactuar con la cultura dominante. Al contrario, en ocasiones es evidente que no existe el juego entre la diferencia y la igualdad sino que únicamente se ha reforzado el distanciamiento y la relación de dominio. Y esta síntesis fallida se presenta también en la narrativa de los textos que se analizarán en esta investigación, en los cuales el autor-narrador, a pesar de su intento de aproximación al mundo del Otro, ahonda en la diferencia al inscribir elementos lingüísticos y culturales a partir de una traducción que, en la mayoría de las ocasiones, le aleja del mundo narrado.

En cualquier modo, la heterogeneidad e hibridez cultural es un factor ineludible en las ciudades contemporáneas y, sin duda, esta situación se da en Medellín, donde se experimenta un aumento imprevisto de migración rural a partir de mediados del siglo XX. En esta ciudad, las influencias culturales no funcionan unidireccionalmente ya que los recién llegados a las áreas urbanas no adquieren una cultura tras una pérdida o desarraigamiento total de la previa. En realidad, tampoco los habitantes tradicionales de Medellín quedan exentos a las actitudes que los inmigrantes desplazan a la ciudad. Por ello, tras un proceso inicial de destrucción, reafirmación y absorción aparece una reconstrucción de la cultura urbana, dando lugar a la emergencia de nuevos sujetos culturales cuyas prácticas serán discriminadas e interpretadas en un espacio contradictorio y ambivalente que podría corresponder al 'Third Space' (Bhabha 1994).<sup>79</sup>

### III SUBCULTURA URBANA

Atendiendo a la definición expuesta por Raymond Williams de cultura como 'una total y distintiva forma de vida' (1981:10-11) y que consiste principalmente en la educación de la mente pero también en los distintos intereses, conductas y actitudes del sujeto, observamos que la cultura es un producto de las actividades sociales diarias. De hecho, la cultura genera un sistema de prácticas significantes que están imbuídas en el

---

<sup>79</sup> El 'Tercer Espacio' a partir de la teoría de Bhabha se presenta como el lugar de estudio del sujeto subalterno donde aparecen alterados sus rasgos como una construcción desde un centro descentrado.

lenguaje, arte y orden social pero también depende de una ideología que sitúa al sujeto en grupos sociales con valores, puntos de vista, sentimientos, etc. El conjunto de todas estas actitudes marca la cultura de un grupo particular y el aspecto subcultural surge en cuanto quienes comparten las normas son aquellos que, al mismo tiempo, se benefician de ellas de forma específica.<sup>80</sup> Subcultura puede entenderse entonces como la subdivisión de la cultura nacional que resulta de la combinación de factores o situaciones sociales tales como la clase social, la procedencia étnica, la residencial regional, rural o urbana de los miembros y todo ello tomando, gracias a su combinación, una unidad funcional que repercute integralmente en el individuo miembro (Wolfgang and Ferracutti 1982).

Por otra parte, y como se analiza de forma más detallada en el capítulo anterior, el hábitat guarda una relación directa con la cultura pues, en última instancia, depende de ésta del mismo modo como la cultura depende del espacio geográfico donde se desarrolla. Además, si tanto el espacio como la cultura son construcciones sociales, podemos establecer que existe una cultura semejante en espacios definidos. Hemos visto que la relación entre un cierto tipo de entorno y los modos específicos de comportamiento es un tema clásico de la sociología urbana y los espacios pueden por tanto analizarse a partir de su sociabilidad. Esta relación entre contexto y forma de vida ocurre espontáneamente en

---

<sup>80</sup>A simple vista este hecho puede parecer inherente a toda cultura. Sin embargo, es sabido que no todos los integrantes de una cultura pueden beneficiarse de ella y es por ello que se crean los subgrupos en el seno de una cultura determinada.

la mayoría de las representaciones culturales de individuos y grupos. Así, un barrio se convierte en un territorio que corresponde a un cierto grupo que comparte cierto tipo de vida ya bien sea éste burgués o trabajador, marginal o elitista.

El análisis de una subcultura es problemático ya que implica distintos argumentos sobre el modo en que opera contra la base de la cultura hegemónica. Las subculturas poseen una especificidad espacial y un contenido cultural propio que dependen de un sistema de valores urbanos específicos y se establecen en base a ciertos modos de comportamiento y actitudes en un contexto local y determinado.<sup>81</sup> Estos comportamientos y formas de sociabilidad envuelven dimensiones tales como las de ayuda mutua y las de relaciones sociales en el más estricto sentido de la palabra, como por ejemplo: las relaciones de amistad, familia, vecinos, participación en asociaciones, etc. En cualquier caso, todas estas relaciones expresan su papel cultural y cómo con la modificación de su estatus y de su papel en la vida en sociedad, estas relaciones también varían en su intensidad de acuerdo a las dimensiones y las normas culturales interiorizadas por los distintos grupos sociales. La existencia de una unidad ecológica particular, ya bien sea de barrio o vecindad, conforma territorios con fronteras que, a pesar de no ser siempre físicamente definidas, se encuentran bien demarcadas socialmente. En realidad el problema de la existencia de estas unidades en áreas urbanas, devuelve inmediatamente al criterio de división del

espacio y el concepto de pertenencia. A partir del punto de vista sociológico, la unidad ecológica también depende de criterios y modos de comportamiento culturales.

La relación entre el hábitat y el grupo social puede, además, enfocarse en distintos sentidos, ya bien sea por la determinación de comportamiento por un contexto o cómo éste puede ser revertido a la influencia de las prácticas sociales en la constitución del tal espacio. De este modo, el comportamiento urbano se caracteriza por dividir la vida social en unidades residuales y la cultura urbana se puede analizar en el nivel de unidad fragmentaria. Vemos pues que en la ciudad existen distintos modos de socialización que pueden diferenciarse o dividirse dependiendo del tipo de relaciones. Por ejemplo, existe un tipo de comportamiento caracterizado por la superficialidad de los contactos y la importancia de las relaciones secundarias mientras que en otras formas residenciales el individuo debe adquirir niveles de relación primaria para adaptarse e integrarse al lugar. Desde el momento en que vemos que la ciudad no es equivalente a integración social, es necesario descubrir nuevas formas a partir de las cuales el sistema de relaciones sociales se desarrolla de una manera segmentaria. Una primera división la encontramos entre lo local y lo cosmopolita, pero por otra parte, tenemos que el propio seno del polo local se puede subdividir entre lo moderno y lo tradicional, el primero con un consenso interno y, al mismo tiempo, una relación con el mundo de *afuera*, mientras que el segundo posee una

---

<sup>81</sup> Sin embargo, se puede experimentar el movimiento geográfico de una subcultura, por el

sociabilidad abierta pero limitada a su comunidad. En aquellos territorios donde existe una sociabilidad local y primaria, ésta no se institucionaliza, en realidad, ni siquiera es necesario que haya un punto central en las relaciones íntimas. En tal caso, las relaciones se establecen en base a una ayuda mutua y una comunicación entre elementos de distintas generaciones. Esta forma de vida suburbana se caracteriza también por un sistema real de valores que priman la importancia de los valores familiares y de vecinos y, al tiempo que buscan una afirmación de su estatus social, son profundamente conformistas. Pero cuando aparece la ruptura de los lazos familiares, se inicia una relación con el grupo que sustituye la carencia de la relación primaria satisfactoria.

En su mayoría, los barrios suburbanos y periféricos de las grandes ciudades se estructuran como los lugares de encuentro pero no por su forma ecológica, sino a modo de puzzle, característica de una organización en territorios. En estas zonas, donde el estandar de vida es bajo, la población se organiza de forma especial, priorizando las relaciones grupales, ya que es en tales situaciones cuando el espíritu de la comunidad necesita cierta cohesión para defenderse de su debilidad social y contrarrestar su falta de participación en la cultura dominante y existente en la ciudad. Estas formas de adaptación afectan a la epidermis de lo social. El comportamiento anterior se da principalmente en la fase del capitalismo donde, al liberalizarse el deseo, las normas de la sociedad de consumo son individualizadas y fragmentadas generando una ruptura

---

movimiento de sus miembros en el espacio.

en las solidaridades y actitudes que versan sobre un confort estratificado.<sup>82</sup> La diversidad en los contenidos culturales de las unidades residenciales muestra la variedad en modos de comportamiento que parece ser el resultado de la combinación de vida social, trabajo y consumo en relación al espacio. Lo anterior conforma un mapa que reafirma al grupo social que lo habita, negando el espacio como contexto y lo incorpora como elemento en la práctica social. La ideología del barrio corresponde entonces con las formas de vida social, es el fenómeno social unido al contexto. De ahí que la cultura suburbana se refiera constantemente a una especificidad espacial y su tema sólo tenga sentido a partir de la unión implícita al contenido cultural.

Se podría entrar a discutir si los ciudadanos que habitan estas áreas marginales fuera del centro de las ciudades poseen menos problemas psicológicos ya que no le es necesario entablar relación con aquellos habitantes que reafirman su propia diferencia social y desigualdad tanto de fuentes de ocupación, como estándares de vida, valores y grados de participación social. Pero lo cierto es que este hecho genera una cohesión interna del grupo mucho más estrecha que provoca, al mismo tiempo, una sensación de desarraigo más fuerte respecto al contexto ecológico.

Para Simmel (1997), son los miembros de una cultura nómada, aquellos de una sociedad en movimiento, quienes dependen

---

<sup>82</sup> De acuerdo con Deleuze and Guattari, el capitalismo es el contexto que libera el deseo reprimido del individuo (1984). Sin embargo, esta liberación en ocasiones es violenta pues muchos sectores

especialmente los unos en los otros. Sin embargo, los intereses compartidos de una comunidad migrante esconden diferencias individuales bajo su aparente cohesión y homogeneidad. De hecho, la diferencia individual tiene un doble sentido, como diferencia cualitativa o diversidad social y como conflicto o lucha. Para aquellos seres nómadas, los impulsos de la expansión espacial les lleva a abandonar sus lugares de origen de una manera abrupta, mientras que la necesidad de protección les fuerza a estar juntos y desecha la diferenciación interna del grupo. Precisamente porque el movimiento en sí mismo individualiza y aísla a los individuos al hacer que estos dependan de sí mismos, también conduce a una cohesión más fuerte sobre cualquier diferencia existente. Es decir que, al aceptar la ayuda de otras personas que también se encuentran lejos de sus propios territorios se añade un tipo de cohesión más fuerte que la de aquellos que no están lejos de su entorno original.

Estos trazos sociológicos de desarraigamiento y cohesión inmediata establecen un elemento variante en las formas de conexión individual y grupal. Ciertamente, cuando se viaja se forman intimidades sin precedentes y sin razones aparentes. Este hecho es debido en primer lugar a la separación del medio propio y a la conciencia de una inminente y definitiva separación. El segundo factor es obvio en su tendencia a producir unificación, un tipo de "comunismo" intelectual, hasta el punto que la identidad de la experiencia persiste y la domina. Sin embargo, existen ciertas dificultades sociológicas. La gente sabe dónde está el

---

de la sociedad no pueden acceder o conseguir tales deseos y su limitación les conduce a

límite de su propiedad privada y también sabe lo que tiene que decir o que es mejor que callar, como herir o satisfacer los sentimientos.

Uno de los elementos culturales de integración a una comunidad específica es el lenguaje. En realidad, se ha establecido que la lengua, además de pertenecer a un territorio geográfico y socio-económico, refleja un sistema de valores determinados y se adquiere convencionalmente al situarse en un dominio exterior al individuo (Saussure 1916). De hecho, la lengua se manifiesta como un contrato colectivo para la comunicación del grupo o comunidad lingüística, definida ésta como un grupo de personas ligadas por alguna forma de organización social que se comunica entre sí de manera muy semejante.

#### **IV LINGÜÍSTICA URBANA**

El estudio de la lengua española considera el español como entidad unitaria y purista hasta el siglo XIX. Y no será hasta finales del mismo siglo XIX e inicios del siglo XX, con los estudios filológicos de Menéndez Pidal (1869-1968), que el estudio de la lengua experimenta un importante desarrollo. Menéndez Pidal, en su obra *Orígenes del español* (1910), introduce el análisis aislado de los elementos filológicos y se ocupa de la relación entre historia y cultura, con lo cual recupera tanto la realidad viviente del habla como de las formas de vida populares, a partir de los distintos niveles sociales y de sus actitudes lingüísticas. Quizá sea por ello que podamos hoy analizar la heterogeneidad del lenguaje y, en particular,

---

situaciones extremas (Guattari 1981).

las características propias de la lengua española en un ámbito socio-cultural específico, el localizado en las comunidades marginales de la segunda ciudad colombiana, Medellín. Bajo el nombre de *parlache* se intentará profundizar en las raíces y los usos de este 'antilinguaje' (Halliday 1982) que, a pesar de los pronósticos contrarios, se ha extendido por todo el país.

De acuerdo con Halliday, el concepto de comunidad lingüística se desintegra en el contexto urbano, de por sí territorial y socialmente fragmentado, por lo cual la comunidad lingüística en ellas es una unidad heterogénea que revela tanto los diferentes lenguajes existentes como el uso de distintos registros del propio hablante dependiendo del contexto en el que éste se encuentre. En realidad, el lenguaje no es un mero reflejo de una realidad social, ni un ingrediente expresivo de ésta, sino que representa el vínculo semiótico que sin cesar produce y renueva los significados culturales, los mensajes complejos de un aquí y un ahora históricos, los variados recursos por medio de los cuales la sociedad se entiende a sí misma y se reproduce. Por ello, el lenguaje es multiforme y heteróclito ya que responde a un sistema particular de valores y muestra las diferencias sociales. De ahí que el elemento integrante del lenguaje urbano sea su heterogeneidad.

La ciudad lingüística, por tanto, consiste en la diversificación y la estratificación vertical en función de los diversos grupos sociales que imponen estructuras normativas simultáneas. La coexistencia de estos grupos y distintas hablas forma *insterticios*, lugares intermedios de

encuentro donde los habitantes de la ciudad coinciden más en actitudes y prejuicios frente al lenguaje que en sus usos lingüísticos, los cuales son extremadamente variables (Labov 1972).<sup>83</sup>

Por otra parte, el uso específico del lenguaje configura distintos dialectos en tantos tejidos de rasgos fonéticos, gramaticales y léxicos como grupos sociales existen en la unidad ecológica, funcionando todos ellos como mecanismos de comunicación y símbolos de reconocimiento. Para aquellos grupos marginales que experimentan una pérdida de identidad y se ven sometidos a un alto grado de exclusión, aparece la necesidad imperativa de crear formas de comunicación que funcionen como mecanismos de cohesión y pertenencia al grupo. En realidad, es principalmente como símbolo de reconocimiento que aparecen ciertos dialectos en la ciudad, incluidos aquellos que funcionan como 'antilingüajes', recurriendo al término acuñado por Halliday, por rebelarse de un modo u otro al orden y estructuras establecidas por el lenguaje común hegemónico. Halliday usa la expresión 'antilingüaje' para referirse a las variedades lingüísticas que utilizan los grupos sociales que actúan en oposición a la normativa social. Destaca Halliday el poder de todo lenguaje como sistema generador de una realidad, pero en el caso del 'antilingüaje', al anunciarse siempre lo hace frente a otra realidad —la del lenguaje estándar—, creando una tensión jerárquica entre ambas. Así es como Halliday concluye que el 'antilingüaje es un vehículo de resocialización en el sentido que modifica por intermedio de la carga de

---

<sup>83</sup> En 1972, William Labov diseñó ciertos fundamentos teóricos y metodológicos que constituyen lo

afectividad del enunciado una situación de comunicación' (Halliday 221). La función del 'antilinguaje' es crear y mantener activamente una realidad alternativa y, 'el uso de ciertos términos condenados por las clases dominantes brinda al hablante un minúsculo placer vengativo, representa un juego de desobediencia a los preceptos de la cultura predominante' (Teruggi 1974: 42) y, en cierto modo, 'resulta una postura potencialmente amenazadora si no coincide con la propia' (Halliday 232).

El 'antilinguaje' aparece pues frente a la desintegración y fragmentación ciudadana y es la consecuencia de la exclusión o inclusión de los individuos en la sociedad dominante. Así, los grupos alternos constituyen la llamada 'antisociedad', una sociedad dentro de la otra, que puede adaptarse pasivamente o con hostilidad e incluso destrucción. Estas sociedades marginales o 'antisociedades' exigen la elaboración de nuevas formas de expresión en sus territorios, como forma reaccionaria al deterioro social y en oposición a su propia marginación. De esta manera, la comunidad marginal re-escibe y renombra la crisis de urbanización y la deslegitimización del Estado y sus instituciones de acuerdo a los cambios que se experimentan de la realidad. En cierto modo es 'mediante esta destrucción del lenguaje hegemónico como se intenta la destrucción simbólica de la sociedad' (Sebrelli 1979: 106).

Sin embargo, una lengua implica 'una determinada manera de organizar objetos mentales y reales, según las necesidades y la cultura de cada comunidad' (Avila 1993:12) en relación a los campos semánticos

---

que denominamos hoy como sociolingüística urbana.

determinados por una época específica que sirven como herramienta de traducción de la diversidad lingüística ocasionada por las diferencias sociales (Halliday 1982). Una traducción que, en cualquier caso, refleja el dominio de la lengua hegemónica. Dicho campo semántico depende tanto de las relaciones interpersonales como de las actividades económicas de sus participantes.

#### **a) Antilenguajes**

Si se reconoce la heterogeneidad como una característica urbana, encontramos que ésta también constituye el elemento básico del habla en la ciudad al expresar comportamientos y actitudes de sus habitantes, resultado de su adhesión a un sistema de valores determinado. Por ello, el lenguaje se divide entre dominantes y subordinados. Estos grupos, en su mayoría diversos y contradictorios, se ven forzados a una comunicación *sui generis* que reafirma la profunda división social existente en la ciudad. Las variaciones lingüísticas apropiadas por los hablantes del área urbana surgen principalmente a partir de la realización de distintas actividades individuales o colectivas y esta apropiación dependerá básicamente de la estructura socio-económica a la que pertenecen.

La ciudad ofrece un amplio programa de diferenciación social, un mayor número de encuentros entre seres completamente distantes de aquellos posibles en las zonas rurales. Esta coexistencia y constante interacción que experimentan los grupos sociales en la ciudad provoca nuevos contactos intergrupales e intercambios lingüísticos que no sólo

alteran el uso de los códigos y registros del hablante, sino que, al mismo tiempo, garantizan la interacción entre diferentes hablas e idiolectos. El uso de uno y otro idiolecto, por otra parte, les vincula directamente a su propia realidad "otra", más compleja e idiosincrásica. Es por lo anterior que no podemos pues prescindir de la dimensión social del lenguaje para entender que los cambios lingüísticos corren paralelamente a los cambios sociales y que el propio léxico indica los posibles cambios socio-culturales.

Cada comunidad y, en particular, cada hablante establece el uso de un lenguaje social sin una lógica interna y son los propios creadores quienes le van imponiendo un perfil, definiendo su propio léxico, las formas sociales que lo caracterizan, los tipos y símbolos que sirven para matizar las creencias sociales y culturales del contexto que habitan. De hecho, 'La situación determina el código seleccionado pero la estructura social determina el código que se domina' (Halliday 1982: 40).

Los rasgos lingüísticos externos son usados como medio periférico para marcar una diferencia lingüística que, al mismo tiempo, enfatiza la diferencia social y las peculiaridades de un grupo determinado. Este sistema sociolingüístico demuestra la existencia de identidades sociales distintivas por sí mismas dentro de los límites de la unidad del lenguaje urbano en su abstracto que entran en diálogo, mostrando la 'heteroglosia social' propuesta por Bakhtin (1981).

El deterioro de las ciudades y, en especial, el uso de la violencia, genera un lenguaje particular relacionado específicamente con el crimen y

el delito. Así, la palabra se convierte en el sustituto de una realidad que previamente no permitía representación, renovando y/o matizando significados en contextos de vida nuevos que no ocasionen una ruptura entre el discurso y la "realidad". Por otra parte, la palabra asume la diferencia de los grupos sociales, descentralizando el mundo verbal ideológico. Y por ello, el sociodialecto podríamos decir que evidencia tanto la desterritorialización del sujeto hablante como la del lenguaje en sí mismo.

Existen pues tantos significados de una palabra cuantos contextos haya de uso y no por ello la palabra pierde su unidad fonética. Por ello, recurriendo al término acuñado por Deleuze and Guattari podemos establecer que el lenguaje es 'rizomático' del mismo modo como lo es la ciudad, al no estar encerrado en sí mismo sino que es cambiante, se subordina y estratifica, dependiendo del registro de los participantes en la comunicación, demostrando su multiplicidad y redeterritorialización, sobre todo en aquellas comunidades transplantadas que operan descentradamente (Deleuze and Guattari 1987). De hecho, la multiplicidad de significados es la cualidad constitutiva de la palabra y su momento de uso y el tono apropiado privilegia la identidad del representante del grupo social al que el hablante pertenece. Al mismo tiempo, dicha multiplicidad puede ser aplicada a un mismo significante dependiendo del contexto en que se use. Recordemos a Bakhtin cuando nos dice que todo uso del lenguaje se realiza desde un punto de vista específico, en un contexto particular, hacia una audiencia determinada y

no existe lenguaje que no sea dialógico, o sea, que no tenga un receptor, ya bien sea real o imaginario (Bakhtin 1981). Consecuentemente, la palabra, además, está alimentada hacia un interlocutor ya que al ser bilateral pertenece tanto al emisor como al destinatario. En realidad, esto demuestra que la palabra se forma desde el punto de vista del otro pensando en el yo. De ahí que en el proceso de enunciación y en la propia comunicación se manifieste el acontecimiento social del lenguaje y por tanto, el significante usado tendrá un resultado equivalente para ambos miembros del proceso. Sin embargo, en ocasiones esta conexión no tiene lugar y, por consiguiente, la comunicación es fallida.

El encuentro entre el lenguaje y la cultura constituye lo que Halliday (1982) llamaría 'semiótica social' o 'semiótica cultural'. Es decir, una codificación de signos y símbolos derivados tanto del pensamiento lógico como del imaginario mental. Desde este punto de vista, el sistema social es un sistema de significados en el que los hablantes se comunican entre sí formando un sistema social. Y, es únicamente a través de la interacción social contextual que el lenguaje es aprendido, 'viviendo en un constante impulso hacia su objeto en una interacción social específicamente localizada' (Voloshinov 1973: 292).

### **b) Lenguaje y Narcotráfico**

Se insiste que el lenguaje es un sistema de signos con reglas propias y que es extensivo a la cultura, al definir cultura como los comportamientos y todas aquellas producciones materiales y espirituales del hombre. Y sin

lenguaje no existiría ni la reflexión ni el discurso. De hecho, la forma de comprender, interpretar y penetrar en la cultura sólo es posible mediante el lenguaje, que genera comunicación e intercambio social.

En la conformación de la relación entre lengua, cultura y el sistema socio-económico de los hablantes, aparecen en Colombia y, en particular en Medellín, unos cambios lingüísticos acelerados como respuesta a la situación de violencia generalizada y a una realidad urbana totalmente escindida, dando lugar a un nuevo lenguaje que 'se ubica en el plano de la resistencia' (Bonilla 1993: 28), invadiendo centros institucionales. Este 'antilenguaje' aportará una reformulación del mundo que no encuentra significados y lugares donde construir su realidad:

En el ámbito de las prácticas culturales, la juventud excluida de los barrios populares construye nuevos códigos. Nuevas palabras inundan el universo simbólico, nuevos lenguajes comunicativos se ubican en el plano de la resistencia y se proyectan más allá de los barrios, invaden los centros académicos y provocan náuseas en los oídos y cerebros formalizados de la otoñal tradición occidental.

Mientras tanto, el lenguaje "parcero", sin importarle lo plebeyo de su cuna e ignorando el repudio que suscita, aporta a renombrar el mundo vital del joven popular de Medellín, encuentra lugares y significaciones donde construye su identidad (Bonilla 1993:28).

Esta nueva forma que adopta el lenguaje urbano en Medellín permite la representación de lo simbólico, imaginario y cultural que se enlaza con las tendencias agresivas propias de la misma violencia que sufre Colombia, una violencia generacional e institucional que los códigos previos no tenían la capacidad de reinsertar.<sup>84</sup> En realidad, en Medellín la transformación lingüística se movió paralelamente a la inserción de la violencia y a la aparición de actores sociales que produjeron dramáticos

cambios sociales, desbordando los límites normales del fenómeno. En gran medida, la agudización de la crisis social y el surgimiento de nuevas formas de trabajo se produjo conjuntamente con el amplio dominio que ganó la cultura de la droga en la ciudad. De hecho, en Medellín el lenguaje marca la división de la ciudad en los dos sectores diferenciados: Medellín y, utilizando un término propio del lenguaje emergente, *Medallo* o *Metrallín*; dos territorios diferenciados y excluidos mutuamente y que reflejan la línea divisoria entre una dialectología culta y una popular.

En cuanto a las matrices léxicas, éstas proceden en su mayoría de las prácticas sociales y valores específicos del narcotráfico, cuyos orígenes se encuentran en los años sesenta con la aparición y uso de la marihuana y los primeros trabajos del hampa. A pesar de contar con una microsemántica transclasista, el uso del *parlache* es importante porque pone en evidencia distintos frentes culturales en los cuales las temáticas de la muerte son el lugar de encuentro de varios estratos sociales, y los significantes se ven modificados ya bien sean artistas o intelectuales, estudiantes u obreros los que recurran a este lenguaje. Estas formas han ido evolucionando con la época y han provocado la reaparición de nuevas especializaciones temáticas.

De este modo, durante los años ochenta en Medellín, con el auge del fenómeno del narcotráfico que irrumpirá y trastocará el orden existente, se presenta la inminente necesidad de nuevas palabras

---

<sup>84</sup> En especial se percibe que el campo semántico de la Violencia de los años cincuenta reaparece en las violencias de las últimas décadas mediante relexicaciones y metaforizaciones atravesadas por matrices léxicas de otras relaciones interpersonales contemporáneas.

capaces de comunicarlo. Las realidades "narco" presentan una evidente necesidad de ampliar el campo semántico para dar cuenta de nuevos referentes, puntos de vista, visión del mundo, entendimientos y significados personales, incluso de aquellos socialmente construidos. Es la época de lo "narco"-, como sería el caso de la famosa "narcotoyota", término aplicado para denominar el 4 x 4 marca Toyota usado por los narcotraficantes. Por ello, es evidente que con la aparición del narcotráfico y del concepto de emergente con lo que este lenguaje y estética se posicionaría socialmente. Un lenguaje que se inició en la marginalidad y que poco a poco se extendería de tal modo que incluso se utilizó en las telenovelas y en los medios de comunicación convirtiéndose aparentemente en una forma de expresión *play*.

Como ya se ha mencionado, en un principio reaparece el léxico reapropiado de la Violencia de los años cincuenta. Este sería el primer elemento de la hibridez del 'antilinguaje' emergente que más tarde hablarían ampliamente los sectores populares de Medellín y las bandas que, de algún modo, estaban relacionadas con el narcotráfico. Más tarde, a este léxico se fueron incorporando, además, aquellos vocablos procedentes de la aparición de la droga, el uso de la marihuana y las prácticas de contrabando. Ya en 1980 Germán Suescún y Hugo Cuervo publicaron *El diccionario de los marigüaneros*, en el que se compila un extenso número de expresiones usadas por los consumidores de hierbas y, en 1982, Germán Suescún y Pablo Soto publicarían *El diccionario marigüanero y afines*, en el que se incorporaban nuevos vocablos y

acepciones relacionadas con el mundo de la droga. En estos diccionarios se aprecian las influencias del *lunfardo* argentino que también aparecerán en el lenguaje “narco”. El *lunfardo* es apropiado por los primeros *traquetos* al ser identificado con un lenguaje malevo y de bajos fondos. Además, van sumándose a este idiolecto modos de lenguas extranjeras — principalmente el inglés, por el contacto del traficante con Estados Unidos y la influencia de las películas norteamericanas— y variedad de cambios de significado de los vocablos existentes en la lengua española. Con todo ello, a pesar de ser obvia la presencia de una comunidad lingüística alternativa y anterior al narcotráfico de la cual han permanecido muchos vocablos en el léxico actual y en el habla de los circuitos marginales, también muchas otras han sido creadas en relación específicamente a los valores y actitudes adoptadas por la economía de la droga.

De esta confluencia de elementos, nacería el idiolecto marginal *parcero* —el *parlache* del portugués *parceiro*<sup>85</sup>— y que arraiga en determinados territorios de la ciudad, sobre todo, en aquellos que han sido dominados por el mercado de la droga (Henaó, Castañeda, Naranjo 2001).

## V EL PARLACHE

Cada lenguaje representa una forma distintiva de ver el mundo, su propia combinación de significados, relaciones e intenciones. El *parlache* puede

---

<sup>85</sup> *Parce* del portugués *parceiro* y que se usa como definición para el amigo, es decir, para el par, se introdujo en Medellín al tiempo que pasó a denominarse “mágico” al Mafioso. Ver Carlos Sánchez (1993:8).

definirse como un dialecto social porque una variante de esta naturaleza es la materialización de una visión del mundo claramente distinta a la dominante, una visión que, por consiguiente, se considera potencialmente amenazadora, si no coincide con lo aparentemente "normal". Esta es sin duda la explicación de las actitudes violentas hacia el habla no estandar, el motivo consciente de 'no me gusta como pronuncias las vocales' simboliza el motivo subyacente 'no me gustan tus valores'. A pesar de presentar ciertos paralelos con la evolución del lenguaje hegemónico, el *parlache* nace de la necesidad de crear un lenguaje que alcance a expresar la realidad de Medellín. Un 'antilenguaje' de desarraigo, principalmente urbano, que en las últimas décadas ha ido evolucionando y que ha incluido palabras nuevas en su elenco, y en su desarrollo ha resemantizado significantes ya existentes, revitalizado palabras ya conocidas en la Academia Española de la Lengua que permanecían ocultas en la cultura popular y utilizado palabras heredadas del viejo *lunfardo* argentino de los *camajanes*.<sup>85</sup> Además, como se ha mencionado, el *parlache* ha recurrido a las derivaciones del inglés aportadas por aquellos que emigraron a los Estados Unidos o que tuvieron algún tipo de relación en su comercio transatlántico (i.e. el *traqueto*) y de ahí vocablos tales como *ansorris* (lo siento), *man* (hombre), *money* (dinero). De ahí que este 'antilenguaje' sea el exponente máximo de la hibridez de la

---

<sup>85</sup> El 10 de febrero de 1985, Ricardo Aricapa publica una serie de artículos sobre la cárcel Bellavista donde aparecen testimonios de algunos detenidos. En estas entrevistas se percibe también el uso del lenguaje carcelario y 'malevo': *cambuches*, *chichorros*, *billete*, *le de punta*, etc. *El mundo*, Medellín, 10 febrero de 1985 p 1a. El camaján es el traficante carismático y de atuendos vistosos.

cultura del narcotráfico y el *sicariato* y, a la vez, demuestre que no existen significados fijados, sino que estos se borran, transforman o se mueven en distintas direcciones.

En un principio se pensó que el *parlache* sería una simple innovación lingüística juvenil, básicamente efímera, pero con el tiempo se ha demostrado lo contrario ya que el lenguaje se ha ido consolidando y se ha convertido en un habla cotidiana de la población que vive bajo una constante presión social y cultural. En realidad, el *parlache* es la representación codificada de una crisis ciudadana y una forma de transgredir las normas establecidas a partir de expresiones que resultan desconcertantes y que funcionan como mecanismo de cohesión, cimentada por valores perecederos y se ha convertido, además, en una forma lingüística que se ha extendido entre los más jóvenes por su necesidad de expresar su identidad. La cohesión de los grupos que comparten su uso simultáneamente refleja la actitud de intolerancia y desenfreno que prevalece en la sociedad y la transformación radical de las relaciones sociales y valores éticos. De este modo, el *parlache* presenta hechos heteráclitos que se apartan de las reglas gramaticales, de lo regular, de lo establecido y, sin embargo, en su proceso de formación de nuevas palabras sigue la línea de la lengua estándar.<sup>86</sup> La

---

<sup>86</sup> Esto se presenta con la adición de fonemas, como en *bucéfalo* (bus), *yotagrí* (yo) y *suavena* (suave) o su supresión, como en *ñalada* (puñalada), *ñero* (compañero), *coleto* (colectivo). De acuerdo con José Ignacio Henao y Luz Stella Castañeda: 'Estas modificaciones se realizan con un sentido cripticolúdico, sin seguir patrones generales. Otra transformación consiste en cambiar fonemas que cumplen una función morfológica (por ejemplo, de género) para lograr el sentido metafórico, como en *rosco* (homosexual) que es deformación de la palabra *rosca*. Otro mecanismo utilizado en el "parlache" para la formación de palabras nuevas es la inversión silábica, como en *lleca* (calle), *ofri* (frio), *trocen* (centro) [...] También se forman palabras nuevas con la fusión de los significantes y significados de dos palabras, como en *colaborambón* (de colaborador y lambón) y

onomatopeya se convierte en un mecanismo propicio para la formación de palabras, como *tilín tilín* (campanero) y se crean nuevas palabras utilizando prefijos como en *re-cuca*. Por otra parte, se utilizan nombres de personas para semejanza fonética, como *roberto* (robo) y por tener cierto sentido despectivo *arnaldo* (tonto). Y, además de aparecer juegos fonéticos y semánticos, el proceso de resemantización se realiza a través de la metáfora: *cantante* (delator), *cargar la lápida al cuello* (amenazado de muerte), *coronar* (terminar un trabajo, y la metonimia: *verde* (policía), *fierro* (revólver), etc.

El *parlache* es, sin duda, un 'antilenguaje' de acuerdo a la definición propuesta por Halliday como 'el modo alternativo de resistencia que puede adoptar la forma de simbiosis pasiva o de hostilidad activa o incluso de destrucción' (Halliday 1982: 213) y de su capacidad de 'transcodificar' (Bakhtin 1982) o lo que sería lo mismo, la capacidad de reapropiar vocablos para dar nuevos significados. Pero, el *parlache* es, además, un fenómeno lingüístico netamente urbano, usado principalmente por la población masculina que se consolida en parte debido al aumento de las actividades delincuenciales que tienen lugar en Medellín.<sup>87</sup> El *parlache* expresa todo aquello que la cultura ha ido

---

*metrallín* (de Medellín y metralleta) [...] se crean palabras compuestas como *dedicaliente*, *calentontos* y *gonoplasta*' (Henao, Castañeda, Naranjo: 4).

<sup>87</sup> En la encuesta realizada por Henao, Castañeda y Naranjo se solicitó a usuarios del *parlache* que escribieran las palabras que más utilizaban. A partir de tales estadísticas se observa que el uso del lenguaje es mayor entre el género masculino, mientras sólo una entre cada tres palabras es usada por el 54.3% de las mujeres. En la medida en que se aumenta el número de palabras se aumenta el porcentaje de los hombres que lo usan en relación al de mujeres que tiende a disminuir. Sin embargo, la presencia femenina es importante, en contraposición a teóricos que consideran los 'antilenguajes' como patrimonio exclusivo de hombres. En realidad, la mujer ha soportado un nivel más alto de marginación, porque en los sectores populares padece doble segregación sometida a

reconceptualizando: la vida, la violencia, la muerte, la religiosidad y las relaciones interpersonales. Cuando en una sociedad a un difunto se le llama 'muñeco' se reconoce la expresión de una cultura que ha surgido desde los territorios del desarraigo y de la exclusión cimentándose en valores deleznable.

Es fácil observar como la violencia es la causa principal de la aparición del *parlache* ya que ésta se ve reflejada en su léxico. El 'antilenguaje' contiene 37 formas de expresar armas de fuego tales como *tola, fierro, pepazo, balín, metra, tota, changón*. Pero, además, el *parlache* cuenta con otras 12 acepciones para denominar distintas armas blancas, 24 palabras que definen las municiones, 42 para expresar violencia, 53 para insultos y 87 que significan droga —sin contar las 44 utilizadas para nombrar a la marihuana y 25 para el bazuco.<sup>88</sup>

Por otra parte, como señala Alonso Salazar, el *parlache* es un lenguaje con alto predominio de la lógica y cultura audiovisuales, acercándose a las narraciones de las películas de acción o de las tiras cómicas (Salazar 1999). Los jóvenes, especialmente de los grupos populares, se identifican con el sentido lúdico, con las nuevas palabras y expresiones y reafirman su sentido cultural con estas formas de comunicación como respuesta a la exclusión económica y social a la que

---

los hombres socialmente y con menos oportunidades en campo educativo, laboral y cultural. Por ello, ella también ha penetrado en el mundo del crimen y la droga.

<sup>88</sup> La alusión al gran número de sinónimos es una constante en todos los 'antilenguajes'. Este hecho se debe entender más bien como la necesidad de matizar la realidad presente en forma abrumadora, donde un sólo término se quedaba corto.

se ven sometidos. Es en este sentido que la manifestación cultural se convierte en una forma de identidad y una conceptualización de la vida.

El advenimiento del *sicariato* se manifiesta así en el lenguaje mediante la profusión de denominaciones al otro semejante y al otro desigual a pesar de que las formas de desvalorización del otro desigual predominan como forma de relación. Este lenguaje jerarquiza la relación con otras fuerzas sociales de la ciudad con las cuales los habitantes de los barrios populares entran en relación de conveniencia o de conflicto.<sup>90</sup> Sin duda, el *parlache* nos ubica en un mundo violento donde se 'pierde el año' o 'se tira al piso' —dos de las frases que se usan para nombrar a la muerte o morirse— y en el que antes de eliminar a alguien físicamente se realiza su eliminación simbólica, es decir, a través de la palabra. En cierto modo, el lenguaje actúa como justificación del asesinato físico posterior.

Sin embargo, el hecho de que el *parlache* se haya ido desterritorializando y se haya desplazado a otros sectores de la sociedad, al igual que se ha desterritorializado o descentrado los pobladores de las comunas, pasando así de las zonas oscuras de la ciudad a la ciudad 'snob', incrustándose tanto en la cultura, como en los medios de comunicación y en la literatura, no demuestra la inclusión o aceptación del Otro, sino que remarca la diferencia y señala el modo en que la cultura hegemónica niega la existencia del otro mediante una traducción o adaptación, imitación o parodia. Por ello, podemos concluir que tal actitud

---

<sup>90</sup> De este modo se utilizan los vocablos: *jefe, duro, traqueto, dedicaliente* (matón), *fuerte, caliente* (peligroso) para denominar al otro igual— o para mostrar el conflicto encontramos palabras como: *chichipato* (asunto o persona de poco valor, gamin), *picado* (petulante, orgulloso), *basura, sapo*

continúa negando la existencia del otro, reafirmando la diferencia y construyendo su identidad. Y la literatura colabora en tales tareas al introducir el 'antilinguaje' en el texto desde un afuera que lo desconoce, limitándose a la imitación, repetición de la voz del Otro.

## VI LA SUBCULTURA PAISA Y LA APARICION DE LA CULTURA DEL SICARIATO

La posición topográfica de Medellín fue siempre contraria a su avance y a su progreso, que sin la incontratable voluntad de sus hijos, ésta hoy no tendría importancia ni significación alguna. Aislada en medio de las breñas que la rodean por todas partes; sin caminos, sin ríos navegables y lejos de todos los senderos que le permiten libre comunicación con otros pueblos del mundo, se encontró, por muchos años, sin estímulos del comercio, sin los recursos de la industria, sin el socorro de las buenas relaciones, sin el auxilio de los libros, sin las ventajas de las artes, y sin el aliento prodigioso de la ciencia.

Jorge Restrepo (1981)

Así pues, en Colombia, como en otros lugares del planeta, debemos diferenciar entre la cultura dominante, donde los valores y normas sirven como marco de orientación para la nación, y las subculturas, dadas a partir de razones tales como las fuertes diferencias regionales, desigualdad extrema entre los diversos grupos sociales locales y sus relaciones a nivel transnacional. El alto índice de inmigración de los habitantes rurales a las ciudades ha desatado una vinculación distinta en las relaciones ciudadanas caracterizada por la exclusión al sistema, la falta de adaptación al medio, el desarraigamiento urbano y la aparición de entornos definidos y en áreas de riesgo y por métodos económicos basados en fuentes no legales. Estas subculturas presentan nítidas

---

(soplón), *pirobo* (homosexual, insulto), *chulo* con las cuales se nombra al otro diferente o al cual desvalorizan.

diferencias entre sus costumbres, usos y valores tanto morales como éticos. Y de ahí que el multiculturalismo y la hibridez en ese país haya sido percibido como un fenómeno negativo y se vea limitado a constituir un código de inclusión o exclusión social. En Antioquia, cuya capital es Medellín, desde principios del siglo XX se fue conformando una cultura regional que incluía elementos tradicionales y modernos; una cultura híbrida, cuya característica principal fue haber interiorizado un mayor énfasis en las metas identificadas con el éxito monetario, convirtiéndose éste en un valor absoluto y único término de comparación social y cultural. Esta cultura ha colocado siempre los medios en función de sus metas y, quizá debido a ello, incluso la religión llega a adquirir un carácter puramente instrumental, en la medida en que se la interpreta como un sistema de premios y útil para el logro de objetivos individuales.

Aunque la costa atlántica colombiana fuera descubierta por los españoles en 1499, no fue hasta 1509 que se adentraron las primeras poblaciones hacia otros lugares del país desde el Golfo de Urabá. A estas incursiones les siguieron distintas exploraciones hacia el que es hoy el departamento de Antioquia, pero estas tierras no serían pobladas hasta el siglo XVII, cuando aparecen en el territorio antioqueño colonos dispersos dedicados básicamente al cultivo de la tierra. Sin embargo, las tierras eran muy pobres, inhóspitas y de difícil acceso, lo cual aislaba a sus habitantes del resto del país y no facilitaba su poblamiento. En realidad, las características geográficas y topográficas del actual departamento de Antioquia han llevado a su aislamiento, lo cual ha producido una identidad

cerrada desde sus orígenes; una identidad marcada principalmente por el amor a la tierra y las relaciones de parentesco. Y, quizá por tal motivo, no fuera hasta un siglo más tarde, ya en 1826, que Medellín se convirtiese en la capital de Antioquia, al tiempo que sufría una expansión considerable al empezar a recibir las primeras migraciones rurales. Sin embargo, estos movimientos humanos no modificaron su carácter cerrado tradicional y conservador. De hecho, este aislamiento incluso ha provocado que el lenguaje de Antioquia o el lenguaje *paisa* guarde todavía en la actualidad muchos términos que ya han desaparecido del castellano de otros lugares.

La cultura *paisa* se conoce por poseer valores ancestrales que provienen de mitos de superioridad y orgullo. Basándose en una raza blanca trabajadora y colonizadora, se construyen mitos que controlan socialmente pero que conforma a una sociedad homogénea inexistente, donde no aparecen ningún tipo de fragmentaciones. Este estereotipo 'paisa' se define por ser creyente, austero, emprendedor, sagaz y usurero al mismo tiempo. Pero, además, se le reconoce una profunda habilidad para conseguir dinero por la vía rápida.

A partir de 1880 se inició la expansión de la economía cafetera, cuyos principales gestores, dueños de trilladoras, compradores y exportadores de café tenían la sede principal de sus negocios en esa ciudad, con las consecuencias económicas y demográficas que de ella se desprendían [...] el mayor crecimiento de la población de Medellín se debía al importante flujo migratorio hacia la ciudad [...] a esto hay que agregar el avance de la obra del Ferrocarril en Antioquia (Alvarez 1996: 75).

En 1899, una agrupación de hombres de negocios fundó la sociedad de mejoras públicas, la cual promovería el desarrollo de las vías,

el agua, el transporte y los servicios públicos en general. Sin embargo, el creciente interés que éstos tuvieron por la ciudad se debió a otros importantes factores económicos entre los cuales estarían: el descubrimiento de oro, el cultivo del café y, sin duda, los bancos e la importación de mercancías. De esta manera, la composición social, que se iniciaría con una fuerte presencia obrera, cobraría tendencias consumistas y que se dedicarían al trabajo en las minas, tareas comerciales y a la adquisición de tierras. Según Alvarez:

Sin duda, la actividad económica de la urbe era cada vez más compleja e importante en las primeras décadas del siglo XX. Además, del comercio que había caracterizado a Medellín a lo largo del siglo anterior, ahora se registraba en ésta el más abigarrado conjunto de labores. Entre 1864 y 1912 las actividades de la población habían registrado un cambio importante. El porcentaje dedicado al sector primario era cada vez menor, mientras las tasas del sector manufacturero ganaban creciente importancia pues de 3% de habitantes que se dedicaban a estas tareas en 1864, se había llegado a más del 12% en 1912. Algo similar ocurrió con el sector de los servicios (Alvarez 1996: 76).

Entre 1905 y 1928 llegaron más de 60.229 personas. Y, Medellín pasaría, en tan sólo dos décadas, de 59.815 habitantes a 120.044 habitantes (Alvarez 1996). Por ello, a pesar de su relativo aislamiento, la ciudad no fue ajena a las ideas progresivas que aportaban sus comerciantes, estudiantes, administrativos y obreros. La influencia de estos trabajadores alarma a la iglesia y a la elite pues generaban interés en los juegos de azar y la prostitución. Entre los años 1930 y 1960, florece y se desarrolla la industria y se generan los bienes de consumo. Son unos años de prosperidad para los empresarios donde se construye el llamado imperio 'paisa'. Pero la industrialización no logró constituirse como modelo abierto que facilitara el ascenso económico y social a los nuevos sectores

de la ciudad. En 1934 se intenta una huelga general de ferroviarios para obtener mejores condiciones. El desorden y la corrupción, ligados tanto a los empresarios como a la Iglesia, desestabilizan la situación y alteran los ánimos de los trabajadores. Estas insurrecciones se agudizan a partir del 9 de abril de 1948, con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en Bogotá y la violencia política que este atentado generó en el país. La violencia política desatada desde la década de los treinta y recrudecida a finales de los cuarenta, produjo el éxodo masivo hacia las ciudades. Medellín, la ciudad industrial hasta por aquel entonces, llamada la ciudad de la "eterna primavera" se presentaba atractiva para cualquiera que quisiera una parcela y buscar mejores oportunidades en la capital. Fue un destino especialmente apetecido por los desalojados del bajo Cauca, del Magdalena Medio y de Urabá, zonas donde la violencia había tenido sus peores consecuencias. La esperanza de conseguir empleo en las empresas antioqueñas, la posibilidad de vivir sin los problemas de climas extremos ayudaron a tales desplazamientos y se inició la construcción de tugurios y la ciudad empezó a subir las montañas. Sin duda, la creciente violencia aumentó la tendencia a los desplazamientos y las migraciones a la ciudad, que seguirían en auge desproporcionado entre 1951 y 1964. En estos años aparecen los barrios pirata o de invasión, construidos por los mismos desplazados ya que el plan ordenador de Winneor y Sert, aprobado en 1951, no produjo bienestar alguno a los problemas urbanísticos que ya sufría la ciudad.

Estos seres nómadas en su propio territorio, provocaron un crecimiento desorganizado al no poder establecerse en las zonas tradicionales de Medellín y se ubicaron en territorios periféricos, en busca de algunas de las comodidades que ofrece una ciudad moderna. De acuerdo a José Luis Romero (1976), lo que más atrajo la atención de los habitantes de las zonas rurales o de aquellas ciudades estancadas fue la imagen que poseía la metrópolis, cuya aureola crecía en el impreciso comentario de quien sabía algo de ella, y aún más a través de los medios de comunicación, los periódicos y revistas, la radio y, sobre todo, el cine y la televisión, que mostraban a lo vivo un paisaje urbano que suscitaba admiración y sorpresa. De este modo, la ciudad además de una intensa actividad terciaria, 'alojaba mucha luz, servicios, etc.' (1976: 393). Sin embargo, el problema 'era llegar e, inmediatamente después, introducirse en el misterioso tejido social de la ciudad, era difícil conseguir un techo, un trabajo, un amigo familiarizado con la ciudad, que iniciara al recién llegado en sus secretos' (1976: 395). Con ello, las tensiones sociales se intensificaron, porque el crecimiento desmesurado de la población urbana originó un círculo vicioso:

Cuanto más crecía la ciudad más expectativas creaba y, en consecuencia, más gente atraía porque parecía absorberla; pero, en rigor, el número de quienes se incorporaban a la estructura urbana era siempre superior a lo que la estructura podía soportar, era inevitable que la explosión urbana, nacida de una explosión socio-demográfica, desencadenará, a su vez, graves explosiones sociales en el seno de las ciudades (Romero 1976:395).

Prolíficos en sus lugares de origen, los inmigrantes lo siguieron siendo en las ciudades en las que se fijaron y donde se constituyeron como un conjunto agregado, perdido en la complejidad de la sociedad tradicional.

Una vez instalados, siguieron aumentando en número. De este modo, en los barrios del centro y las zonas marginales de la ciudad aparecieron familias numerosas, agrupadas por afinidades de origen. Y,

a medida que el grupo crecía, su presencia se hacía más visible y alertaba acerca del fenómeno demográfico que se estaba produciendo. Si alguno de los inmigrantes salía de su gueto y aparecía en otro barrio, llamaba la atención de la sociedad tradicional. Se veía que la ciudad se inundaba, y el número de los recién llegados, de los ajenos a la ciudad, seguía creciendo a una velocidad mayor que la que desarrollaron para alcanzar los primeros grados de integración (1976: 390).

'En algunas ciudades comenzaron a constituirse esos imprecisos grupos sociales, ajenos a la estructura tradicional, que recibieron el nombre de masas' (1976: 388). Con ello, cambió la fisonomía del hábitat y se masificaron las formas de vida y las formas de mentalidad. Estas 'dejaron de ser estrictamente ciudades para transformarse en una yuxtaposición de guetos incomunicados y anómicos' (1976: 407). Con ello, 'creció la agresividad contra la estructura y la sociedad normalizada que dominaba en ella' (1976: 407). Viendo que la ciudad no les pertenecía muchos fueron los que no aceptarían su destino de marginales y:

cayeron en formas abyectas de abandono, acaso lindando con el delito: el tráfico ilegal, la prostitución, el robo o el juego robustecieron sus posiciones en las ciudades en las que el crecimiento de la población acrecentaba las posibilidades de anonimato (1976: 408).

Los jóvenes, llegados a cierta edad, empezaban a pedir trabajo en una estructura económica que crecía, pero nunca lo suficiente para satisfacer totalmente la demanda. De ahí que se produjera un incremento en el desempleo juvenil que, a su vez, tuvo que ver con la formación de las bandas que se fueron deslizando hacia la delincuencia. De este modo, 'sin ingresos suficientes y en viviendas precarias y generalmente sin los

servicios imprescindibles, vastos sectores sociales constituyeron un mundo dos veces marginal: primero porque habitaban en los bordes urbanos y, segundo, porque no participaban en la sociedad normalizada ni en sus formas de vida. Ese mundo marginal manifestó ostensiblemente su condición anómica y su imposibilidad de incorporación en la sociedad normalizada fijó la sociedad escindida' (1976: 453), disolviendo cualquier posibilidad de resolución armónica.

De este modo, quedó en el seno de cada grupo un conjunto de hábitos y creencias, de normas y actitudes que provenían de su tradición; pero los principios básicos fueron quebrados por la adopción de otros muy disímiles, de los que no podían prescindir quienes afrontaban la dura experiencia del trasplante y la forzosa adecuación a nuevas situaciones. Sin duda la anomia que caracterizaba a esa masa permitió la irrupción de los más violentos y esto provocó un acostumbamiento a la violencia, acaso estimulado por la creencia de que sólo se conseguirían obtener sus demandas a partir de la violencia.

Y a Medellín se le acabarían las oportunidades mucho más rápidamente que a la capital del país. La juventud crecía sin trabajo, sin campos deportivos, sin educación e incluso, sin esperanzas. Estos jóvenes formaban grupos o "galladas" y merodeaban la ciudad sin un objetivo determinado, delinquirando en su mayoría para conseguir dinero. Así se fueron formando los grupos o bandas que buscan paradójicamente tanto el dinero fácil como la participación social y política. Así pues no fue de la noche a la mañana que surgirían los traficantes de drogas, ni fue de

un momento a otro que se formaría el *sicariato*, sino que todo ello ha sido el producto de un largo proceso de deterioro.

A partir de los años sesenta la proliferación de los ya mencionados barrios piratas y de invasión se hace insostenible y produce que, en la ciudad de Medellín, aparezcan las llamadas ciudades paralelas: Medellín y Medallo, que se han dado a conocer a partir de la violencia urbana que ha asolado a la ciudad. Es en esta misma década que Medellín entra en la encrucijada en la que se encuentra todavía en la actualidad.

La crisis económica y empresarial afectaba al conjunto de la población que ya superaba a los 772.000 habitantes en 1964 (Alvarez 1996: 75). Con la crisis, bajaría el consumo de todos los artículos y, como consecuencia, vino la baja en la producción. Concordatos en las grandes empresas, quiebras de las más pequeñas, fueron llevando a un mayor desempleo en todos los órdenes. Esta interminable cadena empobreció a la ciudad mientras que fortalecería a las entidades financieras. Las inversiones o depósitos en las entidades financieras se hicieron más rentables que las inversiones en la industria manufacturera ya que, en época de crisis industrial, aquella daba grandes intereses sin un riesgo aparente. Pero el fracaso no se hizo esperar, y llegaría la época de las dudas y el pánico de los inversionistas que retirarían sus ahorros y llevarían a las compañías financieras a la quiebra. La crisis industrial unida a la crisis financiera llevó al empobrecimiento general que tuvo sus peores consecuencias en los años setenta y ochenta.

Es evidente que la situación anterior preveía la fatalidad en grandes proporciones. Las residencias, fincas y demás bienes raíces se valorizaron cuando apareció el dinero del narcotráfico. Cuando un traficante, por status, quería comprar en zonas tradicionales o costosas que habían sido hasta entonces territorios ocupados por la elite de Medellín (i.e. El Poblado) los terrenos o propiedades se negociaban por el doble del valor real y la gente “de bien” quedaba feliz por el negocio. El dinero se convertiría en el único valor predominante y llegó a corromper a la mayor parte de la sociedad. El dinero hacía poderosos, otorgaba respeto y honor. Y cualquier problema se resolvía con el arma en mano. Con ello, empezaron las matanzas, los atracos, los robos de vehículos, la inseguridad, los secuestros y el parcial abandono de la ciudad. Se inició pues una guerra con todas sus consecuencias. Entre sus resultados más visibles podemos observar el cambio de valores y cultura por actividades económicas ilegales y las ganancias momentáneas, clientelistas e individualistas, todo ello unido a una entrada de la cultura hippie y la modernidad que se interrelaciona con la ruralidad existente hasta entonces. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX, las inversiones productivas no fueron suficientes. Los años 80 definen la entrada del narcotráfico a gran escala. Pero, ni su emergencia ni su coincidencia con la crisis de las economías tradicionales se presentó como un fenómeno aislado. El mismo proceso tendría lugar en la costa atlántica con la crisis del algodón, o en el Valle con los precios del azúcar o en la zona central con las esmeraldas y en la oriental con la crisis del

bolívar. Pero, en Medellín, a diferencia de otras ciudades, el narcotráfico entroncó con una tradición “comercial y contrabandista”, y un cierto modo de ser del *paisa*, proclive a formar empresas riesgosas con amplias posibilidades de ascenso social y de enriquecimiento. Así pues, el narcotráfico no fue sólo un efecto económico, sino también cultural que arraigaría en Antioquia y en su capital, Medellín. Y, paradójicamente, el narcotráfico se caracterizaba con esa nostalgia de recuperación de ciertas tradiciones inherentes en la cultura *paisa* ya mencionadas tales como la religiosidad y el machismo.

Como no es de extrañar, el período más violento de la historia de Medellín se convirtió en el más expresivo artísticamente y dio lugar a la aparición de subculturas, estilos de vida y lenguajes diferentes que, si bien por un lado recuperan dichas tradiciones, por otro se involucran con elementos de la modernización como el consumo y la acumulación.

Y más allá de la situación económica, observamos que tanto la ausencia de cualquier entidad de justicia como la agravada corrupción de los organismos de seguridad dieron un sentimiento de impunidad y de legitimidad a la justicia privada, lo cual fragmentaría el tejido social extremadamente, provocando una crisis interna dominada por un sectarismo popular. La inoperancia judicial y social, como instancia reguladora, en un Estado que no funciona y entes jurídicos sin vigencia provoca una falta de credibilidad en los sujetos hacia sus representantes y la imposición de una ética que juega con los ideales de una sociedad individualista con afán de dinero y poder, del disfrute inmediato y del

cumplimiento del deseo patrocinado principalmente por la sociedad capitalista, al tiempo que niega los derechos y deberes de los ciudadanos. Es el período de la destrucción de negocios, de las explosiones de bombas, etc. en la ciudad. Como consecuencia, Medellín dejó de tener turismo y la gente de la ciudad empezó a tener miedo de salir por la noche, de moverse en espacios desconocidos y, por ello, se dejaría de ir a los restaurantes y a frecuentar los lugares de diversión, que fueron poco a poco tomados por aquellos relacionados con la economía subterránea del narcotráfico. Es así como se agrava la inseguridad y, en gran medida, se depende de las redes de parentesco y patrocinamiento para la subsistencia y sobrevivencia pues no existe ninguna institución que ayude a los ciudadanos. La injusticia del Estado y la pérdida de confianza en la ley rompen con los viejos modelos que cohesionaban el orden social.

De este modo, el narcotráfico se da en un momento en que en Medellín concurren varios factores: la crisis económica, la urbanización acelerada y desorganizada, la deslegitimización del Estado, de las fuerzas políticas y de la institución tradicional. Por ello, la aparición de estos nuevos actores derrumba la normatividad y la débil ciudadanía. Del delincuente se pasa al *traqueto* y del *traqueto* al *sicario*.<sup>91</sup> Son subculturas delincuentes cuyo carácter cultural y cuyas formas de operar constituyen prácticas innumerables por las cuales se apropian de un espacio organizado bajo las técnicas de producción cultural.

---

<sup>91</sup> *Traqueto* como ya hemos mencionado anteriormente es el nombre que reciben aquellos que transportaban la droga a los Estados Unidos. Además, ejemplifica los patrones consumistas norteamericanos adaptados al medio colombiano.

Así pues, el narcotráfico no se reduce a ser una respuesta delictiva, sino que se constituye, además, como un estilo de vida que desprecia al orden jurídico institucional y los principios que sirven para organizar la sociedad. Esta 'cultura del narcotráfico' se proyecta sobre distintos sectores sociales y crea huella en el conjunto de la sociedad. El predominante sincretismo cultural se manifiesta en la incorporación de elementos de la cultura tradicional con el consumismo propio de la modernización. Es una cultura de destiempos históricos y mestizajes. Pero, además, en la cultura "narco" confluyen diferentes personajes que constituyen variados estilos de vida, desde el campesino tradicional *camaján*, pasando por el *malevo* y el *traqueto*. Por otra parte, la vinculación con la sociedad norteamericana a partir de la expansión del negocio de la droga y su comercio transnacional se expresa en el comportamiento social y el lenguaje. La violencia de los films norteamericanos y la presunta valentía de sus héroes de ficción influyen en el carácter de estos sujetos emergentes que desean conseguir un lugar en la sociedad.

Y, con el narcotráfico, reaparece la antigua figura de *sicario*, en esta ocasión para definirse como jóvenes armados, preparados y entrenados que imponen su propia ley y defienden el negocio, estableciéndose como bandas armadas para la seguridad y el control de sus respectivos territorios.

## VII EL SICARIO: 'EL SUBALTERNO QUE EMPANICO A MEDELLIN'<sup>92</sup>

De esta manera, en Colombia se construye una subcultura de la diferencia y destiempos y, en particular en Medellín, se sincretizará con el mito *paisa* tradicional y con la modernización y su espíritu efímero.

El *sicario* pertenece a ese grupo de personajes resentidos, arrimados, huidizos, sufrientes y/o desechables con subjetividad subyugada, no únicamente exponente de la expresión de la pobreza o la carencia de acción del Estado, sino el resultado de una cultura enraizada y sumergida en un sinfín de violencias políticas y el reflejo del hedonismo de nuestros días. De hecho, los *sicarios* llevan la sociedad de consumo a su extremo 'al convertir la vida, la suya y la de sus víctimas, en un objeto desechable, en una comodidad con la que intercambiar' (Salazar 1990: 200).

Pero, al mismo tiempo, el *sicario* posee una identidad diáspora, condicionada por una afluencia de mensajes locales y globales, procedentes de encuentros entre distintas comunidades y de la cultura del consumo norteamericana imitada a partir de los primeros contactos que se dieron en el negocio de la droga y los medios de comunicación. Esta cultura, visual por excelencia, se incorporará a través de los medios masivos, los cuales rearticulan, a partir de la mitología cinematográfica, hábitos, costumbres y lenguajes. El llamado *pistoloco* y el *traqueto* viajan a Estados Unidos, donde perciben una cultura básicamente consumista

---

<sup>92</sup> Jorge Franco Ramos, *Rosario Tijeras*, p. 100.

que se adopta e incorpora a sus tradiciones culturales. Entre los personajes que adhesiona encontramos a héroes míticos y de guerra tales como Rambo o Terminator y aprenden de las películas de Chuck Norris. En definitiva, personajes que aparecen como símbolos de poder y destrucción, guerreros de tiempos modernos que crean la ilusión de que la justicia puede aplicarse de forma privada. Este consumo visual produce además un juego de imágenes que entran a formar parte del propio argot de las bandas. Tal y como señala Salazar (1990) frases tales como 'montar videos', 'rodar la cinta' o 'a lo película' se incorporan en el léxico de estos grupos emergentes en la sociedad donde los objetos no son sólo símbolos de estatus, sino que muestran la efemeridad de su condición y la vida ha entrado en el mundo de lo desechable. La vida para estos jóvenes en Medellín es simplemente una imagen efímera.

Los *sicarios*, definidos principalmente como jóvenes sin recursos quienes no ven puertas abiertas al futuro, y que adoptan una subcultura que se sitúa en los parámetros de una sociedad dirigida por el consumismo y la violencia. Así se reafirma la biopolítica que ha construido al joven-pobre como violento y que conduce a la conformación de un imaginario, al que ya nos hemos referido en el capítulo anterior, en el que los jóvenes son construidos como delincuentes, principales responsables del terror en las ciudades (Reguillo 2000). En Colombia, estos jóvenes, ya asociados previamente a la delincuencia, parecen no tener otra salida que convertirse en *sicarios*, siendo sujetos producto de una historia de exclusiones dadas en un momento histórico determinado.

La fragmentación familiar, falta de educación y fallos académicos conllevan a que abandonen los estudios a muy temprana edad para incorporarse a un mercado laboral inestable y mal remunerado. Y, a pesar de nuestra constante negación a igualar violencia con pobreza, no podemos olvidar la relación existente entre ambas cuando se observa que los valores y actitudes de la cultura suburbana envuelve a los jóvenes desde temprana edad; una cultura que psicológicamente les envuelve y condiciona a no tomar ventajas de las opciones y oportunidades que pueden aparecer durante su vida.

La familia, como institución básica en todos los estratos sociales, posee características conflictivas en los grupos populares, donde aparece un alto nivel de madres solteras y un marcado distanciamiento del padre, ya bien sea por drogadicción, alcoholismo, desempleo o irresponsabilidad. Por ello, si la cultura se vale de la familia para transmitir leyes de convivencia, el hecho de que la mayoría de estos jóvenes proceden de familias desestructuradas no sólo la imposibilita, sino que genera un malestar social resultado de la carencia de un límite de pulsión (Lacan 1993, 1997). Ya bien sea por el aumento de uniones libres en los sectores marginales o por el asesinato, en la 'subcultura del *sicariato*' aparece un común denominador en su estructura familiar: el padre ausente. Ante esta ausencia, aparece la abrumadora figura de la madre que se sobredimensiona frente a la imagen paterna y se le ofrece un amor desmedido que marca sus relaciones posteriores afectivas. Por otra parte, estos jóvenes no pueden abandonar la casa materna porque se sienten

con la obligación de mantener y defender a la madre, llegando incluso a encontrar la propia muerte en el cumplimiento de su tarea. Ante este amor maternal, el *sicario* se siente atrapado y siente una confusión constante de su papel dentro de la estructura familiar que deriva en desgarramientos psicológicos y ataques patológicos de celos. Pero, además, con la inoperancia de la figura paterna como ley simbólica, estos jóvenes carecen de cualquier control regulador (Lacan 1993, 1997). La importancia de la figura del padre, que regula en el sujeto y que permite su socialización, resulta en la búsqueda desesperada del deseo y del goce y, al mismo tiempo, la necesidad imperativa de encontrar un núcleo de pertenencia y socialización. Ante la ausencia de la figura paterna o un posible referente que la sustituya, el joven se siente abandonado y busca en la calle el sustituto de la figura familiar inexistente. De este modo se crean las pandillas, en las cuales sus miembros se visten de forma similar y poseen hábitos comunes entre los cuales ya hemos visto que se encuentra la reinención del lenguaje para distinguirse y defenderse, marcando la diferencia del resto "normalizado". Así, en el interior de las bandas se suelen compartir modos de pensar y de sentir, disminuyendo, por ello, la lucha y la frustración propias de cada individuo que genera la inadaptación a la ciudad. La banda les ofrece seguridad, da el soporte afectivo del que carecen y se convierte en el sustituto de la familia y la justicia. Por otra parte, la banda autoriza actividades tanto dentro como fuera de la ley, ofreciendo una neotribalización que se adapta a las condiciones socioculturales del medio, basadas en el predominio del

consumo, la moda, el espectáculo y la comunicación. Todo ello, permite sentir al sujeto cierta seguridad dentro de las fronteras territoriales y obtener ciertas ventajas a aquellos que se sitúan fuera del circuito económico laboral. Es un hecho, sin embargo, que esta deterritorialización y adquisición de bienes no supone una modificación de su clase y condición social y no consiguen escapar su posición que permanece predeterminada. Al contrario, el sujeto sigue operando desde un lugar fijo, desde una posición desde la cual se reproduce. En este marco, el sujeto se encuentra dentro de un imaginario social y una cultura que fija su identidad. Y, sin embargo, en su limitada experiencia barrial, los *sicarios* hemos visto que están expuestos al consumo visual y su adhesión a personajes míticos y guerreros, protagonistas del cine norteamericano, pues en ellos ven la fuerza y el poder que se requiere para sobrevivir en la sociedad.

Estos jóvenes adoptan las características exclusivas del capitalismo más puro y realizan sus hazañas con fines lucrativos y, al mismo tiempo, narcisistas. El *sicario* mata por encargo, deformando comportamientos y conductas y transgrediendo los valores éticos y morales. De ahí su actitud ante el futuro y su constante desprecio a la muerte. En realidad, como dice la canción ranchera, para ellos la vida "no vale nada". Por otra parte, la pertenencia y la moda son fundamentales ya que los bienes de consumo, conseguidos mediante el dinero que proporcionan sus tareas, se convierten en símbolos de estatus y reconocimiento. Uno de los íconos visibles y ruidosos es la motocicleta.

Este medio de transporte deja de serlo para convertirse en el símbolo de movimiento, velocidad, efimeridad, propiedad, solidez y fuerza (Willis 1978:53). Con la motocicleta su compromiso con lo tangible adquiere mayor fuerza al representar el poder requerido y la invisibilidad que proporciona la fuga veloz y la consecuente inmunidad. Obviamente, el dinero es la medida de distancia social y de confrontación en el mundo dominado por el capitalismo y el consumismo, pero, de acuerdo con Simmel, el dinero también permite la participación política (1997: 344). El dinero se convierte en un arma para conseguir los propósitos políticos personales o colectivos, modificando leyes a partir de una cadena de corrupción.

No obstante, la institución del *sicariato* no se ha mantenido únicamente por el narcotráfico como tal sino que la propia ley utiliza a estos grupos para silenciar o propagar el miedo, los paramilitares para acabar con sectores de la izquierda y ciertos políticos para arreglar problemas o conseguir sus objetivos. En Colombia existe un régimen político que no negocia con sus opositores sino que recurre a la violencia para derrotarlos. Y de ahí que el *sicario* se aleje de aquellas concepciones que pretendían hacerlo abanderado de valores sociales o líderes del cambio. De esta manera, el *sicario* no se limita a eliminar sujetos por asuntos pasionales, conflictos interpersonales, venganzas en el mundo del narcotráfico sino que acepta intimidar o asesinar a aquellos sujetos que puedan interferir de cualquier manera en el negocio en el que se halla integrado. Es una cadena interminable que se inicia con el contratante,

que ya bien puede ser político o magnate económico, un familiar o un empresario y que acaba en su propia figura, último eslabón del negocio. Así pues, las características del personaje que vendía la televisión en décadas anteriores y que los definía de forma idealizada como elegantes, sofisticados, silenciosos y discretos ha desaparecido y se ha demostrado su esquizofrenia cultural, angustia, inseguridad e injusticia. El *sicario*, en definitiva, no es más que un sujeto efímero, convertido en 'Chatarra', consumido por los propios hábitos del consumismo, 'jóvenes que entraron en la violencia buscando una posibilidad de realizar sus anhelos y de ser protagonistas de una sociedad que les ha cerrado sus puertas' (Salazar 1990: 30).

No obstante, el *sicariato* no es sólo una condensación de violencias sociales, económicas, políticas y estructurales que tienen lugares dentro de los límites colombianos. De hecho, Medellín es únicamente uno de los muchos escenarios locales en los que se presentan las consecuencias del mercado de consumo global y donde la globalización, acentuando el crecimiento desigual y la desintegración social y política de lo nacional, ha reconfigurado los hábitos de consumo en un mundo en el que lo que importa son las mercancías y donde la vida se ha traducido a una lista de compras. De este modo, a la pobreza social y la violencia, se añade esta globalización 'defectiva' (Totaklian 2000:30-31 ) que polariza y deteriora los mecanismos de cohesión política, desgasta las representaciones simbólicas y aumenta la exclusión social de Medellín que, a su vez, se convierte en una ciudad víctima de

una sociedad consumida por el afán de lucro. Como consecuencia, aparece la figura del *sicario* como un sujeto reterritorializado que vive en un presente perpetuo atravesado por lo global y la imposibilidad de habitar el mundo, lo cual aumenta su sentimiento de frustración y la esquizofrenia cultural derivada de la adopción, tanto por imitación como por préstamo de códigos alternativos, de elementos heterogéneos procedentes de mundos opuestos. Por ello, frente a su deslocalización y falta de referente, estos sujetos convierten al territorio en el lugar para su propia identificación, lugar para la reconstrucción como individuos y donde se les proporciona la estructura social y alternativa al sistema de valores y sanciones, recompensas y castigos que dan orden e identidad alternativa mediante patrones de aceptación y gratificación. Y, aunque la mayoría de ellos no abandonan el barrio, ni la casa maternal, adoptan códigos lingüísticos, hábitos y costumbres del mundo global. Por lo anterior, podemos definir al *sicario* colombiano como el sujeto subalterno criminal de los intersticios que aparece en las barriadas de Medellín en camadas y que adoptan magia y hechicería junto a culpas cristianas pero que, además, sueñan con igualdad y libertad al tiempo que experimentan sensación de vacío al no ver futuro en sus vidas. Tal y como nos presenta Gilles Lipoveski en su obra *La era del vacío* (1982), el individuo contemporáneo vive en un estado de indiferencia y anonimato que controla sus comportamientos. De esta manera, el *sicario* representa la conmoción de una sociedad cuyas costumbres y consumo masificado han propiciado la emergencia de un modo de socialización e individualización

inédito, hasta el punto de romper orden social. Dentro de un mundo en el cual las opciones privadas son la tendencia global, el *sicario* personifica el hedonismo llevado a las últimas consecuencias.

De esta manera, por su asimilación de culturas diversas, su continuidad con el pasado rural dentro de un sistema de valores establecidos por el proceso de globalización, los *sicarios* se convierten en sujetos locales en una economía transnacional. Además, el narcotráfico se convierte en un sector económico altamente rentable para la sociedad colombiana y afianza valores tradicionales que adjudicaban el éxito en la vida a la temeridad y a la suerte, dando nuevos significados a valores como el machismo y la religiosidad exacerbada.

De ahí que el *sicario* pase de la marginalidad al mito, de subalterno a héroe. Pero además, el *sicario* consigue ocupar un puesto predominante tanto en los medios de comunicación como los distintos géneros narrativos y los variados análisis sociológicos y antropológicos que se han llevado a cabo en los últimos años. Enmarcado en una disciplina, el *sicario* se ha convertido en una figura objeto de estudio. De cualquier modo, tanto en el mundo paratextual como en el texto, el *sicario* es un ser desterritorializado que se desplaza del suburbio y se apropia de los espacios; un ser descentrado y esquizofrénico que ocupa un lugar central en la institución y la cultura. En otras palabras, el *sicario* convierte lo 'invisible' en 'visible', lo subterráneo en cotidiano, dando forma a la sociedad y sus narrativas y alterando procesos lingüísticos, valores morales y éticos. Titulares tales como 'Medellín fábrica de sicarios', 'Los

asesinos de la moto', 'Sicario, industria nacional' han convertido a estos muchachos en los protagonistas de una sociedad que les había negado reconocimiento.<sup>93</sup> Este desplazamiento y la consecuente interacción con el resto de la ciudad, si bien ha provocado un grave malestar en la comunidad citadina, también han representado la alteración de los códigos en la cultura urbana, cultura que ha terminado por adoptar elementos de la subcultura delincinencial. De este modo, en un mundo carente de ídolos, la figura del *sicario* se ha transformado en el héroe víctima de una sociedad que lo excluye.

## VIII EL QUE MATA: REZA Y EMPATA

En Colombia siempre ha existido una predilección particular por las figuras tortuosas y atormentadas que permiten la identificación con el pueblo sufriente. El Sagrado Corazón como patrón del país y la imagen de la Virgen con el corazón clavado de espadas son ejemplos de esta tendencia al uso de imágenes e íconos violentos en la religiosidad popular. Esta religiosidad, autoritaria y dogmática, que ha sido, en innumerables ocasiones, la incitadora oficial de la violencia desde los años cincuenta contra comunistas, marxistas y liberales, es transmitida en el sistema educativo y familiar, y se adopta por la religiosidad popular católica de modo que determina formas de comportamiento. Y, si la principal característica identificada en la subcultura del sicariato es la

---

<sup>93</sup> Artículos aparecidos en la Revista *Semana*, Bogotá, Noviembre 11, 1986, 27 Abril 1987, 28 Abril

esquizofrenia cultural, la hibridez y deterritorialización de los sujetos, nada mejor que una mirada a su fanatismo religioso y su sincretismo ritual para demostrarlo. Superstición y fanatismo reflejan una particular concepción del mundo y una disposición especial para afrontar la vida.

El *sicario*, por su parte, realiza una manipulación de lo sagrado a partir de unos rituales con fines prácticos y utilitaristas, mezclando en ellos la manipulación y la súplica; toda devoción es poca para conseguir el milagro esperado. El *sicario* es supersticioso y hace uso mágico de los objetos sagrados: las medallas para que les salven la vida, los escapularios en el tobillo y el cuello para que les vaya bien el negocio, rezan las balas hirviéndolas en agua bendita para que den en el blanco e ingieren la pólvora de las balas para mejorar su estado anímico.<sup>94</sup> Todos estos amuletos y rituales aseguran no sólo la salvación de su alma, sino el amparo y protección, la buena suerte frente a la adversidad y la consecución de sus objetivos. De este modo, el *sicario* carga la pistola y se persigna. Pide a Dios que le ayude en el trabajo y después que no le falle la puntería. Y, en la iglesia, de rodillas, agradece el favor divino.<sup>95</sup>

Lo religioso en su mundo cumple una función de talismán, que protege pero que está totalmente distanciado de un compromiso de vida, de la adherencia a unas normas de regulación individual y social. Esta

---

1987.

<sup>94</sup> En varias entrevistas realizadas a jóvenes en Sabaneta se comprueba que San Judas Tadeo es admirado en el barrio Castilla de Medellín por ser el abogado de los casos difíciles o desesperados y los jóvenes le rezan novena para que sus actuaciones tengan éxito. Estas entrevistas se realizaron en Sabaneta, Medellín durante el mes de mayo de 2001 por Maite Villoria. A veces los *sicarios* le quitan el hacha de sus manos para llevarla como talismán.

<sup>95</sup> Entrevista realizada a William Fernández en Sabaneta, en la iglesia de Santa María Auxilidora, por Maite Villoria durante el mes de mayo 2001. Estas entrevistas no han sido registradas en

religiosidad popular activa, su asistencia a las misas y peregrinaciones semanales y sus posibles contactos con los sacerdotes de sus parroquias, responde a las pulsiones básicas y a los deseos más elementales de los sujetos, a su necesidad de respuestas de un origen que desconocen y de un final que se encuentra en el presente.

En Colombia, a pesar de ser un país consagrado al Corazón de Jesús desde 1902, el culto mariano es preponderante. Y, aunque este culto no sea exclusivamente colombiano, ni antioqueño, en Medellín existe una devoción desligada de Cristo y una divinización que sitúa a María al lado de Dios. María se convierte en la abogada auxiliadora y mediadora. Únicamente en Medellín, la Virgen tiene 67 parroquias dedicadas a ella y se ha convertido en la idealización de la mujer, la madre abnegada y sufriente, el consuelo para aquellas madres afligidas. Por ello, los *sicarios* buscan no sólo el perdón en esta imagen sagrada, sino también la complicidad que les proporciona la propia madre, única que parece comprenderles, consentirles e, incluso, alcahuetearles.

Estas prácticas sacramentales mecanicistas pero devocionales responden a las necesidades psico-sociales y culturales del *sicario*. En la oración, los jóvenes asesinos piden y agradecen los favores materiales que no pueden satisfacer por otras vías. Es la base de una religiosidad popular cimentada en el ritualismo sin sustento teórico alguno, enmarcado en el chantaje y la manipulación de la fe, con conceptos mágicos desde donde manejan el concepto de negociación con lo divino. En realidad,

---

apéndices por haber sido realizadas sin grabadora. Sin embargo, si se anotaron algunos de los

bajo un prisma consumista y capitalista, Dios se ha convertido en un ser a quien debemos pagarle tributo por la redención y los favores que concede: 'Yo doy si Usted me da'. Se negocia y comercializa, de esta manera, no sólo con la propia vida, sino con los iconos sagrados y el culto se representa en condiciones de contrato, se le premia o castiga por el incumplimiento —así se les deja de rezar, se les esconde o se les amarra, tapa los ojos, o se ponen boca abajo. Pero además, este comercio se realiza a través de los despachos eclesiásticos o almacenes parroquiales como si de venteros ambulantes se tratara. Estos venteros venden o monopolizan un negocio altamente lucrativo y que consiste en suministrar agua bendita y medallas, escapularios o imágenes, con lo cual se explota la sensibilidad de los creyentes, ofreciéndoles una solución a sus problemas y, al dar una limosna para una misa o una estampa, se negocia con la propia alma o la del ser querido, para que llegue más rápido al lado de Dios. Para estos jóvenes sin futuro, la vida sigue tras la muerte y, por ello, realizan fiestas y actos para el ser querido muerto, donde llevan el cuerpo difunto de bar en bar como si estuviera vivo. Por ejemplo, las lápidas en el cementerio de San Pedro incluyen fotografías de los familiares, cartas personales, calcomanías del Divino Niño, elementos decorativos, flores de plástico y equipos de sonido donde puede escucharse la música favorita del difunto. Con todo ellos se pretende halagar a los difuntos con la esperanza de resarcir las ofensas hechas en vida y mantener con ellos una comunicación fluida. Pero, además, se trata

---

comentarios más sobresalientes.

de competir con las otras lápidas, lo cual se complica en diciembre con los motivos navideños. En Navidad 'las lápidas ya lucen cintas rojas y verdes, estrellas y bolas doradas, y tarjetas de navidad especiales para difuntos, incluso de esas que al abrirse sueltan la música de noche de paz' (Salazar 1999: 49). Y, otro halago a los muertos es regalarles con serenatas en la tumba, ya bien sea 'con mariachis o con grabadoras' (1999: 151).

Y es que, en la relación entre religiosidad y violencia, la propia iglesia católica tiene una enorme responsabilidad porque ha decidido cerrar los ojos antes tales profanaciones, creando alrededor de los centros religiosos —santuarios, lugares de culto, centros milagrosos, etc— infraestructuras económicas que ayudan a subsistir a las parroquias locales a partir de la explotación de una religiosidad que desplaza el culto a folklore, festín o mercado. De este modo, se explica que las creencias religiosas no constituyan un obstáculo para el delincuente sino, al contrario, una ayuda al ejercicio de la violencia. Ya en la memoria de los inmigrantes de las zonas de la Violencia está el recuerdo de la incitación por parte de sacerdotes a defenderse por medio de las armas de los ataques de los liberales ateos. Así es una constante que, en los relatos de los inmigrantes de la Violencia, aparezca esta esquizofrenia entre lo religioso y el poder. De este modo, las prácticas son totalmente contradictorias al comportamiento social y a los valores morales y éticos. Ser buenos católicos no implica ser buenos ciudadanos.

Pero, junto a estas prácticas, donde las reliquias les aseguran la protección en todas las adversidades y se convierten en amuletos fetiches, los *sicarios* adoptan cultos satánicos que rápido son incorporados a sus creencias católicas. Estos cultos satánicos presuponen una ferviente adoración al Diablo como ente poderoso más allá del sujeto común. Entre las prácticas más frecuentes se encuentran la bebida de la sangre del gato —lo cual puede ser relacionado con la ingestión de la ostia consagrada y sangre de Cristo. El pensamiento mágico animista caracteriza a una religiosidad definitivamente apartada de los valores morales y éticos que se suponían base de la iglesia católica. Con todos estos rituales, los *sicarios* pretenden conseguir aquello que no consiguen por sus propios medios: dominar, controlar y obtener sus deseos. Y el crimen como ritual religioso expresado en el sacrificio es una neoreligiosidad urbana que anhela el exterminio del otro por su diferencia. Por otra parte, con los rituales de la muerte, las misas y los entierros pretenden desmentir a la muerte que ven en todos ellos como algo inminente. Pero, sobre todo, existe en todo ello una búsqueda de identidad, de reconocimiento y protección, de saciar su deseo y pagar su culpa. Por ello, el *sicario* no puede definirse como un ser sin ética. De hecho, en el *sicario* puede reconocerse la ética cristiana que sincroniza con una ética sadiana y perversa. Ambas formas éticas son transmitidas al niño en el seno familiar a muy temprana edad, a menudo por la madre, que le confiere su total complicidad.

Análisis sociológicos han presentado pues al *sicario* de un modo congruente y es a partir de tales análisis que ha sido representado en la narrativa colombiana. Sin embargo, y regresando al tema de su representación, este grupo no puede ser visto como un conjunto homogéneo, ni podemos limitarnos a definir al *sicario* como el joven marginal de las periferias. Tampoco debemos pensar que todos ellos comparten las mismas prácticas u orígenes. En realidad, Medellín si es hoy el epicentro de la violencia urbana no es únicamente por una relación que iguale la pobreza con la violencia. Ciertamente, nos encontramos con otros agentes procedentes de todos los grupos sociales urbanos involucrados en ella y que parecen haber sido olvidados en los textos literarios. Teniendo en cuenta la opinión de Jorge Child, los agentes activos no son los jóvenes de los lumpen miserables, sino aquellos de clase media que frustrados antes las expectativas de educación y de enriquecimiento quienes, excitados por los videos norteamericanos, las drogas y los héroes matones, entran a formar parte de una violencia sin límites (Child 1984).

En este capítulo se ha intentado ofrecer una visión sintetizada de distintas teorías sobre subalternidad y subculturas que nos ayuden a comprender la representación del subalterno criminal, llámese *sicario*, en la literatura colombiana contemporánea. De algún modo, tales representaciones, como veremos a continuación, no pueden ser leídas como extractos de una "realidad" extraliteraria, sino como historias que ayudan a conformar una realidad y un imaginario de los sujetos y su

entorno. En breve, la novela *sicaresca* construye la ciudad de Medellín, la cultura del sicariato y los sujetos emergentes a partir de una lógica disciplinaria que analiza una "realidad" local específica, a menudo olvidando las relaciones que la situación local posee con lo global. Por otra parte, estos textos que veremos a continuación no proponen salidas a la violencia, al contrario, la estetizan de modo que se convierte en objeto de mercado.

## **IX NARRATIVA Y SICARIATO**

Hasta ahora hemos visto cómo en las últimas décadas se ha demostrado en Colombia una preocupación especial por representar la alteridad y por mostrar la forma en que la violencia y la estética del desecho se ha venido manifestando en los espacios urbanos colombianos y, en especial, en Medellín. Este interés principalmente debido a que la violencia ha cambiado en este país y este cambio no ha implicado únicamente su movilidad espacial y con ella la transformación del espacio urbano —tanto público, como privado— ni el traspaso de ciertas fronteras simbólicas, como las Universidades o las iglesias, lugares de pensamiento o culto. La transformación a la que se hace referencia es la de la identidad de los actores sociales o la emergencia de actores nuevos en escena que nos obligan a hacer ciertas anotaciones sobre los aspectos culturales de la violencia y sus distintas representaciones. Entre dichos actores encontramos al *sicario* que, como último eslabón del negocio ilícito, se ha

visto que mata por encargo, se inicia en rituales semi-satánicos y socializa con el crimen desde temprana edad en las bandas o milicias. Y, las mujeres no han sido ajenas a dichas bandas. En realidad, estas agrupaciones constituyen para muchas de ellas los espacios de socialización frente al maltrato, el abandono y las privaciones.

A partir de la narrativa, la cultura del *sicariato* ha pasado a conocerse tanto dentro como fuera del país, representando el exponente máximo de una cultura urbana popular que, como hemos dicho, problematiza los parámetros institucionales culturales. Sin embargo, cabe preguntarnos hasta qué punto, estas narrativas recurren a la figura del *sicario*, como subalterno y sujeto marginal, o simplemente, se basan en aquellos estereotipos contruidos de esta figura tanto desde dentro como desde fuera de los límites nacionales. En cualquier caso, la pregunta nos lleva a considerar la posibilidad de negociación de estas narrativas con las agencias de poder y cuestionar su capacidad de resolver los conflictos sociales existentes. Por otra parte, nos preguntamos ¿Cómo puede la narrativa enlazar una historicidad 'otra' que requiere nuevas estrategias de lectura crítica y teórica? ¿Puede la narrativa ocupar ese espacio central cuando la letra está siendo descentrada de su lugar cultural? ¿Desde dónde podemos representar a estos sujetos que ocupan un espacio marginal?

En realidad, uno advierte que estos textos, aún cuando proveen interesantes acercamientos analítico-estéticos, no son siempre adecuados. Pero, además, en su narrativa se reafirma la diferencia entre

el margen y el centro, al utilizar un arquetipo de *sicario* semejante al que ha sido utilizado por los medios, los cuales, a partir de su primacía avasalladora sobre el tema, se colocan como centro de interrogación del fenómeno de la violencia.

En 1989 aparecía la película *Rodrigo D. No futuro* del director colombiano Víctor Gaviria (1955- ) que, en cierto modo, anticipaba en la escena cultural colombiana una serie de novelas, ensayos y libros de crítica sobre la vida de las comunas y las zonas marginales de Medellín, la marginalidad residual de las ciudades, sus flujos de violencia y el presente constante en el que viven sus actores sociales, quienes, a su vez, sufren un marcado determinismo social. Al mismo tiempo, desde la academia, aparecieron trabajos disciplinarios de "violentólogos", sociólogos, antropólogos y comunicadores sociales que cubren el campo de la investigación local. Estos estudios evidencian la forma en que conceptos tales como ciudadanía, democracia, propiedad y solidaridad han desaparecido en la sociedad colombiana. Algunos de estos trabajos han ido tras la búsqueda del subalterno para traducirlo dentro de las disciplinas explicativas de lo social y lo cultural o para proponer una agenda de redención social, conjurando y exortizando con imágenes lo que, en realidad, se percibe como un desastre. Estas formas discursivas han propiciado la narrativa literaria que ha tomado como referente el mundo del *sicariato*.

Entre los textos literarios que aparecen en la última década del siglo XX y que recrean al *sicario* podemos mencionar: *Ganzúa* (1989) de

Fernando Macías, *La Virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo — llevada al cine por Barbet Schroeder en 2001—, *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco Ramos, *Sangre Ajena* (2000) de Arturo Alape y *Morir con papá* (1997) de Oscar Collazos. Todos estos textos abandonan el costumbrismo decimonónico, resultado de la modernización y se construyen como relatos apocalípticos, reflejando un mundo que estalla y donde, para el horror de las clases medias, la ley universal es reemplazada por *lex talionis* (Franco 2002). Estas narraciones, a partir de situaciones inexistentes fuera del mundo lingüístico, nos acercan, de una manera traducida y mediatizada, al mundo extratextual al que de otro modo tendríamos difícil acceso. Así es cómo descubrimos al *sicario*, un sujeto deslocalizado y sometido a las leyes del discurso escrito y a una lógica de acción que dependerá de la posición de su creador. Es la evidencia de cómo el Otro es construido culturalmente desde dicho punto de vista ya que no consigue hablar directamente y, por ello, se limita a ser representado a partir de un proceso de transformación literaria que tiende a reducir a categoría de objeto a los actores sociales. En el discurso, el sujeto se convierte en objeto y como tal, es reconceptualizado y evaluado inseparablemente de la percepción social del mediador. Esta traducción del Otro no siempre se realiza de un modo coherente, a partir de un diálogo armónico, sino que existe un procesamiento del habla, de las actitudes y valores en la escritura por parte de un narrador, en ocasiones totalmente ajeno al mundo narrado, que parece excluir más que incluir a ese Otro que se propone como objeto literario.

De acuerdo con Mijail Bakhtin (1981), para comprender la palabra y otorgarle valor o incluirla en un sistema de valores tenemos que conocer los valores del mundo vivido. En la narrativa del *sicariato* se incorpora, ya bien sea a partir de la imitación, parodia o traducción, un lenguaje determinado, el *parlache*, que coloca a la palabra fuera de los límites reconocibles del lector/receptor. Al mismo tiempo, no existe un previo conocimiento empírico del mundo interpelado e incluso el sistema de valores se distancia del "nosotros", ya que éste se manifiesta principalmente en unas actitudes que comparten los miembros del grupo marginal al cual no pertenecen ni el narrador ni el autor. En realidad, no existe lenguaje fuera de la intención estratificante del mundo y los autores de las novelas, dando muestra de ello, interfieren en dicho sistema de valores, imponiendo su propia visión. A partir de la introducción del registro del Otro y su traducción, el significado de la palabra es tergiversado al usarse fuera del contexto del habla. De este modo, la ideología transmitida por el autor reduce y subordina en la tarea de representar artísticamente al hablante. Por ello, la heteroglosia social del habla no se resuelve en el dialogismo de las novelas.

Obras como *El pelaito que no duró nada* de Victor Gaviria (1991) y *No nacimos pa'semilla* de Alonso Salazar (1990), son los primeros trabajos que recogen la vida de adolescentes convertidos en criminales. Estos muchachos, lejos de ser los pícaros de antaño, como en ocasiones se ha pretendido comparar, son jóvenes marginados por la sociedad de consumo que asumen la vida como una mercancía más.

En este sentido, la obra de Salazar, *No nacimos pa'semilla*, presenta un estudio sociológico de la violencia en el cual se pone a hablar a los actores sociales marginales. A partir de una serie de testimonios que actúan como narrativa performativa, los sujetos se expresan mediante el *parlache*, que el autor incorpora directamente en el texto en la transcripción de las voces subalternas. Sin embargo, el autor, consciente de la distancia del lector al léxico descrito, incorpora un glosario a partir de una traducción interpretativa del vocabulario utilizado por los narradores y, por consiguiente, se realiza una traducción en base al lenguaje hegemónico. De este modo, poniendo en tensión códigos existentes, estos testimonios recopilados por Alonso Salazar muestran una urgencia en presentar la crisis de significado que produce la violencia y los conocimientos marginales que empiezan a tejer estas redes de representación. Sin embargo, aún cuando el texto otorga la palabra y pretende dar voz a aquellos que no gozan de ella, representados principalmente desde los medios de comunicación de forma distorsionada, y a menudo desde una perspectiva ahistoricista, no logra su inclusión ya que son apropiados en el orden de la misma escritura que actúa como vehículo constructor de identificación de discursos y simbolizaciones.

No obstante, la literaturización del *sicariato* aparece de forma representativa en los noventa. Con el trabajo de Fernando Maclás, *Ganzúa* (1989), podemos decir que comienza un ciclo de novelas en las que su referente inmediato es el joven marginal, sujeto de las periferias de la ciudad que se organiza en bandas o "galladas" para asegurar su propia

sobrevivencia. Estos personajes se ajustan al estereotipo del joven "predestinado", adherido a la llamada 'cultura de la pobreza' (Lewis 1959)<sup>96</sup>, que termina por convertirse en *sicario*. Por otra parte, en esta novela, el territorio es la constante de cohesión del grupo y la banda el espacio de formación y socialización frente al vacío existente en sus vidas. En las "galladas" es donde los sujetos comparten actitudes, tendencias y expectativas frustradas y donde, como comenta William Foote en su libro *Street corner society*: 'gangs can be traced back to early boyhood when living close together provided the first opportunities for social contacts' (1993: 214). Los miembros se suelen conocer por un apodo y la cohesión se administra a partir de un sistema de obligación mutua. No obstante, en la banda a la que pertenece el personaje de la novela de Macías no tienen cabida sólo las relaciones fraternales positivas, sino que en ella encontramos una competitividad violenta que genera el odio entre algunos de sus propios miembros, odios que son principalmente consecuencia del afán de protagonismo y poder que confiere el liderazgo. De esta manera, vemos la lucha a muerte que tiene lugar entre dos de los personajes de la misma banda, Cusca y Ganzúa,

---

<sup>96</sup> Lewis define 'cultura de la pobreza' como relativa al grupo social que carece de participación en cuanto valores y metas de la sociedad global. Este grupo humano toma posesión del espacio pero su exclusión es radical, lo cual produce una crisis de personalidad. Lewis dice: 'Poverty becomes a dynamic factor, which affects the participation in the larger national culture and creates a subculture of its own. One can speak of a culture of the poor; for it has its own modalities and distinctive social and psychological consequences for its members. It seems to me that the culture of poverty cuts across regional, rural-urban and even national boundaries, [...] similarities in family structure...' (Lewis 1959: 2). Lewis opina que las principales características que definen la cultura de la pobreza son: lucha por sobrevivencia, salarios bajos, trabajos sin especialización o habilidad, trabajo infantil, ausencia de ahorros, sin dinero en efectivo o reservas de comida en casa, etc. y los efectos se traducen en una falta de privacidad, vida en agrupaciones, alcoholismo, violencia, uso de violencia infantil, violencia hacia la mujer, abandono de la figura paterna, autoritarismo, superioridad masculina o 'machismo', dependencia y alienación (Lewis 1966).

cuyo deseo de constante reconocimiento les conduce a maniobrar el asesinato del otro.

A partir de tres narradores, el propio protagonista (Ganzúa), un miembro de la banda (Panadero) y un narrador omnisciente, la novela transcurre siguiendo una estructura no lineal, en la que se muestra el determinismo que dirige la vida de estos jóvenes, los cuales no consiguen salir de ese círculo vicioso en el que les sitúa la 'cultura de la pobreza'. Sin embargo, debemos cuestionar el concepto al que se refiere Oscar Lewis para definir la cultura que rige en los sectores marginales ya que el desempleo es generador de pobreza en sí mismo. Esta visión arbitraria de la pobreza es a la que parecen recurrir las novelas a examen. En *Ganzúa* se aprecia que la pobreza ha sido convertida en condición y es una de las causas del vacío que experimentan los personajes y que parece conducirles a un futuro trágico. Como Panadero nos dice refiriéndose a Ganzúa: 'desde la esquina comprendía que vagar y robar no eran otra cosa distinta que la vida' (Macías: 27). Sin ver ninguna posibilidad de salida a su situación, los personajes de la novela ocupan una posición social marginal que tiene raíces históricas en el país y se mueven en un mundo cerrado, excluido del resto de la sociedad. Para ellos, la vida se cierne a la banda y, dentro de unos límites barriales que reducen sus conocimientos del *afuera* y controlan su actitud en el *adentro*, estos sujetos comparten elementos culturales identificables, lo cual les permite la reificación de la identidad como individuos y les confiere cierta sensación de seguridad. En su comportamiento se reflejan los elementos

sujetos. De este modo, las peleas internas en la "gallada", descritas de forma negativa por uno de sus propios miembros, son continuas y contribuyen a la sensación de determinismo creada por el autor. Pero, en general, la solución frente a cualquier conflicto parece encontrarse en la eliminación de una de las partes involucradas. Así encontramos una referencia al Cementerio de San Pedro en Medellín. En dicho cementerio se encuentran distintas figuras del narcotráfico, entre ellas la mano derecha de Pablo Escobar, la "Kika". Y, es allá donde enviarán a "las dos pintitas esas" (39), dos enemigos de la "gallada", a darle "saludes" a San Antonio, lo cual no significa otra cosa que "las dos pintitas" serán asesinadas y enterradas en el cementerio.

Por otra parte, el rasgo que identifica al grupo de jóvenes personajes es el lenguaje. Sin embargo, el *parlache*, que se introduce en el texto con la voz de *Ganzúa*, pasa a convertirse en un elemento de la diferencia ya que es únicamente éste quien lo habla y su interlocutor, el propio lector, no siempre va a compartir dichos términos y vocablos.

En 1997 Oscar Collazos publica su novela *Morir con papá*. La novela, escrita en primer lugar como cuento, nos sitúa en la ciudad de Medellín, donde padre e hijo se reencuentran para trabajar juntos, como si el asesinato y el crimen pudieran considerarse una herencia familiar. No obstante y, a pesar de que la profesión de asesinos parece haber sido una elección personal, se observa que las condiciones para haber recurrido a tal modo de ganarse la vida las ha propiciado la situación de pobreza o la desesperación. En esta novela, al igual que en la novela de

Macías, observamos que la relación entre padre e hijo se caracteriza por la falta de afecto y la necesidad que el protagonista tiene de reestablecer con él unos lazos más sólidos:

No han estado nunca muy cerca uno del otro. El vínculo entre padre e hijo ha sido una suerte de indiferencia determinada por un afecto silencioso, por la discreta manera con que este impone su autoridad y ofrece consejos. Han pasado años sin verse y sólo cuando el hijo ha empezado a hacerse hombre, el padre ha sabido que aquel muchacho le demuestra un raro apego. Los ha unido acaso la determinación de trabajar juntos o de haberse encontrado en un trabajo que cada uno, y por su cuenta, decidió hacer en parecidas circunstancias de desesperación o pobreza (Collazos: 25).

En las vidas de los personajes de las novelas no existe un sentido de pertenencia o identidad. Por ello, en *Morir con papá*, Jairo se empeña en mostrar su capacidad por obtener distintos bienes de consumo, objetos que, al mismo tiempo, le permiten gozar del respeto de los demás y de cierto reconocimiento entre los suyos. De este modo, el viejo no ha poseído nada en la vida:

La casa no es suya ni tiene sentido de pertenencia a nada. Al salir, el viejo cierra la puerta de entrada y ajusta el candado con firmeza. Pretende así dejar protegida una vivienda a la cual no ha podido acostumbrarse. No es su casa y nada de lo poco que contiene le pertenece (Collazos: 11).

Sin embargo, el hijo sí compra una motocicleta como símbolo de su nueva posibilidad de adquisición, objeto que será la causa de su propia muerte. La Yamaha de 500 centímetros cúbicos comprada la semana anterior al asesinato está registrada a su nombre con lo cual pierde su anonimato en el momento del crimen y, por ende, la invisibilidad que le concedía cierta inmunidad. Y el mismo dinero que le permite fanfarronear y adquirir bienes de consumo también se convierte en el motor principal de la muerte de su padre y la suya propia.

Pero si bien el dinero implica cierta vulnerabilidad, al mismo tiempo otorga a los sujetos de una movilidad relativa ya que el poder económico abre el acceso a lugares públicos a aquellos personajes a los que se les había vetado la entrada. Por ejemplo, Jairo le dice a su novia que vaya a comprarse una chaqueta de cuero al Poblado. El Poblado es un barrio de la clase “alta” de Medellín donde se encuentran las mejores tiendas y los restaurantes más costosos. Con ello se demuestra que el dinero no sólo está relacionado con una mayor capacidad de adquisición, posibilitando la entrada en la sociedad de consumo, sino que muestra la creciente movilidad ganada por estos jóvenes en el espacio urbano:

Cómprate si quieres esa chaqueta de cuero que vimos el otro día en El Poblado —dice el muchacho—. Ya sabes que me gusta verte con bluyines y con esas blusitas que usas bien bacanas (Collazos: 13).

En *Morir con papá*, Collazos también recupera todos aquellos elementos que tanto la sociología como los estudios antropológicos han señalado con respecto a la cultura del *sicario* y a los que nos hemos referido en la primera parte de este capítulo. De esta manera, Jairo, además de reiterar el estereotipo establecido de los jóvenes de Medellín, imbuídos en una sociedad que determina su futuro por nacimiento y herencia, también se caracteriza por la imitación de aquellos rasgos que han sido aprendidos y adaptados a partir de las películas americanas que Jairo ve con gran interés. Como piensa en padre al verle actuar:

Tal vez se tratase de recursos aprendidos en los telefilmes de policías que veía invariablemente y con una concentración tal, que el mundo podía venirse abajo antes de que el retirara los ojos del televisor (Collazos: 16).

Cuando su interés por la trama era absorbente, aplaudía o gritaba indignado, como si él también fuera un actor secundario, siempre dispuesto a intervenir si

alguna imprudencia o desliz ponía en peligro la vida del protagonista. Si hubiera sabido leer correctamente, le habrían gustado también las novelas del género (Collazos: 17).

Sin embargo, la televisión no puede ocupar el vacío de unas vidas en las que no se logra alcanzar los objetivos impuestos socialmente. La constante presencia del televisor y la afluencia de imágenes, en la mayoría de las ocasiones melodramáticas, y con las que los personajes se identifican, aproxima a los sujetos al mundo exterior a su círculo:

El televisor que domina la estancia como si se tratara de una presencia religiosa tan poderosa como insustituible, un pequeño televisor a colores de donde emanan imágenes de melodrama que ni ella ni el ven en estos instantes (Collazos: 45).

Es de esta misma manera que vemos la relación de los *sicarios* en la novela de Vallejo con el mundo de la televisión. No obstante, Vallejo va más allá al afirmar que la cultura popular genera el vacío e infelicidad de los personajes: 'La felicidad no puede existir en este mundo tuyo de televisores y casetes y punteros y roqueros y partidos de fútbol' (Vallejo: 14). Por eso, 'el vacío de la vida de Alexis, más incalmable que el mío, no lo llena un recolector de basura' (Vallejo: 22).

Con el tango, del mismo modo que se presenta en *La Virgen de los sicarios*, se participa en la cultura *paisa* pero, la cultura popular, que en *La Virgen de los sicarios* veremos aparecerá definida por su narrador gramático e ilustrado como de "mal gusto" o de "gusto bárbaro", se percibe en la novela de Collazos a través de la nostalgia que Jairo siente por la casa materna. En realidad, la estética denominada de la "pobreza" domina la estancia de la casa de la madre de Jairo. Dicha estética, a menudo sigue los parámetros de lo definido como 'kitsch' y, por tanto,

puede entenderse como una imitación vulgar del original.<sup>96</sup> No obstante, esta forma estética es, en la mayoría de los casos, el resultado de una estética pragmática y funcionalista impuesta por las necesidades económicas que condena a las gentes simples y modestas a tener gustos considerados como inferiores:

En la mesita de centro reposan animales de porcelana, perros, gatos, elefantes, conejos, un decorado que el muchacho recuerda y reconstruye en este viaje que lo conduce instantáneamente a Luz Estela, un decorado que revela la presencia de la mano femenina que ha tratado de darle otro sentido a la pobreza (Collazos: 45).

Sin embargo, lo que esta descripción nos dice es que la violencia, como lógica social en Colombia no sólo se percibe en el robo, en los asesinatos cometidos por los sicarios, en la Institución o los paramilitares, sino también en la clase media con su reclamo de orden y belleza —como veremos claramente en la crítica profunda que lanza Vallejo contra la cultura del *sicario*. El *sicario* es el símbolo de la cultura del consumo en tanto que todo consumo se basa en algún tipo de violencia, pero, además,

---

<sup>96</sup> Lo kitsch tiende a definirse como la reducción de objetos estéticos o de ideas en objetos de Mercado. El término se ha aplicado como síntoma de la condición posmoderna, sin embargo, el concepto es difícil de definir principalmente por la cantidad de ejemplos que, hoy en día, se puede ofrecer de lo que sería 'kitsch'. En cualquier caso, según Baudrillard, lo 'kitsch' se opone a la estética de belleza y originalidad, ofreciendo la estética de simulación ya que imita aquellos objetos originales en distintos materiales y tamaños (Baudrillard 1998). No obstante, lo 'kitsch' tiende a ofrecer estereotipos, orientar a las masas hacia un común denominador con el que todos puedan identificarse y, por último, ata a las masas al consumismo. Así pues, siguiendo las palabras de Baudrillard, la proliferación de lo 'kitsch' reproduce y vulgariza industrialmente al nivel de objetos las señales que proceden de cualquier tipo de registro y, a partir de un exceso desordenado de señales hechas, tiene sus bases en la realidad sociológica de la sociedad de consumo, sin profesar ningún tipo de línea política o crítica. Por otra parte, el término se ha simplificado al colocarlo como sinónimo de mal gusto, sentimental o melodramático. En términos generales e inadecuados, lo 'kitsch' se usa para referirse a cualquier arte deficiente por su falta de creación y originalidad. Y, a pesar de que David Hume no contaba con el vocablo, podemos encontrar en sus notas una definición que se acercaría a las anteriores: 'a species of beauty, which, as it is florid and superficial, pleases at first; but...soon palls upon the taste, and then is rejected with disdain, or at least rated at a much lower value' (Hume 1757). Sin embargo, tanto David Hume como Immanuel Kant teorizarían sobre el concepto de belleza, reiterando que ésta no se encuentra en las cosas por sí mismas, sino en la mente de quien las contempla y, cada mente, percibe la belleza de manera distinta.

el consumo en el caso del *sicario* produce una distorsión en los valores sociales ya que aquello que permite el consumo del pobre ya no se fundamenta en el trabajo sino en el crimen y, por lo tanto, lo inscribe más aún, si cabe, en la lógica de la muerte. Pero si bien debemos inscribir la estética del *sicariato* en el horizonte de la cultura de consumo, ya no podemos leer la belleza fuera de las estéticas de consumo. El *sicario* consume esa belleza—ya bien sea bajo la forma de prendas de vestir, la experiencia inmediata de la droga, las motos, los equipos de música, etc. y estos elementos se convierten en el centro de todas sus formas operativas. En realidad, estos objetos no sólo definen e identifican a los miembros de la cultura del narcotráfico, sino que además les facilita un poder ficticio que acompaña al que otorga el uso de las armas. Por ello, regresando a la idea anterior, el dinero como mediador y los bienes de consumo son tan violentos como la violencia física perpetrada por los *sicarios*:

Habían hablado de cualquier cosa, de las hembritas que conocían, de lo que harían cuando tuvieran más dinero, del carro o de la moto de alto cilindraje, de la ropa de importación, del equipo de sonido, de unas vacaciones en la costa, del poder que daba tener los bolsillos llenos de billetes y de ese otro poder, el de saber que en la cintura seguía el fierro, la pistola protectora (Collazos: 53).

Pero, además, con esta cita leemos la relación existente entre la sociedad de consumo capitalista que da rienda suelta al sueño y al deseo, ofreciendo todo aquello que la pobreza no puede adquirir, y la violencia que deriva de la frustración de aquellos sujetos que perciben su incapacidad de abandonar su posición marginal: 'El sueño parece venir de

las profundidades de un deseo que la conciencia ha escamoteado con la insidiosa intervención de la pobreza' (Collazos: 73).

En 1998 se publica la novela de Fernando Vallejo, *La Virgen de los sicarios*, quizá la más representativa de la estetización literaria del *sicariato* y en la que su autor está específicamente preocupado por el lenguaje. En ella, Vallejo presenta al *sicario* como víctima social, también, como en los otros textos, procedente de una familia desintegrada, con fuertes creencias religiosas y consumistas.

En *La Virgen de los sicarios* —al igual que Gombrowicz, Céline, Bernardt o Genet—, Fernando narra bajo su propio nombre, dando a sus fantasías su persona y rindiendo indeterminada distancia entre los hechos ontológicos y su capricho imaginativo. De esta manera, la novela adquiere una forma autobiográfica a pesar de no tratarse de una autobiografía.<sup>98</sup> Esta ficción autobiográfica facilita el comentario incesante, la interpretación, la interpelación y la traducción de Vallejo.

*La Virgen de los sicarios* auto-referencia la propia escritura. Entre otros ejemplos podemos mencionar cuando Fernando dice: 'Es que este libro mío yo no lo escribí, ya estaba escrito: simplemente lo he ido cumpliendo página por página sin decidir' (Vallejo: 17) o 'en el momento en que escribo' (Vallejo: 33), 'Ah, y transcribí mal las amadas palabras de mi niño. No dijo "yo te lo mato", dijo "Yo te lo quiebro"' (Vallejo: 25). Por

---

<sup>98</sup> Existe simulacro en la enunciación de la novela como forma autobiográfica que aumenta la verosimilitud por lo hipertextual ya que amplía los límites de la ficción y se confunde con lo epistemológico. En este caso, la forma autobiográfica no se presenta como el trasunto de la vida del autor sino como la representación de su espíritu creativo que se manifiesta en la obra, y por

otra parte, el autor se dirige directamente a los lectores con una estructura que prioriza la oralidad: 'No me lo van a creer cuando les diga' (Vallejo: 8), dando explicaciones para aquellos lectores extranjeros que poco conocen de Medellín: 'En Manrique (y lo digo por mis lectores japoneses y servocróatas), es donde se acaba Medellín y donde empiezan las comunas o viceversa' (Vallejo: 108) y pregunta a sus críticos salesianos: 'Curitas salesianos apologéticos, eminentísimos, profundísimos señores: ¿Qué mis críticas son superficiales, triviales?' (Vallejo: 73-74). Fernando, a su vez, evoca lugares perdidos en el pasado convirtiéndolos en nostalgia por lo que ha dejado de existir. En este hecho aparece una de las contraposiciones entre el narrador y los jóvenes *sicarios* con los que se relaciona ya que éstos últimos no poseen tales referentes imaginarios para la construcción de su identidad o valores y, desposeídos de tal memoria, viven desterritorializados, en un presente constante donde no consiguen encontrar el fundamento básico como sujetos.<sup>99</sup>

El *parlache*, lenguaje hablado por los jóvenes de Medellín, aparece en la novela analizado en base a una retórica constante acerca del "correcto" uso de la lengua. Mediante su actuación como gramático, el narrador interrumpe constantemente su relato para corregir o traducir lo términos utilizados por los *sicarios* ya que estos no hablan español sino argot o jerga:

Esta jerga de las comunas o argot comunero que está formado en esencia un viejo fondo de idioma local de Antioquia, que fue el que hablé yo cuando vivo (Cristo el arameo), más una que otra supervivencia del malevo antiguo del barrio

---

supuesto, le confiere cierta finalidad a la creación literaria impidiendo de variadas maneras que se configure con total autonomía.

<sup>99</sup> Como veremos esta idea se repite en *Rosario Tijeras* de Jorge Franco.

de Guayaquil, ya demolido, que hablaron sus cuchilleros, ya muertos; y en fin, de una serie de vocablos y giros nuevos, feos, para designar ciertos conceptos viejos: matar, morir, el muerto, el revólver, la policía.... (Vallejo: 23).

De alguna manera, Fernando se coloca en la posición del turista literario y adopta el papel de traductor privilegiado frente al lenguaje que el situa en las "comunas", y, 'a la final, como dicen en las comunas' (Vallejo: 17) ostenta frecuentes marcas de su cultura mediante citas y comentarios eruditos. Fernando alude a la lingüística y a la literatura como pretexto de su crítica culturalista del caos social y desde tal posición explica la jerga, corrige la dicción y la sintaxis, ofrece acotaciones explicativas, etc. Desde un lugar distante, el narrador marca las anomalías de ese lenguaje otro, de esa ciudad Otra que asedia a Medellín, convirtiéndose en un mediador muy particular entre dos mundos, el medio literario de la alteridad preletrada de voluptuosa oralidad y violencia. De este modo, nos encontramos ante la desterritorialización del habla y la creación artificial de 'neoterritorios' a partir de ésta (Deleuze and Guattari 1988).

Por otra parte, Fernando apropia la cultura desde su propio imaginario que está estrechamente relacionado con el erotismo que provoca lo desconocido, observándolo desde la terraza de su apartamento. Sin embargo, el narrador contradictoriamente pasa de mediador a convertirse en el vocero de aquellos discursos extremos que necesariamente se contradicen incluso en su versión estilizada al llorar la muerte de una sociedad que 'a la final' condena con la eliminación. Pero, al mismo tiempo, Fernando divide a los personajes en dos extremos del elenco. Por un lado, encontramos filósofos ilustres y, por el otro,

muchachos quinceañeros y, al hacerlo, excluye a una gran parte de la sociedad colombiana.

Además, la investigación de Vallejo sobre el estado de la violencia de Medellín es superficial, recurriendo a tópicos comunes y estereotipos aplicados en distintos discursos, sin un análisis evidente de la relación entre el Estado y la sociedad o, sobre todo, de estos individuos y su socialización fallida, de la (auto)marginación, cancelando las posibilidades de convertir estas problemáticas en novela. Por otra parte, acusa a los habitantes de las comunas de haber llegado a la ciudad huyendo de una violencia provocada por ellos mismos, lo cual necesitaría una explicación más analizada ya que los sitúa como victimarios cuando, en realidad, fueron las víctimas de una guerra civil fomentada por la misma hegemonía que les continúa excluyendo. Y, más allá de todo ello, acusa a la pobreza de los males de la sociedad sin profundizar en los motivos de ésta. Lo cierto es que, a pesar de su tentativa de crítica hacia el Estado débil y responsable de muchas de las injusticias sociales, la novela posee un sinfín de vacíos contextuales. En *La Virgen de los sicarios* no se logra establecer una relación entre violencia y condiciones socio-económicas que vaya más allá del determinismo aplicado desde la 'cultura de la pobreza' definida por Lewis (1959, 1966); teoría que parece ser la aplicada también por este autor de forma relativizada al definir pobreza como condición: 'los pobres son' (Vallejo: 23), inscribiendo los cuerpos jóvenes en un imaginario vinculado a la delincuencia y mostrando a los personajes como producto de odios generacionales hereditarios.

Y, es a partir de esa gramática inflexible, del propio lenguaje y su posición cultural, desde donde lanza latigazos contra todo y contra todos y, enunciando todos los discursos extremos, vacía el espacio intermedio donde se podría llevar a cabo una búsqueda del sujeto y de los acontecimientos. Como nos señala Jauregui (2001), la violencia interpretativa, la violencia 'gramatical' es paralela a la serie de homicidios que comete el *sicario*. En realidad, el narrador utiliza la violencia sicarial para realizar la tarea mesiánica y disciplinaria de recuperar una cultura que, ante sus ojos, se encuentra en peligro de extinción. De ahí que reniegue de todo lo que caracteriza a la subcultura y la traducción sea tan insistente como el propio homicidio. De este modo, el proyecto narrativo de *La Virgen de los sicarios* está edificado sobre la noción del desastre y la nostalgia por un orden que nunca ha existido. Por ello, el narrador no logra deconstruir el discurso que continúa estigmatizando a los pobres como representantes de la violencia y analizar lo que este hecho enmascara: la crisis de valores, la deslegitimización del estado y de las fuerzas políticas, los problemas de urbanización, etc. Asimismo, desde el *afuera*, la traducción del narrador trata de definir y (re)territorializar prácticas religiosas, lenguaje, formas de vestir y gustos musicales.<sup>99</sup>

El gramático exhala violencia atacando a todo aquello que considera de mal gusto y la violencia física del sicario le acompaña.

---

<sup>99</sup>Como ocurría con Jairo en la novela de Collazos, el cuerpo desnudo de Alexis también nos descubre los tatuajes, las medallas y los escapularios que carga como amuletos para ahuyentar a la muerte. Por otra parte, el narrador nos relata —no sin cierta ironía— qué hacer para que las balas den en el blanco: 'Las balas rezadas se preparan así: ponga seis balas en una cacerola previamente calentada hasta el rojo vivo en parrilla eléctrica [...] (Vallejo: 63), como si de una receta culinaria se tratara, haciendo de este ritual una práctica cotidiana.

Fernando mantiene durante todo el relato una distancia cultural frente la adicción de los personajes al ruido, a las motocicletas, al zapping, a la cultura de masas en la que se incluye el fútbol, el rock y el punk<sup>100</sup>, el lenguaje callejero, los vallenatos, etc. y no oculta en ningún momento su menosprecio hacia los “gustos bárbaros” de la cultura urbana popular, sentenciando de manera particular a las telenovelas. De estas últimas, Fernando hace una comparación burlesca con los medios de comunicación ambas vistas como “opio del pueblo” y, de esta manera, desacredita a los medios por su falta de rigor y su banalización de la violencia:

Y, hé aquí otro ejemplo de lo hiperbólico que se nos ha vuelto el lenguaje en manos de los “comunicadores sociales”. ¿Una masacre de cuatro? Eso es puro desinflamiento semántico. ¡Masacres las de ahora tiempos! Cuando los conservadores decapitaban de una a cien liberales y viceversa (Vallejo: 51).

En la agonía de esta sociedad, los periodistas son los heraldos del enterrador. Ellos y las funerarias son los únicos que se lucran. [...] ese es su modus vivendi, vivir de la muerte ajena (Vallejo: 44).

De este modo, el narrador de la novela critica la ‘cultura de masas’ en la más definida tradición de Frankfurt y es de la opinión de que los sujetos, a modo de *tabula rasa*, aceptan de forma pasiva toda la información que ofrece la industria cultural y la publicidad, con lo cual sufren del vacío existencial y la alienación: ‘Sin el televisor quedó más vacío que balón de fútbol sin patas que le den, lleno de aire’ (Vallejo: 36). Pero el *sicario* consume belleza sin que, como ya hemos indicado

---

<sup>100</sup> A pesar de que la subcultura punk no comparta los valores suscritos a la subcultura del narcotráfico. En realidad, esta es una subcultura particular pues no tiene que ver con el joven que se dedica al punk, quien podría definirse como delincuente en sentido ideológico participante de una contracultura contestataria que abomina la iglesia, la familia, el consumo, los medios y su propia manera de vestir es una agresión a todo orden. Por el contrario, el *sicario*, como ya se ha

anteriormente, consiga salir de su círculo y de la pobreza, sino al contrario, le coloca en el circuito de la droga y la violencia. Pero, estos jóvenes *sicarios* no se diferencian de otros jóvenes de las sociedades contemporáneas en que su conducta sólo puede ser entendida al colocarla en el horizonte de la mundialización y en el universo de las T-shirt, zapatillas, texanos, ídolos del rock, surf, etc. todo ello referencias desterritorializadas que forman parte de un léxico, de una memoria juvenil internacional popular. Adorada ritualmente, principalmente en los programas de MTV y en las revistas de historietas, esta memoria fusiona un segmento de edad y de clases, aproximando personas a pesar de su nacionalidad y etnia. La complicidad, la 'unidad moral' (Ortiz: 2003) de estos jóvenes está tejida en el círculo de las estructuras mundiales. Para construir sus identidades, ellos eligen símbolos y signos, decantados por el proceso de globalización. Cuando Vallejo, el narrador, le pide a uno de sus amantes que escriba lo que espera de la vida, éste responde lo siguiente:

Le pedí que anotara, en una servilleta de papel, lo que esperaba de esta vida. Con su letra enrevesada y mi bolígrafo escribió: que quería unos tenis de marca Reebok y unos jeans Paco Ravanne, camisas Ocean Pacific y ropa interior Calvin Klein. Una moto Honda, un jeep Mazda, un equipo de sonido laser y una nevera para la mamá [...] (Vallejo: 91).

El discurso de *La Virgen de los sicarios*, por otra parte, contiene rasgos de racismo resemantizado como el asco por la multitud heterogénea, la hibridez y la multiculturalidad: 'Así de cambio en cambio, paso a paso, las sociedades van perdiendo su cohesión, la identidad, y

---

mencionado, tiene arraigados aspectos básicos de la cultura hegemónica tales como el machismo, el consumismo y las creencias religiosas.

quedan hechas unas colchas desilachadas de retazos' (Vallejo: 30). Y estos son quizá los mismos retazos que conforman las cobijas de la madre de Jairo y de la casa de Ramón Chatarra. Pero Fernando va más lejos todavía y ve el mestizaje de forma negativa ya que lo considera uno de los elementos con mayor responsabilidad por la actual actitud de violencia que comparten —según el propio autor— los colombianos:

De mala sangre, de mala raza, de mala índole [...] no hay mezcla más mala que la del español con el indio y negro; producen saltrapases o sea changes, simios, monos, mico con cola para que con ella se vuelvan a subir al árbol [...] júntelos en el crisol de la cópula a ver que explosión [...] gentuza tramposa, asquerosa, traicionera, ladrona [...] Esa es la obra de España la promiscua, eso lo que nos dejó cuando se largó con el oro [...] Por eso cuando tumban los sicarios a uno de esos candidatos, al suso-dicho de un avión o de una tarima, a mí me tintinea de dicha el corazón (Vallejo: 90).

Por tanto, aférrimo en su defensa de la pureza cultural, la crítica de Vallejo se extiende al exterminio social y a la condena de los derechos humanos. Así, incluso proverbios de Antonio Machado pierden su contenido existencial y solidario y se convierten, para el autor, en una macabra afirmación de la muerte: 'A estos muertos les quedan los ojos abiertos sin ver. Y ojos que no ven, aunque uno los vea, no son ojos, como atinadamente observó el poeta Machado, el profundo' (Vallejo: 47). Con este mismo tono irreverente evoca a Miguel de Cervantes, Jorge Luís Borges, Honoré de Balzac, Tirso de Molina y Günter Grass para validar sus afirmaciones sarcásticas, cínicas o desacralizadoras.

Y, entre todas sus críticas, Vallejo también ataca a los sociólogos por sus estudios y análisis disciplinarios:

Dicen los sociólogos que los sicarios le piden a la virgen auxiliadora que no les vaya a fallar, que le aplique bien la puntería cuando disparen y que le salga bien el negocio, según los sociólogos que andan averiguando todo (Vallejo: 15).

Sin embargo, en el transcurso de la narrativa, el mismo narrador recurre a los estereotipos establecidos que definen, fijan y homogeneizan la figura del *sicario*. Nos basta con observar la descripción de los dos muchachos amantes de Fernando para darnos cuenta que el narrador los perfila de un modo similar y no sólo en su forma de vestir o en sus formas, sino incluso en su físico. Wilmar y Alexis poseen ojos verdes, ambos son bellos —una belleza subjetiva y exótica al narrador—, y sus propios nombres indican la tendencia a la apropiación de formas foráneas en la localidad.

En *Rosario Tijeras*, Jorge Franco Ramos (1999), también nos presenta la belleza del Otro en la descripción del personaje protagonista. Su narrador, Antonio se refiere a Rosario a partir de su propio deseo; un deseo que deriva del exotismo de la mujer *sicaria*. Por otra parte, Franco, a pesar de haber realizado una indagación exhaustiva sobre el mundo narrado, exhibe explícitamente el desconocimiento de primera mano del entorno *sicarial* al cual pertenecen sus personajes. Rosario, una joven *sicaria* que mata tras besar, nunca se descubre ante el narrador, Antonio, que es consciente de conocerla sólo a medias y haberla creado a partir de su imaginario; como se crea a una idea que 'hizo suya' (Franco: 115). En realidad, como dice Antonio, Rosario es un personaje mítico e imaginario construido a partir de rumores y crónicas de prensa; datos que el narrador elabora y une con aquellos que derivan de su propio deseo. Ni ella misma se descubre, ni nos puede contar su historia pero si nos dice que su personaje no es aquel que hemos construido, ni su vida aquella que nos han dejado creer:

no soy la que pensás que soy —me dijo un día, al comienzo. A pesar de haber hablado de todo y tanto, creo que la supe a medias, ya hubiera querido conocerla toda. Pero lo que me contó, lo que vi y lo que puede averiguar fue suficiente para entender que la vida no es lo que nos hacen creer (Franco: 17).

De esta forma, el misterio comporta en sí mismo la creación de un imaginario que define a este personaje subalterno y transforma a la victimaria no sólo en víctima sino en un “ídolo”:

Se comenzaron a crear historias sobre ella y era imposible saber cuales eran las verdades. Las que se inventaban no eran muy distintas de las reales, y el misterio y las desapariciones de Rosario obligaban a creer que todas eran posibles. En las comunas de Medellín, Rosario Tijeras se volvió un ídolo (Franco: 90).

Esta cita nos refiere, al mismo tiempo, al cuerpo del otro deseado, elevado a categoría de mito, idolatrado y adorado por su exotismo y diferencia. Sólo con su muerte, Rosario se percibe como una realidad.

Esta construcción imaginaria, de algún modo, se relaciona con la búsqueda de su propia identidad al no tener un origen que la sustente. A pesar de que la pertenencia a un lugar forma parte de la constitución de la identidad, no debemos basar la identidad únicamente en el lugar de origen del sujeto. No obstante, la carencia de un “pasado” obstaculiza la aceptación en el futuro:

Sin una identidad que la respalde, tan distinta a nosotros que podemos escarbar nuestro pasado hasta en el último rincón del mundo, con apellidos que producen muecas de aceptación y hasta perdón por nuestros crímenes (Franco: 15).

En esta novela, el narrador adopta la posición que posee el autor, un joven de clase media que descubre, mediante Rosario, a *Medallo* y a la cultura del *sicariato* en un momento en el cual Medellín se encuentra en una crisis económica considerable. Sin embargo, a pesar de la situación y

de los encuentros que hace posible la mejora financiera a partir del narcotráfico, se continúa experimentando la división entre las clases sociales. De esta manera percibimos esa división entre un "nosotros", grupo al que no sólo pertenece el narrador, sino muchos de los lectores, y un "ellos", que refiere al grupo marginal. Este apartheid social señala el determinismo en el cual viven los jóvenes de las comunas que, a pesar de su poder económico y de su imitación de actitudes y rasgos de las clases sociales tradicionales, continúan siendo estigmatizados y marginalizados. Ahora bien, aunque no se puede negar que los barrios sean los lugares más violentos de las ciudades, políticamente es esencial saber si se piensa que esta violencia se debe en su mayor parte a las circunstancias que los envuelven o si se considera que la predisposición hacia la violencia es un rasgo esencial de la gente que vive en tales lugares. La elección de una u otra perspectiva modifica totalmente el comportamiento de los ciudadanos frente a la ciudad y frente a ese otro que la habita. Y, en estas novelas se presenta una visión ambigua sobre el tema ya que, en su mayoría, dibujan a los pobres como violentos por naturaleza y por tanto se sugiere leer la pobreza como condición innata. Los padres de Rosario bajaron del campo buscando 'lo que todos buscan' en la ciudad pero al no encontrarlo, se instalaron en la parte alta de la urbe, en 'la ciudad de las lucecitas'. Esta estetización, por otro lado, es negativa pues vela el vínculo existente entre las condiciones materiales y su valor cultural. Así, a pesar de ser la "novia" de Emilio, a Rosario no la aceptaron nunca en el mundo de éste:

Si los hubieras visto, parcero —casi ni podía hablar—. Yo me había comprado una pinta donde la vieja compra la ropa, y me la cobraron un ojo. Me mandé peinar donde arreglan a la vieja, y me dejaron lo más de bonita, si me hubieras visto, parcero, parecía una reina. Me había propuesto hablar poquito para no cagarla, ensayé en el espejo una risita lo más chévere y hasta me tapé los escapularios con unas cadenas lo más de finas, mejor dicho, no me hubieras reconocido, pero apenas llegué, me sale esta hijueputa vieja mirándome como si yo fuese un pedazo de mierda, y ahí quedé yo lista, cuál peinado, cuál risita, cuáles joyas, empecé a gaguear como una boba, a derramar el vino, se me caía la comida en el mantel, me ahogué con un arroz y no pude parar de toser hasta que salí, y todos preguntando, pero no de queridos sino por joderme, que tú qué haces, y tú papá y tú mamá, y dónde estudias, y toda esa mierda, como si no tuvieran más tema que yo (Franco: 63).

No obstante, esta imitación por parte del subalterno para poder ser incluido en el grupo tradicional no representa su *aculturación* ya que, como vemos, también el grupo social al que pertenece el narrador imita aquellas actitudes procedentes del grupo marginal, convirtiéndose en un sistema de doble vía. De alguna manera, como ya hemos visto, el subalterno es imaginado como más temerario y valeroso y, son estos los rasgos que son envidiados por Antonio. Por ello, los observa y examina para luego repetir ciertas actitudes: 'siempre los he visto de lejos y nunca entré a detallarlos, pero ya metidos en el apartamento de Rosario, comencé a observarles minuciosamente y, con mucha cautela, a imitarlos' (Franco: 70). Y continúa:

Primero fue el pelo, nos lo dejamos bien cortico y con unas colas más discretas, después nos enrollamos maricaditas en las muñecas y nos forramos en bluyines viejos, en las rumbas intercambiamos las camisetas y así fue como a mi armario fue a parar la ropa de Fierrotibio, Charli, Pipicito, Mani y otros (Franco: 70).

A partir del narrador percibimos que la sociedad tradicional adoptó ciertos rasgos de la subcultura urbana a la que imitaban por distintas razones; entre ellas recuperar el estatus de poder que, debido a la crisis económica, se les había ido escapando de las manos. No obstante, esta

imitación se realiza de un modo totalmente consciente y nunca se debe a un deseo de entrar a formar parte del grupo del Otro, ni siquiera para pasar por uno de “ellos”. Del mismo modo, el uso del lenguaje y de ciertos rituales compartidos por los sicarios es indicativo de la diferencia. Por ejemplo, en la novela se incluye léxico callejero y, en ocasiones, vocablos del *parlache* pero siempre subrayando que son palabras de una jerga distinta, palabras apropiadas pero ajenas al lenguaje del narrador y utilizadas por los personajes de las comunas pero nunca por Antonio. Del mismo modo, ajeno a los rituales que practican los *sicarios*, Antonio también describe algunos de ellos tales como el ‘paseo al muerto’ o ‘el rezo de las balas’ con un tono irónico e incrédulo. Por ejemplo, podemos ver como las balas que se han puesto a hervir en agua bendita para invocar el éxito en un asesinato estallan por olvidárselas en el fuego por demasiado tiempo. Y con una profunda ironía continúa con la homogeneización del grupo marginal a partir de la constante confusión del nombre de Ferney, amigo de Rosario, al que Antonio llama de Farley, Alrey, etc.

Por otra parte, Franco, a pesar de reconocer que el *sicariato* no es un fenómeno aislado, colocando sus raíces en las distintas violencias que ha sufrido el país desde el siglo XV, no profundiza en el tema y le da un carácter generacional, un círculo vicioso que parece no tener salida. A decir verdad, parece regresar a momentos de la conquista y a temas tales como la raza para ubicar los inicios del problema —este hecho nos recuerda la posición de Vallejo y con la crítica a la conquista española se

quiere mostrar la violencia perpetrada contra este país desde su constitución. Por ello, Franco nos recuerda que la pelea que Rosario tiene contra la ciudad y contra el mundo que ha establecido, desde sus orígenes, la violencia en el país:

No es tan simple, tiene raíces muy profundas, de mucho tiempo atrás, de generaciones anteriores; a ella la vida le pesa lo que pesa este país, sus genes arrastran con una raza de hidalgos e hijueputas que a punta de machete le abrieron camino a la vida, todavía lo siguen haciendo; con el machete comieron, trabajaron, se afeitaron, mataron y arreglaron las diferencias con las mujeres (Franco: 41).

La carencia de la figura paterna, como ocurre con todos los jóvenes protagonistas de las novelas, es significativa y es la fuente de la cual radican muchos de los comportamientos posteriores en el personaje de la *sicaria*. La figura masculina para Rosario es la del hombre que la violó a los ocho años; la de los hombres que han pasado por la cama de su madre; la de aquellos que han querido poseerla y a los que luego ha asesinado; la de los 'duros de los duros' que le han enseñado aquellas cosas que puede obtener con el dinero. De hecho, fueron estos 'duros de los duros' quienes la acercaron a esa otra ciudad, la que el narrador ubica en el "nosotros", en la ciudad del centro.<sup>101</sup>

La novela de Arturo Alape, *Sangre Ajena* (2000), es un texto escrito en forma testimonial cuyo personaje-narrador, Ramón Chatarra, se convierte en la voz a través de la cual Alape nos contará la historia: 'Cuando escuché esta larga reflexión en boca de Ramón Chatarra, pensé, ahora sí que la novela se escribirá y él asumirá el rol de narrador-

protagonista' (Alape: 13). Sin embargo, la construcción del personaje y el lenguaje usado por el autor no permiten, a pesar de la reiterada solidaridad que el autor manifiesta por el sujeto marginal, la aparición de la voz del subalterno en el espacio de la novela. En realidad, Alape regresa una y otra vez a los temas característicos de su escritura: la memoria y el olvido; las miradas, la nostalgia, los sueños. De este modo, es el autor quien presenta su posición y condena la situación en la que se encuentran estos individuos periféricos y "desechables".

Las referencias a la escritura de la novela son numerosas y, a la vez, Alape da una definición de lo que considera testimonio:

Quien tiene la capacidad de hablar de esta manera de su intimidad, al sondear y revivir recuerdos, vislumbra el eje narrativo que inevitablemente conducirá a la construcción verbal de una historia. La suya y la de los otros. Su voz tendrá la característica y timbre propios que hablarán por otras voces (Alape: 13).

*Sangre Ajena* se adenta en el propio proceso de la escritura y, del mismo modo que Vallejo escribe esa realidad que se presenta ante él y que existía antes de la escritura de la novela, Alape persigue a su narrador para que su vida y "realidad" se conviertan en palabra escrita: 'Conocí a Ramón Chatarra por casualidad y le monté una implacable cacería para persuadirlo de que hablara conmigo, me permitiera escucharlo, y me autorizara para escribir sobre su vida' (Alape: 14). Y continúa: 'Con intensa tensión comencé a escribir, sin apresurarme, sin perder detalles de lo que estaba escuchando' (Alape: 15).

---

<sup>101</sup> 'Los duros de los duros' son los grandes capos de los carteles de las drogas, principalmente de Cali y Medellín. Entre ellos encontraríamos a Pablo Escobar, los hermanos Rodríguez Gacha, Carlos Lehder, etc.

De esta manera, Alape construye un relato del mundo del *sicariato*, a partir de dos niños que viajan de Bogotá a Medellín para poder hacer realidad sus sueños; unos sueños que no van más allá de la sobrevivencia diaria. Ramón Chatarra y su hermano Nelson, convencidos por los medios de comunicación de que el narcotráfico les convertirá en héroes, se desplazan a otra ciudad donde no dejarán de ocupar el mismo lugar que ocupaban en la suya propia. En realidad, Nelson y Ramón viajan de Bogotá a Medellín en busca de las oportunidades que no ofrece la capital pero sus vidas están dominadas por la fatalidad. Ramón refleja la relación existente entre la segmentación de la ciudad y la fragmentación de la psique humana, una ciudad que genera sujetos esquizofrénicos que no encuentran su lugar de pertenencia. En las pesadillas y visiones de Ramón se aprecian signos y visiones estrechamente relacionados con su mente fragmentada: insectos que le devoran, voces que le angustian, etc.

Es así cómo observamos el *determinismo* que recorre toda la novela de Alape; un determinismo que no permite que estos dos jóvenes salgan de su situación marginal y les condena a seguir dando vueltas en un círculo vicioso del cual la única salida es la propia muerte:

En el mundo en que yo vivo  
Siempre hay cuatro esquinas  
Pero entre esquina y esquina  
Siempre habrá lo mismo  
Para mí no existe el cielo ni luna ni estrellas  
Para mí no alumbra el sol  
Pa mí todo es tiniebras  
El preso  
Fruko y sus tesos (Alape: 154).

Y Ramón continúa diciendo: 'Putas tinieblas que enceguecen cualquier ilusión, en la próxima esquina sale a relucir el brillo del cuchillo asesino' (Alape: 154). La vida de este niño ya está dibujada y, en ella, Ramón no vislumbra ningún tipo de futuro porque se siente un 'mancito(s) de mierda' (Alape: 154); 'blanco de tres certeros disparos de muerte, carne de gallinazo viejo y rastrero en su vuelo [...], la mierda que pulula aposentada en cada esquina [...], huevos mal incubados, en la raíz de una parida que nueva debió suceder' (Alape: 155). Y esta posición no la ha elegido él mismo, se la impusieron otros, los mismos que desde su posición de poder no le permiten hablar:

Cada quien tiene su línea de la vida trazada con tiza blanca en un puto tablero negro. Otros hombres la trazan, lo mismo que los acontecimientos que le llegan a uno como montones de mierda caídos del cielo y uno simplemente se involucra en ellos como perro faldero, que lame la leche en la mano de cualquiera (Alape: 17).

La falta de la figura paterna deriva en la necesidad de un referente que se transpola a la figura del 'duro', del narcotraficante, ese "patrón" en el que ven el éxito y el logro de sus sueños. En Medellín, los dos hermanos asistirán a una 'escuela de sicarios' que no sólo les transmite una cultura del crimen y la muerte como forma de adquirir sus objetivos, sino que además, les muestra como el dinero es capaz de generar reconocimiento y poder. El "patrón", por su parte, parece tratarles como a sus hijos pero, en realidad, no hace más que abusar de su "ingenuidad" y no le importa lo más mínimo que caigan asesinados, para él son "carne de cañón", meros instrumentos en la cadena del crimen organizado internacional. En su figura, los niños no reconocen la negación del

impulso de placer sino, al contrario, se da rienda suelta a cualquier tipo de deseo:

Eramos libres de soñar lo que quisiéramos y experimentar cualquier emoción. Ya teníamos dinero en los bolsillos, la plata abre cualquier puerta [...] Con pinta de marca [...] enloquecidos, éramos dos enanos a los cuales no les cabía la felicidad en el cuerpo (Alape: 83-84).

Nelson y Ramón llegan a Medellín para dejar atrás el olor de las calles y se convierten en coleccionistas de comodidades: zapatos, relojes, vaqueros, cadenas de oro, etc., símbolos todos ellos del poder. Pero el sueño parece durar muy poco y la muerte regresa para recordarles que, a pesar del enriquecimiento fácil, nunca podrán escapar a las circunstancias que les sitúan en el callejón sin salida, ni formarán parte de la sociedad establecida. Ramón Chatarra, a su regreso a Bogotá tras la muerte de Nelson, hereda el mismo tipo de vida de su madre y, como vendedor de basura, recorre las calles de la capital: 'las rutas de la basura' (Alape: 146-147), que forman parte de sí mismo, porque 'nadie escapa de su círculo cerrado' (Alape: 156). De este modo, sin voz ni ningún tipo de reconocimiento, Ramón pasea su carro balinera entre los autos de la ciudad, materializando la diferencia que constituye la amenaza para los ciudadanos tradicionales. Para él, todas las calles son lo mismo y únicamente durante el corto período en que vivió en Medellín contempló la fantasía de realizar su sueño; el sueño de formar parte de la sociedad de consumo. Sin embargo, el pobre por condición parece estar determinado a quedar excluido de tal posición y, con ello, fuera del universo de

No obstante, a pesar de que los medios violentos ofrezcan la posibilidad de realización a estos muchachos, también el consumo es violento porque no sólo se mata y trafica, sino que, además, con él se abre la puerta a la represión entre grupos y a la segmentación urbana. Por ello, el consumismo no deja de ser funcional a la lógica de exclusión y marginalización.

Y tanto la violencia como el rechazo de los juicios promulgados por la modernidad se inscriben en la cultura colombiana tanto como se oponen a ella. Estos elementos se observan en los personajes de la novela de Alape: en su origen, en su historia, en la situación económica, etc. El autor intenta mostrar al lector que el sicariato es una consecuencia de la violencia y el desplazamiento de los individuos. No obstante, es con *Sangre Ajena* que Alape rompe con el documentalismo y la escritura oral para ofrecernos un lenguaje literario que, en este caso, distorsiona y deslocaliza al personaje al no permitirle que hable por sí mismo.

De esta manera, observamos que, en los textos del sicariato, no aparece una voluntad por dar la voz al marginal sino que se evidencia un deseo por contar su historia pero, a menudo, desde una perspectiva alejada de la realidad del sujeto subalterno. En *Rosario Tijeras* se presenta un triángulo amoroso con Rosario, con la hija del desplazamiento, la violencia y la violación. Los jóvenes burgueses, intentando ignorar estos orígenes, se acercan a ella como si de una diosa se tratara ya que su vida marginal se transforma en algo erótico capaz de despertar las pasiones más fuertes. Indudablemente las novelas

muestran la sociedad en crisis, la pobreza moral y social, correspondiendo a una condena que rige el destino del marginal. Y, si 'Rosario nació perdiendo' (Franco: 17), también nacieron perdiendo Ganzúa, Jairo, Alexis, Wilmar, Ramón y Nelson. Todos ellos, de un modo u otro, son creaciones literarias de unos autores que les continúan colocando en el espacio del Otro.

## VI CONCLUSION

En el presente trabajo hemos visto el modo en que en los últimos años parece existir una fascinación pública por la violencia. Y al hablar de violencia es ineludible hablar de Colombia. Los calificativos para describir la difícil y compleja situación de dicho país son múltiples. Entre las distintas acepciones asociadas a la violencia colombiana encontramos el uso generalizado de términos tales como “la Vietnam latinoamericana” o la “Nueva Bosnia”. Pero, además, la violencia desmedida que tiene lugar en el continente, desde México a Argentina, ha pasado a definirse en diferentes discursos como una forma de “colombianización”. De este modo, real o representada por el Arte, la violencia colombiana y, en particular la violencia que tiene lugar en ciudades como Medellín, ha entrado a formar parte de los imaginarios de dentro y fuera del país, moldeando la forma en que éste se percibe y se habita.

En el estudio aquí realizado, el tema conductor ha sido la violencia colombiana y su representación narrativa. Pero, como se ha indicado a lo largo de este trabajo, la violencia colombiana es compleja y multidimensional, y hubiera sido extremadamente complicado dedicarse a un análisis de ésta en todas sus facetas o dimensiones. Por ello, el trabajo se ha centrado en un tipo de violencia —la violencia urbana y, particularmente, del narcotráfico— y en un tipo de representación —la novela *sicaresca*. En realidad, con ello, se está de nuevo indicando la imposibilidad de desligar la historia y la cultura colombianas de la

escritura; una escritura que, a la vez, impacta y modifica el comportamiento de los ciudadanos en su nuevo hábitat.

Para establecer la relación entre violencia urbana y su representación literaria ha sido pertinente ubicarnos primero en el contexto histórico del país para conocer el tratamiento que han otorgado dichas representaciones al fenómeno. Además, ha sido a partir de dicho contexto histórico que hemos podido observar las deficiencias que presenta la perspectiva que coloca al fenómeno del narcotráfico como causa de los “males” colombianos. Ciertamente, el tráfico ilícito de estupefacientes significó un nuevo desafío para un país prolijo en violencias pero, a la vez, en un país con gran debilidad estatal y en el que se ha recurrido a la violencia para la resolución de los conflictos, sería unilateral establecer dicha causalidad. Al contrario, el narcotráfico puede considerarse el resultado de una situación de ingobernabilidad y desequilibrio social acentuados en la era actual de globalización. De hecho, el consumo del desarrollo capitalista produce un sistema económico subterráneo al margen de la economía legal, conocido como *rebusque* que, a su vez, facilita la entrada del comercio ilícito de drogas.

No obstante, este comercio ilegal, no puede considerarse sin entender de antemano el interés que despierta en el mercado global. Desde un principio, el comercio ilegal de drogas se coloca como un negocio verticalmente integrado y multinacional que domina tanto la sociedad como a las instituciones —debemos tener en cuenta que el tráfico no pretende destruir la Institución ni el Estado político, ya que se

sirve de estos. Y, si en el ámbito nacional, el narcotráfico se aceptó por brindar beneficios que el Estado nunca pudo facilitar, tales como el acceso a sistemas de crédito y de mercadeo, y un crecimiento económico en un momento de crisis con inversiones en tierras, banca, industrias, etc., en el resto del mundo se pretendía ignorar la situación pues ésta cubría una demanda en aumento y satisfacía los intereses de las mafias internacionales. No fue hasta entrados los años 80 que el narcotráfico y la violencia que de éste deriva se hacen realmente visibles fuera de Colombia. Pero la llamada "norteamericanización" representó un grave problema para Colombia pues, paradójicamente, sus políticas fortalecían a los narcotraficantes colombianos. En realidad, la "norteamericanización" exigía ciertas condiciones que amenazaban al Estado y la constitución colombianos.

Sin embargo, ni la Ley de Extradición, ni la caída de los grandes capos colombianos significaron un descenso en la violencia que se sufría en el país. Al contrario, el crimen indiscriminado continuaría en la ciudad y, en ella, los ciudadanos pasaron a convertirse en víctimas en potencia. Estos acontecimientos llevaron a definir a la ciudad, particularmente Medellín, en el lugar del caos y el crimen.

Sin embargo, la ciudad siempre ha sido el lugar del caos. Para evidenciar tal idea nos hemos servido de distintas teorías. En este análisis se han seguido las líneas de estudio de sociólogos y urbanistas tales como Georg Simmel, Louis Wirth, Max Weber y Oswald Spengler. A partir de dichas teorías, la ciudad abandona la definición que la concibe como

únicamente un espacio físico y se adopta la concepción de urbe como lugar intangible y fragmentado, donde se dan las relaciones humanas entre diferentes y heterogéneos individuos. Por otra parte, hemos podido observar que la idea de totalidad tiende a desaparecer en distintas teorías del siglo XX y, por ello, no debe sorprendernos ante la falta de totalidad que se experimenta en el espacio urbano. De este modo, no es erróneo establecer que la ciudad siempre fue el lugar de las tensiones, el lugar invadido y que invade, amenazante y que genera personalidades esquizofrénicas.

Sin embargo, es evidente que el narcotráfico dio lugar a la rearticulación de los límites y fronteras urbanas, formulando normas de consumo, promoviendo nuevos valores y actitudes y, definitivamente, aumentando una hostilidad ya existente —principalmente debido a que el dinero generara ritmos de vida diferentes y uniones “por interés” entre diferentes grupos sociales pero, al tiempo que provoca tales uniones, genera alienación y más diferencia. A través del dinero, cuando todo puede comprarse, aparece un constante flujo y movimiento.

La literatura ha reconstruido tales escenarios y formas culturales. Por ello, en la *narrativa sicaresca* se advierte no sólo el miedo ante la pérdida de la ciudad letrada, sino el miedo amenazante de la propia vida; miedo que perpetua los estereotipos construidos y difundidos desde el *afuera*. Sin embargo, a pesar de que es sabido que la ciudad es el lugar de la diferencia, en Colombia, la diversidad ciudadana ha representado un problema permanente. En realidad, la diferencia y la multiplicidad de

encuentros no han podido asimilarse de forma positiva y se han construido como una amenaza. De tal amenaza nace una creciente aversión que provoca una interacción fallida.

Todo ello nos lleva a la conclusión de que la ciudad se ha distinguido por representar el microcosmos de un mundo en conflicto. Y, por eso, no podemos estigmatizar a Medellín como el lugar del crimen, donde la pobreza convertida en condición aparece como la primera y casi única razón de la violencia y del crimen. Ahora bien, sí debemos reconocer que la violencia se nutre de la marginalidad urbana, de la frustración por no acceder a bienes y servicios que se promocionan en las pantallas y escaparates y de una corrupción política que difunde la idea de que todos roban. En realidad, no se puede negar que los barrios pobres sean los lugares más violentos de las ciudades pero, políticamente, es esencial saber si se piensa que esta violencia se debe en su mayor parte a las circunstancias del individuo y las políticas sociales o si se considera a la pobreza como predisposición hacia la violencia y rasgo esencial de las gentes que habitan en tales lugares.

La literatura es capaz de fijar estereotipos o subvertirlos. En el caso que nos ocupa, la novela *sicaresca* que ha intentado plasmar tales problemáticas urbanas ha mantenido su posición como mediadora en el encuentro con el Otro pero, a la vez, se ha mostrado incapaz de abandonar, e incluso podríamos decir que ha reforzado, los estereotipos ya existentes.

Así bien la representación de las violencias —violencias pensadas como condición natural de ciertas categorías sociales— permanece vinculada a lo Otro —considerado aquí como marginal por no formar parte del “nosotros” que conforma la sociedad tradicional, institucionalizada y partícipe de la economía de mercado—, cuya leyenda queda confinada ilusoriamente a territorios controlados. La demonización de ciertos grupos urbanos —jóvenes, emigrantes, indigentes, indígenas, etc.— fortalece el imaginario de limpieza social que aparece en la literatura y trastoca no sólo el paisaje arquitectónico de las ciudades, sino sus formas profundas de sociabilidad. La sociedad urbana en Colombia está pues fundada principalmente en la mitología de una alteridad amenazante que no permite desarrollar una verdadera democracia, ni darle juego a la necesaria pluralidad que la sustenta. De este modo, como define Rossana Reguillo: ‘las criaturas de la noche, como metáforas de lo invisible y de la ruptura de la norma, son desplazadas al lugar de una alteridad cuyo papel es el de fortalecer por negatividad el valor de la norma y del orden’ (Reguillo 59). Estos personajes, espejos de una realidad que la sociedad pretende ignorar, nos recuerdan que la ciudad impone una modernidad de vitrina.

En los textos, esta demonización se presenta de forma explícita, reafirmando el estereotipo y su posición marginal. De hecho, las novelas no consiguen abandonar la mirada desde la distancia y se convierten en parte del problema al no confirmar la actitud sintomática del fallo social. La narrativa del *sicariato* muestra algunos de los elementos que conducen a

la situación de violencia contemporánea pero lo hace de forma muy superficial; en realidad falla en penetrar en sus causas y con ello ayuda a perpetuar dicho problema. Si bien en las novelas, el *sicario* abandona su posición de victimario para convertirse en la víctima de la sociedad, un sujeto con opciones limitadas, dicho sujeto no abandona su posición marginal ni habla por sí mismo. De hecho, el propio lenguaje *parlache* es traducido desde el lenguaje tradicional, aplicando definiciones que no se ajustan totalmente a la realidad que pretende describir. Además, las novelas se permiten definir al *sicario* como un fenómeno puramente colombiano cuando, en realidad, los orígenes del *sicario* se sitúan más allá de las guerras judeo-cristianas. Los sicarios ya se establecieron como un conjunto al luchar contra aquellos que consentían someterse a Roma, tratándoles como enemigos, protestando e incluso incendiando sus propiedades. De hecho, Josephus los describió como brigadas de bandidos de seguidores de Judas de Galilea que perpetraban actividades violentas.

Por otra parte, en este análisis se ha demostrado que las narrativas de la violencia no dialogan con los discursos oficiales con un lenguaje otro, reivindicativo o simbólico. En los textos la violencia es una suerte de perversión e incluso un elemento exótico que funciona paralelamente al Estado y, a pesar de su tendencia a considerar al *sicario* como víctima, la narrativa valida las formas violentas propuestas desde la Institución. Es decir, estas narraciones no documentan la marginación generada por una situación de desequilibrio social, disociación y alineación debido al auge

del capitalismo global. Además, el sujeto subalterno sigue siendo representado por un intermediario letrado que decide escribir un relato literario reinterpretando perspectivas disciplinarias que fijan al sujeto en su posición marginal en las periferias. Sin embargo, la conducta de los jóvenes en la sociedad contemporánea sólo puede ser entendida al situarla en el horizonte de la mundialización. Los textos, a pesar de que muestran que el verdadero afán no es el robo de un frigorífico o unos tenis —referencias desterritorializadas que forman parte de un léxico juvenil global—, si no la falta de justicia por la brecha existente entre aquellos que poseen tales objetos y aquellos que no, siguen generando personajes en conflicto, vacíos de todo sentido.

Los *sicarios* de los textos son jóvenes sin futuro, anti-héroes destinados al fracaso que no comparten con el pícaro de antaño más que ser el resultado de un cambio socio-político de un país que muestra la crisis de la modernidad. Programas de televisión, MTV, revistas, etc. fusionan las distintas clases a las que "pertenecen" los jóvenes y esta unidad se ve entretrejida en el círculo de estructuras mundiales que construye identidades a partir de la elección de símbolos y signos decantados por el proceso de globalización.

Por ejemplo, en Rosario hemos visto una protagonista femenina que representa al pobre como violento ya que esta *sicaria* expresa la detonación de los instintos. Salida de las comunas y la narco-guerra de los ochenta, Rosario hereda genes de 'una raza de hidalgos hijueputas' (Franco: 39). Pero en todo ello, no aparece una búsqueda de las razones

que la han estigmatizado y condenado a heredar tales genes que, en cualquier caso, comparte con el resto de sus compatriotas; ya bien sean *sicarios* o *pudientes*.

Pero, entonces, ¿Cómo contar la violencia colombiana? La violencia ha producido crisis en todos los órdenes y también en el discurso. La literatura no ha sido capaz de demostrar esta crisis de una *forma acertada, sin que tanto la sociedad, como la cultura se conviertan* en objetos mediatizados a través de la voz del letrado. Por ello, ya bien sea solidario o no, la distancia y la teorización que ofrece el autor, controla el discurso y regula las actitudes del lector/receptor (Foucault 1973). De esta manera, los miembros de un sector de la sociedad se convierten en objetos de culto en la representación, aceptando las perspectivas globales que articulan a unos sujetos locales desde la industria global. Por ello, los textos no pueden constituirse como una alternativa al discurso del Estado que utiliza la violencia como vehículo de legitimación. Ciertamente, la literatura a pesar de haber sido descentrada se instala en el centro de valores hegemónicos y en las estructuras de una cultura que continúa desplazando a las masas, sirviendo para reforzar el estigma aplicado a las voces disidentes y aumentando su exclusión, acentúan la diferencia.

## Bibliografía

Adorno, Theodor. *Minima Moralia. Reflections from damaged life* (London: NBL, 1974)

Aijmer, Göran and Jon Abbink. *Meanings of Violence. A Cross Cultural Perspective.* (Oxford - New York: Berg, 2000)

Alape, Arturo. *Sangre Ajena* (Bogotá: Planeta Colombiana, 2001)

\_\_\_\_\_. *Ciudad Bolívar: La Hoguera de las ilusiones* (Bogotá: Planeta Colombiana, 1995)

\_\_\_\_\_. *El Bogotazo: Memorias del olvido* (Bogotá: Planeta Colombiana, 1983)

Alvarez, Víctor M. "Poblamiento y población en el valle de Aburrá y Medellín: 1541-1951." En *Historia de Medellín*, Jorge Orlando Mello, ed. (Medellín: Compañía Suramericana de Seguros, 1996)

Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *El divino* (Bogotá: Plaza y Janés, 1987)

Arango Jaramillo, Mario. *Impacto del narcotráfico en Antioquia* (Medellín: Poligráficas, 1988)

\_\_\_\_\_ y Jorge Child. *Narcotráfico, Imperio de la cocaína* (Medellín: Editorial Percepción, 1984)

Aricapa, Ricardo. *Medellín es así. Crónicas y reportajes* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1998, 2000)

Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato* (Barcelona: Gedisa, 1992, 2000)

Avila, Ricardo. *Elites, región e identidad en el occidente de México: Identidad, nacionalismos y regiones* (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1993)

Azara, Pedro. "Por qué la fundación de la ciudad." En *La fundación de la ciudad. Mitos y ritos en el mundo antiguo* (Barcelona: Ediciones de la Universidad Politécnica de Cataluña, 2000), 157-161.

Backzo, Bronislaw. *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1979, 1991)

Bagley, BM and JG Tokatlian, eds. *La Economía Política del Narcotráfico en Colombia* (Bogotá: CEREC- Universidad de los Andes, 1989).

Bahamón, Mario. *El sicario* (Cali: Orquidea, 1988)

Bakhtin, Mikhail. *The dialogic imagination* Michael Holquist ed. (University of Texas Austin, 1981)

\_\_\_\_\_. *Estética de la creación verbal* (México: Siglo XXI, 1982, 1979), 248-293.

Barthes, Roland. "Semiology and the Urban." En *The City and the Sign*, Mark Gottdiener and Alexandros Lagopoulos, eds. (New York: Columbia University Press, 1986), 288-302.

Baudrillard, Jean. *The consumer society: myths and structures* (London: Sage, 1998)

Bencomo, Anadeli. "La rebelión de la multitud: nuevas fronteras urbanas." En *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*, Boris Muñoz y Silvia Spitta, eds. (Pittsburg PA: Banco de América, 2003), 185-206.

Benjamin, Walter. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos* (Madrid: Taurus, 1991)

Berger, Peter y Thomas Luckmann. *La construcción social de la realidad* (Buenos Aires: Amorrortu, 1993)

Bergquist Charles, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez, eds. *Violence in Colombia: the contemporary crisis in historical perspective* (Wilmington Delaware: SR books, Scholarly Resources, 1992)

Bhabha, Homi K. *Locations of Culture: Discussing Post-Colonial Culture* (London: Routledge, 1996)

\_\_\_\_\_. *Nation and Narration* (New York: Routledge, 1990)

\_\_\_\_\_. "Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse." *October* 28 (1984): 125-33.

Bibliowicz, Azriel. *Rumor de astracán* (Colombia: Planeta, 1991)

Bonilla, Wilfer. "Muchacho no salgas, crisis y protagonismo juvenil." En *Relecturas*, 15, Medellín, marzo-julio (1993): 28.

Borges, Jorge Luis. *Prosa Completa*, Vol. 1 (España: Bruguera, 1979)

Botero, Rafael. *Sicario* (Medellín: Bedout, 1991)

Caballero, Antonio. *Sin Remedio* (Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1984)

Calvino, Italo. *Las ciudades invisibles* (Madrid: Siruela, 1993)

Camacho Guizado, Alvaro. "El ayer y el hoy de la violencia en Colombia: continuidades y discontinuidades." En *Análisis político*, Bogotá, 12, (1991): 23-24.

\_\_\_\_\_. "Cinco tesis sobre el narcotráfico en Colombia" En *Revista Foro*, 15, Bogotá, Septiembre (1991): 63-75.

\_\_\_\_\_ y Alvaro Guzmán. *Colombia: ciudad y violencia* (Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1990)

Cañón, Luis. *El patrón: vida y muerte de Pablo Escobar* (Colombia: Planeta colombiana, 1994)

Cardona, Diego y Juan Totaklian. "Los desafíos de la política internacional colombiana en los noventa." En *Colombia Internacional*, 14 (1991): 3 -10.

Carrasquilla, Tomás. *Frutos de mi tierra* (Bogotá: Librería Nueva, 1896). Reeditado en *Obras completas* (Madrid: E.P.E.S.A, 1952)

Carroll, Berenice, "Peace Research: The Cult of Power." En *Journal of Conflict Resolution* Vol. 16, 1972.

Castells, Manuel. *The information Age, Economy, society and culture Vol. 3: End of Millennium* (Malden MA and Oxford: Blackwell, 1998)

\_\_\_\_\_. *The Information Age: Economy, Society and Culture. Volume 2: The Power of Identity* (Malden, Mass.: Blackwell, 1997)

\_\_\_\_\_. *The Rise of the Network Society Vol. 1 The Information Age: economy, society and culture* (Malden MA and Oxford: Blackwell, 1996)

\_\_\_\_\_. *The City and the Grassroots: A Crosscultural Theory of Urban Social Movements* (Berkeley: University of California Press, 1983)

\_\_\_\_\_. *The Urban Question* (London: Edward Arnold, 1977)

\_\_\_\_\_. *La ciudad informacional* (Madrid: Alianza Editorial, 1995)

Castillo, Fabio. *La coca nostra* (Colombia: Editorial Documentos Periodísticos, 1991)

\_\_\_\_\_. *Los jinetes de la cocaína* (Colombia: Editorial Documentos Periodísticos, 1987)

Castoriadis, Cornelius. *The Imaginary Institution of Society* (Cambridge: Polity Press, 1987)

Castro Caycedo, Germán. *La bruja: coca, política y demonios* (Bogotá: Planeta Colombiana, 1994)

Cedeño, Jeffrey y Maite Villoria, eds. *Universitas Humanística*, 56, número especial: "La ciudad a cielo abierto" julio-diciembre, 2003.

Chateau, Jean. *Las Fuentes de lo imaginario* (México: FCE, 1976)

Chakrabarty, Dipesh. "Postcoloniality and the Artifice of History: Who Speaks for 'Indian' Pasts?" En *Representations* 37, Winter (1992): 1-26.

Chaparro, Rafael. *Opio en las nubes* (Bogotá: Proyecto, 1992)

Cornejo Polar, Antonio. "Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno." En *Revista Iberoamericana*, Vol LXII, 176-177, University of Pittsburg (1996): 837-845.

\_\_\_\_\_. "Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas." *Revista Iberoamericana*, Vol. LXIII, 180, Universidad de Pittsburg (1997): 341-345.

Davis, Michael. *City of Quartz: excavating the future in Los Angeles* (New York: Vintage Books, 1990)

Deas, Malcom y Fernando Gaitán Daza, *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia* (Bogotá: Fonade, 1995)

\_\_\_\_\_. "Algunos interrogantes sobre la relacion guerras civiles y violencia." En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez eds. (Bogota: Cerec, 1986)

\_\_\_\_\_ y Fernando Gaitán Daza, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1983)

de Certeau, Michel. "Practices of Space." En *On Signs*, Marshall Blonsky ed. (Baltimore, MD: Johnson Hopkins UP, 1985), 122-149.

\_\_\_\_\_. "Walking in the City." En *The Cultural Studies Reader*, Simon During ed. (London: Routledge, 1993), 151-60.

\_\_\_\_\_. *Culture in the plural* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997)

De la Campa, Román. "Hibridez posmoderna y transculturación: políticas de montaje en torno a Latinoamérica." En *Hispanamérica*, 69 (1994): 3-22.

\_\_\_\_\_. *LatinAmericanism* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999)

\_\_\_\_\_. "The Lettered City: Power and Knowledge in Latin America." En *Foucault and Latin America: Deployments and Appropriations of Discursive Analysis*, Benigno Trigo ed. ( London: Routledge, 2001)

de la Vega, Garcilaso. El Inca. [1609-1616] *Comentarios reales*, José de la Riva Agüero, ed. (México: Editorial Porrúa, 1990)

Deleuze, Gilles and Félix Guattari. *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia* (London: Athlone, 1988)

\_\_\_\_\_. *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia* (London: Athlone, 1984)

De los Ríos, Héctor y Jaime Ruiz. "La Violencia en el Medellín de los 80's." En *Revista de la Universidad de Antioquia*, 221, 1990.

Dostoyesky, Fyodor (1821-1881). *Notes from the underground* (New York: Dover Publications, 1992)

Durand, Gilbert. *L' imaginaire. Essai sur les sciences et la philosophie de l'image* (Paris: Haitien, 1994)

\_\_\_\_\_. *La imaginación simbólica* (Buenos Aires: Amorrortu, 1982)

\_\_\_\_\_. *Las estructuras antropológicas de lo imaginario. Introducción a la arquetipología general* (Madrid: Taurus, 1968)

Duzán, María Jimena. *Crónicas que matan* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993)

Duzán, Silvia. "Si uno no mata lo matan a uno." *Magazine Dominical, El Espectador*, Bogotá, septiembre, 11 (1990): 8-11.

Echandía, Carlos; R. Escobedo, y E. León. *Colombia: inseguridad, violencia y desempleo económico en las áreas rurales* (Bogotá: Fondo de cultura de la Universidad del Externado de Colombia, 1997)

Eco, Umberto. "Function and Sign: Semiotics of Architecture." En *The City and the Sign*, Gottdiener, Mark and Alexandros Lagopoulos, eds. (New York: Columbia University Press, 1986)

*Estadísticas históricas de Colombia*, Tomo I, Unidad de Análisis Macroeconómico- DNP, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998.

Faciolince, Héctor Abad. "Lo último de la sicaresca antioqueña." En *Lecturas Dominicales. El Tiempo*, Santafé de Bogotá, mayo, 10 (1994) 6-7.

Fajardo, Darío. "La violencia 1946-1964, Subdesarrollo e impacto." En *Revista de Estudios Marxistas*, 21, mayo-agosto, 1981.

Fayad, Luis. *Compañeros de viaje* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991)

- \_\_\_\_\_. *Los parientes de Ester*, 1978 (Bogotá: La Oveja Negra, 1984)
- \_\_\_\_\_. *Olor a lluvia* (Bogotá: La Pulga, 1974)
- \_\_\_\_\_. *Los sonidos del fuego* (Bogotá: Testimonio, 1968)

Foucault, Michael. *Discipline and Punishment: the birth of the prison* (Harmondsworth: Penguin, 1979)

\_\_\_\_\_. *The order of things and archaeology of the human sciences* (New York: Vintage Books, 1973)

\_\_\_\_\_. "Of Other spaces, heterotopias." (1967) [<http://Foucault.info/documents/heteroTopia/Foucault/heteroTopia.html>] Revisado el 11 de noviembre 2004.

\_\_\_\_\_. *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Colin Gordon ed. (Brighton: Harvester Press, 1980)

Franco, Jean. *The decline and fall of the lettered city. Latin America in the cold war* (London, Cambridge: Harvard University Press, 2002)

\_\_\_\_\_. "Fear and Loathing in the Polis." *Manchester Spanish and Portuguese Studies*, 13, 2002.

Franco, Ramos, Jorge. *Rosario Tijeras* (Bogotá: Plaza y Janés, 1999)

Franco, Saul. *El quinto: no matar. Contexto y explicaciones de la violencia en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1999)

\_\_\_\_\_. *Colombia contemporánea* (Bogotá: ECOE, IEPRI, Universidad Nacional, 1996)

Gaitán, Olga Lucía. "Sicariato y criminalidad en Colombia: perspectivas y realidades." En *Novo Foro Penal*, 50 (1990): 499-509.

Galeano, Eduardo. *Las palabras andantes* (Madrid: Siglo XXI, 1995)

Gamboa, Santiago. *Perder es cuestión de método* (Bogotá: Norma, 1997)

García Canclini, Nestor. *La globalización imaginada* (Buenos Aires: Paidós, 1999)

\_\_\_\_\_ y Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón. *La ciudad de los viajeros, Travesías e imaginarios urbanos, 1940-2000* (México: Grijalbo, 1996)

\_\_\_\_\_. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización* (México: Grijalbo, 1995)

\_\_\_\_\_. *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad* (México: Grijalbo, 1990)

Génesis, Libro 4 -16-17.

Germani, Gino. "La ciudad, el cambio social y la gran transformación." En *Urbanización, desarrollo y modernización* (Buenos Aires: Paidós, 1976)

Giddens, Anthony. *Capitalism and modern social theory: An Analysis of the Writings of Marx, Durkheim and Max Weber* (Cambridge: Cambridge University Press, 1973)

Gilbert, Alan. *The Latin American City* (London and Nottingham: LAB, 1994, 1998)

Giraldo, Luz Mery. *Ciudades escritas* (Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2001)

Giraldo Fabio y Fernando Viviescas. *Pensar la ciudad* (Bogotá: Tercer Mundo, 1996)

Gorelik, Adrián. "Ciudad, Modernidad, Modernización." En *Universitas Humanística*, Pontificia Universidad Javeriana, Jeffrey Cedeño y Maite Villoria eds. 56 (2003): 10-27.

Gottdiener, Mark and Alexandros Lagopoulos. *The City and the Sign* (New York: Columbia University Press, 1986)

Gottdiener, Mark. "Recapturing the Center: A semiotic analysis of shopping malls." En *The City and the Sign*, Mark Gottdiener and Alexandros Lagopoulos eds. (New York: Columbia University Press, 1986), 1-21

Greimas, J.A. et Courtes. J. *Semiotique, dictionnaire raisonne de la theorie du langage* (Paris: Hachete Universite, 1986)

Gruzinski, Serge. *La colonización de lo imaginario* (México: Fondo de Cultura Económica, FCE, 1991)

Guha, R. and Spivak. Gayatri Chakravorty, eds. *Selected Subaltern Studies* (Oxford University Press, 1988)

Gupta, Akhil and James Ferguson. "Beyond 'culture': space, identity and the politics of difference." En *Cultural Anthropology*, 7 (1), February (1992): 6-23.

Guzmán, Campos, Germán; Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña. *La Violencia en Colombia*, Volúmenes: I-II (Bogotá: Tercer Mundo, 1962-64)

Hall, Stuart. *Cultural Representation and Signifying Practices* (London: Sage, 1997)

Halliday, Michael. *Lenguaje como semiótica social, El. La interpretación social del lenguaje y del significado* (Argentina: Fondo de cultura económica, 1982)

Harvey, David. *The Urban Experience* (Oxford: Blackwell, 1989)

Henao Salazar. José Ignacio Castañeda y Luz Stella Naranjo. *El parlache* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2001)

Hobbes, Thomas. *Leviatán*, 1651 (México: Gernika, 1994)

Hobsbawn, Eric. "La anatomía de 'La Violencia en Colombia.'" En *Once ensayos sobre la violencia*, Gonzalo Sánchez comp. (Bogotá: Cerec-Centro Gaitán, 1985), 11-23.

Hopenhayn, Martín. "Droga y violencia: fantasmas de la nueva metrópolis latinoamericana." En *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Mabel Moraña ed. (Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2002), 69-90.

Hoyos, Juan José. *El cielo que perdimos* (Bogotá: Planeta colombiana, 1990)

\_\_\_\_\_. *Tuyo es mi corazón* (Bogotá: Planeta, 1984)

Hume, David (1711-1776). "Of the Standard of Taste" appeared in 1757 in Hume's *Four Dissertations*. Reprinted *English Essays: Sidney to Macaulay*. Vol. XXVII. The Harvard Classics (New York: P.F. Collier & Son, 1909–14) Quotation read at Bartleby.com, 2001 (<http://www.bartleby.com/27/15.html>)

Jameson, Fredric. *The Geopolitical Aesthetic: Cinema and Space in the World System* (London: British Film Institute, 1992)

\_\_\_\_\_. "The Seeds of Time." En *Wellek Library Lectures* (New York: Columbia University Press, 1994)

Jaramillo Arbeláez, Ana María. *En la encrucijada: conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa* (Medellín: Corporación Región, 1998)

Jaramillo Vélez, Rubén. *Colombia: la modernidad postergada* (Bogotá: Argumentos, 1998)

Jaramillo, Carlos Eduardo. *Los guerrilleros del novecientos* (Bogotá: CEREC, 1991)

Jaramillo, Darío. *Cartas cruzadas* (Bogotá: Alfaguara, 1995)

Jáuregui Carlos A. y Juana Suárez. "Profilaxis, traducción y ética: la humanidad desechable en *Rodrigo D, No futuro, La vendedora de rosas y La Virgen de los sicarios*. Literatura y cine en América Latina." En *Revista iberoamericana*, Pittsburg, 68, 199, abril-junio (2002): 367-92.

Joseph, Isaac. *El transeúnte y el espacio urbano* (Argentina: Gedisa, 1988)

Kalmanovitz, Salomón. "Análisis macroeconómico del narcotráfico en la economía colombiana." En *Drogas, Poder y Región* (Bogotá: CINEP, 1995), 11-58.

\_\_\_\_\_. "La economía del narcotráfico." En *Narcotráfico en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1990)

\_\_\_\_\_. *Economía y Nación* (Bogotá: Universidad Nacional - Siglo XXI - CINEP, 1985)

\_\_\_\_\_. "La industria colombiana: crisis de rentabilidad." En *Economía Colombiana*, 154 (1984): 19-22.

\_\_\_\_\_, *El desarrollo tardío del capitalismo* (Bogotá: Siglo XXI - Universidad Nacional, 1983)

Kant, Immanuel. *Crítica de la razón pura*, 1787 (Barcelona: Tecnos, 2002)

\_\_\_\_\_. *Crítica del juicio*, 1790 (Buenos Aires: Losada, 1968)

\_\_\_\_\_. *Crítica de la razón práctica*, 1788 (Salamanca: Sigueme, 2002)

Kantaris, Geoffrey. "Allegorical Cities: Bodies and Visions in Colombian Urban Cinema." En *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv, 9.2 (julio-diciembre, 1998)

\_\_\_\_\_. "The Young and the Damned: Street Visions in Latin American Cinema." En *Contemporary Latin American Cultural Studies*, Stephen Hart, ed. (London: Arnold, 2003), 177-89.

Kearney, Michael. "The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism." En *Annual Review of Anthropology*, vol. 24, October (1995): 547-565.

\_\_\_\_\_. *Reconceptualizing the Peasantry. Anthropology in Global Perspective* (Boulder: Westview Press, 1996)

Krauthausen, Ciro. *Padrinos y Mercaderes. Crimen organizado en Italia y Colombia* (Bogotá: Planeta Colombiana, 1998)

Labov, William. *Sociolinguistics Patterns* (Philadelphia: University Pensilvania Press, 1972)

Lacan, Jacques. *The Psychoses 1955-1956; Seminar of Jacques Lacan, Bk 3* (New York: W. W. Norton, 1993)

\_\_\_\_\_. *The Four Fundamental Concepts of Psychoanalysis; The Seminar of Jacques Lacan, Bk 11* (New York: W. W. Norton, 1997)

Latorre, Rueda, Mario. "1930-34 Olaya Herrera, un nuevo régimen." En *Nueva Historia de Colombia*, VI (Bogotá: Planeta, 1989), 269-299.

Ledrut, Raymond. "The images of the City." En *The City and the Sign*, Mark Gottdiener. and Alexandros Lagopoulos, eds. (New York: Columbia University Press, 1986), 219-240.

Lefèbvre, Henry. *The Production of Space* (Oxford and Cambridge: Blackwell, 1974, 1991)

\_\_\_\_\_. *De lo rural a lo urbano* (Barcelona: Península, 1975)

\_\_\_\_\_. *El derecho a la ciudad* (Barcelona: Península, 1968, 1978)

\_\_\_\_\_. *La revolución urbana* (Madrid: Alianza editorial, 1972)

Lewis, Oscar. "The culture of poverty." En *Scientific American*, 215, 4, October (1966):19-25.

\_\_\_\_\_. *La Vida* (New Cork: Vintage, 1960)

\_\_\_\_\_. *Five families: Mexican case Studies in The culture of poverty* (New Cork: Basic Books, 1959)

Lipovsky, Pilles. *La era del vacío* (Barcelona: Anagrama, 1986)

Lombardi, Satriani, L.M. *Apropiación y destrucción de la cultura de las clases subalternas* (México: Nueva imagen,1988)

López, Valderrama, Pedro. *La otra raya del tigre* (Bogotá, Siglo XXI, 1977)

Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito. Un manual* (Buenos Aires: Perfil, 1999)

Lynch, Kevin. *La imagen de la ciudad* (Barcelona: Gustavo Gili, 1960, 1998)

Macías, Luís Fernando. *Ganzúa* (Medellín, El propio bolsillo, 2000)

Mafessolli, Michel. *El tiempo de las tribus* (Barcelona: Icaria, 1990)

Martín Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía* (Barcelona: Gustavo Gili, 1987)

\_\_\_\_\_. "La ciudad que median los miedos." En *Espacio urbano comunicación y violencia en América Latina*, Mabel Moraña ed. (Pittsburg: Instituto internacional de Literatura Iberoamericana, 2002), 19-37.

\_\_\_\_\_. "Dinámicas urbanas de la cultura." En *Gaceta*, Bogotá, 12, (1992): 48-50.

Massey, Doreen, *Space. Place and Gender* (Cambridge: Polity Press, 1994)

Mejía, Vallejo, Manuel. *Aire de tango* (Bogotá: Plaza y Janés, 1979)

Mendoza, Mario. *Diario de un asesino* (Bogotá: Seix Barral, 2001)

\_\_\_\_\_. *Scorpio City* (Bogotá: Planeta, 1998)

\_\_\_\_\_. *La ciudad de los umbrales* (Bogotá: Planeta, 1992)

López Michelsen, Alfonso. *Los elegidos* (Bogotá: Oveja Negra, 1958)

López Valderrama, Pedro. *La otra raya del tigre* (Bogotá: Siglo XXI, 1977)

Mignolo, Walter. "Occidentalización, imperialismo, globalización: herencias coloniales y teorías postcoloniales." En *Revista Iberoamericana* 60, 170-171 (1995): 27-40.

Monsivais, Carlos. "Ciudadanía y violencia urbana." *Ciudadanías del miedo* (Caracas: Nueva Sociedad, 2000), 231-236.

\_\_\_\_\_. *Rituales del caos* (México: Era, 1995)

Moraña, Mabel. Ed. *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina* (Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2002)

Moreno, Durán, Rafael-Humberto. *El caballero de la invicta* (Bogotá: Alfaguara, 1994)

Montoya, Jairo. *Ciudades y Memorias* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1999)

Mora, Elisabeth. "Por billete mato al que sea." *El tiempo*, 28, Bogotá (1986): 3b.

Moreiras, Alberto. "José María Arguedas y el fin de la transculturación." En *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Mabel Moraña ed. (Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1997), 213-31.

\_\_\_\_\_. *The Exhaustion of Difference: the Politics of Latin American Cultural Studies* (Durham: Duke University Press, 2001)

Mumford, Lewis. *The City in history* (San Diego: Harcourt, Inc, 1989)

Muñiz, Sodré. *Sociedad, cultura y violencia* (Bogotá: Norma, 2000)

Muñoz, Boris. "Ciudad, violencia y globalización." En *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*, Boris Muñoz y Silvia Spitta, eds. (Pittsburg PA: Banco de América, 2003)

\_\_\_\_\_. *Ciudad, violencia y globalización en la crónica latinoamericana contemporánea (México, Colombia)*. New Brunswick: Rutgers, The State University of New Jersey, 2003)

Niño Murcia, Soledad; Nelson Lugo Torres; César Rozo Montejo y Leonardo Vega. *Territorios del Miedo en Santafé de Bogotá. Imaginarios de los ciudadanos* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1998)

Olalquiaga, Celeste. *Megalópolis* (Caracas: Monte Avila, 1993)

Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia* (Bogotá: Banco Popular, 1978)

Ortiz, Carlos. *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindio años 50* (Bogotá: Cerec, Cider, 1985)

Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar. Advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación* (Caracas: Ayacucho, 1978)

\_\_\_\_\_. "José María Arguedas transculturador" *Señores e indios*. (Montevideo: Arca, 1976), 7-40.

Ortiz, Renato. *Modernidad y espacio, Benjamín en París* (Bogotá: Norma, 2000)

Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. "El sicariato en Medellín: entre la violencia política y el crimen organizado." En *Análisis Político*, 14, septiembre-diciembre (1991): 60-73.

\_\_\_\_\_. "Los estudios sobre la violencia en Colombia 1960-1990." En *Revista Universidad de Antioquia*, 228, (1992): 4-22.

Osorio Lizarazo, José Antonio. *El día del odio* (Buenos Aires: Ediciones López Negri, 1952)

\_\_\_\_\_. *El camino en la sombra* (Madrid: Aguilar, 1965)

Palacios, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia Colombia 1875-1994* (Bogotá: Norma, 2003)

Park, Robert. "Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the Urban Environment." En Park, Burgess, et al, *The City* (Chicago: University of Chicago Press, 1925), 1-46.

Pavarini, Máximo. *Control y dominación narco* (México: Siglo XXI, 1996)

Payne, Constantine Alexandre. "Crecimiento y cambio social en Medellín:1900-1930." En *Estudios sociales*, FAES, Medellín, 1, 1, Septiembre (1986):11-194.

Pécaut, Daniel. "Reflexiones sobre el fenómeno de la violencia." En *Once ensayos sobre la violencia* (Bogotá: Cerec-Centro Gaitán, 1985 ), 173-188.

\_\_\_\_\_. *Orden y Violencia en Colombia 1930-1954* (Bogotá: Siglo XXI, 1978)

\_\_\_\_\_. "Violencia y Política en Colombia." En *Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1993), 267-288.

\_\_\_\_\_. "Presente, pasado y futuro de la violencia." En *Análisis político*, 30, enero-abril (1997): 3-36.

\_\_\_\_\_. *Guerra contra la sociedad* (Bogotá: Planeta Colombiana, 2001)

Perozzo, Carlos, *El resto es silencio* (Bogotá: Planeta, 1993)

Pike, Steve. *The Body and the City. Psicoanalysis, Space and Subjectivity* (Londres: Routledge, 1996)

Posada, Franciso. *Colombia: violencia y subdesarrollo* (Bogotá: Universidad Nacional, 1968)

Rama, Angel. *The Lettered City* (Durham and London: Duke University Press, 1966)

\_\_\_\_\_. *Transculturación narrativa en América Latina* (Montevideo: Fundación Angel Rama, 1989)

Ramírez, Mario Elkin. "Madre Santa, hijo perverso." En *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, 1995.

Reguillo, Susana. "Las derivas del miedo. Insterticios y pliegues en la ciudad contemporánea." En *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos* (Pittsburg, PA: Biblioteca de América, 2003), 161-184.

\_\_\_\_\_. "Guerreros o ciudadanos? Violencia (s). Una cartografía de las interacciones urbanas." En *Espacio Urbano, comunicación y violencia en América Latina*. (Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. 2002): 51-68.

\_\_\_\_\_. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto* (Bogotá: Norma, 2000)

Restrepo, Laura. *Leopardo al sol* (Bogotá: Planeta, 1993)

Restrepo Uribe, Jorge. *Medellín: su origen, progreso y desarrollo*, (Medellín, Servigráficas, 1981)

Ricoeur, Paul. *Oneself as Another* (Chicago: University of Chicago Press, 1992)

Rincón, Fabio. *La extradición* (Bogotá: Pensar Editores, 1984)

Romero, Armando. *Las palabras están en situación* (Bogotá: Procultura, 1985)

Romero, José Luís, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (México: Siglo XXI, 1976)

Rotker, Susana. *Ciudadanías del miedo* (Caracas: Nueva Sociedad, 2000)

Ruiz, Gómez, Dario. *En Tierra de paganos* (Medellín: El propio bolsillo, 1993)

\_\_\_\_\_. "Medellín: Cultura y crimen." *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, enero 31 (1988): 10-11.

Said, Edward. *Orientalism* (New York: Pantheon Books, 1995)

\_\_\_\_\_. *Culture and Imperialism* (London: Chatto and Windus, 1993)

Salazar, Alonso. *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico* (Colombia: Planeta colombiana, 2001)

\_\_\_\_\_. *No nacimos pa' semilla* (Bogotá: Cinep, 1999)

\_\_\_\_\_ y Jaramillo, Ana María. *Las subculturas del narcotráfico* (Bogotá: Cinep, 1996)

Sánchez, Jiménez, Francisco. *Travesías de un diletante* (Bogotá: Fundación Tomás Moro, 1999)

Sánchez, Carlos. 'Una mirada a la palabra desechable.' Magazine Dominical, *El Espectador.*, 544, Bogotá, 26 de septiembre (1993): 8.

Sánchez, Gonzalo. Ricardo Peñaranda y Charles Bergquist. *Violence in Colombia: The Contemporary crisis in historical perspectiva* (Wilmington: Del: Scholarly Resource, 1992)

\_\_\_\_\_. *Ensayos de historia social y política del S.XX* (Bogotá: El Ancora, 1991)

\_\_\_\_\_ *Pasado y presente de la Violencia en Colombia* (Bogotá: Cerec, 1986)

\_\_\_\_\_ y Doreen Meertens *Bandoleros, Gamonales y Campesinos* (Bogotá: El Ancora Editores, 1983)

Sarmiento Palacios, Eduardo. *Funcionamiento y control de una economía en desequilibrio* (Bogotá: CEREC - Contraloría General de la República, 1984)

Schultze, Meter. *La horrible noche: Relatos de violencia y guerra en Colombia* (Bogotá: Seix Barral, 2001)

Sebrelli, Juan. *Vida cotidiana y alienación* (Buenos Aires: Lozada, 1979)

Senett, Richard. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* (Madrid: Alianza Editorial, 1997)

Serres, Michel. *Comunication* (Paris: Minuit, 1969)

Shields, Rob. *Places on the margin* (London: Routledge, 1991)

\_\_\_\_\_. "A Guide to urban Representation and what to Do about It: Alternative traditions of urban theory." En *Re-presenting the City, Ethnicity, Capital and Culture in the 21<sup>st</sup> Century Metropolis* ed. Anthony D. King (New York: New York University Press, 1996), 228-247.

Silva, Armando. *Imaginario urbanos* (Bogotá: Tercer Mundo, 1992)

Simmel, Georg. *Simmel on Culture: selected writings* by David Frisby and Mike Featherstone (London: Sage, 1997)

Spengler, Oswald. *La decadencia de occidente* (1918, 1926) (Madrid: Espasa-Calpe, 1958)

Spitta, Silvia. *Between two waters: narratives of transition in Latin America* (Houston: Texas University Press, 1995)

Spivak, Gayatri Chakravorty. *In other words. Essays in cultural politics* (London: Methuen, 1987)

\_\_\_\_\_. "Can the subaltern speak?" En *Marxism and the interpretation of culture*, C Nelson and I Grossberg eds. (London: Macmillan, 1988)

Starobinsky, Jean. "Sobre la historia de los fluídos imaginarios." En *La relación crítica* (Madrid: Taurus, 1974)

Steiner, Roberto. 1997 *Los dólares del narcotráfico* (Bogotá: Tercer Mundo, Cuadernos de Fedesarrollo, 1997)

\_\_\_\_\_ y U. Giedion. "Características determinantes y algunos efectos de la inversión extranjera directa en Colombia." En *Inversión extranjera directa en América Latina: su contribución al desarrollo* (Chile: Fondo de Cultura Económica/BID, 1996)

\_\_\_\_\_. "Los ingresos de Colombia producto de la exportación de drogas ilícitas." En *Coyuntura Económica*, diciembre, 1996.

Suescún, Germán y Pacho Soto. *El diccionario mariguanero y afines* (Cúcuta: El Topo Bohemio, 1982)

\_\_\_\_\_ y Hugo Cuervo. *El Diccionario de los mariguaneros* (Medellín: El Brujo, 1980)

Suescún, Nicolás. *El último escalón* (Bogotá: Editorial Pluma, 1974)

Taborda, Juan Fernando. "Oralidad y escritura en La Virgen de los sicarios." *Estudios de Literatura colombiana*. Medellín, 3, (1998): 50-56.

Teruggi, Mario. *Panorama del lunfardo* (Buenos Aires: Cabargón, 1974)

Thoumi, Francisco E. *El Imperio de la Droga: Narcotráfico, economía y sociedad en los Andes* (Bogotá: EPRI/Planeta, 2002)

\_\_\_\_\_. *Economía, política y narcotráfico* (Bogotá: Tercer Mundo, 1994)

Todorov, Tristán. *El hombre desplazado* (Madrid: Taurus, 1998)

Totaklian, Juan. *Globalización, narcotráfico, violencia. Siete ensayos sobre Colombia* (Bogotá: Norma, 2000)

Valderrama, Bernardo. *El gran jaguar* (Bogotá: Plaza y Janés, 1991)

Valenzuela, José Manuel. *Jefes de jefes Corridos y Narcocultura en México* (México: Plaza y Janés, 1992)

Vallejo, Fernando. *La Virgen de los Sicarios* (Bogotá: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 1994)

Vargas Meza, Fernando. *Drogas, máscaras y juegos. Narcotráfico y conflicto armado en Colombia* (Bogotá: Coediciones Tercer Mundo/TN Acción Andina, 1999)

Vázquez Figueroa, Alberto. *Sicario* (Barcelona: Plaza y Janés, 1993)

Velázquez, Francisco. "Inicios de la literaturización del narcotráfico." En *Revista Universidad de Antioquia*. Medellín, 251, (1998): 105-106.

Vice, Sue, *Introducing Bakhtin* (Manchester University Press, 1997)

Villa, Víctor. "Cultura y violencias en Antioquia." En *Revista Universidad de San Buenaventura*, Medellín, 1 (1993): 79-93.

Voloshinov V.N. *Marxism and the philosophy of language* (London, New York: Seinar Press, 1973)

Von der Walde , Erna. "La novela de sicarios y la violencia en Colombia." En *Revista Iberoamericana* 1, 3, (2001): 27-40.

Weber, Max. *The city* (New York: The Free Press, 1921/1958)

William Foote. *Street Corner Society: The Social Structure of an Italian Slum* (University Of Chicago Press, 1993)

Williams, Raymond. *Culture* (London: Fontana, 1981)

\_\_\_\_\_. *Marxism and Literature* (Oxford: Oxford University Press, 1962)

\_\_\_\_\_. *The country and the city* (Oxford: Oxford University Press, 1973)

Willis, Paul. *Profane Culture* (London: Routledge and Paul Kegan, 1978)

Wirth, Louis. "Urbanism as a Way of Life." En *The American Journal of Sociology*, 44, July (1938): 1-24.

Wolfgang Marvin and Franco Ferracuti. *La subcultura de la violencia* (México: Fondo Cultura economica, 1982). Citado también por Salazar (1996): 110.

Zarone, Giuseppe. *Metafísica de la ciudad, encanto utópico y desencanto metropolitano* (Barcelona: Pre-Textos, 1993)

Zavala, Iris. *Colonialism and Culture: Hispanic Modernisms and the Social Imaginary* (Indiana University Press, 1992), 323-348.

\_\_\_\_\_. *Escuchar a Bajtín* (Barcelona: Montesinos, 1996)

Zizek, Slavoj. *The Ticklish Subject* (London: Verso, 1999)

\_\_\_\_\_. *The Sublime Object of Ideology* (London: Verso, 1989)